

Orígenes

HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE LUCAS

Introducción, traducción y notas de
Agustín López Kindler



Ciudad Nueva

© Agustín López Kindler

© 2014, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-309-6
Depósito Legal: M-26.491-2014

Impreso en España

Maquetación: *Antonio Santos*

Imprime: Estugraf Impresores. Ciempozuelos (Madrid)

INTRODUCCIÓN

El volumen de la Biblioteca Patrística que el lector tiene en sus manos presenta unas características singulares. Las *Homilías al Evangelio de san Lucas* fueron pronunciadas por el teólogo oriental más genial y prolífico, el «padre de la homilía», Orígenes, y rescatadas del olvido por una traducción al latín de un padre de la Iglesia occidental, Jerónimo, más de un siglo y medio después¹.

Solo este dato imprime ya un carácter especial a estas páginas introductorias², que procurarán explicar tanto las cuestiones relativas al autor –ante todo, su actividad homilética– como los motivos que impulsaron al traductor latino a emprender esta tarea, justo a punto de iniciarse la feroz polémica que convertiría a Orígenes en una fuente proscrita durante siglos y que condenaba incluso a la traducción a compartir el mismo destino.

A estas dos partes esenciales de la presentación se unirá el análisis de una cuestión que ha sido muy debatida pero que consideramos especialmente interesante para el público

1. Este es el testimonio unánime de los manuscritos, a excepción de uno del Vaticano, datado en el s. xv, que anota: «Comienza el prólogo de Rufino, presbítero de Aquilea, al comentario de Orígenes sobre el Evangelio de Lucas», pero ese mismo documento

dice al final: «Acaban felizmente las homilías traducidas por el católico Jerónimo».

2. Así se explica que J.-P. MIGNE incluya este texto en su *Cursus completus Patrologiae* tanto en la parte latina (PL 26, 229-332) como en la griega (PG 13, 1799-1910).

de todos los tiempos: ¿qué actitud tuvieron estas dos personalidades –Orígenes y Jerónimo, de una altura intelectual de excepción– ante la cultura pagana, más concretamente ante la literatura profana? Una de las últimas homilías, la 31, nos dará pie para sacar alguna conclusión interesante a este respecto, antes de comentar por último, brevemente, las características de esta traducción para la presente colección.

I. LAS HOMILÍAS DE ORÍGENES

Cuando, en 1432, tras más de diez siglos en los que esta coproducción era solo conocida de modo fragmentario, el humanista Ambrosio Traversari encontró este texto en un viejo códice junto a la basílica romana de santa Cecilia en el Trastévere, anotaba entusiasta:

«Hemos encontrado las 39 homilías de Orígenes al Evangelio de Lucas traducidas por Jerónimo. Estamos henchidos de una alegría tan grande, que nos sentimos más ricos que Crespo. Uno las conocía solo de oídas. Aún no he encontrado a nadie que las haya visto o leído. Inmediatamente he comunicado este hallazgo a Florencia y la noticia ha provocado allí una enorme alegría, sobre todo en mi grande y estudioso amigo Niccolò. Me he apresurado a transcribir las... a pesar de que el volumen estaba bastante podrido y apenas se podían leer algunos pasajes»³.

Las circunstancias tan precarias de su recepción explican que se haya especulado enormemente sobre el estado en que ha llegado hasta nosotros. Existen indicios de que se haya perdido en parte. En primer lugar, porque en otros lugares

3. Cf. RAUER, M., *Origenes Werke, IX. Band. Die Homilien zu Lukas in der Übersetzung des*

Hieronymus und die griechischen Reste der Homilien und des Lukas-Kommentars, Berlín, 1959², p. xxv.

de su obra Orígenes mismo alude a pasajes del Evangelio de san Lucas ya comentados por él y que no aparecen en las homilías actuales⁴.

Además, hay una cesura a la altura de la homilía 34. Sin ninguna explicación, se interrumpe el comentario, más o menos seguido, de los cuatro primeros capítulos del Evangelio⁵ y se reduce a cinco pasajes más, escogidos no se sabe por qué ni con qué criterio. Ya solo este dato abre un gran interrogante sobre el papel que Jerónimo ha desempeñado en la recepción de esta obra, del que hablaremos más adelante.

No es este el lugar para hablar de la producción literaria de Orígenes y mucho menos de su biografía, pero sí tiene sentido que nos detengamos, aunque sea brevemente, en su actividad homilética dentro de las ceremonias que se celebraban habitualmente en la iglesia de Cesarea, bien conscientes de que estas muestras de su trabajo exegético no cuentan entre sus obras más representativas, por más que en el marco de su predicación tengan un relieve especial.

1. La actividad homilética de Orígenes

Se puede afirmar que Orígenes predicaba casi cada día en los servicios religiosos que tenían lugar antes de que los fieles acudieran a su trabajo. Aunque esas ceremonias no culminaran con la celebración eucarística, contenían siempre la lectura y la correspondiente explicación de uno o varios pasajes, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Así se explica la amplitud de su obra de exégesis bíblica, que abarca casi trescientos pasajes procedentes de un

4. Así, por ejemplo, en *Comm. in Mt.* 13, 29 alude a un pasaje paralelo de ese Evangelio, ya comentado por él, en sus *Hom. in Luc.* (Mt 18, 12ss. = Lc 15, 4-7) que nos es desconocido.

5. También hay huecos en esas homilías. En el texto actual se pasa por alto en buena parte la escena de la Anunciación (1, 32-38) y el nacimiento en Belén (2, 3-7; *ibid.* 17, 20).

buen número de libros sagrados, concretamente cuatro del Pentateuco –Génesis, Éxodo, Levítico, Números– y otros cinco del Antiguo Testamento: Josué, Jueces, Cantar de los Cantares, Jeremías, Ezequiel.

Dejando aparte sus *Comentarios* a los evangelios de san Mateo y san Juan, así como a algunas epístolas de san Pablo, las homilías sobre san Lucas son las únicas que se ocupan de un libro del Nuevo Testamento y presentan algunos rasgos dignos de tener en cuenta.

En primer lugar, parece que fueron pronunciadas en domingo, según afirman los manuscritos más antiguos de la traducción al latín, en contra de lo que afirma el historiador Sócrates, quien asegura que la mayor parte de los sermones de Orígenes fueron pronunciados en miércoles o en viernes⁶.

Desde el punto de vista literario, de ordinario la homilía de Orígenes arranca directamente del texto sagrado comentado⁷ y se refiere una y otra vez a él, pero no faltan introducciones que presentan otro carácter. Por ejemplo, la segunda, en la que, a propósito del versículo en que el evangelista constata que Isabel y Zacarías eran justos ante Dios, parte de una consideración de tipo general: «Hay quienes buscan una excusa a sus pecados amparados en la misma Escritura, concretamente el libro de Job 14, 4-5». O la tercera, en la que afirma en primer lugar que los seres corporales e insensibles no hacen nada para ser captados por los demás, y sin embargo son vistos por ellos⁸.

Todas estas piezas oratorias acaban indefectiblemente con una cita de la primera epístola de san Pedro alusiva a la realeza de Jesucristo sobre toda la creación. Con ella Orígenes expresa, por una parte, su intención de alabar a Cristo, y

6. Cf. SÓCRATES, *Historia eclesiástica* 5, 22.

7. Es una excepción la homilía 26, que inicia con una cita de Juan

4, 24.

8. Algo análogo ocurre con las homilías 25 y 27.

por otra, su deseo de que el lector o el oyente acabe esos momentos elevando el corazón en plegaria al cielo.

En medio de estos dos elementos queda el cuerpo de la homilía, que contiene la exégesis propiamente dicha del texto sagrado, versículo por versículo, de acuerdo con un método bien caracterizado que analizamos a continuación.

2. *La interpretación alegórica*

En efecto, más interesante que la estructura de la homilía como discurso, es el modo en que Orígenes practica su exégesis. Por una parte es muy personal, y en muchos casos podría ser calificado de arbitrario, pero por otra se inserta en una tradición que tiene sus fuentes en la predicación de la sinagoga judía y en la diatriba de la época helenística, tal como era practicada por el neoplatonismo.

A la primera se remiten tanto el carácter explicativo del texto sagrado como su aplicación al comportamiento ético. De la segunda proceden los diferentes niveles interpretativos que Orígenes distingue ordinariamente en cada texto.

A partir de estos antecedentes desarrolla una hermenéutica propia, cuyos principios aplica a su predicación⁹. El más básico de todos es el axioma de que la Escritura, palabra de Dios, contiene un enunciado lleno de sentido moral para el creyente. Cuando la letra misma no permite reconocerlo, entonces encierra un significado aún más alto y más profundo que el exegeta tiene obligación de descubrir.

9. Expone su teoría al respecto ante todo en la segunda parte del libro IV de su tratado *De principiis*. En ese texto, y a partir de Pr 22, 20, en que se prescribe a Salomón una triple anotación –interpretación– de los consejos que recibe, distingue entre la inmediata, la más

elevada y la espiritual. La primera es simple y carnal, histórica; la segunda la obtiene el que ha progresado ya y alcanza a comprender el alma de la Escritura; la tercera está solo al alcance de los perfectos, llega hasta la sabiduría de Dios y penetra hasta el espíritu.

De ahí su interés en marcar los diversos escalones en el proceso de su comentario, que tiene mucho que ver con la personalidad de Orígenes y su pensamiento: lo que hoy llamaríamos sentido literal, frente al figurado y el alegórico de un texto, es para él el plano corporal, frente al espiritual de la palabra revelada. El primero debe tenerse en cuenta y a menudo hay que partir de él, pero lo decisivo es penetrar en el segundo, esto es, en el significado ético y alegórico del pasaje bíblico¹⁰.

Especialmente interesantes y de gran ayuda son precisamente los pasajes cuya interpretación literal provoca sorpresa o incluso escándalo. En ellos se demuestra hasta qué punto Dios expresa algo diferente –*ἄλλο ἀγορεύω*: *digo algo diferente*— a lo que parece decir la letra.

Este principio conduce indefectiblemente al peligro consiguiente de que algunas de esas interpretaciones dependan de la arbitrariedad del comentador. Ese es el gran reproche que los detractores de Orígenes han esgrimido una y otra vez para descalificarlo.

No han faltado, sin embargo, defensores de este método exegetico. Por ejemplo, Henri de Lubac, en su monografía sobre la exégesis de Orígenes¹¹, mantiene la tesis de que en ella hay algunos grandes principios y un par de ideas básicas que garantizan su objetividad. Más recientemente, K. J. Torjesen¹² ha llegado a la conclusión de que en el fondo de toda su exégesis está presente, como un elemento unitario,

10. Esta necesidad de comprender el verdadero sentido de la Revelación aparece desde el principio en las homilías que aquí nos ocupan –1, 6–, y otro tanto cabe decir de la distinción entre los diferentes niveles de ese sentido: 2, 2; 5, 2; 7, 4-5; 11, 1; 12, 2-3; 14, 6; 16, 4-8; 18, 1; 19, 5; 20, 2.

11. Cf. LUBAC, H. DE, *Geist aus der Geschichte. Das Schriftverständnis des Origenes*, Einsiedeln 1968.

12. Cf. TORJESEN, K. J., *Hermeneutical procedure and theological method in Origen's exegesis*, Berlín/Nueva York 1986.

el proceso platónico de la ascensión mística del alma hasta Dios.

Según este último, Orígenes está convencido de que es el mismo *Lógos*, la palabra inspirada al escritor sagrado, el que purifica al lector o al oyente actual en el primer grado de interpretación y quien le proporciona conocimiento y unión respectivamente en el segundo y tercer escalón de ese proceso.

Sin embargo, siempre según Orígenes, hay una gran diferencia entre la exégesis del Antiguo y la del Nuevo Testamento, porque mientras que en la primera el alma progresa y se dispone a participar de la doctrina que otros —pueblo, salmista, profetas— han recibido del *Lógos*, en la del Evangelio se encuentra directamente con Él.

En definitiva, lo que para Orígenes cuenta es la fuerza de la gracia contenida en la palabra, que el lector experimenta tanto más cuanto más penetra en su sentido profundo, espiritual. Por eso, la intención última de la actividad exegética de Orígenes consiste en edificar a sus oyentes o lectores de manera que su conducta se impregne cada vez más de la letra y sobre todo del espíritu de los libros sagrados. De ahí sus continuos interrogantes al texto mismo, con los que inicia una buena parte de las homilías¹³.

3. La espiritualidad de las homilías: su cristocentrismo

Lo primero que llama la atención al lector de esta obra es su profunda piedad cristológica. El autor está convencido de que la Encarnación del Verbo es el quicio sobre el que gira la historia de la humanidad. La venida al mundo de Jesús ha aportado un enriquecimiento inesperado al cielo y a la tierra, hasta el punto de que los patriarcas y los profetas han conocido la liberación de sus enemigos gracias

13. Véase, por ejemplo, 9, 1; 15, 1.

a la promesa de la redención mesiánica, que tiene su expresión sensible en las teofanías del Antiguo Testamento¹⁴. Y ese beneficio afecta a cada alma que cumple las condiciones requeridas para aprovecharlo¹⁵.

Orígenes cree con firmeza que Cristo está presente en los fieles que lo escuchan¹⁶. A ese Cristo hay que buscar¹⁷, a ese Cristo hay que seguir¹⁸, hay que tomarlo en las manos, rodearlo con los brazos y encerrarlo en el corazón¹⁹.

Atribuye al Jesús del evangelio una serie de títulos –Cristo, Dominador, Hijo, Jesucristo, Justicia, Palabra, Pastor, Sabiduría, Señor, Ungido, Verbo, Verdad– que lo designan como Salvador: es el Liberador²⁰, sobre todo del pecado²¹; es el médico de las almas²², el actual maestro de la Iglesia²³, el portador de la paz²⁴, el centinela²⁵. Debemos imitar su obediencia²⁶. Orígenes siente el nombre de cristiano como un título honorífico de un profundo significado²⁷, y el nombre de Jesús como un nombre glorioso, dignísimo de toda adoración y culto²⁸.

Para él, el estudio de la Escritura no es otra cosa que la búsqueda de Jesús²⁹, y contemplarlo significa obtener la salvación³⁰. Por último, la Iglesia es el lugar donde Jesús está presente³¹ y a quien dirige sus plegarias³².

14. Cf. 10, 3-4.

15. Cf. 12, 1.

16. Cf. 6, 9; 18, 3; 20, 3; 32, 6.

17. Cf. 18, 2.

18. Cf. 19, 4; 29, 7; 34, 9.

19. Cf. 15, 2.

20. Cf. 15, 1; 32, 4.

21. Cf. 30, 4.

22. Cf. 13, 2.

23. Cf. 32, 2.

24. Cf. 13, 3.

25. Cf. 34, 5.

26. Cf. 20, 5.

27. Cf. 16, 6.

28. Cf. 14, 2.

29. Cf. 19, 5.

30. Cf. 1, 4.

31. Cf. 19, 5.

32. Cf. 15, 5. Esta afirmación es compatible con el pasaje del tratado *De oratione* 15, 4, en el que Orígenes, a propósito de la oración litúrgica, escribe que no se dirige a Jesús, sino al Padre. De hecho, en estas homilías se afirma repetidas veces la unidad entre el Padre y el Hijo: cf. 25, 8; 34, 8.

4. Piedad mariana

Otro rasgo característico de estos textos es la piedad mariana del predicador. Para Orígenes la virginidad de María antes del parto está fuera de toda duda³³, ensalza su humildad³⁴, ve en ella una profetisa³⁵, habla del dolor de su corazón, traspasado por una espada³⁶, pero no la exime de la necesidad de salvación por medio de su Hijo: también ella conocerá el puñal de la incertidumbre y sus pensamientos se agitarán de un lado a otro cuando vea a Jesús padecer en la cruz³⁷ y aún en otros momentos de su existencia³⁸.

Esta ortodoxia radical es compatible con algunas expresiones en las que parece poner en duda algún dogma mariano, sobre todo el de la virginidad en el parto³⁹, si bien se explican teniendo en cuenta su deseo de acentuar el hecho de la Encarnación. En frontal oposición a las tesis docetistas, que ponían en duda la perfecta naturaleza humana de Jesús, Orígenes tiene un particular interés en describir la normalidad de su nacimiento⁴⁰.

También san Juan Bautista desempeña un papel importante en cuanto precursor del Mesías, no solo en la historia general de la salvación, sino también en la de cada hombre. Por eso aparece una y otra vez en estas homilías, no solo en torno a los textos del Evangelio en los que se narran su

33. Cf. 6, 4.

34. Cf. 8, 4.

35. Cf. 8, 1.

36. Cf. 17, 6.

37. Cf. 17, 7. Esta interpretación, compartida por algunos Padres de la Iglesia —Basilio, Cirilo de Alejandría, Teodoto de Ancira— ha sido rechazada en la Iglesia, al menos a partir de la teología medieval de Duns Scoto y Tomás de Aquino.

38. Por ejemplo, cuando busca en el nacimiento de Juan Bautista la confirmación de su parto milagroso: cf. fragmento 29.

39. Cf. 14, 8.

40. La misma intención persigue Tertuliano en sus obras *Contra Marción* 3, 11; 4, 21 y *De carne Christi* 4; 20-23. Sobre las diferencias entre estos dos autores en lo referente a María, véase *Sources chrétiennes* 87, pp. 37-38.

nacimiento, su misión y su actividad en el desierto⁴¹, sino también cuando su figura sirve a Orígenes como punto de comparación y contraste con la de Jesús⁴².

5. Angelología

Gran papel representan para Orígenes los ángeles, tanto en la Iglesia como en el destino de cada alma. En primer lugar, siguiendo la tradición judeo⁴³-cristiana⁴⁴, distingue diferentes grupos en ellos: junto a los arcángeles⁴⁵, querubines y serafines⁴⁶, las virtudes y las potestades⁴⁷, habla del ángel custodio de cada hombre⁴⁸, de la iglesia en general⁴⁹, de cada iglesia⁵⁰ y hasta de cada pueblo⁵¹. Al mismo tiempo admite la existencia de espíritus malignos que disputan a los ángeles cada ser humano⁵².

No obstante, en algunos pasajes de estas homilías aparecen teorías que no coinciden con la angelología ortodoxa. El punto más conflictivo es el de la condena temporal de demonios y hombres pecadores, que serán redimidos al fin del mundo. Es verdad que defiende esta teoría sobre todo en

41. Cf. 4; 7; 8; 9; 10; 11; 21; 22; 23; 24; 25; 27 *passim*.

42. Cf. 18, 2; 21, 1. 4. 5.

43. En el Antiguo Testamento abundan las alusiones a los querubines, tanto en el Pentateuco como en los libros proféticos, y los serafines aparecen en Isaías.

44. Cf. por ejemplo los Hechos de los Apóstoles (Hch 12, 15), las cartas de san Pablo (Col 2, 10-15; Ef 1, 21) y san Pedro (1 P 3, 22) y el Apocalipsis (Ap cap. 2-3).

45. En 4, 4 aclara que tanto el nacimiento de Juan como el de Jesús fueron anunciados por un arcángel, pero en esa misma homi-

lía, en la que comenta el primero, y en la sexta donde habla del segundo, emplea el término «ángel» para hablar de Gabriel, como el Evangelio.

46. Cf. 3, 2.

47. Cf. 23, 7. 9.

48. Cf. 23, 8; 35, 3.

49. Cf. 34, 8.

50. Cf. 13, 6.

51. Cf. 12 *passim*. Esta creencia en que cada nación tenía una divinidad protectora estaba muy difundida en el mundo pagano, no solo entre el pueblo, sino en la filosofía de corte neoplatónico.

52. Cf. 13, 6; 35, 3.

su tratado *De principiis*⁵³, pero también asoma en estas homilías⁵⁴.

Asimismo, y tomando elementos de documentos anteriores, como el *Pastor* de Hermas⁵⁵, asegura que cada hombre tiene a su disposición un ángel guardián⁵⁶, pero en algunos otros textos parece ser partidario de la idea de que no merecen su asistencia los paganos⁵⁷ ni quienes llevan una conducta indigna del nombre de cristianos⁵⁸.

Al mismo tiempo hay en cada ser humano un ángel del mal⁵⁹, que ejerce su influjo pernicioso sin llegar a destruir el libre albedrío⁶⁰.

Finalmente, en la homilía 13, apoyándose en textos revelados como los del libro del Apocalipsis, expone sus ideas sobre el papel de los ángeles en la protección de las diferentes iglesias, para concluir que de cada una de ellas cuida a la vez un ángel y un obispo⁶¹.

6. Las virtudes

Junto a estos modelos e intercesores es fundamental para Orígenes dejar bien sentado el papel fundamental que desempeñan las virtudes y el empeño por conseguirlas en el destino eterno del cristiano. En general, consisten en la

53. Cf. I 7. Por el contrario, la Patrística ha defendido unánimemente que el pecado de los ángeles tuvo los mismos efectos definitivos que la muerte para cada hombre.

54. Por ejemplo, en 35, 4.

55. Cf. 36, 1-3.

56. Cf. 12, 4; 35, 3.

57. Cf. *Hom in Num* 20, 3; 24,

3. *Hom in Ez* 1, 7.

58. *De prin* II 10, 7.

59. Cf. 35, 5. Sin atribuir a

Dios la causa del mal, ya Filón asegura que en cada alma, desde su nacimiento, se infiltran dos potencias, una saludable y otra perniciosa. Cf. FILÓN, *Quaest in Exodum* 1, 23.

60. No se debe olvidar que este tema, de suma importancia para Orígenes, fue analizado detenidamente en su tratado *De principiis*, sobre todo al inicio del libro III.

61. Cf. 13, 5.

identificación con Cristo⁶² y llevan al endiosamiento del hombre⁶³.

Dentro de las teologales, la fe es la que aparece con más frecuencia en estas homilías: constituye la base indispensable para todo⁶⁴; cuando es auténtica, se refleja e influye en la conducta; quien no la tiene, da crédito solo a los signos que puede apreciar por los sentidos⁶⁵; quien la vive, se salva⁶⁶. Por más que sea una necesidad para los no creyentes⁶⁷, en realidad es un don de Dios que arrastra a quien lo recibe, incluso contra su voluntad⁶⁸, transforma su vida⁶⁹ y lo hace merecedor de los favores divinos⁷⁰. El bautismo marca el acceso a la vida como creyente⁷¹, si bien no nos libera de la lucha contra el adversario, que nos acompaña de continuo⁷².

Habla de la esperanza en el contexto de la resurrección de los cuerpos⁷³ y de la caridad y su medida en relación con el amor que Dios y Cristo han mostrado por los hombres⁷⁴.

Como no podía ser de otra manera, según lo que hemos dicho, Orígenes ve realizadas en María las virtudes cardinales por las que todo cristiano debe afanarse⁷⁵. También son importantes la humildad, en la que María es asimismo modelo⁷⁶, y la limpieza de corazón⁷⁷.

El origen de todo progreso interior hay que ir a buscarlo en el Espíritu Santo⁷⁸, que los fieles reciben en diferente

62. Cf. 8, 3.

63. Cf. 29, 7.

64. Cf. 1, 3.

65. *Ibid.*

66. Cf. 7, 5.

67. *Ibid.*

68. Cf. 7, 6-7. Esta idea no tiene nada que ver con la negación del libre albedrío, sino más bien con lo que la teología mística denomina gracias eficaces, que operan en el hombre por encima de su

voluntad.

69. Cf. 22, 1.

70. Cf. 33, 4.

71. Cf. 26, 3.

72. Cf. 22, 2; 23, 4; 35, 5; 36, 4.

73. Cf. 17, 4.

74. Cf. 22, 1. 8; 25, 1. 6. 8.

75. Cf. 8, 4; 35, 9.

76. Cf. 8, 4.

77. Cf. 3, 3.

78. Cf. 11, 1.

medida según sus disposiciones interiores, es decir, de acuerdo con su capacidad de recepción⁷⁹.

7. *La tentación y el pecado*

Naturalmente, la tentación y el pecado ocupan un lugar relevante en estas homilías, a tenor del relato evangélico que comentan. Las tentaciones de Cristo aparecen ante nuestros ojos como modelo tanto de los métodos que emplea el demonio como del modo de superarlas⁸⁰. Entre los primeros sobresale el mal empleo y parcial interpretación de la Sagrada Escritura⁸¹; para lo segundo es imprescindible mantener la visión sobrenatural⁸², porque los ojos de la carne no son suficientes⁸³.

El demonio aparece en primer plano ante todo en la escena de las tentaciones. En ellas se pone de manifiesto, por una parte, su poder limitado, y por otra, su carácter nocivo, caracterizado por su apariencia animal. En estas homilías es presentado ante todo como tentador o instigador al pecado⁸⁴ y es representado bien tomando él mismo la figura de diversos animales feroces⁸⁵, bien provocando que los hombres se transformen en ellos⁸⁶.

La ceguera interior es consecuencia del pecado⁸⁷, tema sobre el que Orígenes vuelve una y otra vez para constatar que la culpa es el dominio, el triunfo del demonio⁸⁸. Distingue entre pecado mortal y venial⁸⁹ y asegura que, así como la virtud aumenta la imagen de Dios en el alma humana, el pecado la empequeñece⁹⁰.

79. Cf. 29, 1.

80. Cf. 6, 5; 26, 4; 29, 2.

81. Cf. 31, 2.

82. Cf. 1, 4.

83. Cf. 16, 8.

84. Cf. 6, 5; 29, 3. 4. 6; 30, 1.
2. 3; 31, 1. 2. 3. 4. 5; 32, 1.

85. Serpiente (8, 3), dragón

(32, 1).

86. Leones (8, 3), dragones (8, 3), zorros (8, 3), machos cabríos (8, 3), serpientes (22, 6).

87. Cf. 16, 7-8.

88. Cf. 30, 3; 35, 5.

89. Cf. 35, 14.

90. Cf. 8, 2.

Quedan así delineados los rasgos más característicos de la teología origeniana en esta obra. Pero antes de pasar a analizar una de sus peculiaridades más marcadas, es decir, el papel de Jerónimo en la historia de su recepción, debemos decir algo sobre la fecha en que fueron pronunciadas estas homilías.

8. *Fecha de composición*

Hemos aludido ya a la frecuencia con que Orígenes predicaba. Todo hace suponer que lo hacía en presencia tanto de catecúmenos⁹¹ como de fieles ya bautizados. Por las alusiones que aparecen en ellas, es evidente que el texto original debe de proceder de una larga serie de homilías pronunciadas hacia el final de su vida, cuando residía por segunda vez en Cesarea, en un espacio de tiempo que abarcaría de dos a tres años.

En la fijación de esos años las opiniones de los especialistas difieren de un modo sustancial. Depende de cómo se interpreten las fuentes más fidedignas: Eusebio de Cesarea y san Jerónimo.

Según la *Historia eclesiástica* del primero (260-340)⁹², por una parte Orígenes comenzó a predicar en la iglesia solo a partir de su estancia en Cesarea, ciudad en la que vivió dos veces: la primera en 216 y la segunda desde de 231/233 y hasta su muerte, y por otra, solo se permitió poner por escrito esas homilías a partir de sus sesenta años cumplidos, es decir, en 245.

Por lo que dice Jerónimo en su introducción a la traducción al latín de estos escritos, en ellos Orígenes no es aún el hombre maduro o el serio anciano, sino el niño que hace sus primeros pinitos en este género literario.

91. Cf. 7, 8; 21, 4; 22, 6; 32, 6.

92. VI 19, 16.

Con estos datos, ciertamente imprecisos, los editores más recientes, contra la opinión de las primeras ediciones críticas, que se inclinaban por situarlas en la primera estancia en Cesarea, alrededor de 216⁹³ –sin descartar que procedieran de su segunda época en la misma ciudad– son partidarios de datarlas en este segundo período, es decir, entre los años 233-234⁹⁴.

9. La técnica literaria

Como pieza oratoria, la homilía de Orígenes se nos presenta como una composición viva y personal en la que es frecuente, por una parte, la interpelación a los oyentes para reclamar su atención, y por otra, la confesión de su propia actitud ante el texto que comenta.

Esto ocurre de ordinario en lo que hemos llamado el cuerpo de la homilía, que se presta a ese tipo de incisos sin que se pierda el hilo del razonamiento exegético. Ejemplos de interpelación a los oyentes se encuentran en 7, 7; 21, 4; 22, 6; 32, 6. Y él mismo se introduce de modo personal en el tema de su exposición cuando, al comentar la actividad docente de Jesús en la región de Galilea, tras haber constatado que esa tarea se continúa ahora en todo el mundo en las asambleas cristianas, pide a los oyentes que recen por él a fin de que se convierta en un buen instrumento de evangelización⁹⁵.

93. RAUER, M., *ob. cit.* p. VIII.

94. Véanse las Introducciones a las ediciones de CROUZEL, H. - FOURNIER, F. - PÉRICHON, P. (pp.

79-81) y de SIEBEN, H.-J. (pp. 28-31).

95. Cf. 32, 2.

II. LA TRADUCCIÓN DE JERÓNIMO

Ya durante su vida (185-253/54) fue Orígenes un teólogo discutido, pero tras su muerte se convirtió en objeto de debate, hasta el punto de que a principios del siglo IV dos amigos suyos, Pánfilo y Eusebio, se vieron en la obligación de defenderlo y redactaron un escrito en seis volúmenes que se ha perdido en su mayor parte⁹⁶. Los ataques contra él, fundados en la acusación de haber sido padre del arrianismo condenado en el concilio de Nicea (325), se recrudecieron a lo largo de ese siglo, caracterizado por el gradual reconocimiento del cristianismo como religión oficial del estado y la consolidación de la ortodoxia frente a las herejías cristológicas y trinitarias.

En este clima surgió la primera fase (393-404) de la polémica sobre nuestro autor, que tuvo sus puntos culminantes en la prohibición de sus escritos por parte de un sínodo en Egipto, el papa Anastasio I y un edicto imperial entre los años 400 y 402.

Pues bien, justo un año antes de que surgiera este conflicto que provocaría la desaparición de buena parte de la obra Orígenes, Jerónimo —que a lo largo de su vida se convirtió, de entusiasta partidario en acérrimo enemigo del autor alejandrino— emprendió la traducción de estas homilías sobre el Evangelio de san Lucas del griego al latín.

Se da además la feliz circunstancia de que la precedió de una introducción en la que este padre de la Iglesia da información sobre muchos detalles de este trabajo.

La introducción de Jerónimo es una especie de dedicatoria amplia en la que el traductor da explicaciones sobre

96. Esta *Apología de Orígenes* fue escrita en su mayor parte (cinco libros) por el primero de ellos, mártir († 309-310), y completada

con un libro más por su discípulo Eusebio. Solo conocemos el primer libro, en una traducción al latín de Rufino.

los motivos que lo llevan a emprender esa tarea y la situación en que se encuentra en ese momento. Al mismo tiempo proporciona una serie de informaciones útiles, como veremos a continuación.

1. Destinatarias

Jerónimo emprende este trabajo a instancias de dos damas de la nobleza romana que habían asistido a las conferencias que el santo dirigió entre 382-385 en la casa de Marcela en el Aventino romano: Paula y Eustoquio.

La primera de ellas había nacido en Roma en 347 y procedía de una familia noble. Se casó a los quince años con un senador de la misma alcurnia, del que tuvo cinco hijos. Al quedarse viuda dieciséis años después, se unió al círculo de Marcela y, en 385, tras haber repartido el patrimonio familiar, formó parte del grupo que acompañó a Jerónimo hasta Palestina y Egipto antes de que se estableciera en Belén. Una vez allí y hasta su muerte, el 26 de noviembre de 404, fue la directora del monasterio de este lugar tan lleno de significado para la comunidad cristiana⁹⁷. Tenía una exquisita formación literaria: poseía un profundo conocimiento del griego y era capaz de recitar los salmos en hebreo. De ahí también –aparte de su vida de asceta, cuyos excesos provocaron su muerte– su intensa relación con san Jerónimo, que despertó en ella el interés por Orígenes.

La segunda, hija menor de Paula, llevaba ya una vida monástica en una parte del palacio materno, formó parte del

97. El mismo constató por escrito sus méritos y virtudes en la epístola 108, una verdadera oración fúnebre que acaba con el epitafio: «Madre de Eustoquio, primera en el senado romano, imitó

la pobreza de Cristo en los campos de Belén... Dejando hermano, parientes, la Roma patria, riquezas e hijos, es venerada en la gruta de Belén».

mismo séquito que siguió a Jerónimo, su padre espiritual, hasta Palestina y, a la muerte de su madre, asumió la dirección del monasterio. A ella está dirigida la famosa epístola 22, en la que el santo expone su ideario sobre la vida interior de las vírgenes consagradas a Dios, y otras muchas en las que se tratan diversos problemas de interpretación de la Sagrada Escritura.

También se alude en el prólogo a Blesila, hermana mayor de Eustoquio, cuya muerte en 384 había brindado a Jerónimo la oportunidad de componer un elogio a sus virtudes⁹⁸.

No era la primera vez, por lo que se expone en este texto, que el traductor acomete una tarea de este porte a instancias de sus discípulas. Ese parece haber sido también el marco en el que surgieron los comentarios al *Eclesiastés*, a la carta a los Efesios, al libro de Isaías y al de Ezequiel.

Pero la introducción que ahora nos ocupa sirve también para aludir tanto a obras exegéticas que han desaparecido —entre ellas, tres comentarios a san Mateo, escritos por Hilario de Poitiers, Victorino, mártir y obispo de Pettau a principios del s. iv, y posiblemente, aunque no se puede afirmar con seguridad, por Fortunato de Aquilea—, como a otra que ha llegado hasta nosotros: el comentario a san Lucas de Ambrosio de Milán.

2. *Jerónimo y Ambrosio*

Es conocida la falta de simpatía que Jerónimo siente hacia Ambrosio. Se ha escrito y especulado mucho sobre los motivos de esta actitud, que sin duda se basa en el enfrentamiento real de ambos en asuntos de política eclesiástica

98. Cf. *Epístola* 39.

—elección del sucesor de Dámaso I en 384— y en el fondo surge posiblemente de la mezcla de recelo y suficiencia del intelectual frente al hombre de acción cuando ve cómo este se introduce en su terreno. Así es como parece que entiende el eremita la actividad literaria del obispo.

Lo cierto es que no desaprovecha ninguna oportunidad de lanzar desde Belén sus dardos contra Milán. Ya en 387, una vez establecido en el lugar del nacimiento de Cristo, había traducido el tratado sobre el Espíritu Santo de Dídimos, sin escatimar denuestos a la obra que Ambrosio había escrito sobre ese tema y sobre el mismo modelo⁹⁹.

Cuatro años más tarde, en 391, publicó Ambrosio sus homilías sobre el Evangelio de san Lucas, y Jerónimo se apresuró a demostrar una vez más que el obispo milanés se adornaba con plumas multicolores ajenas a pesar de que él mismo era un pajarraco negro. Sin citarlo, se imagina que es un cuervo de mal agüero, sombrío y tenebroso, que, como un arrendajo vestido con las plumas de un faisán, disimula su indignidad bajo las riquezas de Orígenes.

Aún en la epístola 84, dirigida a Pamaquio y Océano en 399, califica de compilación de obras anteriores, concretamente de Orígenes, Hipólito y Basilio, el tratado ambrosiano sobre *Los seis días de la creación*¹⁰⁰.

3. Obras de Orígenes citadas en la introducción

Este texto es también una fuente de información sobre otras obras de Orígenes. Concretamente, Jerónimo menciona 26 tomos sobre Mateo, 5 sobre Lucas y 32 sobre Juan. El término «tomo» recoge la denominación que Orígenes mismo da a sus obras de exégesis más sistemáticas, mientras que los tratados y las homilías, dedicados a la instrucción

99. Cf. MIGNE, J.-P., PL 23, 108-109).

100. Cf. JERÓNIMO, *Epístola* 84, 7.

de los fieles o de quienes, como catecúmenos, se disponen a serlo, tienen un carácter más sencillo¹⁰¹.

4. Obras de Jerónimo

Al emprender esta traducción, Jerónimo debe dejar de lado –siempre según el prólogo– otros trabajos que tiene entre manos. Concretamente, las *Cuestiones hebreas*¹⁰², expresión con la que alude posiblemente no solo al libro que lleva ese título –una introducción a la lectura del Génesis en la que analiza las etimologías de los nombres hebreos, teniendo en cuenta comentarios anteriores–, sino también a otros de contenido análogo en los que estaba trabajando entre 387-389, como el *De nominibus hebraicis*¹⁰³ y el *De situ et nominibus locorum hebraicorum*¹⁰⁴.

5. Fecha de composición

Por los datos que aparecen en el prólogo resulta fácil precisar el momento en que Jerónimo tradujo estas homilías: después del comentario de Ambrosio y antes de que aparecieran las *Quaestiones hebraicae*. El primero debió de estar acabado, según los indicios más recientes, no antes de 391, y las segundas habrían sido publicadas en ese mismo año o al siguiente. Por tanto, nos movemos dentro de un período muy corto, lo cual no es extraño dada la brevedad de las homilías que nos ocupan. Puede asegurarse, pues, que Jerónimo se dedicó a esta tarea en Belén a lo largo del año 391.

101. Este catálogo no coincide con el que incluye en la *Epístola* 33, en la que habla de 25 sobre Mateo, 15 sobre Lucas y 32 sobre Juan. De todos ellos solo una pe-

queña parte nos es conocida.

102. Cf. PL 23, 935-1010.

103. Cf. PL 23, 771-858.

104. Cf. PL 23, 859-928.

6. Carácter y número de las homilias

Jerónimo traduce 39. Las 33 primeras explican de un modo seguido y sistemático los primeros capítulos del Evangelio hasta 4, 27, si bien con algunas lagunas; por ejemplo, entre la sexta y la séptima falta el comentario a los versículos I 32-38, en los que el ángel explica a María el nacimiento virginal de Jesús¹⁰⁵.

Sin embargo, a partir de la 34 encontramos tan solo seis comentarios más a pasajes salteados del resto del Evangelio, sea porque estos han sido los únicos que se han conservado, sea porque fueron precisamente los que Orígenes consideró dignos de ser comentados en su predicación. Sin olvidar que pudo ser Jerónimo quien practicó esta selección, por falta de tiempo o por considerarlos como los únicos dignos de ser traducidos.

Íntimamente ligada a este punto está la discusión sobre la actitud de Jerónimo ante el texto original y su consiguiente fidelidad en su papel de traductor. Por suerte, contamos con una amplia declaración de principios del propio autor en su famosa epístola 57, dirigida a Pamaquio y titulada *De optimo genere interpretandi*, una especie de autodefensa ante las críticas a su infidelidad a la hora de traducir.

Más allá del motivo puntual que provocó ese escrito¹⁰⁶, en él explica Jerónimo que la tarea del traductor consiste en trasladar a otra lengua, «no palabra por palabra, sino sentido por sentido»¹⁰⁷. El traductor, según él, debe respetar el

105. Se plantea la cuestión de si fue Jerónimo quien prescindió de ese pasaje, teniendo en cuenta lo que ya hemos dicho a propósito de la actitud de Orígenes ante la virginidad de María.

106. Se trataba de una carta de

Epifanio de Chipre a Juan de Jerusalén que Jerónimo había traducido para uso privado de este último, que no sabía griego.

107. *Non verbum e verbo sed sensum de sensu*: JERÓNIMO, *Epístola* 57, 5.

sentido del original, pero manteniendo la libertad en la forma, puesto que escribe una obra de arte en la que debe atender a la pureza de su propia lengua y a la corrección del estilo. Y esta actitud sirve tanto para la literatura profana¹⁰⁸ como para los libros sagrados.

A este respecto, el que más nos afecta aquí, Jerónimo, tras aportar testimonios de autores contemporáneos¹⁰⁹, añade gran cantidad de ejemplos en los que se ve cómo difieren entre sí los relatos evangélicos según se lean en la versión hebrea, la de los Setenta o la Vulgata, para concluir que con ello no quiere acusar a sus autores de falsedad, como hacen los impíos Celso, Porfirio y Juliano¹¹⁰, sino obtener de sus detractores la misma indulgencia que *velint nolint* deben mostrar ante esas inexactitudes¹¹¹ y variantes¹¹².

108. Pone como modelo a los clásicos latinos Plauto, Terencio, Horacio y, sobre todo, Cicerón, quien, al traducir al latín los discursos insignes de dos oradores atenienses –Esquines y Demóstenes– en una causa judicial que les opuso, lo hace no *ut interpretes, sed ut orator*, es decir, no palabra por palabra, sino manteniendo el genio y la fuerza del original pero a la vez atendiendo a las leyes de la prosa artística latina.

109. La declaración de Evagrio en el prólogo de su traducción al latín de la *Vida de Antonio* de Atanasio o las de Hilario de Poitiers (~315-367) –a quien llama el Confesor en honor a su destierro por culpa de su oposición al arrianismo– a sus traducciones al latín de la homilías sobre el libro de Job y sobre los salmos

110. Sobre las críticas de esos autores a los relatos escriturísticos, véase LÓPEZ KINDLER, A., *Zeus vs. Deus*, Madrid, 2011.

111. Ejemplos de inexactitudes se encuentran en Mateo 27, 9-10, cuando cita a Jeremías por Zacarías; en Marcos 1, 1-3, que funde las profecías de Isaías y Malaquías en una sola; y 2, 25-26 cuando dice que David entró en el templo y comió los panes de la proposición bajo el sacerdote Abiatar en vez de Aquimelec, como aparece en 1 R 22, 18.

112. Muestras claras de esa discrepancia entre las tres versiones se encuentran sobre todo en aquellos pasajes del Nuevo Testamento que contienen citas del Antiguo. Por ejemplo, Mateo –2, 5-6. 15. 23; 26, 31; 27, 46–, pero también Marcos 5, 41, Juan 19, 37, Lu-

Esa larga exposición¹¹³ sirve a Jerónimo para demostrar que tanto los apóstoles como los evangelistas, al traducir e interpretar el Antiguo Testamento, han buscado su sentido, no sus palabras y que no se han preocupado excesivamente por los términos o la construcción de las frases, dado que estaba clara la comprensión del texto.

Frente a esta apología que de sí mismo hace, no se puede ignorar la actitud polémica de su detractor Rufino de Aquilea (~345-410), que le reprochaba seleccionar pasajes y sobre todo cambiar el sentido del texto original¹¹⁴.

En general, la opinión de los especialistas es hoy día mucho más positiva que la de Rufino, hasta el punto de que M. Rauer, el primer editor moderno de este texto en 1930, afirma con seguridad que «se le puede brindar confianza, muestra el estilo fluido y flexible propio de un intérprete experto y es fiel al original, tanto en la letra como en el sentido»¹¹⁵.

cas —en Hch 7, 14-16— y Pablo en 1 Co 2, 8-9. Se da incluso el caso de que Pedro —1 P 2, 7— y Pablo —Rm 9, 33— utilicen una misma cita de Isaías 64, 4 en el mismo sentido, según la versión hebrea, dejando de lado la Septuaginta, que traduce de manera diversa.

113. Cf. *Epístola* 57, 6-11.

114. Cf. RUFINO, *Apología adversus Ieronimum* 2, 31. Ese texto, tras referirse a dos pasajes concretos de las homilías 4 y 8 en los que le reprocha haber añadido y suprimido algo, acaba así: «En tus traducciones no te has privado de estos y mil otros errores análogos, tanto en estas mismas homilías como en las de Jeremías, Isaías y sobre todo Ezequiel».

115. Cf. RAUER, M., *o. cit.* p.

xv. Llega a esta conclusión tras haber demostrado que el traductor Jerónimo no tiene inconveniente en mantener tal cual algunos de los errores doctrinales en los que Orígenes ha incurrido, como la transformación de los bienaventurados en ángeles (39, 2), las deficiencias en la fe de María de las que ya hemos hablado (17, 7) o la necesidad de purificación por parte de Jesús (14, 3). Tampoco deja de constatar que existen discrepancias entre la traducción de Jerónimo y los fragmentos de las homilías de Orígenes que nos son conocidos a través de otras fuentes. Pero, después de examinar una decena de pasajes —cf. pp. xvii-xxviii— llega a la conclusión de que Jerónimo ha dejado de lado textos insignificantes.

Hay que decir, sin embargo, que Jerónimo en este caso no se limita a reproducir el texto original, sino que una y otra vez se permite introducir sus conocimientos y hasta sus puntos de vista a propósito de los pasajes que traduce. Unas veces es ostensible su modo de proceder, como al constatar que conoce versiones del Evangelio de san Lucas en las que el Magnificat lo pronuncia Isabel¹¹⁶, y otras se puede presumir fundadamente que introduce su mano sin que apenas se note: este es el caso de las alabanzas a la vida en el desierto, que compara con la de los ángeles, pensando sin duda en la vida monástica que Orígenes no llegó a conocer¹¹⁷.

7. La recepción de las homilías

Ante todo hay que advertir que esta obra de Orígenes —como muchas otras suyas— está poco documentada por culpa de la ya aludida polémica en que se vio envuelto desde principios del s. iv. Es verdad que tanto Ambrosio como Jerónimo han trabajado sobre el texto original, pero este ha llegado hasta nosotros solo de modo fragmentario a través de comentarios o cadenas de cuya descripción pormenorizada prescindimos aquí.

Es necesario por tanto distinguir entre la recepción de las homilías en griego de Orígenes, texto perdido, la de fragmentos griegos de ese mismo texto, llegados hasta nosotros a través de comentarios y cadenas, y la de la traducción de Jerónimo, que es el objeto de este volumen.

La transmisión de esta última, aunque es reducida, como acabamos de decir, presenta un rasgo distintivo: los manuscritos mejores y más antiguos contienen las 39, mientras que hay un grupo en los que faltan la 24, la 38 y la 39. Desde la edición de M. Rauer se han colacionado 13 manuscritos, divididos según ese criterio.

116. Cf. 7, 3.

117. Cf. 11, 4.

Entre los completos el más antiguo se encuentra en el *college* Corpus Christi de Cambridge y procede del siglo VIII-IX; hay otros repartidos entre Francia, Italia y Alemania, copiados entre los siglos VIII-IX y XV.

El segundo grupo, los defectuosos, tiene un origen más tardío, ya que ninguno es anterior al siglo XII. De esa época procede también uno que se encuentra en la Biblioteca Municipal de Troyes y presenta muchas particularidades por haber sido sometido a una profunda revisión por el copista.

El origen de todos ellos puede situarse, por tanto, en el siglo VIII en Inglaterra, y desde allí se habrían extendido al monasterio de Fulda y al norte de Francia con una derivación hacia Italia.

En cuanto a la transmisión del texto griego fragmentario, plantea muchos más problemas. Si por una parte permite acceder directamente a Orígenes, sin la mediación del latín de Jerónimo, por otra deja mucho que desear en lo que respecta a la seguridad de su procedencia —comentarios, escolios, cadenas— sobre todo cuando proceden de cadenas de autor desconocido que no se sabe con qué criterio ha recopilado y hasta qué punto es fiable en la designación de las fuentes que utiliza.

El mismo Max Rauer, en la segunda edición de estos textos griegos en 1959 —28 años después de la primera—, cambió su metodología y dio paso a un criterio restrictivo, que ha sido adoptado por los editores más recientes, como veremos más adelante en la Introducción a los fragmentos.

III. LA ACTITUD DE ORÍGENES Y JERÓNIMO ANTE LA LITERATURA PAGANA

Es conocida la actitud antagónica tanto de autores humanos y exégetas de la Sagrada Escritura frente a la litera-

tura profana, como la de los paganos cultos respecto a los libros que la tradición judeocristiana considera sagrados. Para los primeros, poetas, historiadores y oradores clásicos, cuando no propagan errores y verdades incompatibles con la nueva fe, se ocupan de temas menores, que no tienen nada que aportar a la riqueza inconmensurable de la palabra de Dios. Los segundos se escandalizan o al menos menosprecian la falta de belleza y el descuido en la presentación formal de los escritos revelados.

Estos campos bien definidos presentan, sin embargo, algunas fisuras que se van agrandando a medida que, por una parte, aumenta en la Iglesia el número de personas instruidas, y por otra, se van afinando las versiones de la Biblia y las explicaciones que predicadores bien formados presentan al pueblo y llegan a círculos cada vez más amplios de creyentes.

Ya en el s. II san Clemente de Alejandría comenzó a acercarse a la cultura pagana cuando repetidas veces en sus diversas obras se sirvió de citas de diferentes autores para demostrar que en ellos había elementos aprovechables porque eran fruto de la revelación natural que Dios ha concedido a todo ser humano. Y, como para justificar los préstamos de autores profanos que se han podido comprobar en el conjunto de sus obras —más de trescientas sesenta citas—, no tiene ningún inconveniente en detectar ya en la palabra revelada huellas de esa práctica. No ciertamente en los Evangelios, pero sí en los Hechos de los Apóstoles y en las epístolas.

En efecto, en tres pasajes de sus *Stromata* («Tapices», un género literario que consiste en dar respuesta a cuestiones de todo tipo) encuentra otros tantos rastros de autores paganos en versículos del Nuevo Testamento. En I 91, 5 Clemente llama la atención con razón sobre el hecho de que el discurso de Pablo en el Areópago (Hch 17, 28) contiene una cita de los *Phaenomena* de Arato. En I 59, 2 identifica la

alusión a los cretenses del Apóstol en Tt 1, 12, con un verso de Epiménides de Creta. Y finalmente en I 59, 4 señala que el verso que aparece en 1 Co 15, 33 procede de un autor de tragedias.

Esta enumeración no sería especialmente llamativa si no fuera porque Orígenes, que también había escrito un obra del mismo tipo que no ha llegado hasta nosotros, en la homilía 31, al poner de relieve que Pablo no duda en utilizar pensamientos de autores profanos para algunos pasajes de sus epístolas, aporta esos mismos ejemplos.

Es verdad que no hay más, pero no es pura coincidencia que ambos autores cristianos incidan en el mismo argumento. Su razonamiento es claro: si Pablo lo ha hecho, ¿por qué no imitarlo? Orígenes asegura textualmente:

«Pablo, para provecho de sus oyentes, no solo aduce el testimonio de las Escrituras, sino también el de libros profanos, cuando dice: “Los habitantes de Creta son siempre mentirosos, bestias dañinas, vientres perezosos», el de otro autor: “porque nosotros también somos de esa raza”, o incluso el de un escritor de comedias: “malas conversaciones corrompen las buenas costumbres”»: 31, 3.

La diferencia entre Clemente y Orígenes radica en la intención. Mientras que el primero actúa movido por su deseo de acercar el cristianismo a la cultura pagana, el segundo la utiliza como arma arrojadiza contra la herejía gnóstica. De ahí su conclusión: «Al tomar algún ejemplo de autores profanos, Pablo no me alejará de la doctrina sagrada porque, aunque haya tomado incluso las palabras de quienes no son nuestros, lo ha hecho para santificarlas».

Más afín a la actitud de Clemente es la postura de Jerónimo ante la literatura pagana. Ambos están a favor de su utilización por parte de los autores cristianos. La diferencia entre ellos viene impuesta por las circunstancias históricas en las que cada uno escribió. El alejandrino lo hizo en un momento en el que el cristianismo era un fenómeno margi-

nal y luchaba por lograr una homologación cultural en la sociedad pagana, mientras que el dalmata vivía en un mundo ya cristianizado en el que se podía reivindicar el derecho a servirse de todo lo que resultaba útil para la propagación de la fe. Ese es el tono que refleja la epístola 70, escrita entre 397-398 y dirigida al orador romano Magno:

«Me preguntas al final de tu carta por qué en mis obras introduzco de vez en cuando ejemplos tomados de la literatura profana y por qué mancillo la blancura de la Iglesia con la sordidez de los paganos. Te daré una breve respuesta»: 70, 1.

Y esa respuesta, que se extiende todo lo que permite la concisión obligada de una epístola, tras haber aludido a una larga lista de autores cristianos que, tanto en griego como en latín, han utilizado a autores profanos, concluye así:

«No te dejes engañar por la falsa opinión de que eso está permitido en las controversias con los gentiles, pero en otras disertaciones hay que ocultarlo, porque en realidad casi todos esos libros... rebosan de erudición y de doctrina»: 70, 6.

IV. LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Para este volumen hemos tenido presente, en primer lugar, la edición de J.-P. Migne (PG 13, 1800-1910), (PL 26, 229- 331), que reproduce la parisina del maurino Carolus de la Rue datada en 1740 y que, como todas las anteriores a la de Max Rauer, aporta pocas variantes a la primera de J. Merlín, publicada en 1512 en París.

Hemos manejado también la segunda edición de M. Rauer, aparecida en 1959, así como las más recientes, publicadas en la colección «Sources chrétiennes» de las Éditions du Cerf, n. 87, en 1962, y en las «Fontes christiani», 4/1, de la editorial Herder, en 1991, a saber:

– ORIGÈNE, *Homélie sur S. Luc*, Texte latin et fragments grecs. Introduction, traduction et notes par H. Crouzel, S. J., F. Fournier, S. J., P. Périchon, S. J. «Sources Chrétiennes», París, 1962.

– *Origenes in Lucam Homiliae, Homilien zum Lukasevangelium*, 2 vol. Übersetzt und eingeleitet von H.- J. Sieben S. J. Herder, 1991.

El primero de esos volúmenes introduce la división en párrafos dentro de cada homilía, que es el que nosotros seguimos, salvo incoherencias evidentes, como la primera frase del segundo en la homilía 38, que seguramente forma parte del primero.

En pos de sus huellas, pero reduciendo en buena parte las notas, H.- J. Sieben redactó decenios después la Introducción y realizó la traducción del volumen de Herder.

De estas tres últimas fuentes hemos tomado buena parte tanto de la Introducción como de las notas que hemos redactado para aclarar esta obra en la que han puesto su impronta dos de las firmas más representativas de la literatura patrística.

Se impone una última advertencia para ayuda al lector, a propósito de las ediciones de las obras de Orígenes que manejamos en las notas. Las citamos siempre que es posible de acuerdo con la numeración que aparece en la colección francesa «Sources chrétiennes»; para aquellas que aún no han sido editadas ahí, o no hemos podido consultar, recurrimos a la de J.-P. Migne, señalando el volumen y las columnas correspondientes.

V. LOS FRAGMENTOS

La sospecha de que la traducción de Jerónimo no sea completa, alimentada por la comparación con la obra de Ambrosio sobre el mismo tema y basada en los argumen-

tos que expusimos ya en la presentación inicial de este volumen, ha fomentado el deseo de reproducir en la medida de lo posible el texto original griego de esta obra. Y así se ha convertido en una tradición que en las ediciones modernas —en aras de ese legítimo deseo— se incluyan los fragmentos del original griego que han llegado hasta nosotros a través de diferentes canales.

Aunque publicaciones anteriores, por ejemplo la de J.-P. Migne, ya incluían algunos pasajes con este carácter, puede decirse que este intento comenzó de un modo exhaustivo con la obra de M. Rauer en 1931. En la segunda edición de esa investigación, fuertemente reelaborada, publicada en 1959¹¹⁸, el editor dividió esos fragmentos en dos categorías. La primera, que se correspondía exactamente con la traducción de Jerónimo, la colocó en paralelo al texto latino y consta de unos tres centenares de citas. La segunda, que añadió a dicha traducción, tiene hasta 257 nuevos textos en griego, que él considera auténticos y dignos de ser reproducidos, bien porque se corresponden de algún modo con la traducción de Jerónimo, o bien con la obra paralela de Ambrosio.

Mucho más restrictivo a este respecto ha sido el criterio seguido por las ediciones más actuales, que han recogido como fragmentos textos que no solo dan síntomas de autenticidad, sino que, por una parte, aportan detalles suplementarios a la traducción de Jerónimo y, por otra, son interesantes desde el punto de vista exegético y, además, típicos de Orígenes.

De acuerdo con esos principios han quedado reducidos a 91. Aun así, debe quedar claro que es muy difícil preci-

118. RAUER, M., *Origenes Werke IX, Die Homilien zu Lukas in der Übersetzung des Hieronymus und die griechischen Reste der Ho-*

milien und des Lukas-Komentars, Berlin², 1959. Esta es la versión que nos ha servido de base para la presente traducción.

sar si estos textos proceden directamente de Orígenes, si corresponden a otras obras suyas, como el ya citado comentario al Evangelio de san Lucas que se ha perdido, o si se trata de epítomes sobre Lucas originales de otros autores, de escolios, de anotaciones rápidas a pasajes del Evangelio, recogidos por compiladores, autores de cadenas, etc., que tanto abundaron a lo largo de la Edad Media.

También hay que hacer notar que, aunque fueran de Orígenes, algunos de estos fragmentos se refieren a lugares paralelos de Mateo, por lo que no es posible calibrar si pertenecen más bien al comentario de este Evangelio, o incluso al de san Juan.

¿De dónde proceden esos fragmentos? Algunos de los que aquí traducimos están confirmados por hallarse reproducidos literalmente o estar estrechamente relacionados con pasajes paralelos en las obras de Eusebio de Cesarea —4. 17. 27—, Clemente de Alejandría —54. 78—, Atanasio —17—, Cirilo de Alejandría —27. 39. 42—, Basilio —43— y sobre todo Ambrosio —5. 6. 9. 11. 18. 36. 42. 43. 46. 60. 63. 65. 71. 72. 77. 80. 85—, quien, como ya hemos dicho, se inspira en esta obra de Orígenes para su *Expositio evangelii secundum Lucam*. En algunos casos, como puede comprobarse fácilmente, los lugares paralelos aparecen en varios de esos autores.

Pero la gran mayoría está tomada del *Comentario*, falsamente atribuido a Tito, obispo de Bozra del s. VI, que constituye la más antigua compilación conocida de comentarios de los Evangelios hechos por los Padres de la Iglesia.

De entre las cadenas de las que proceden otros fragmentos, destacan en primer lugar la de Cramer, compuesta alrededor del año 700 —de ella proceden unos veinte—, y la de Nicetas, que surgió en la segunda mitad del s. XI y se caracteriza por haber trabajado directamente sobre las fuentes.

En las páginas siguientes incluimos la traducción de esos 91 fragmentos, señalando la correspondencia de cada uno con la colección de fragmentos de la segunda edición de M.

Rauer, el texto del evangelio al que hace referencia y, cuando es el caso, el pasaje de la traducción de Jerónimo en el que se comenta el mismo tema. En nota a pie de página dejamos constancia de la fuente documental de la que procede, siempre que esta sea de un autor conocido y no una recopilación anónima de la época medieval.

Orígenes

HOMILÍAS
SOBRE EL EVANGELIO DE LUCAS

Comienza el prólogo de san Jerónimo, presbítero, a las homilías de Orígenes sobre el Evangelio de san Lucas.

JERÓNIMO A PAULA Y EUSTOQUIO

Hace unos días me dijisteis que habíais leído los comentarios de algunas personas a Mateo y Lucas. Uno de ellos era flojo en contenido y en expresión, el otro jugaba con las palabras, pero era aburrido en sus ideas. Por eso me habéis pedido que, para poder dejar de lado semejantes bagatelas, os comente al menos las treinta y nueve homilías sobre el Evangelio de san Lucas de nuestro Adamantino¹, tal como se encuentran en griego.

Es una tarea ardua, semejante a una tortura, porque se trata —como afirma Cicerón²— de escribir no según el propio gusto, sino el de otro; no obstante, me pongo a ello enseguida ya que no me pedís algo más costoso.

Porque ciertamente aquello que en Roma me pidió hace tiempo la bienaventurada Blesilla³ —traducir a nuestra lengua los veintiséis tomos de Orígenes sobre Mateo, los otros cinco sobre Lucas y los treinta y dos sobre Juan—, eso, como comprenderéis, está por encima de mis fuerzas, mi tiempo y mi capacidad de trabajo.

1. Este sobrenombre para Orígenes deriva, por una parte, de Adán, y por otra, del diamante, en el sentido de que esa piedra preciosa es indestructible.

2. Cf. M. T. CICERÓN, *Episto-*

lae ad familiares, VII, 1, 2.

3. La hija mayor de Paula, hermana de Eustoquia, que había sido introducida por Jerónimo en la vida monástica tras haber perdido a su marido.

¡Ved cuánto puede ante mí vuestro prestigio y vuestra voluntad! He dejado de lado por un tiempo los «libros sobre cuestiones hebreas»⁴ para dictar la traducción de una obra que en vuestra opinión es de provecho, pero que en cualquier caso —sea cual sea su calidad— no procede de mí, sino de otro.

Lo hago notar sobre todo porque a mi izquierda oigo graznar a un cuervo agorero que, de un modo grotesco, se adorna con las plumas multicolores de todas las aves, siendo él mismo negro como las tinieblas⁵.

Por tanto, confieso, antes de que él comience a poner pegajos, que Orígenes en estas homilías es aún como un niño que juega con los dados. Otras obras suyas tienen la seriedad del hombre anciano y maduro. Según la acogida que tenga, si puedo, si el Señor me permite traducir estos últimos escritos al latín y antes acabo la obra que he interrumpido, entonces podréis ver, o mejor reconocerá la lengua latina cuánta riqueza, que antes ignoraba, comenzará a conocer.

Aparte de esto, tengo la intención de haceros llegar dentro de unos días los comentarios a Mateo de Hilario, varón lleno de elocuencia, y del santo mártir Victorino —que ambos han editado con diverso modo de decir, pero con la misma inspiración del Espíritu—, para que no ignoréis cuán grande fue en otro tiempo entre los nuestros el celo por el estudio de la Sagrada Escritura⁶.

4. Se refiere a su obra *Quaestiones hebraicae in Genesim*.

5. Algunos ven aquí una alusión a Rufino (345-410), con quien Jerónimo se había enemistado ya a propósito de la polémica origenista, y otros —la mayoría— un ataque velado a la actividad literaria de Ambrosio de Milán, a quien nues-

tro autor tildó repetidas veces de servil compilador. Cf., por ejemplo, su famosa *Epístola* 84 a Pamaquio y Océano, a propósito del tratado ambrosiano *Los seis días de la creación*.

6. Sobre todas estas obras, véase lo que hemos dicho en la Introducción.

Fin del prefacio. Comienzan las treinta y nueve homilías de Orígenes sobre el Evangelio de san Lucas, traducidas al latín por Eusebio Jerónimo y pronunciadas en los días del Señor.

Comienza la primera homilía.

HOMILÍA I

Sobre el comienzo del Evangelio de san Lucas hasta el pasaje donde dice *escribir para ti, óptimo Teófilo* (Lc 1, 1-3).

1. Del mismo modo que antaño en el pueblo judío muchos se arrogaron el don de profecía y hubo algunos falsos profetas —uno de ellos fue Ananías, hijo de Azor¹—, mientras que otros eran profetas auténticos, y el pueblo tenía la gracia del *discernimiento de espíritus*², gracias a la cual unos eran aceptados entre los profetas mientras que otros eran arrojados como «cambistas muy experimentados»³, así también ahora en la Nueva Alianza «muchos intentaron» escribir Evangelios, pero no todos fueron aceptados⁴.

Vuestro conocimiento de que no solo se escribieron cuatro Evangelios, sino muchos, de los que fueron seleccionados y entregados a las Iglesias los que actualmente tenemos, procede del mismo proemio de Lucas, que dice lo siguiente: «Puesto que ya muchos han intentado ordenar el relato»⁵. La expresión «han intentado» contiene una latente acusación a quienes, sin la inspiración del Espíritu Santo, se han aventurado a escribir evangelios.

1. Cf. Jr 28, 1-17.

2. 1 Co 12, 10.

3. Expresión recogida por múltiples documentos y autores como palabra de Jesús, que por no estar

recogida en los Evangelios, recibe el calificativo de *agraphon*. Típico es el que aporta Pablo en Hch 20, 35.

4. Cf. 2 P 2, 1.

5. Lc 1, 1.

Ciertamente, Mateo, Marcos, Juan y Lucas no «han intentado» escribir, sino que, llenos del Espíritu Santo, han escrito Evangelios. Por tanto, «muchos han intentado ordenar el relato de aquellos acontecimientos que hemos conocido de un modo claramente manifiesto»⁶.

2. La Iglesia tiene cuatro Evangelios; la herejía, muchos⁷; uno de estos últimos está escrito «según los egipcios»⁸, otro «según los doce apóstoles»⁹. También Basílides osó escribir un evangelio y titularlo con su nombre¹⁰. «Muchos han intentado» escribir, pero solo cuatro Evangelios han sido aprobados, de los cuales debemos extraer las verdades sobre la persona de nuestro Señor y Salvador.

Conozco también un evangelio que se llama «según Tomás»¹¹, y otro «según Matías»¹². Y hemos leído también otros muchos, no vaya a ser que dé la impresión de que desconocemos algo de este tema a los ojos de quienes piensan que saben algo porque los conocen.

Mas entre todos estos escritos no reconocemos otra cosa que lo que reconoce la Iglesia, es decir: solo deben ser aceptados los cuatro Evangelios. Afirmo esto porque de entrada hemos leído: «Muchos han intentado ordenar el relato de todo lo que sucedió entre nosotros». Ellos se han es-

6. Orígenes marca la diferencia entre los «muchos» que han escrito y los «pocos» que lo han hecho de manera que cumplen las dos condiciones precisas para ser considerados canónicos: la inspiración del Espíritu Santo y la aceptación por parte de la Iglesia.

7. Cuando Orígenes habla de herejía se refiere sobre todo a los gnósticos Marción y sus discípulos, así como a Valentín, Basílides y su escuela. Cf. *Hom.*, 7, 4; 14,

4.7; 19, 2. En estas homilías no faltan alusiones puntuales a cada uno de ellos, como señalaremos en los lugares correspondientes del texto.

8. Cf. E. HENNECKE - W. SCHNEEMELCHER, *Neutestamentliche Apokryphen*, Tübinga, 1968^a, I pp. 109-117.

9. *Ibid.*, pp. 186-193. Se trata de un escrito gnóstico del s. II.

10. *Ibid.*, pp. 257-258.

11. *Ibid.*, pp. 199-223.

12. *Ibid.*, pp. 224-228.

forzado y «han intentado» escribir sobre sucesos que están ante nuestros ojos con toda claridad.

3. Lucas expresa su más íntima convicción cuando afirma: «están ante nuestros ojos con toda claridad», esto es, *πεπληροφορημένων*, que el latín no es capaz de traducir con una sola palabra. Porque con fe cierta y gracias a la razón había reconocido y no dudaba en absoluto si eso era así o de otra manera. Lo mismo ocurre a todos aquellos que han creído firmemente, han conseguido lo que el profeta pide y ruegan: *confírmame con tu palabra*¹³.

Por eso dice también el Apóstol, a propósito de aquellos que permanecían firmes y fuertes: *para que estéis arraigados y fundamentados en la fe*¹⁴. En efecto, si alguien está enraizado y apoyado en la fe, aunque se levante una tempestad, aunque soplen los vientos, aunque se derrame la lluvia, permanecerá inmovible; no caerá, porque su casa está edificada *sobre piedra*¹⁵, sobre una base sólida.

Mas no pensemos que a estos ojos carnales se les vaya a conceder la firmeza en la fe que proporcionan el espíritu y la razón¹⁶. Sea que quienes no tienen fe crean en señales y milagros que contemplan los sentidos humanos, pero el hombre fiel, prudente y fuerte debe seguir la razón y la Palabra para así distinguir lo verdadero de lo que es falso.

4. *Según nos lo han transmitido quienes desde el principio la vieron y fueron ministros de la palabra*¹⁷. En el Éxodo está escrito: *El pueblo veía la palabra de Dios*¹⁸. Es verdad

13. Sal 119, 28.

14. Ef 3, 17; Col 1, 23; 2, 7.

15. Mt 7, 25; Lc 6, 48.

16. Para Orígenes, ambas potencias radican en el alma: la *mens* es una participación en el *lógos* divino, mientras que la *ratio* (*nous*)

designa la parte superior del ser humano. Como explica a continuación, el hombre debe dejarse guiar por las dos.

17. Lc 1, 2.

18. Ex 20, 18.

que la voz se oye más que se ve, pero aquí está escrito así para mostrarnos que quienes merecen «ver la palabra de Dios» lo hacen con otros ojos. Es evidente que en el Evangelio no se contempla la voz, sino la palabra, que es más importante que la voz¹⁹. De ahí que aquí se diga: «Según nos lo han trasmitido quienes desde el principio la vieron y fueron ministros de la palabra».

Así pues, los apóstoles vieron a la Palabra, no porque habían contemplado el cuerpo del Señor, nuestro Salvador, sino porque habían visto al Verbo. Porque si la expresión haber visto a Jesús en su humanidad significara haber visto el Verbo de Dios, entonces Pilato —que condenó a Jesús— habría visto la palabra de Dios, y también habrían visto la palabra de Dios Judas, el traidor, y todos los que exclamaron: *¡Crucifícalo, crucifícalo, quita del mundo a semejante hombre!*²⁰.

¡No sea así, que un incrédulo haya visto la palabra de Dios! Ver la palabra de Dios es de tal trascendencia, que el Salvador dice: *El que me ve a mí, ve también al Padre que me ha enviado*²¹.

5. «Según nos han trasmitido los que desde el principio la vieron y fueron ministros de la palabra». Implícitamente las palabras de Lucas nos enseñan que el fin de determinadas doctrinas son ellas mismas, mientras que el de otras consiste en sus efectos. Por ejemplo, la ciencia de la geometría tiene fin en sí misma y en su doctrina.

Pero hay también otro tipo de ciencia cuyo fin exige la acción: por ejemplo, la medicina²². Es necesario que yo co-

19. La contraposición entre la voz (*vox*) y la Palabra (*sermo, verbum*) es un lugar común en la filosofía helenística y en la obra de Orígenes: cf. *Hom. in Ex.*, 13, 2; *Comm. in Io.*, 2, 32. Véase más adelante 21, 5.

20. Jn 19, 15.

21. Jn 14, 9.

22. Los estoicos empleaban con frecuencia comparaciones médicas, y algo análogo hacen muchos Padres de la Iglesia.

nozca la ciencia y las reglas de la medicina, pero no solo para saber lo que debo hacer, sino para hacerlo: esto es, para operar las heridas, prescribir un modo de vida moderado y exigente, detectar el calor de la fiebre en el pulso de las venas, o para, por medio de tratamientos periódicos, secar, mitigar y restringir un excesivo flujo de sangre.

Si uno se limitara a saberlo y no siguiera ninguna acción, su ciencia sería inútil. Análogo a lo que saber y actuar es en la medicina, es también el conocimiento y el ministerio de la palabra. Por tanto, está escrito «según nos lo han transmitido quienes desde el principio la vieron y fueron ministros de la palabra» para que nosotros entendamos que en el «los que vieron» se designa la doctrina y la ciencia, y en el «quienes fueron ministros» se alude a la acción²³.

6. *Yo también me he decidido a investigar a partir del inicio*²⁴. Insiste y repite que lo que va a escribir no lo conoce por rumores, sino que él en persona lo ha investigado desde el principio. Por eso lo alaba también con razón el Apóstol cuando dice: *Es elogiado en todas las iglesias por su Evangelio*²⁵. De ningún otro, salvo de Lucas, se dice y se transmite por escrito una expresión semejante.

*Yo también me he decidido a investigar a partir del inicio todo y a escribírtelo por orden, óptimo Teófilo*²⁶. Quizás piense alguno que Lucas ha escrito el Evangelio para un determinado «amigo de Dios» (Teófilo). En realidad, todos los que nos oís hablar, si sois personas tan buenas como para

23. Esta contraposición entre teoría (*doctrina, scientia*) y práctica (*opera*) también es típica del pensamiento estoico. Aunque no corresponda exactamente a esta distinción, en el lenguaje ascético cristiano se hará clásica la antítesis contemplación-acción, como se ob-

serva en el comentario a Lc 10, 38-42: Cf. *Fragmento 72*.

24. Lc 1, 3.

25. 2 Co 8, 18. En otros pasajes de sus epístolas Pablo cita a Lucas por su nombre: Col 4, 14; 2 Tm 4, 11; Flm 24.

26. Lc 1, 3.

ser amadas por Dios, sois «amigos de Dios» y para vosotros se escribe el Evangelio.

Y si uno es «amigo de Dios», es también «óptimo» y «fuerte en sumo grado», concepto que en griego se expresa de una manera más apropiada con el término κράτιστος. Ningún «amigo de Dios» es débil. Y del mismo modo que está escrito del pueblo de Israel, cuando salía de Egipto, que *en sus tribus no había nadie débil*²⁷, así también me atrevo yo a afirmar que todo aquel que es «amigo de Dios» es fuerte, porque tiene la fortaleza y el vigor tanto de Dios como de su palabra, para poder conocer la verdad de aquellas palabras con las que fue instruido y entender el sentido del Evangelio de Cristo, *a quien corresponde la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén*²⁸.

27. Sal 105 (104), 37.

28. 1 P 4, 11.

HOMILÍA II

Sobre el pasaje: *Eran ambos justos en la presencia de Dios e irrepreensibles caminaban en los preceptos y observancias del Señor* (Lc 1, 6).

1. Quienes quieren ocultar sus pecados tras una excusa, piensan que nadie está sin pecado y aportan el testimonio que está escrito en el libro de Job: *Nadie está limpio de inmundicia, ni siquiera si su vida sobre la tierra hubiera durado un solo día; sin embargo, es posible contar sus meses*¹. Pronuncian tan solo el sonido de estas palabras, pero ignoran por completo lo que quieren decir.

Les replicaremos brevemente que «estar sin pecado» en las Escrituras se entiende de dos maneras: una, no haber pecado jamás en absoluto; y otra, haber dejado de pecar. Por tanto, si dicen que se llama impecable a quien nunca pecó, también nosotros afirmamos que nadie está sin pecado, porque todos nosotros hemos pecado alguna vez, aunque después hayamos perseguido la virtud.

Pero si entienden la afirmación de que ningún hombre está sin pecado de manera que niegan que ese tal sea capaz de volver a llevar una vida virtuosa tras haber cometido errores, hasta el punto de no volver más a pecar, su opinión

1. Jb 14, 4-5.

es falsa. En efecto, puede suceder que uno que antes ha pecado, deje de hacerlo, y se dice de él que está sin pecado².

2. En ese sentido, también nuestro Señor Jesucristo *se ha organizado una Iglesia gloriosa, que no tiene mancha*³, no en el sentido de que un miembro de la Iglesia⁴ jamás haya tenido una mancha, sino porque trata de no mancharse en lo sucesivo; *que no tiene arrugas*⁵ no en el sentido de que en él no haya habido alguna vez las arrugas del *hombre viejo*⁶, sino porque ha dejado de tenerlas.

De esa misma manera hay que entender también lo que sigue: *a fin de que sea santa e inmaculada*⁷, no en el sentido de que haya sido «inmaculada» desde el principio —que su alma no haya estado nunca en pecado, eso ni siquiera se puede presumir de un hombre—, sino porque es tenida por pura y sincera aquella que ha cesado de ensuciarse más.

Decimos esto para explicar que un hombre puede ser calificado de «sin pecado» y «sin mancha» por el hecho de haber dejado de pecar. Por eso está escrito con toda claridad a propósito de Zacarías y de Isabel: *Eran ambos justos*

2. En estas frases Orígenes deja entrever la insuficiencia de su pensamiento. De una parte, no ha desarrollado en sus obras la doctrina del pecado original, transmitido por generación a todo hombre. De hecho, en sus *Hom. in Gen.* no toca ese tema, si bien se encuentran alusiones al sustrato de maldad —cf. *Princ.*, III, 1, 10— que hay en el corazón de todo ser racional. De acuerdo con esta idea, concluye correctamente que no se puede decir que un hombre haya sido impecable. Pero, por otra parte, parece defender aquí la teoría de

que, una vez bautizado, el cristiano es impecable, creencia que acreó durante siglos tantas dificultades en el uso de los sacramentos.

3. Ef 5, 27.

4. La expresión *vir ecclesiasticus* utilizada por Orígenes tiene un sentido genérico —miembro de la Iglesia—, pero bien definido, frente al pagano o al hereje. Véase más adelante, 16, 6. En 17, 10, sin embargo, habla de *dignidades eclesiásticas*.

5. Ef 5, 27.

6. Ef 4, 22; Col 3, 9.

7. Ef 5, 27.

*en la presencia de Dios e irrepreensibles caminaban en los preceptos y observancias del Señor*⁸.

3. Contemplemos con más atención la alabanza a Zacarías e Isabel que san Lucas escribe en su historia, no tanto para saber que ambos eran dignos de alabanza, sino para que, al imbuirnos de un santo celo, también nosotros seamos dignos de ser alabados. El Evangelista podría haber escrito simplemente: «ambos eran justos y caminaban en todos los preceptos», pero en este punto siente la necesidad de añadir, «ambos eran justos en la presencia de Dios».

Ciertamente, puede ocurrir que uno sea justo a la vista de los hombres pero no lo sea «en la presencia de Dios». Por ejemplo, soy justo «en la presencia de los hombres» cuando nadie puede decir algo malo de mí y, tras considerar todo lo mío, no encuentra nada que reprocharme. Imagínate que todos tienen la misma opinión de mí y buscan qué podrían echarme en cara, pero no son capaces de encontrarlo y me alaban al unísono: entonces soy justo a los ojos de muchos hombres.

Pero los hombres no tienen un juicio seguro, porque no saben si en el fondo de mi corazón no he pecado alguna vez, si no he mirado a una mujer para desearla y he cometido adulterio en mi corazón⁹.

4. Los hombres, aunque me hayan visto dar limosnas según mis posibilidades, no saben si lo hago por el mandamiento divino o para granjearme la alabanza y el aplauso de los hombres¹⁰. Cosa difícil es ser justo «en la presencia de Dios», de manera que se hace el bien por ningún otro motivo que por el bien en sí mismo, y que solo se busca a Dios, que es quien retribuye las buenas obras.

8. Lc 1, 6.

9. Cf. Mt 5, 28.

10. Cf. Mt 6, 2-4.

Algo análogo dice también el Apóstol al hablar de aquellos *cuya alabanza procede de Dios, no de los hombres*¹¹. Dichoso el que es justo y digno de alabanza «en la presencia de Dios». Porque, a pesar de que los hombres parecen tener un juicio seguro, no son capaces de enjuiciar con certeza. Y sucede una y otra vez que alaban a quien no es digno de alabanza y denigran a quien no merece reproche de ningún tipo. Solo Dios es un juez justo en la alabanza y en la vituperación.

5. Por eso, con razón se añade también ahora en la alabanza a los dos justos: «ambos eran justos en la presencia de Dios». A semejante actitud nos exhorta también Salomón en los Proverbios cuando dice: *Guarda el bien en la presencia de Dios y de los hombres*¹².

A continuación sigue otra alabanza a Zacarías e Isabel: «Caminaban en todos los preceptos y observancias del Señor»¹³. Cuando juzgamos sobre algo bueno y con rectitud, nos movemos «en las observancias del Señor»; cuando hacemos esto o aquello, andamos «en sus preceptos». Por eso, creo yo, también san Lucas, queriendo dirigirles una alabanza perfecta, ha escrito: «Ambos eran justos y caminaban en todos los preceptos y observancias del Señor».

6. Quizás alguno me diga: si este elogio es perfecto, ¿qué significa el añadido «irreprensibles»? Porque habría bastado con decir «caminaban en todos los preceptos y observancias del Señor», ya que es imposible que uno «camine en todos los preceptos y observancias del Señor», sin que ande «intachable». Pues ¿cómo puede suceder que, caminando «en todos los preceptos y observancias del Señor», un hombre sea reprensible?

11. Rm 2, 29.

12. Pr 3, 4.

13. Con el Evangelista, Orígenes distingue entre los manda-

mientos de Dios —*mandata*— y las prescripciones —*iustificationes*— de la Ley judía. Cf. *Hom. in Num.*, 11, 1; *Hom. in Ex.*, 10, 1.

A ese tal le responderé brevemente: si no fuera así, jamás encontraríamos dicho en otro lugar de la Escritura: *Sigue de un modo justo lo que es justo*¹⁴. Porque si hubiera algo justo a lo que pudiéramos aspirar de un modo injusto, jamás se nos mandaría que debemos seguir de un modo justo aquello que es justo.

7. En efecto, cuando cumplimos un mandamiento de Dios y nos manchamos en nuestra conciencia con la porquería de la vanagloria porque queremos complacer a los hombres, o cuando cualquier otro motivo que no complace a Dios precede nuestra buena obra, entonces, aunque cumplamos un precepto divino, no lo hacemos «de un modo irreprochable», y seguimos lo que es justo de un modo injusto.

Por tanto, es difícil andar «irreprochable en todos los preceptos y observancias del Señor» conforme al testimonio y la alabanza de Dios en Cristo Jesús. Ese elogio pronunciará, en el día del Juicio, Aquel *ante cuyo tribunal compareceremos todos abiertamente para recibir cada uno lo bueno o lo malo que ha realizado por medio de su cuerpo*¹⁵. *Porque todos compareceremos ante el tribunal divino*¹⁶ para recibir lo que hayamos merecido en Cristo Jesús, *a quien pertenece la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén*¹⁷.

14. Dt 16, 20. Cf. *Comm. in Io.*, 28, 13.

15. 2 Co 5, 10.

16. Rm 14, 10.

17. 1 P 4, 11.

HOMILÍA III

Sobre el pasaje: *Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso* (Lc 1, 11).

1. Los seres que tienen cuerpo y son insensibles no hacen nada para ser captados por los demás, sino que, quieran o no, en cuanto estos últimos vuelven a ellos sus ojos, ven aquello a lo que se ha dirigido su mirada y su atención. Porque ¿qué puede hacer el hombre o cualquier otro objeto que se encuentra encerrado en un cuerpo voluminoso para no ser visto una vez que está presente?

Por el contrario, todos aquellos seres que son más elevados y divinos, aunque se encuentren presentes, no son vistos si ellos no quieren; y depende de su voluntad el ser o no ser vistos. La aparición a Abraham y a los demás profetas fue una gracia de Dios, no porque «el ojo del corazón» de Abraham fuera el único que estaba en condiciones de contemplar a Dios. Al revés, la gracia de Dios le fue brindada al varón justo para que este pudiera contemplarla¹.

2. Esto debe entenderse no solo a propósito de Dios Padre, sino que sirve también para nuestro Señor y Salvador

1. Para contemplar a Dios no basta con el *ojo del corazón*, que es capaz de captar la luz que de Él emana, como afirmaba la filosofía

platónica, sino que es necesaria la gracia, un don divino que el hombre debe pedir con humildad.

y para el Espíritu Santo, e incluso para llegar hasta seres inferiores, para los querubines y serafines.

En efecto, puede ocurrir que también a nosotros, mientras hablamos, nos asista un ángel, y que no seamos capaces de verlo porque no lo merecemos. En efecto, aunque tanto el ojo del alma como el del cuerpo se apliquen a ver, quien desea ver no verá a no ser que el ángel se le aparezca por propia iniciativa y se preste a ser visto.

Por tanto, doquiera que esté escrito «Dios se apareció» a este o a aquel, del mismo modo como también se dice ahora: «Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso», hay que entenderlo como he dicho.

Ya sea Dios o un ángel, ya se trate de Abraham o de Zacarías, será visto o no visto según Dios o el ángel quiera o no quiera.

3. Y esto no solo lo afirmamos para *el mundo presente*², sino también para el futuro, cuando hayamos salido de este mundo³: Dios y los ángeles no se aparecerán a todos, como si todo aquel que haya salido del cuerpo mereciera inmediatamente ver a los ángeles, al Espíritu Santo, al Señor nuestro Salvador e incluso a Dios Padre. No, solo verá aquel que haya tenido un corazón puro y se haya comportado de manera que merezca contemplar a Dios.

Y aunque el que tiene el corazón puro y el que todavía se encuentre mancillado con alguna suciedad estén en el mismo lugar, este lugar único ni puede perjudicar al uno ni puede ayudar al otro, porque el que tiene el corazón puro ve-

2. Ga 1, 4.

3. Para Orígenes la visión beatífica solo se consigue tras un periodo de purificación, y el alma obtendrá la recompensa definitiva

en el juicio final. Cf. *Princ.*, 2, 1, 6f; 3, 6, 9. Tras la muerte el alma se va elevando —dirigida por los ángeles y luego por Cristo— hasta el Padre.

rá a Dios, pero el que no posee esa cualidad no verá lo que el otro contempla.

Algo análogo debo pensar también de Cristo cuando era visible en su cuerpo: no todos los que lo veían eran capaces de verlo realmente.

4. Es verdad que veían solo su cuerpo, pero no eran capaces de verlo en su calidad de Cristo. Por el contrario, los discípulos lo veían y contemplaban la grandeza de su divinidad. Por eso, pienso que también cuando Felipe le rogaba diciendo: *Muéstranos al Padre, y eso nos basta*, el Salvador le respondió: *¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre*⁴.

Efectivamente, ni Pilato, que percibía a Jesús físicamente, veía al Padre, ni Judas, el traidor, porque ni uno ni otro veían a Cristo en cuanto tal; ni la multitud que lo acosaba. Solo veían a Jesús aquellos a quienes Él consideraba dignos de contemplarlo.

Esforcémonos por tanto, también nosotros, para que Dios se nos aparezca aquí abajo, ya que la palabra santa de las Escrituras nos ha prometido: *Dios quiere ser encontrado por aquellos que no lo tientan, y aparecerse a aquellos que tienen confianza en Él*⁵; y para que Dios no se oculte de nosotros en la vida futura, sino que lo veamos *cara a cara*⁶; y para que tengamos confianza en la vida bienaventurada y disfrutemos de la visión del Dios omnipotente en Cristo Jesús y en el Espíritu Santo, *para quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*⁷.

4. Jn 14, 8.

5. Sb 1, 2.

6. 1 Co 13, 12.

7. 1 P 4, 11.

HOMILÍA IV

Desde el pasaje: *No temas, Zacarías*, hasta el lugar donde se dice de Juan: *Caminará delante de Él en el espíritu y el poder de Elías* (Lc 1, 13-17).

1. Zacarías se asustó cuando vio al ángel. Efectivamente, una nueva figura que se presenta a la mirada humana turba la mente y atribula el alma. De ahí que el ángel, que conoce la naturaleza del hombre, se adelanta a remediar ese desconcierto, diciendo: «No temas, Zacarías», y hace que vuelva en sí a la vez que lo alegra con una nueva noticia, diciendo: *Tu oración ha sido escuchada y tu mujer Isabel dará a luz un hijo al que pondrás por nombre Juan; el te proporcionará gozo y regocijo*¹.

Cuando un hombre justo viene al mundo y entra en el curso de esta vida, se alegran quienes han contribuido a su nacimiento y se sienten arrebatados de gozo. Pero cuando nace uno que está predispuesto a llevar una mala vida y abocado, por así decir, a la pena del cadalso, el que ha ayudado se aflige y está consternado.

2. ¿Quieres que te cite un ejemplo de varón santo cuya descendencia ha obtenido la gloria en su totalidad? Mira, Jacob engendró a doce hijos varones que fueron patriarcas y caudillos del pueblo de Dios y de su heredad. Jacob, su pa-

1. Lc 1, 13-14.

dre, se alegraba sobre todos ellos, como ahora también se anuncia a todos una alegría por el nacimiento de Juan.

Y todo aquel que en algún momento se ha decidido a engendrar hijos para el servicio de los demás y se quiere rebajar a ese menester, ruegue a Dios que le nazca a esta vida un hijo tal que él pueda alegrarse con su nacimiento².

Así pues, está escrito de Juan que *será grande en la presencia del Señor*³. Esto que se dice: «será grande en la presencia del Señor», muestra la grandeza de alma de Juan, que es patente a los ojos de Dios. Existe también una cierta pequeñez, que hablando con propiedad se observa en cuanto a la virtud del alma.

3. Yo entiendo así también aquello que se dice en el Evangelio: *Guardaos de depreciar a uno de estos más pequeños*⁴ que están en la Iglesia. «Más pequeño» se entiende allí a diferencia de «mayor». No se me manda que no desprecie a uno que es grande, porque uno que es grande no puede ser menospreciado, sino que se me dice: «no desprecies a uno de los más pequeños».

Pero para que veas que no se le llama por casualidad «pequeño» o «mínimo», sino por el motivo que hemos dicho, está escrito: *Todo aquel que escandalice a uno de estos pequeñuelos*⁵. Un «pequeñuelo» es escandalizado, un mayor no puede ser sometido a escándalo.

4. Sigue diciendo de Juan: *Y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre*⁶. También el nacimiento de Juan irá acompañado de milagros. Porque, como un arcángel anunció la llegada de nuestro Señor y Salvador, del mis-

2. Esta frase, que traducimos en toda su crudeza, expresa evidentemente la actitud peyorativa no solo de Orígenes, sino también de Jerónimo, ante el estado matri-

monial con respecto al celibato.

3. Lc 1, 15.

4. Mt 18, 11.

5. Mt 18, 6.

6. Lc 1, 15.

mo modo también un arcángel anuncia el nacimiento de Juan. «Será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre».

El pueblo judío no veía a nuestro Señor cuando hacía «señales y portentos»⁷ y curaba sus enfermedades. Juan, por el contrario, cuando aún se encontraba en el seno de su madre se alegra y no se puede contener, e incluso pugna por salir del vientre materno a la llegada de la madre de Jesús.

He aquí —dice Isabel— *que en cuanto sonó en mis oídos tu saludo, exultó de gozo el niño en mi seno*⁸. Juan estaba todavía en el seno de su madre y ya había recibido el Espíritu Santo. En realidad no era el Espíritu el principio de su esencia y su naturaleza⁹.

5. A continuación la Escritura afirma que *convertirá al Señor su Dios a muchos de los hijos de Israel*¹⁰. Juan convierte a muchos; por su parte, el Señor no convierte a una gran cantidad, sino a todos. Esa es la tarea del Señor: convertir a todos a Dios Padre.

*Y caminará delante del Señor en el espíritu y el poder de Elías*¹¹. No dice «en el alma de Elías», sino «en el espíritu y el poder de Elías». En Elías, como en todos los profetas, actuaban el poder y el espíritu, lo mismo que también en nuestro Señor y Salvador, según la economía de la Encarnación. Sobre Él se le dice poco después a María: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*¹².

Por tanto, vino sobre Juan el espíritu que había estado en Elías, y el poder que había estado en este apareció tam-

7. Cf. Jn 4, 48.

8. Lc 1, 44.

9. Con esta afirmación, Orígenes se distancia de gnósticos y valentinianos, quienes afirmaban que los seres dotados de espíritu tenían

la misma esencia que el Espíritu Santo.

10. Lc 1, 16.

11. Lc 1, 17.

12. Lc 1, 35.

bién en aquel. Elías fue arrebatado al cielo; Juan, al contrario, fue el Precursor del Señor y murió antes que Él para bajar a los infiernos y anunciar su llegada.

6. Yo por mi parte pienso que el misterio¹³ de Juan se cumple hasta el día de hoy en el mundo. Al alma de todo aquel que esté dispuesto a creer en Cristo Jesús, llega en primer lugar el espíritu y la fuerza de Juan y *prepara al Señor un pueblo perfecto*¹⁴, allana las asperezas del corazón y endereza los caminos¹⁵.

No fue solo en aquel tiempo cuando se prepararon los caminos y se enderezaron las sendas, sino que hasta hoy «el espíritu y la fuerza» de Juan preceden a la venida de nuestro Señor y Salvador.

¡Oh, grandes misterios del Señor y de sus designios! Ángeles preceden a Jesús y ángeles ascienden y descienden cada día sobre la salvación de los hombres en Cristo Jesús¹⁶, *de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹⁷.

13. Por primera vez aparece en esta obra el término *sacramentum*, que no es sino la traducción del griego *mysterion*. Este es el sentido en el que se utiliza aquí, para aplicarlo al papel de Juan en el misterio de la Redención, y en otros pasajes como 11, 6, sobre los que llamaremos la atención en cada caso. En otros contextos adquirirá un valor más cercano al concepto

de sacramento en cuanto signo sensible de la gracia. Ni que decir tiene que Jerónimo emplea también la palabra *mysterium* en su traducción (cf. 4, 6; 6, 5; 28, 4; 32, 3; 33, 1; 38, 3), junto con otras sinónimas, como *arcanum*: 5, 4.

14. Lc 1, 17.

15. Cf. Lc 3, 4.

16. Cf. Jn 1, 51.

17. 1 P 4, 11.

HOMILÍA V

Sobre el enmudecimiento de Zacarías (cf. Lc 1, 18-23).

1. Mientras el sacerdote Zacarías ofrece incienso en el templo, es condenado a guardar silencio y enmudece; mejor dicho, habla solo por medio de gestos y permanece mudo hasta que nace su hijo Juan.

¿A dónde conduce esta historia? El silencio de Zacarías significa el silencio de los profetas en el pueblo de Israel. Dios ya no les habla, pero a nosotros nos ha llegado *la Palabra que desde el principio estaba en Dios Padre*¹; y a nosotros Cristo nos habla, cuando hasta hoy permanece mudo para ellos. Por ese motivo enmudeció también el profeta Zacarías.

Que era profeta a la vez que sacerdote se deduce con toda claridad de sus mismas palabras. Porque ¿qué quiere decir lo que sigue a continuación: «les hacía signos» y suplía con ellos su falta de voz?

En mi opinión, hay actuaciones que, por faltarles una explicación razonable, no se distinguen en nada de gesticulaciones. Al contrario, allí donde los actos son precedidos por el razonamiento y la palabra, no deben ser tenidos por simples gestos, ya que están dotados de explicaciones razonables.

1. Jn 1, 1.

2. Por tanto, si ves el comportamiento de los judíos, sin razonamiento ni palabra, de manera que no pueden justificar lo que hacen, date cuenta de que en ellos se cumple ahora lo que entonces sucedió a Zacarías de un modo simbólico².

Su circuncisión es análoga a los gestos. Porque, si no se explica el sentido de la circuncisión, esta es un simple gesto y una operación sin sentido. La Pascua y otras solemnidades son más bien gestos que verdad. Hasta el día de hoy el pueblo de Israel es sordo y mudo, pues no podía ser que no fuera sordo y mudo si previamente había rechazado la Palabra.

3. Es cierto que Moisés había dicho con anterioridad: *Pe-ro yo soy un hombre sin facilidad de palabra*³, lo cual se puede traducir —aunque en latín se exprese de otra manera— por «sin palabras o argumentos»; pero, después de haberlo dicho, recibió la razón o la palabra que antes había confesado no tener.

El pueblo de Israel, antes de haber recibido la Ley, estaba en Egipto sin palabra y sin razón, como si hubiera sido mudo; después recibió la palabra, cuyo símbolo era Moisés. Ahora, sin embargo, el pueblo no confiesa lo que entonces confesó Moisés, a saber, que es mudo y le falta la palabra, sino que con sus gestos y su silencio indica que no tiene la palabra, que no tiene la capacidad de razonar.

¿No te parece que es un reconocimiento de estupidez el hecho de que ninguno de ellos sea capaz de dar razón de los preceptos de su Ley y de sus vaticinios proféticos?

4. Cristo ha dejado de estar con ellos, la Palabra los ha abandonado, se ha cumplido aquello que está escrito en Isaías: *Será abandonada la hija de Sión como una cabaña*

2. Es decir, si los judíos siguen cumpliendo la Ley sin admitir lo que Jesús ha revelado y realizado.

3. Jerónimo deja en el texto la expresión original en griego: *álogos*.

*de viñedo, como choza de melonar, como ciudad asolada*⁴. Tras haberlos abandonado, la salvación se ha trasferido a los gentiles, a fin de que ellos –los judíos– sean incitados a emularlos.

Así pues, al contemplar la misteriosa economía de la salvación divina –cómo Israel ha sido expulsado para nuestra salvación–, debemos tener cuidado, no vaya a ser que ellos hayan sido rechazados para nuestra salud y nosotros seamos dignos de un suplicio mayor, nosotros, por cuya causa otros han sido rechazados. Cuidémonos de realizar obras dignas de la adopción divina y de su clemencia, por la que nos ha adoptado y nos ha considerado hijos suyos en Cristo Jesús, *de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*⁵.

4. Is 1, 8.

5. 1 P 4, 11.

HOMILÍA VI

Sobre el pasaje: *Y tras haber concebido Isabel, se ocultó, hasta el punto en el que dice: Este será grande* (Lc 1, 24-32).

1. Una vez que Isabel concibió, *se ocultó durante cinco meses, diciendo: He aquí lo que ha hecho conmigo el Señor, acordando quitar mi oprobio ante los hombres*¹. Me pregunto por qué motivo evitaría aparecer en público al darse cuenta de que iba a dar a luz. Si no me equivoco, la explicación es esta: ni siquiera aquellos que están unidos en matrimonio tienen todo el tiempo a su disposición para el coito, sino que hay momentos en los que se abstienen del acto matrimonial.

Porque si el varón es anciano y la mujer ya entrada en años, es una gran vergüenza que se den al placer, que consumen el matrimonio; todo eso parece que ha desaparecido por la debilidad del cuerpo, la edad y la voluntad de Dios. En este caso, Isabel, que había vuelto a unirse con su esposo gracias a la palabra del ángel y a los planes de Dios, sentía vergüenza por haber vuelto a una acción propia de personas jóvenes, siendo ya anciana y casi decrepita.

2. De ahí que «se ocultó durante cinco meses»; no hasta el noveno mes, al llegar el tiempo de su parto, sino has-

1. Lc 1, 24-25.

ta el momento en que también María concibió. Porque cuando esta también concibió, vino a ella y su «saludo llegó a sus oídos», «exultó de gozo el niño en el seno» de Isabel, y profetizó; y, llena del «Espíritu Santo», pronunció las palabras que describe la narración evangélica.

Y se difundieron «estas palabras por toda la montaña». Porque cuando entre el pueblo se difundió el rumor de que llevaba en su seno un profeta y que lo que estaba gestando era mayor que cualquier hombre, entonces ya no se ocultó, sino que se mostró libremente y se llenó de alegría porque tenía en su seno al precursor del Salvador.

3. A continuación la Escritura recuerda que *en el sexto mes del embarazo de Isabel el arcángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José, procedente de la casa de David; y el nombre de la virgen era María*².

De nuevo doy vueltas a esto en mi mente y me pregunto por qué Dios, una vez que había decidido que el Salvador naciera de «una virgen», no eligió una muchacha sin esposo, sino precisamente una que estaba ya «desposada». Y, si no me engaño, el motivo fue este: debía nacer de una virgen que no solo tuviera esposo, sino que —como escribe Mateo— había sido ya entregada a un varón, aunque este aún no la había conocido, a fin de que esta situación no diera pábulo al deshonor de la virgen cuando el embarazo fuera ostensible.

4. Por eso, encuentro dicho de un modo elegante en la carta de un mártir —me refiero a Ignacio, el segundo obispo de Antioquia después de Pedro, quien en la persecución en Roma luchó contra las bestias—: «la virginidad de María permaneció oculta para el príncipe de este mundo»³. Permaneció oculta gracias a José, permaneció oculta gracias a

2. Lc 1, 26-27.

Epístola a los Efesios, 19, 1.

3. Cf. IGNACIO DE ANTIOQUÍA,

los desposorios, permaneció oculta porque la gente creía que tenía esposo.

Si no hubiera tenido un prometido, y uno que era tenido por su esposo, de ninguna manera podría haberse mantenido oculta «ante el príncipe de este mundo». Pues inmediatamente se habría insinuado en el diablo la sospecha: «¿cómo es que esa está encinta sin haberse unido con un varón? Esta concepción debe de ser divina; debe de ser algo que está por encima de la naturaleza humana».

Por el contrario, el Salvador había dispuesto que el diablo ignorara sus planes de redención y su encarnación corporal. Por eso le ocultó su generación y más tarde ordenaba a los discípulos *que no lo dieran a conocer públicamente*⁴.

5. Incluso cuando fue tentado por el diablo, jamás le confesó que era el Hijo de Dios, sino que solo le replicó: «no es conveniente que te adore ni que convierta estas piedras en panes, ni que me precipite desde la cumbre»⁵. Y al decir esto, silenció en todo momento que era Hijo de Dios. Busca asimismo otros pasajes de la Escritura y encontrarás que la voluntad de Cristo era que el diablo ignorara la llegada del Hijo de Dios.

Así, al afirmar que las fuerzas adversas⁶ no habían reconocido la Pasión de Cristo, el Apóstol dice: *Anunciamos la sabiduría entre los perfectos; pero una sabiduría que no es de este mundo ni de los príncipes de este siglo que son destruidos, sino que enseñamos una sabiduría divina misteriosa, escondida, que ninguno de los príncipes de este mundo ha conocido. Porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria*⁷.

4. Mt 12, 16.

5. Cf. Lc 4, 3-13.

6. Por primera vez en esta obra aparecen las «fuerzas adversas» —*adversae fortitudines*—, expre-

sión con la que Orígenes alude al poder del demonio sobre el mundo: cf. 22, 2; 23, 4; 31, 6; 34, 3; 38, 4.

7. 1 Co 2, 6-8.

Así pues, el misterio del Salvador permaneció escondido ante los príncipes de este mundo.

6. Creo que debo resolver una objeción en contra antes de que algún otro me la proponga: ¿Por qué, lo que permaneció oculto a los príncipes de este mundo, no permaneció oculto al demonio, que en el Evangelio exclama: *¿Has venido aquí antes de tiempo para atormentarnos? Sabemos quién eres tú: el Hijo de Dios*⁸.

Pero date cuenta de que reconoce al Salvador el que es menos malo; pero el que es peor por sus crímenes, sus astucias y su maldad, por eso mismo —por ser mayor en el mal— es incapaz de reconocer al Hijo de Dios.

Incluso nosotros mismos podemos acceder más fácilmente a la virtud si en nosotros hay menos mal. Pero si ha habido una mayor maldad, nos cuesta un gran esfuerzo liberarnos de esa maldad mayor.

Todo esto a propósito de que María estaba desposada.

7. También hay algo que decir respecto a que el ángel saludó a María con un apelativo que no he podido encontrar en toda la Escritura. En efecto, no recuerdo haber leído en otro lugar de los libros sagrados lo que dice: *Ave, llena de gracia*⁹, que en griego se dice κεχαριτωμένη. Tampoco a un hombre se le dirigió nunca un saludo semejante: «Salve, lleno de gracia».

Solo a María estaba reservado este saludo. Porque si María hubiera sabido que se habían dirigido palabras semejantes a algún otro —efectivamente conocía la Ley, era santa y había comprendido a través de sus meditaciones diarias los oráculos de los profetas—, nunca se habría asustado ante un saludo tan inusitado.

8. Mt 8, 29. Para Orígenes, este demonio es menos perverso que

el «príncipe de este mundo», que desconocía la Encarnación del Verbo: cf. más arriba 6, 4.

Por eso le dice el ángel: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo*¹⁰.

8. También se dice de Juan que *será grande*¹¹, y el mismo ángel Gabriel da fe de ello. Pero cuando llegó Jesús, el verdaderamente grande, el realmente sublime, el que antes era grande, se hizo más pequeño. En efecto, dice Jesús: *Aquel era la lámpara que arde y alumbraba, y vosotros habéis querido gozar por un instante de su luz*¹². La magnitud de nuestro Salvador no se mostró en el momento de su nacimiento, sino que resplandece ahora, cuando parecía que había sido exterminada por sus adversarios.

9. Contempla la grandeza del Señor: *Sobre toda la tierra se ha extendido el eco de su doctrina y hasta los confines de la tierra sus palabras*¹³. Nuestro Señor Jesús se ha difundido por todo el mundo, porque es *la fuerza de Dios*¹⁴ y en el presente se encuentra entre nosotros, según aquello que se lee en el Apóstol: *Os reunís y en espíritu estoy yo entre vosotros con la fuerza del Señor Jesús*¹⁵.

La fuerza de nuestro Señor y Salvador está con aquellos que viven apartados de nuestras latitudes en Britania, con los que se encuentran en Mauritania y con todos los que bajo el sol han creído en su nombre. Considera, por tanto, la grandeza del Salvador, de qué manera se ha difundido por todo el mundo, y ten la certeza de que aún no he explicado su verdadera magnitud.

9. Lc 1, 28.

10. Lc 1, 30-32.

11. Lc 1, 15.

12. Jn 5, 35.

13. Sal 19 (18), 5; Rm 10, 18.

14. Cf. 1 Co 1, 24; ver más adelante, en 39, 4.

15. 1 Co 5, 4.

10. Asciende a los cielos¹⁶ y mira cómo ha llenado la bóveda celeste: hasta *a los ángeles se ha aparecido*¹⁷. Desciende con el pensamiento hasta los abismos y verás que también Él ha bajado hasta allí. Porque *el mismo que bajó es el que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo*¹⁸, *a fin de que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos*¹⁹.

Considera la fuerza del Señor, cómo ha llenado el orbe, es decir, los cielos, la tierra y los abismos, cómo Él mismo ha penetrado en el cielo y ha subido a las alturas. En efecto, leemos que el Hijo de Dios *atravesó los cielos*²⁰. Si ves esto, al mismo tiempo captarás que no se ha dicho lo de «será grande» como de pasada, sino que esa palabra se ha cumplido en la realidad.

Grande es nuestro Señor Jesús, presente o ausente, y concede a nuestra comunidad y asamblea participación en su fortaleza. Pidamos al Señor Jesús que cada uno de nosotros merezca recibirla. *A Él pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²¹.

16. Cf. Sal 139 (138), 8; Rm 10, 6.

17. 1 Tm 3, 16.

18. Ef 4, 10.

19. Flp 2, 10.

20. Hb 4, 14.

21. 1 P 4, 11.

HOMILÍA VII

Sobre el pasaje: *Y levantándose María fue con presteza a la montaña*, hasta el lugar donde dice: *se cumplirá lo que ha sido dicho* (Lc 1, 39-45).

1. Los mejores se llegan hasta los peores para proporcionarles algún beneficio con su llegada. Así, por una parte, el Salvador vino a Juan a fin de santificar su bautismo¹; y por otra, en cuanto María oyó al ángel que le anunciaba que había concebido al Salvador y que su prima Isabel estaba encinta, *levantándose con presteza fue a la montaña y entró en la casa de Isabel*².

En realidad era Jesús, que estaba en su seno, quien se apresuraba a santificar a Juan, que se encontraba en el vientre de su madre. Porque «el niño no saltó en su seno» hasta que María llegó y saludó a Isabel; pero en cuanto María pronunció la palabra que el Hijo de Dios que se encontraba en su seno le inspiró, «el niño saltó lleno de gozo», y en ese preciso momento Jesús convirtió a su precursor en un profeta.

2. También era conveniente que María, dignísima merecedora de concebir al Hijo de Dios, subiera a la montaña tras el anuncio del ángel y habitara en las alturas³. Por eso

1. Cf. Lc 3, 21.

2. Lc 1, 39.

3. Para Orígenes «subir a la montaña» significa progreso espi-

ritual, y «habitar en las alturas» es señal de perfección: cf. más adelante 20, 4; 22, 1; 37, 4, entre otros muchos pasajes de sus obras.

está escrito: «En aquellos días se puso María en camino y fue a la montaña». Y, puesto que no era perezosa en el cumplimiento de sus deberes, era su obligación apresurarse con solicitud y, llena del Espíritu Santo, dirigirse a las alturas y ser protegida por la fuerza de Dios, por cuya sombra había sido ya cubierta.

Por tanto, *llegó a una ciudad de Judá, a la casa de Zacarías, y saludó a Isabel. Y ocurrió que, así que oyó Isabel el saludo de María, exultó el niño en su seno y se llenó del Espíritu Santo*⁴.

3. Por consiguiente, no hay duda de que Isabel, quien en ese momento «fue llena del Espíritu Santo», se llenó a causa de su hijo. En efecto, no fue la madre la primera que mereció el Espíritu Santo, sino que una vez que Juan, aún encerrado en el seno de su madre, recibió el Espíritu Santo, entonces, tras la santificación del hijo, ella «fue llena del Espíritu Santo».

Esto podrás creerlo si tienes en cuenta que con el Salvador ocurre también algo similar. Se lee –así lo encontramos en algunos manuscritos– que santa María profetizó, aunque no ignoramos que, según otros códices, estas palabras las pronunció Isabel⁵.

Por consiguiente, María fue llena del Espíritu Santo en el instante en que comenzó a tener al Salvador en su seno. Porque en cuanto recibió al Espíritu Santo, creador del cuerpo del Señor, y el Hijo de Dios comenzó a existir en su seno, también ella se llenó del Espíritu Santo.

4. Lc 1, 39-41.

5. Es muy posible que este inciso proceda de la pluma del traductor, Jerónimo. En el lugar pa-

ralelo de AMBROSIO, *Expositio evangelii Lucae*, II 25-29, no hay ninguna duda de que María pronuncia el *Magnificat*.

4. Así pues, *exultó el niño en el seno de Isabel y se llenó del Espíritu Santo y clamó con fuerte voz: Bendita tú entre las mujeres*⁶.

Para que los fieles sencillos no sean engañados⁷, debemos en este punto rebatir las objeciones que suelen aducir los herejes. Ciertamente uno de ellos, no sé quién, ha llevado su locura hasta el punto de asegurar que el Salvador renegó de María porque esta, tras su nacimiento, se unió a José. Esto ha dicho, y el mismo que lo ha dicho sabrá lo que ha afirmado y por qué lo ha hecho⁸.

Por tanto, si alguna vez los herejes os dirigen tales objeciones, respondedles y decidles: «Sin duda estaba Isabel llena del Espíritu Santo cuando dijo: Bendita tú entre las mujeres. Si María es proclamada bendita por el Espíritu Santo, ¿cómo es posible que el Salvador haya renegado de ella?».

Además, les faltan pruebas para esa afirmación de que se hubiera casado después del parto, porque los hijos que se atribuyen a José⁹ no nacieron de María y no

6. Lc 1, 41-42.

7. Esta preocupación pastoral aparece repetidas veces en las homilías de Orígenes —cf. más adelante 16, 4; *Hom. in Ex.*, 3, 2; *Comm in Io.*, 20, 33— y se hace eco de la advertencia de san Pablo en Rm 16, 18.

8. Es muy discutido el nombre del hereje al que se refiere este pasaje. Podría ser Marción e incluso Tertuliano, quien llega a afirmar que Jesús habría renegado de María, no porque hubiera tenido más hijos de José, sino por la imperfección de su fe. Otros que en tiempos de Jerónimo negaban la

virginidad perpetua de María fueron Elvidio y Joviniano.

9. En *Comm. in Mat.*, 10, 17 Orígenes escribe: «Algunos, haciéndose eco de la tradición contenida en el llamado *Evangelio de Pedro* o en el *Libro de Santiago*, dicen que los hermanos de Jesús son hijos de José, habidos de una primera mujer que convivió con él antes de María». Cf. DE SANTOS OTERO, A., *Los Evangelios apócrifos*², BAC, Madrid, 1963, p.66. Véase también *Historia de José carpintero*, *ibid.*, pp. 342-343. Sin embargo, los catorce fragmentos del «Evangelio de Pedro» que han lle-

existe ningún pasaje de la Escritura que dé testimonio de ello¹⁰.

5. *Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde me ocurre que la madre de mi Señor venga a mí?*¹¹. Esta exclamación: «¿de dónde me ocurre esto?», no la pronuncia por ignorancia o como si ella, que estaba toda llena del Espíritu Santo, no supiera que la madre de su Señor venía a ella en cumplimiento de la voluntad de Dios. Al contrario, lo dice en este sentido: ¿Qué he hecho yo de bueno? ¿Qué obras mías son de tanta categoría como para que la madre del Señor venga hasta mí? ¿Gracias a qué justicia, gracias a qué obras buenas, gracias a qué fidelidad de espíritu he merecido que la madre de mi Señor venga a mí?

*He aquí que en cuanto sonó la voz de tu saludo en mis oídos, exultó de gozo el niño en mi seno*¹². Santa era el alma de san Juan y, aun estando encerrada en el vientre de su madre y por venir a este mundo, conocía a Aquel a quien Israel ignoraba; por eso «exultó», y no simplemente «exultó», sino «de gozo». Porque había sentido que su Señor había llegado para santificar a su siervo aun antes de que saliera del vientre de su madre.

Ojalá me suceda a mí que los infieles me llamen estúpido porque presto fe a tales historias. La verdad de este suceso en sí muestra que yo no he prestado fe a una ilusión,

gado hasta nosotros comprenden solamente escenas de la pasión y resurrección del Señor. Por el contrario, en el *Libro de Santiago*, también llamado *Protoevangelio de Santiago*, se encuentra la maravillosa historia de la elección del «viudo José» como esposo de la Virgen del Señor: 8-16. Cf. E.

HENNECKE - W. SCHNEEMELCHER, *o. cit.*, vol. I, pp. 283-286.

10. Jerónimo explica ampliamente la virginidad de María en su *Liber de perpetua virginitate B. Mariae*, dirigido contra Elvidio: cf. MIGNE, J.-P., PL 23, 193-206.

11. Lc 1, 42-43.

12. Lc 1, 44.

sino a la sabiduría, dado que precisamente esto que ellos califican de necedad se convierte para mí en oportunidad de salvación.

6. La doctrina del Salvador no se habría extendido por todo el mundo si su nacimiento no hubiera sido una bendición del cielo, si no hubiera tenido algo de divino y que excede a la naturaleza humana. Si hubiera sido solo un hombre en el seno de María y no el Hijo de Dios, ¿cómo se podrían haber curado, tanto en aquel tiempo como ahora, múltiples enfermedades, no solo del cuerpo, sino del alma?

¿Quién de nosotros, que ahora, por la misericordia divina, tenemos el don de la inteligencia y conocemos a Dios, no fue antes un insensato? ¿Quién de nosotros, que ahora tenemos la justicia y la seguimos por Jesucristo, creía antes en la justicia? ¿Quién de nosotros, que ahora por la venida del Salvador no vacilamos ni nos turbamos, sino que estamos firmes en el camino¹³ —es decir, en Aquel que dice: «Yo soy el camino»¹⁴—, no era antes un vagabundo errante?

7. Recopilando todo lo que está escrito sobre Él, podemos contemplar que se cuentan cosas divinas, dignas de admiración: que su nacimiento, su desarrollo, sus milagros, su pasión y resurrección no solo sucedieron en aquel tiempo, sino que también actúan ahora en nosotros.

A vosotros, catecúmenos, ¿quién os ha convocado en la Iglesia?, ¿quién os impulsó a dejar vuestras casas para acudir a esta reunión? Porque no somos nosotros quienes hemos recorrido uno por uno vuestros hogares, sino que el Padre omnipotente, con una fuerza invisible, suscita en el corazón este celo a quienes considera dignos. De ese modo llegáis a la fe, por así decir, contra vuestra voluntad y resistiéndoo, so-

13. Estar en el camino, equivale a decir seguir a Jesús ya desde

el principio del cristianismo.
14. Jn 14, 6.

bre todo al comienzo de la práctica religiosa, cuando temblando y temerosos recibís llenos de respeto la fe que salva.

8. Os ruego, catecúmenos, que no os echéis atrás, que ninguno de vosotros tenga miedo y se espante; por el contrario, seguid al Señor que va de camino. Él os lleva a la salvación, Él os reúne ahora ciertamente en esta Iglesia terrena, pero si dais frutos dignos os conduce a la *Iglesia de los primeros, cuyos nombres están escritos en los cielos*¹⁵.

Dichosa la que ha creído, y dichoso el que cree, porque se cumplirá *lo que le ha sido dicho por el Señor*¹⁶. A este propósito María «ensalza la grandeza» del Señor Jesús. *Su alma ensalza al Señor, su espíritu alaba a Dios*¹⁷.

¿Cómo hay que interpretar estas palabras? Si Dios lo permite, cuando nos volvamos a reunir en la Iglesia, cuando acudáis gozosos a la casa de Dios y prestéis vuestros oídos a la palabra divina, lo preguntaremos, lo expondremos y lo aclararemos en Cristo Jesús, *a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹⁸.

15. Hb 12, 23.

16. Lc 1, 45.

17. Lc 1, 46.

18. 1 P 4, 11.

HOMILÍA VIII

Sobre el pasaje: *Mi alma magnifica al Señor*, hasta el lugar en que dice: *se hizo poder para quienes lo temen* (Lc 1, 46-51).

1. Isabel profetiza antes que Juan, María profetiza antes del nacimiento de nuestro Señor y Salvador. Y así como el pecado comenzó por la mujer y después llegó hasta el varón, del mismo modo la salvación tuvo su inicio en mujeres, de modo que el resto de ellas superaran la debilidad de su sexo y tomaran como modelo la vida y el comportamiento de las santas mujeres, sobre todo las que son citadas en este pasaje del Evangelio.

Examinemos, pues, la profecía de la Virgen. *Mi alma* —dice— *engrandece al Señor y mi espíritu exulta de júbilo en Dios, mi Salvador*¹. Ambas, alma y espíritu, tributan una doble alabanza. El alma alaba al Señor, el espíritu a Dios: no porque sea algo distinto la alabanza al Señor y la alabanza a Dios, sino porque quien es Dios es también Señor, y el que es Señor es asimismo Dios².

1. Lc 1, 46-47.

2. Según Orígenes, el hombre está compuesto de espíritu —*pneûma*—, alma —*psyché*— y cuerpo —*sôma*—. El segundo de estos elementos constitutivos de la antropología

humana tiene a su vez dos partes: una superior que llamamos inteligencia —*noûs*— o razón —*lógos*— y otra inferior para la que emplea diversos términos. Esta tricotomía inicial es dinámica: se disputan el al-

2. Uno se pregunta cómo «el alma puede engrandecer al Señor». Porque si el Señor no puede experimentar aumento ni disminución y es lo que es, ¿en qué sentido dice ahora María: «mi alma engrandece al Señor»?

Si considero que nuestro Señor y Salvador *es la imagen del Dios invisible*³ y tengo ante mis ojos que mi alma ha sido creada *a imagen del Creador*⁴, de manera que es imagen de la imagen –porque mi alma no es expresa e inmediata imagen de Dios, sino que ha sido hecha a semejanza de la primera imagen–, entonces comprenderé que cada uno de nosotros (a la manera de quienes suelen pintar retratos, toman para ello, por ejemplo, la efigie de un rey y aplican todo su arte a copiarla) configura su alma a imagen de Cristo, la dota de una mayor o menor semejanza, la convierte en una imagen pálida y deplorable o en una clara y brillante que corresponde a la fisonomía de la imagen principal.

Por lo tanto, si yo hago grande la imagen de la imagen, es decir, mi alma, y la engrandezco de obra, de pensamiento y de palabra, entonces también la imagen de Dios se engrandece, y el mismo Dios, de quien nuestra alma es figura, se engrandece en ella. Y así como de este modo crece el Señor en nuestra imagen, así también, si somos pecadores, disminuye y se empequeñece.

3. Dicho de otra manera: es verdad que el Señor ni disminuye ni se empequeñece, pero nosotros nos vestimos con otras imágenes distintas de la del Salvador: en vez de la pa-

ma, el espíritu y la materia (a la que unas veces llama «cuerpo», y otras «carne») y estas dos últimas fuerzas cuentan para su lucha con la complicitad de la parte superior (*noûs*, *lógos*) y la inferior del alma respectivamente. Véase a este respecto CROUZEL, H., en *Reallexikon für*

Antike und Christentum, Stuttgart 1976, vol. IX, pp. 516-521. No está de más recordar que esta tripartición se encuentra ya en las epístolas de san Pablo –Hb 4, 12– y en la obra de Clemente de Alejandría.

3. Col 1, 15.

4. Gn 1, 26-27.

labra, la sabiduría, la justicia y las demás virtudes⁵, asumi-mos la forma del diablo, de manera que se nos puede llamar *serpientes, raza de víboras*⁶.

También adoptamos la figura del león, del dragón y de los zorros cuando somos venenosos, crueles y astutos; sin olvidar la del macho cabrío cuando cedemos al placer⁷. Recuerdo, de cuando yo explicaba el Deuteronomio, que a propósito de aquel pasaje donde está escrito: *No os hagáis imagen alguna de hombre o de mujer, ni de animal alguno*⁸, yo dije una vez que, dado que «la Ley tiene un sentido espiritual»⁹, unos se construyen la imagen de un varón, otros la de una mujer, aquel se parece a un pájaro, este a un reptil y una serpiente, mientras otro finalmente se hace semejante a Dios¹⁰.

El que lea aquella interpretación sabrá en qué sentido hay que entender esas palabras¹¹.

4. Así pues, ante todo «el alma de María magnifica al Señor» y a continuación «su espíritu exulta de júbilo en Dios». Porque si antes no nos hemos hecho más grandes, somos incapaces de exultar.

*Porque —dice— ha mirado la humildad de su sierva*¹². ¿Qué clase de humildad de María ha contemplado el Señor? ¿Qué

5. Las tres citadas forman las denominaciones que Orígenes atribuye habitualmente a Cristo. Véase más adelante, 30, 1.

6. Mt 23, 33.

7. Los animales son frecuentemente símbolo de las pasiones en autores cristianos. Cf., por ejemplo, IRENEO DE LIÓN, *Contra los herejes* 1, 8. Véase más adelante, 37, 1.

8. Dt 4, 16-17.

9. Cf. Rm 7, 14.

10. Jesucristo es la imagen de Dios; el hombre solo puede aspirar a ser imagen de esa imagen y lo lo-

gra en la medida en que lo imite con las virtudes. Sobre esta teología origeniana, que adopta entre otros Ambrosio —cf. *Los seis días de la creación* VI 7, 40 ss.— véase CROUZEL, H., *Théologie de l'image de Dieu chez Origène*, París 1956.

11. Jerónimo —*Epístola* 33, 4— habla de trece homilías de Orígenes sobre el Deuteronomio, Casiodoro de cuatro: *Instituciones divinas* II 1. Se conocen de un modo muy fragmentario.

12. Lc 1, 48.

tenía de pequeño y humilde aquella que estaba gestando en su seno al Hijo de Dios? Cuando dice «ha mirado la humildad de su sierva», es como si dijera «ha contemplado la justicia de su sierva, ha contemplado su templanza, ha contemplado su fortaleza y su prudencia»¹³.

Es completamente adecuado que Dios contemple las virtudes. Pero quizás alguno replique: entiendo que Dios mire la justicia y la prudencia de su sierva, pero no acaba de estar claro cómo es que tiene en cuenta su humildad. Quien se plantea esos interrogantes debería considerar que en la Sagrada Escritura se habla expresamente de la humildad como una de las virtudes.

5. Así, por ejemplo, dice el Salvador: *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y encontraréis la paz para vuestras almas*¹⁴. Si quieres conocer el nombre que los filósofos dan a esta virtud, advierte que esa humildad que contempla Dios es la misma que ellos llaman *átupia* o también *μετρίότης*, es decir «ausencia de orgullo» o «modestia».

Pero también nosotros estamos en condiciones de darle un nombre con una perífrasis: es humilde quien no es engreído, el que se rebaja a sí mismo. Porque el que se engríe, cae, según el Apóstol, «en la jurisdicción del diablo»: efectivamente, este comenzó por el engrimiento y la soberbia. San Pablo dice textualmente: *Para que en su engrimiento no vaya a incurrir en el juicio del diablo*¹⁵.

13. La enumeración de las cuatro virtudes cardinales, que tiene su origen en la doctrina estoica, como la expone Cicerón en su tratado *De finibus*, se encuentra desde muy pronto en la teología cristiana, si bien los términos no están aún bien fijados.

Aquí, por ejemplo, Jerónimo, fiel al texto de Orígenes, que seguramente diría *sophía*, emplea *sapientia* en vez de *prudencia*. Esas virtudes se manifiestan en la humildad de la Virgen. Ver también 35, 9.

14. Mt 11, 29.

15. 1 Tm 3, 6.

«Ha mirado la humildad de su sierva». Dios me ha mirado, dice María, porque soy humilde y persigo la virtud de la mansedumbre y la abyección.

6. *Pues he aquí que a partir de ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones*¹⁶. Si entiendo «todas las generaciones» en el sentido más simple, interpreto «los creyentes». Pero si quiero ir algo más a fondo, me percataré de que es preferible añadir *porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso*¹⁷. Pues, teniendo en cuenta que *quien se humilla será exaltado*¹⁸, Dios ha puesto sus ojos en la humildad de santa María. Por eso «ha hecho cosas grandes en ella el que es poderoso y aquel cuyo nombre es santo».

*Y su misericordia se derrama de generación en generación*¹⁹. La misericordia de Dios no se derrama sobre una generación ni sobre dos, no sobre tres, ni siquiera sobre cinco, sino que se extiende «de generación en generación».

*Sobre los que lo temen, desplegó el poder de su brazo*²⁰. Si a pesar de tu debilidad te acercas al Señor, si tienes temor de Dios, podrás escuchar la promesa que el Señor te hace en premio a tu temor.

7. ¿De qué promesa se trata? Dice María: «Desplegó su poder sobre los que lo temen». Fuerza o poder es una cualidad propia de reyes. En efecto, se dice que tiene *κράτος* —que nosotros podemos traducir por «imperio»— aquel que manda y lo domina todo.

Por tanto, si temes al Señor, Él te da fuerza y poder, te da el dominio para que, sometido al *rey de los reyes*²¹,

16. Lc 1, 48.

17. Lc 1, 49.

18. Lc 18, 14.

19. Lc 1, 50.

20. Lc 1, 50-51.

21. Ap 19, 16. La asignación a

Cristo del título de Rey aparece de continuo en estas homilías, no solo en la conclusión, que habitualmente toma de 1 P 4, 11. Cf. más adelante, 30, 1-3; 35, 6; 36, 2-3.

poseas el reino de los cielos en Cristo Jesús, *a quien pertenece la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén*²².

22. 1 P 4, 11.

HOMILÍA IX

Sobre el pasaje: *María permaneció con ella tres meses, hasta el lugar donde se dice: y Zacarías habló bendiciendo a Dios* (Lc 1, 56-64).

1. Tanto las palabras que se pronuncian como los hechos que se narran en la Sagrada Escritura deben ser dignos del Espíritu Santo y de la fe en Cristo, a la que los creyentes somos llamados. Por eso, ahora debemos preguntarnos el motivo por el que María, tras haber concebido, fue hasta Isabel y «permaneció con ella tres meses»; o también, la causa por la que Lucas, que escribió la historia del Evangelio, añadió también esto: *que permaneció con ella tres meses y después se volvió a su casa*¹.

Sin duda debe de haber una razón, que mostrará la explicación que sigue, si el Señor se digna abrir nuestro corazón. En efecto, si solo por el hecho de que María fue hasta Isabel y la saludó, «el niño exultó de gozo»; si, «llena del Espíritu Santo», Isabel profetizó lo que está escrito en el Evangelio y solo en una hora se produjeron tan grandes progresos, podemos imaginarnos cómo aprovecharía Juan los tres meses mientras María asistía a Isabel.

2. Ciertamente es inconcebible que, si en un segundo, al instante, exultó el niño e Isabel se alegró y fue llena del Es-

1. Lc 1, 56. Sobre esta técnica de exégesis bíblica, véase la Introducción.

píritu Santo, la presencia durante tres meses de la madre del Señor y del mismo Salvador no haya aprovechado ni a Juan ni a Isabel. Por consiguiente, durante esos tres meses, Juan se entrenaba y se ungía con óleo como en un gimnasio atlético y se preparaba en el seno materno para, tras haber nacido milagrosamente, ser alimentado de una manera aún más admirable.

Porque fue alimentado de un modo inusual, la Escritura no dice nada de cómo su madre lo amamantó, de cómo se sentó en el regazo de su nodriza, sino que inmediatamente sigue: *Y moraba en regiones desérticas hasta el día de su manifestación a Israel*².

3. Luego leemos: *A Isabel le llegó el tiempo de dar a luz y parió un hijo*³. Muchos piensan que es superfluo decir: «A Isabel le llegó el tiempo de dar a luz y parió un hijo». Porque ¿qué mujer puede dar a luz sin haber cumplido antes el tiempo para el parto? Mas el que medita a fondo las Escrituras y escucha a Pablo, que dice: *Aplicáte a la lectura*⁴, al examinar si, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, está escrito a propósito del nacimiento de un pecador «se cumplió el tiempo para dar a luz», no lo encontrará en ninguna parte.

Por el contrario, allí donde nace un justo, allí se cumplen los días, allí se cumple su llegada al mundo. El nacimiento del justo tiene que ver con plenitud, mientras que el nacimiento de un pecador equivale, por decir así, a vacío y futilidad.

Todo esto a propósito de «se cumplió el tiempo para que diera a luz».

2. Lc 1, 80. Para Orígenes, el hecho de que Juan quedara santificado en el seno de su madre por la presencia de Jesús y María tiene como consecuencia que no ne-

cesitara ya alimento alguno, no solo espiritual, sino ni siquiera material.

3. Lc 1, 57.

4. 1 Tm 4, 13.

4. A continuación viene que, tras el nacimiento de Juan, *los vecinos y parientes felicitaban*⁵ a su madre y querían ponerle nombre en honor a su padre: que se llamara Zacarías. Pero Isabel decía, por inspiración del Espíritu Santo: *Juan es su nombre*⁶. Y al preguntarle los motivos que justificaban el que debiera llamarse precisamente Juan, a pesar de que en su stirpe nadie llevaba ese nombre, se dirigen al padre, que, al no poder responder, escribió de su puño y letra: «Juan es su nombre».

Y en cuanto el punzón quedó impreso en la cera, la lengua, que antes estaba atada, se soltó y se le concedió un modo de hablar que no era humano. Durante el tiempo en que su lengua estaba encadenada era una lengua humana, porque la había encadenado la incredulidad. En el instante en que se liberó, dejó de ser humana *y hablaba bendiciendo a Dios*⁷.

Y profetizó lo que está escrito en el Evangelio, sobre lo que hablaremos cuando llegue el momento, si nuestro Señor Jesucristo nos lo concede: *a Él corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*⁸.

5. Lc 1, 58.

6. Lc 1, 60.

7. Lc 1, 64. El mutismo es, pues, consecuencia de la incredulidad,

mientras que el don de la palabra es fruto de la fe.

8. 1 P 4, 11.

HOMILÍA X

Sobre el pasaje: *Profetizó lleno del Espíritu Santo*, hasta allí donde se dice: *Tú irás delante del Señor para preparar sus caminos* (Lc 1, 67-76).

1. Lleno del Espíritu Santo, Zacarías pronuncia dos profecías genéricas¹: una sobre Cristo, otra sobre Juan. Esto se comprueba claramente a raíz de sus palabras, en las que habla del Salvador como si ya estuviera presente y se encontrara en el mundo, y después habla de Juan.

En efecto, *lleno del Espíritu Santo, profetizó diciendo: Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo*². Porque Dios visitó a su pueblo y quiso redimirlo, «María», tras haberle hablado el ángel, «permaneció durante tres meses» en la casa de Isabel con el fin de que, por una gracia inefable, la presencia del Salvador actuara no solo en Juan, como acabamos de decir, sino en Zacarías, como ahora explica el texto evangélico.

2. En efecto, también este último crecía poco a poco en el Espíritu Santo a lo largo de los tres meses, se formaba inconscientemente y acabó profetizando de Cristo: *El ha redimido a su pueblo y levantó a favor nuestro un cuerno de*

1. En contraposición a profecías «específicas», en estas se habla en general de la presencia de Cris-

to en el mundo.

2. Lc 1, 68.

salvación en la casa de David³, porque Cristo nació de la estirpe de David, según la carne⁴.

Y Él fue verdaderamente «el cuerno de salvación en la casa de David», porque esa profecía concuerda con esta otra: *Mi viña está situada en un cuerno*⁵. ¿De qué «cuerno» se trata? De Cristo Jesús, de aquel de quien ahora se dice: *Él ha redimido a su pueblo y levantó a favor nuestro un cuerno de salvación en la casa de David, su siervo, como había prometido por boca de sus santos profetas*⁶.

3. *Salvación frente a nuestros enemigos*⁷. No pensemos que aquí se habla de enemigos corporales, sino espirituales. Porque el Señor Jesús, *fuerte en la batalla*⁸, ha venido para destruir a todos nuestros enemigos, para liberarnos de las insidias que proceden de la mano de todos nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian⁹.

*Para hacer misericordia con nuestros padres*¹⁰. Yo pienso que Abraham, Isaac y Jacob han gozado de la misericordia de Dios gracias a la venida de nuestro Señor y Salvador. Pues es inimaginable que quienes vieron y se alegraron con antelación de ese día, no hayan sacado provecho de él a su llegada y de su nacimiento virginal. Y ¿qué digo de los patriarcas? Apoyándome en la autoridad de las Escrituras, tendré la audacia de elevarme aún a más altura y diré que la

3. Lc 1, 69. El término *cornu* se aplica propiamente a los animales, pero en un sentido figurado se entiende también como tal la punta de un objeto o, como aquí, una preeminencia de terreno. El profeta Isaías (Is 5, 1) describe una viña situada en un repecho bien orientado y por tanto fértil: *in cornu filio olei* «en una cota, hija del aceite». La Neovulgata resuelve la

complejidad de la imagen al adoptar la lectura *in colle pingui*, es decir, «en un collado fértil».

4. Rm 1, 3.

5. Is 5, 1.

6. Lc 1, 69-70.

7. Lc 1, 71.

8. Sal 24, 8.

9. Lc 1, 71.

10. Lc 1, 72.

presencia del Señor Jesús y los planes de su Providencia no solo han sido de provecho para la tierra, sino también para el cielo.

Por eso dice el Apóstol: *Por su sangre en la cruz ha pacificado la tierra y el cielo*¹¹. Así pues, si la presencia del Señor ha sido útil para el cielo y para la tierra, ¿por qué va a tener uno miedo de afirmar que su venida ha aprovechado también a nuestros antecesores, para que se cumpliera aquello que dice: *Para hacer misericordia con nuestros padres y acordarse de su alianza santa, del juramento que hizo a nuestro padre Abraham*¹², con el fin de concedernos ser libres del temor al poder de nuestros enemigos¹³?

4. A menudo algunos hombres son liberados del poder de sus enemigos, pero no «sin temor». Porque cuando ha habido miedo y riesgo y con esos antecedentes uno es arrancado de las manos de sus enemigos, es verdad que ha sido liberado, pero no «sin temor». Ahora bien, la venida de nuestro Señor Jesús nos libera «de la mano de nuestros enemigos sin temor».

Porque no hemos advertido a nuestros enemigos ni los hemos visto luchando, sino que, sin sentirlo, hemos sido arrebatados de repente de sus fauces y de sus asechanzas. *En un instante y en un abrir y cerrar de ojos*¹⁴ nos ha trasladado a la participación en la herencia de los justos¹⁵. Hemos sido liberados de la mano de nuestros enemigos para que sirvamos al Señor en santidad y justicia, en su presencia, todos los días de nuestra vida¹⁶.

5. Y tu, niño, serás llamado profeta del Altísimo¹⁷. Si me pregunto a mí mismo la razón por la que Zacarías no pro-

11. Col 1, 20.

12. Lc 1, 72-73.

13. Lc 1, 74.

14. 1 Co 15, 52.

15. Col 1, 12.

16. Lc 1, 74-75.

17. Lc 1, 76.

fetiza sobre Juan, sino que se dirige a él, diciéndole: «Y tu, niño, serás llamado profeta del Altísimo», etc. —porque es superfluo dirigir la palabra a uno que no oye e interpelar a un pequeño lactante—, entonces pienso que puedo encontrar esta: que del mismo modo que Juan nació de una manera milagrosa, vino al mundo tras el anuncio del ángel y llegó a la tierra después de que María habitase durante tres meses en casa de Isabel, así también todo lo que sobre él se ha escrito, se narra como un acontecimiento maravilloso.

Y si dudas de que, apenas salido del vientre de su madre, sea capaz de oír y entender las palabras de su padre: «Y tu, niño, serás llamado profeta del Altísimo», considera que fueron más maravillosos los acontecimientos que precedieron: *He aquí que en cuanto sonó en mis oídos tu saludo, exultó de gozo el niño en mi seno*¹⁸.

6. Si el niño, aún encerrado dentro del vientre de la madre, oyó a Jesús y al oírlo exultó y se alegró, ¿por qué no vas a creer que, tras haber nacido, fuera capaz de oír y entender la profecía de su padre, que le decía: *Y tu, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque tú irás delante del Señor para preparar sus caminos*¹⁹?

Por tanto, pienso que Zacarías se apresuró a interpelar al niño porque sabía que poco después comenzaría a habitar en el desierto y no podría estar más en su presencia. En efecto, *el niño moraba en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel*²⁰.

7. También Moisés habitó en el desierto, pero después de haber huido de Egipto, al cumplir los cuarenta años, y allí cuidó el ganado de Jetró durante otros cuarenta años. Juan, por el contrario, inmediatamente después de nacer se trasladó al desierto, y aquel que *fue el mayor entre los nacidos*

18. Lc 1, 41.

20. Lc 1, 80.

19. Lc 1, 76.

*de mujer*²¹ se mostró digno de recibir una educación más elevada. De él dice el profeta: *He aquí que envío a mi ángel ante tu faz*²². Con razón se llama ángel a aquel que fue enviado²³ delante del Señor y pudo oír y entender, en cuanto nació, la profecía de su propio padre.

Por eso, nosotros, que creemos en tantos milagros, creamos igualmente en la resurrección, creamos también en las promesas que han de venir del reino de los cielos, que el Espíritu Santo nos promete cada día. Todas esas maravillas, tal como están escritas, las recibiremos, más de lo que podemos imaginarnos, en Cristo Jesús, *de quien es la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²⁴.

21. Mt 11, 11.

22. Ex 23, 20.

23. El sentido original del tér-

mino griego *ággelos* es «enviado, mensajero».

24. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XI

Sobre el pasaje: *Y el niño crecía y se fortalecía en espíritu*, hasta el lugar donde dice: *Este fue el primer empadronamiento que se hizo bajo el gobernador de Siria, Quirino* (Lc 1, 80 - 2, 2).

1. Para la Sagrada Escritura hay dos tipos de crecimiento: uno corporal, en el que la voluntad humana no tiene ningún poder, y otro espiritual, en el que el esfuerzo del hombre constituye la causa del crecimiento¹.

Pues bien, de este crecimiento que hemos citado en segundo lugar, del espiritual, habla el evangelista ahora: *Y el niño crecía y se fortalecía en espíritu*². Es así como lo afirma: «crecía en espíritu», y no permanecía en la misma medida en que había comenzado, sino que constantemente el espíritu crecía en él, y de hora en hora y de momento en momento, a la vez que crecía su espíritu, también progresaba el alma. Y no solo progresaba el alma, sino que también los sentidos y la inteligencia secundaban el crecimiento de su espíritu³.

1. Mientras que en el primer caso no hay ningún lugar para la voluntad libre, en el segundo todo depende de ella.

2. Lc 1, 80.

3. Cuando progresa el espíritu, todo el hombre —cuerpo y alma— avanza en el camino a la perfección. Véase a este propósito la nota correspondiente a 8, 1.

No sé cómo pueden explicar aquello que mandó el Señor: *Creced y multiplicaos*⁴ quienes lo entienden en sentido físico y al pie de la letra. Porque admitamos que «multiplicaos» se refiere al número, y por eso, mientras se producen más de los que eran antes, tiene lugar esa multiplicación; pero lo que sigue: «creced», eso no está en nuestro poder⁵.

2. Pues ¿qué ser humano no querría *añadir algo a su estatura*⁶ para ser más alto? Ahora bien, si cualquier mandamiento puede ser cumplido —verdaderamente no tiene ningún sentido mandar algo a quien no puede cumplir la orden que le das— y si nos manda que crezcamos, es seguro que se nos manda algo que podemos hacer.

¿Quieres saber cómo hay que entender el «creced»? Escucha lo que hizo Isaac, de quien se dice: *Isaac progresaba y se hacía cada vez mayor, hasta que se hizo grande, incluso en exceso*⁷. Porque sin cesar, tendiendo hacia lo más perfecto, su voluntad hacía progresos, su mente contemplaba una realidad cada vez más divina y su memoria se ejercitaba de modo que guardaba un tesoro cada vez mayor y lo conservaba con firmeza.

Y de este modo ocurrió que el que había cultivado todas las virtudes en el campo de su alma, cumplió el mandamiento que le ordenaba: «creced».

3. Esta es la razón por la que Juan crecía y se multiplicaba cuando aún era un niño pequeño. Aunque es muy difícil que un niño pequeño crezca en espíritu, y rarísimo entre los mortales, sin embargo «el niño crecía y se fortalecía en espíritu». Una cosa es «crecía» y otra «se fortalecía».

4. Gn 1, 22.

53-55.

5. La contraposición entre diversidad numérica y crecimiento espiritual se encuentra ya en FILÓN, *La migración de Abraham*,

6. Mt 6, 27.

7. Gn 26, 13. Cf. *Hom in Gen.*, 12, 5.

La naturaleza humana es débil y para hacerse fuerte necesita el auxilio divino. Leemos: *La carne es flaca*⁸. Por consiguiente, ¿con qué auxilio debe ser fortalecida? Sin duda con el espíritu, «porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil». Quien quiera hacerse más fuerte, no debe fortalecerse sino con el espíritu.

Muchos se fortalecen físicamente, vigorizan su cuerpo; pero el atleta de Dios debe fortalecer su espíritu y, una vez vigorizado este, rechazará la sabiduría de la carne y, tras haberse convertido en un ser espiritual, someterá el cuerpo al imperio del espíritu.

No pensemos, pues, que las palabras «crecía y se fortalecía en el espíritu» describen simplemente la historia de Juan, que no tiene nada que ver con nosotros; al contrario, han sido escritas para que las imitemos, de modo que «multiplicados» espiritualmente, en el sentido que hemos dicho, realicemos progresos.

4. *Y habitaba en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel*⁹. He explicado hace un momento cuán extraordinaria fue la concepción de Juan, cuando «el niño exultó en el seno» y antes de nacer reconoció a su Señor. También he dicho que no fue menos milagroso su nacimiento, cuando las palabras proféticas de Zacarías se dirigieron a él, como si las entendiera, diciéndole: *Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo*¹⁰.

Por tanto, después de semejante concepción y nacimiento, es lógico que no esperara ser alimentado por su padre y por su madre «hasta el día de su manifestación a Israel», sino que se retirara, huyendo del ruido de las aglomeraciones, de la afluencia del pueblo, de los vicios de las ciuda-

8. Mt 26, 41; Mc 14, 38.

10. Lc 1, 76.

9. Lc 1, 80.

des, y se fuera al desierto, donde el aire es más puro, el cielo más abierto y Dios más familiar¹¹; todo esto con el fin de, puesto que aún no había sido revelado el sacramento¹² del bautismo ni llegado el tiempo de su predicación, dedicarse a la oración y a conversar con los ángeles, hablar al Señor y que este la oyera a la vez que le respondía con estas palabras: *Aquí estoy*¹³.

Porque del mismo modo que *Moisés hablaba y Dios le respondía*¹⁴, así también pienso que Juan hablaría en el desierto y el Señor le respondería.

5. Y pienso esto movido por una razón decisiva, tomada de las Escrituras. Porque si *entre los nacidos de mujer no ha habido nadie mayor que Juan Bautista*¹⁵ y Dios respondió a Moisés, lógicamente respondió también a Juan, que fue mayor que Moisés, que fue alimentado en el desierto, cuyo nacimiento fue anunciado por el mismo arcángel que anunció el del Señor y cuyo padre perdió el habla por no haber creído que nacería.

Así pues, Juan «estaba en el desierto» y se alimentaba de una manera nueva y fuera de lo habitual para un hombre. Mateo nos lo recuerda: *Se alimentaba con langostas y miel silvestre*¹⁶. Y dado que Juan fue el ministro de la primera venida del Salvador, puesto que hablaba exclusivamente de la economía de la Encarnación del Señor y su predicación profética cantaba a Aquel que había nacido de una Virgen,

11. En otras homilías explica Orígenes que su concepción de vida en el desierto no se refiere tanto a «apartarse de lugares, sino de obras; no de regiones, sino de conversaciones»: *Hom. in Lev.*, 11, 1. En sentido espiritual, el desierto es un lugar de purificación e intimidad con Dios: cf. *Hom. in Ex.*, 3,

3. Véase también más adelante, *Hom.* 21, 3; *Fragmento* 77.

12. Aquí, como más adelante en 14, 5-6 y 33, 5, se utiliza la expresión *sacramentum baptismi*.

13. Ex 3, 4.

14. Ex 19, 19.

15. Lc 7, 28.

16. Mt 3, 4.

no se alimentó de una miel familiar y elaborada por la mano del hombre, sino de una silvestre.

Y en cuanto al insecto que era su alimento, no era un ave grande que se eleva a las alturas, sino un insecto pequeño que apenas se remonta de la tierra y más bien salta en vez de volar¹⁷.

¿Qué más? Se afirma con toda claridad que las langostas, un animal pequeño y puro, eran su alimento. Por tanto, considerad, hermanos queridísimos, que así como había nacido de una manera novedosa, así también se alimentó de un modo nuevo.

6. Después de esto, continúa la Escritura: *Ocurrió en aquellos días que se promulgó un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo. Este fue el primer empadronamiento, cuando Cirino era gobernador de Siria*¹⁸.

Alguien podría interpelar al Evangelista: «¿Para qué me sirve este relato que cuenta a la vez que este fue “el primer empadronamiento” de todo el mundo bajo el imperio de César Augusto, que José fue en medio de todo el mundo a inscribir su nombre en el censo *junto con María, su esposa, que estaba encinta*¹⁹ y que allí, antes de que acabara el empadronamiento, tuvo lugar el nacimiento de Jesús?».

Para quien mira más de cerca, da la impresión de que esto simboliza un misterio²⁰: fue oportuno que Cristo quedara registrado en este empadronamiento de todo el mundo a fin de que, estando inscrito con todos, pudiera santificar a todos y, empadronado con el mundo, pudiera ofrecer al or-

17. Una descripción análoga de la langosta se encuentra en JERÓNIMO, *Com in Ionam*, 4, 6.

18. Lc 2, 1-2.

19. Lc 2, 5.

20. Orígenes ofrece en estas líneas una interpretación teológico-

espiritual del empadronamiento de la Sagrada Familia. Con él queda claro que Jesús se hizo verdaderamente hombre y que su Encarnación afecta a la salvación de todo el género humano.

be entero vivir en comunión con Él; y también para, tras este empadronamiento, inscribir a todos los hombres junto a sí en *el libro de los vivos*²¹, y después «inscribir» a todos aquellos que hayan creído en Él *en los cielos*²², junto a los santos de Aquel *a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²³.

21. Ap 20, 15.

22. Lc 10, 20.

23. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XII

Sobre el pasaje: *Un ángel viene del cielo y anuncia a los pastores el nacimiento del Señor* (cf. Lc 2, 8-12).

1. Mi Señor Jesús¹ ha nacido y un ángel desciende del cielo para anunciar su nacimiento. Veamos, pues, a quién ha ido a buscar para anunciar su llegada. No vino a Jerusalén, no fue a buscar a los escribas y fariseos, no entró en la sinagoga de los judíos, sino que encontró *a unos pastores que vigilaban por turno su rebaño*, y les dijo: *Hoy os ha nacido un Salvador que es el Cristo Señor*².

2. ¿Piensas acaso que las palabras de la Escritura no significan algo más divino, sino que dicen tan solo eso: que un ángel vino a los pastores y les habló?

Escuchad, pastores de las iglesias, pastores de Dios, que su ángel sigue bajando del cielo y anunciándoos que «hoy os ha nacido un Salvador que es el Cristo Señor». En efecto, si este Pastor no ha venido, los pastores de las iglesias no podrán por sí mismos guardar bien las ovejas: su custodia es débil si Cristo no apacienta y guarda las ovejas con ellos.

Acabamos de leer en el Apóstol: *Nosotros somos colaboradores de Dios*³. Un buen pastor, que imita al Buen Pastor,

1. Esta expresión se repite a lo largo de estas homilías -18, 1; 22, 4- y es muestra de una profunda piedad. Cf. BERTRAND, F., *La mys-*

tique de Jésus chez Origène, París 1951, p. 147.

2. Lc 2, 11.

3. 1 Co 3, 9.

es colaborador de Dios y de Cristo; y por eso es un buen pastor todo aquel que tiene consigo al mejor de los pastores apacentando la grey. Porque *Dios ha colocado en la Iglesia apóstoles, profetas, evangelistas, pastores, doctores, todo ello con vistas a la perfección de los santos*⁴.

Sea dicho todo esto a propósito del sentido inmediato.

3. Pero si es necesario elevar nuestra mente a un nivel más profundo, diré que algunos de esos pastores eran ángeles encargados de gobernar los asuntos humanos⁵. Y como cada uno de ellos aseguraba la guardia y, a pesar de que vigilaba día y noche, ya no era capaz de soportar la tarea a la que se dedicaba celosamente —es decir, gobernar las naciones que le habían sido confiadas—, tuvo que venir un ángel del Señor y anunciar a esos pastores que el verdadero Pastor acababa de nacer.

Por poner un ejemplo histórico, había un pastor en Macedonia que necesitaba el auxilio del Señor. Por eso se apareció a Pablo en sueños un varón macedonio que le dijo: *Pasa a Macedonia, ayúdanos*⁶. Mas ¿por qué hablo de Pablo, cuando estas palabras no se dirigen a él, sino a Jesús que vivía en él?

Así pues, los pastores necesitan la presencia de Cristo. Por eso, un ángel desciende del cielo y dice: *No temáis, he aquí que os anuncio una gran alegría*⁷.

4. Era una gran alegría, ciertamente, para aquellos a cuyo cargo estaban confiados hombres y provincias, que Cristo hubiera venido al mundo. Gran ayuda recibió también el ángel al que estaban confiados los asuntos de Egipto, con el fin de que una vez que el Señor descendió del cielo, los egipcios se hicieran cristianos. Sirvió de mucho a todos los

4. 1 Co 12, 28.

5. Sobre la angelología de Orígenes, véase *La espiritualidad de*

las homilías, en la Introducción.

6. Ef 4, 11-12.

7. Lc 2, 10.

ángeles que se ocupaban de las diversas provincias, por ejemplo al guardián de Macedonia, al guardián de Acaya y a los de las demás regiones. En efecto, no es justo creer que los ángeles malos presiden los destinos de cada una de las provincias y que esas mismas provincias y regiones no tienen atribuidos ángeles buenos.

Pero pienso que lo mismo que se dice de cada provincia se debe también creer igualmente de todos y cada uno de los hombres. A cada uno le asisten dos ángeles, uno de justicia y otro de iniquidad. Si nuestro corazón lo ocupan buenos pensamientos y si la justicia ha producido abundantes frutos en nuestra alma, no cabe duda de que en nosotros habla el ángel del Señor.

Si, por el contrario, en nuestro corazón se agitan malos pensamientos, nos habla el ángel del diablo. Porque del mismo modo que para cada hombre hay dos ángeles, así también, a mi modo de ver, hay dos ángeles diferentes para cada provincia, de manera que los hay buenos y los hay malos.

5. Por ejemplo, eran guardianes de Éfeso ángeles de la peor especie, a causa de los pecadores que vivían en aquella ciudad. Pero también en razón de que en ella se encontraban muchos creyentes, había también un ángel de la iglesia de Éfeso que era realmente bueno. Y lo que hemos dicho de Éfeso, hay que reconocerlo para todas las provincias.

Antes de la venida de nuestro Señor y Salvador, esos ángeles podían aportar una pequeña ayuda a quienes les estaban encomendados y era imposible que sus esfuerzos tuvieran consecuencias.

¿Qué indicios hay de que pudieran ser de poco provecho a los que les estaban sometidos? Escucha atentamente lo que ahora decimos: cuando el ángel de los egipcios ayudaba a los egipcios, apenas había un prosélito que creyera en Dios: y eso ocurría a pesar de que un ángel se ocupaba de ellos.

6. Al final, dado que muchos prosélitos de Egipto y la Idumea⁸ recibieron la fe en Dios, la Escritura dice: *No abominarás al egipcio, porque vosotros erais extranjeros en la tierra de Egipto, ni al idumeo porque es hermano tuyo. Si les nacen hijos, entrarán en la Iglesia de Dios a la tercera generación*⁹. Y así todas las naciones aportaban algunos prosélitos, precisamente gracias a los esfuerzos de los ángeles a los que esas gentes estaban sometidas.

Ahora, sin embargo, pueblos enteros de creyentes acceden a la fe en Jesús, y los ángeles a quienes han sido confiadas las iglesias, fortalecidos por la presencia del Salvador, aportan un gran número de prosélitos con el fin de congregar comunidades cristianas en todo el mundo.

Por eso, levantémonos¹⁰ para alabar al Señor y hagamos del Israel carnal un Israel espiritual. Bendigamos al Dios omnipotente de pensamiento, palabra y obra en Cristo Jesús, *a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹¹.

8. Así llamaban griegos y romanos al antiguo reino de Edom, situado al sur de Judea y al norte de la Arabia. Envuelto en frecuentes guerras contra los judíos, fue conquistado por David y más tarde por Hircan. La dinastía de Herodes procedía de esta región, que fue anexionada por el emperador

Tito a la provincia romana de Judea. Egipcios e idumeos aparecen citados juntos en Dt 23, 7.

9. Dt 23, 7-8.

10. Análogas invitaciones aparecen al final de las homilías en 36, 3 y 39, 7.

11. I P 4, 11.

HOMILÍA XIII

Sobre el texto: *Y apareció una muchedumbre de la milicia celestial*, hasta el lugar donde dice: *Encontraron a María y a Jesús reclinado en el pesebre* (Lc 2, 13-16).

1. Nuestro Señor y Salvador nace en Belén y «una multitud de la milicia celestial» da gloria a Dios y dice: *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*¹. La multitud de la milicia celestial habla así porque ya había cesado de prestar su ayuda a los hombres y veía su incapacidad de realizar la obra que le había sido confiada sin Aquel que verdaderamente podía salvar y ayudarlos también a ellos, que eran sus guías, para que el género humano se salvara.

Por eso el Evangelio describe de un modo analógico que unos hombres, fatigados de haber surcado el mar con sus remos en contra de los vientos, no podían alcanzar el puerto tras haber avanzado a duras penas de veinticinco a treinta estadios, hasta que el Señor se presentó e hizo que se calmaran las olas embravecidas, liberando así de un peligro inminente a la nave, cuyos flancos eran batidos por las aguas².

1. Lc 2, 14. De acuerdo con el sentido en que explica Orígenes este pasaje, la expresión de la Vulgata que cita aquí equivaldría más bien al adoptado por la Neovul-

gata: «Paz en la tierra a los hombres que son objeto de la benevolencia divina».

2. Cf. Jn 6, 18.21.

2. Comprende que así ocurre con los ángeles que querían ofrecer su ayuda a los hombres y sanarlos de sus enfermedades, porque *todos ellos son espíritus dispuestos a servir, enviados en ayuda de aquellos que conseguirán la salvación*³. Por tanto, ayudaban en la medida de sus fuerzas a los hombres, pero veían que sus remedios eran muy inferiores a lo que exigía su curación.

En fin, para que puedas comprender lo que digo, imagínate una ciudad en la que hay una multitud de enfermos y un gran número de médicos; supongamos que hay heridas de todo tipo y que cada día se extiende la serpiente de la putrefacción en las carnes ya muertas, mientras los médicos encargados de su cura no pueden encontrar remedios ni atajar la fuerza de la enfermedad con la ciencia de su arte.

Estando así las cosas, supongamos que llega un médico extraordinario que posee un gran conocimiento de su arte⁴. Aquellos que antes no podían curar, al ver que a manos de ese maestro se retira la gangrena de las heridas, no lo envidiarán, no se corroerán de celos, sino que prorrumpirán en alabanzas a ese médico y celebrarán a Dios que les ha enviado, a ellos y a los enfermos, un hombre de tanta ciencia.

3. Así pues, por una razón análoga, se oye a «una multitud del ejército» de los ángeles que dice: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». Porque el Señor, una vez venido a la tierra, *ha pacificado por la sangre de su cruz a los seres que estaban en la tierra, tanto como a los que estaban en los cielos*⁵. Así

3. Hb 1, 14.

4. Orígenes atribuye a Cristo este papel de médico de las almas, recogiendo una imagen ya tradicional en la literatura cristiana: IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Epístola a*

los efesios 7, 2; CLEMENTE DE ALEXANDRÍA, *Pedagogo*, I, 1, 1, 3; 2, 6; *Carta a Diogneto* 9, 6. Cf. más adelante, *Fragmento* 63.

5. Col 1, 20.

pues, los ángeles querían que los hombres se acordaran de su Creador: ellos, que habían hecho todo lo que estaba en su poder para curar a los hombres y estos no habían querido recibir la salud, ahora contemplan a Aquel que puede curar y lo glorifican, diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz».

4. Un lector atento de la Escritura se preguntará cómo es que el Salvador dice: *No he venido a traer la paz a la tierra, sino la espada*⁶, mientras que ahora los ángeles cantan en su nacimiento: «Paz en la tierra». Asimismo, cómo en otro lugar se dice sobre su persona: *Mi paz os doy, la paz os dejo; yo no doy la paz como este mundo la da*⁷.

Vea ese lector si puede resolver la cuestión con la aportación que hacemos a continuación. Si estuviera escrito simplemente: «Paz en la tierra» y la frase se cortara ahí, surgiría la dificultad. Pero lo que se añade, lo que se dice después de «paz», es decir, «a los hombres de buena voluntad», resuelve la cuestión.

Es más, la paz que el Señor no trae «a la tierra» no es «la paz de la buena voluntad». En efecto, Él no dice simplemente: «no he venido a traer la paz», sino que añade «a la tierra». Y no ha dicho: «no he venido a traer la paz a la tierra de buena voluntad», porque eso sí sería una contradicción⁸.

5. Los ángeles han dirigido a los pastores estas palabras, que no solo se pronunciaban para aquel momento. Pero, aún hoy día, si los ángeles no hubieran hablado a los pastores y no hubieran colaborado con ellos, estos últimos oi-

6. Mt 10, 34.

7. Jn 14, 27.

8. Orígenes muestra, por tanto, que en el Evangelio no hay contradicción: Cristo no trae la paz a

los habitantes de esta tierra, que es lugar del pecado (Mt 11), sino a quienes responden a la benevolencia del Dios encarnado (Lc 2).

rían que se les dice: *Si el Señor no construye la casa, en vano han trabajado los que la edifican; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el que la custodia*⁹.

Si se le permite un lenguaje audaz a uno que persigue el sentido de las Escrituras, yo diría que en todas las iglesias hay dos obispos: uno visible y otro invisible; el primero se manifiesta a los ojos de la carne, el segundo a los de la inteligencia¹⁰.

Y si un hombre ha realizado bien la tarea que le ha sido encomendada, es alabado por el Señor; si la ha hecho mal, está sometido a la culpa y al vicio. Así ocurre también con los ángeles, porque está escrito en el Apocalipsis de Juan: *Pero tienes allí pocos nombres que no se han ensuciado*¹¹; o esto otro, un poco más arriba: *Tienes allí a quienes enseñan la doctrina de los nicolaítas*¹²; y más tarde: «Tienes a los que cometen tal o cual pecado», y con esas palabras son acusados los ángeles que tienen encomendadas esas iglesias¹³.

6. Por tanto, si los ángeles se preocupan del modo como gobiernan las iglesias, ¿es necesario hablar de los hombres y de cuánto temor han de tener con vistas a ser capaces de conseguir la salvación, trabajando en colaboración con los ángeles que se ocupan de ellas?

Yo pienso que es posible encontrar a la vez un ángel y un hombre que sean buenos obispos de la Iglesia y que de algún modo participen en una tarea común. Siendo esto así, pidamos al Dios todopoderoso que los obispos de las igle-

9. Sal 127, 1.

10. Cf. más arriba -3, 1- lo que Orígenes afirma a propósito de las realidades físicas, visibles, y las superiores, que no pueden ser percibidas por los sentidos.

11. Ap 3, 4.

12. Ap 2, 15.

13. Esta idea es incompatible con la doctrina ortodoxa sobre los ángeles: ellos decidieron una vez servir o no servir al Señor y fueron juzgados para siempre. Este fue el objeto del noveno anatema contra Orígenes proclamado en el concilio de Constantinopla en 543.

sias, ángeles y hombres, nos sirvan de ayuda y sepamos que los unos y los otros serán juzgados por el Señor según lo que hayan hecho por nosotros.

Y si, al ser juzgados, no se ha encontrado en ellos ni vicios ni pecados por una actitud de falta de celo, sino por negligencia de nuestra parte, nosotros seremos acusados y castigados. Puesto que ellos han puesto todo su esfuerzo y se han afanado por nuestra salvación, seremos nosotros quienes de ningún modo estaremos libres de culpa.

También ocurre muchas veces que nosotros nos esforzamos, mientras ellos no cumplen su tarea y son culpables¹⁴.

7. *Y ocurrió —dice la Escritura— que, luego que los ángeles se apartaron de ellos hacia el cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Vayamos hasta Belén y veamos este hecho que acaba de suceder y que el Señor nos ha manifestado. Y vinieron presurosos y encontraron a María, a José y al Niño*¹⁵.

Porque habían venido presurosos y no lentos ni con paso cansino, encontraron a José, que había preparado el nacimiento del Señor¹⁶, y a María, que había dado a luz a Jesús, y al mismo Salvador «que estaba reclinado en un pesebre».

Este es el pesebre que el profeta había anunciado, al decir: *El buey ha conocido a su propietario y el asno el pesebre de su dueño*¹⁷. El buey es un animal puro, el asno uno impuro¹⁸. «El asno conoció el pesebre de su dueño». No ha

14. Sobre la angelología en estas homilias, véase la Introducción.

15. Lc 2, 15-16.

16. El término aplicado aquí a san José —*dispensator*— expresa intencionadamente y con propiedad su inserción en la economía de la salvación: *dispensatio salutis*. En 35, 4 se atribuye este mismo ofi-

cio a los obispos.

17. Is 1, 3.

18. La distinción entre animales puros e impuros aparece en Dt 14, 3. Al parecer, es este pasaje el primero en el que ese texto se pone en relación con el nacimiento de Cristo. Cf. ZIEGLER, J. «Ochs und Esel an der Krippe», en *Münchener theologische Zeitschrift*, 3 (1952), 385-402.

sido el pueblo de Israel el que ha conocido el pesebre de su dueño, sino el animal impuro de los paganos. Dice la Escritura: *Pero Israel no me ha conocido y mi pueblo no me ha comprendido*¹⁹.

Comprendiendo este pesebre, esforcémonos por conocer al Señor, ser dignos de ese conocimiento y asumir no solo el nacimiento y la resurrección de su carne, sino también la segunda llegada sublime de la majestad de Aquel *a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²⁰.

19. *Ibid.*

20. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XIV

Sobre el texto: *Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarlo*, hasta el lugar donde dice: *Un par de tórtolas o dos pichones* (Lc 2, 21-24).

1. Cristo *al morir, ha muerto al pecado*¹; no porque él en persona hubiera pecado, *porque ni cometió pecado ni en su boca ha habido lugar para la mentira*², sino que murió a fin de que, gracias a su muerte por los pecados, nosotros, que estábamos muertos, no viviéramos más para el pecado y los vicios.

Por eso está escrito: *Si hemos muerto con Él, también viviremos con Él*³. Por tanto, del mismo modo que «morimos con Él» el día de su muerte y resucitamos con Él el día de su resurrección, así también fuimos circuncidados con Él y después de la circuncisión hemos sido purificados con una purificación solemne.

Así pues, no tenemos en absoluto necesidad alguna de una circuncisión de la carne. Y para que sepas que Él fue circuncidado por nuestra causa, escucha lo que predica Pablo de un modo clarísimo: *En Él —dice— habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, y vosotros estáis llenos de Aquel que es la cabeza de todo Principado y Potestad; también en Él habéis sido circuncidados con una circuncisión que*

1. Rm 6, 10.

2. 1 P 2, 22.

3. Rm 6, 8.

no procede de la mano del hombre, al haberos despojado de vuestro cuerpo carnal en la circuncisión de Cristo y haber sido sepultados con Él en el bautismo: en ese bautismo también nosotros hemos resucitado⁴ con Él por la fe en el poder de Dios, que lo ha resucitado a Él de entre los muertos⁵.

Por tanto, su muerte, su resurrección y su circuncisión han tenido lugar por nosotros.

2. Dice la Escritura: *Cuando se cumplieron los días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de que fuera concebido⁶.* El nombre glorioso de Jesús, dignísimo de toda adoración y culto, *un nombre que está por encima de todo nombre⁷,* no fue oportuno que fuera pronunciado por primera vez por labios de hombre ni que fuera introducido en el mundo por ellos, sino por una naturaleza superior y más elevada⁸.

Por eso el evangelista ha añadido expresamente las palabras, diciendo: «Le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de que fuera concebido en el seno».

3. A continuación añade: *Cumplidos los días de la purificación de ellos⁹, según la Ley de Moisés, lo llevaron a*

4. Orígenes, en esta cita de san Pablo, cambia de la segunda a la primera persona del plural. De esta circuncisión espiritual habla también en *Hom. in Gen.*, 3, 5-7.

5. Col 2, 9-12.

6. Lc 2, 21.

7. Flp 2, 9.

8. Sobre la devoción de Orígenes al nombre de Jesús, que se manifiesta en múltiples textos como este, véase la Introducción.

9. Orígenes no lee un singular, como Jerónimo en la Vulgata *-eius-*, sino un plural *-autón-*,

que se refiere tanto a María como a Jesús. La interpretación de este pasaje por parte de Orígenes le ha acarreado no pocos reproches de heterodoxia, ya que parece admitir la necesidad de purificación en ambos. En su defensa hay que decir, sin embargo, que con esta exégesis pretende ante todo combatir el docetismo, es decir, mostrar que Jesús es realmente el Verbo hecho carne, no una apariencia. Por otra parte afirma que María se somete a la ley mosaica, que afecta a toda mujer que haya dado a luz, sin que

*Jerusalén*¹⁰. Dice, «a causa de la purificación de ellos». ¿Quiénes son ellos? Si estuviera escrito «a causa de la purificación de ella», es decir de María, que había dado a luz, no surgiría ninguna cuestión y con audacia podríamos decir que María, como todo ser humano, necesitaba purificación después del parto.

Ahora bien, puesto que dice: «los días de la purificación de ellos», parece que no se refiere solo a una persona, sino a dos e incluso a varias. ¿Significa esto que Jesús necesitó purificación y fue impuro o estuvo manchado por algún tipo de inmundicia? Puede parecer que hablo de manera temeraria, pero lo hago movido por la autoridad de las Escrituras.

Mira lo que está escrito en el libro de Job: *Nadie está exento de inmundicia, ni siquiera uno cuya vida haya durado un solo día*¹¹. No dice: «nadie está exento de pecado», sino «nadie está exento de inmundicia». Porque «inmundicia» no es sinónimo de «pecado»; y para que sepas que «inmundicia» significa una cosa y «pecado» otra, Isaías lo enseña con toda claridad cuando dice: *El Señor lavará la inmundicia de los hijos y las hijas de Sión y purificará la sangre derramada en medio de ellos: lavará la inmundicia con el soplo de su justicia, y la sangre con el soplo de la destrucción*¹².

4. Toda alma revestida de un cuerpo humano tiene sus inmundicias¹³. Y para que sepas que incluso Jesús ha sido manchado por su propia voluntad, dado que había asumido un

eso signifique poner en duda su virginidad.

10. Lc 2, 22.

11. Jb 14, 4.

12. Is 4, 4.

13. En esta afirmación se ha-

llan reminiscencias del pensamiento platónico, según el cual toda unión del espíritu –alma– a la materia –cuerpo– trae consigo un deterioro del primero.

cuerpo humano para nuestra salvación, escucha al profeta Zacarías, que dice: *Jesús estaba cubierto con vestidos manchados*¹⁴.

Esta frase está dirigida contra quienes niegan que nuestro Señor haya tenido un cuerpo humano, sino que había sido formado de elementos celestiales y espirituales¹⁵. Porque si efectivamente su cuerpo estuvo compuesto de elementos celestiales y —según afirman esas personas erróneamente— siderales o de una naturaleza más sublime y espiritual, tienen que explicar por qué ese cuerpo suyo espiritual ha podido mancharse y cómo interpretan lo que hemos expuesto: que «Jesús estaba cubierto con vestidos manchados».

O, si se ven obligados por necesidad a entender «un cuerpo espiritual» en el sentido de «con vestidos manchados», deben admitir en consecuencia que, puesto que se ha cumplido el contenido de las promesas —es decir, que *se siembra un cuerpo animal y resucita un cuerpo espiritual*¹⁶—, resucitaremos manchados y sucios. Solo pensar esto es impío, sobre todo cuando se sabe que está escrito: *Se siembra un cuerpo en la corrupción, resucitará en la incorrupción; se siembra en la ignominia, resucitará en la gloria; se siembra en la debilidad, resucitará en la fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucitará un cuerpo espiritual*¹⁷.

5. Así pues, fue conveniente que lo que según la Ley era habitual que purificara las inmundicias, se ofreciera por nuestro Señor y Salvador, que se había «cubierto con vestidos manchados» y asumido un cuerpo terreno¹⁸.

14. Zc 3, 3.

15. Estas teorías gnósticas mantenidas por Marción y su discípulo Apeles parecen tener su origen en el tratado juvenil de Aristóteles *De philosophia*, del que se hacen eco Cicerón y algunos Padres de la Iglesia. Cf. JAEGER, W. *Aristoteles*,

Oxford, 1950, pp. 300ss.

16. 1 Co 15, 44.

17. 1 Co 15, 42-44.

18. El autor lleva su defensa de la Encarnación del Verbo hasta el punto de admitir que Jesús tomó un cuerpo terreno, material, que en principio recibió el hombre tras

Aprovecho este pasaje para tratar de nuevo una cuestión que se plantea con frecuencia entre nuestros hermanos. Los niños reciben el bautismo *para la remisión de los pecados*¹⁹. ¿De qué pecados?, o ¿cuándo han pecado?, o ¿cómo se puede mantener este motivo para el bautismo de los niños si no se admite la interpretación que acabamos de dar al pasaje: *Nadie está exento de inmundicia, ni siquiera uno cuya vida haya durado un solo día*²⁰?

Y, dado que por el sacramento del bautismo se abandonan las manchas de nacimiento, he aquí el motivo por el que se bautiza a los niños. En efecto, *si uno no nace del agua y del Espíritu, no podrá entrar en el reino de los cielos*²¹.

6. «Cuando se cumplieron los días de su purificación», dice el evangelista. Se cumplen esos días también en un sentido espiritual. En efecto, el alma no está purificada desde el nacimiento, ni en ese mismo momento puede conseguir una pureza perfecta. Pero, como está escrito en la Ley: *Si da a luz un varón, la madre permanecerá siete días en la sangre impura, luego treinta días en la sangre pura y finalmente ella y el niño estarán en una sangre purísima*²².

Así, dado que *la Ley es espiritual*²³ y *posee la sombra de los bienes futuros*²⁴, podemos comprender que nuestra verdadera purificación tiene lugar al cabo de un tiempo.

el pecado. Pero para Orígenes no es la materia lo que es pecaminoso, sino el apegamiento a lo material, al que Jesús renunció.

19. Hch 2, 38.

20. Jb 14, 4.

21. Jn 3, 5. Este pasaje testimonia la práctica del bautismo de los niños en el s. III. Pero no dice nada a propósito de que el sacramento libere de la mancha del pecado original, sino más bien del deterio-

ro que ha provocado en el cuerpo etéreo -*noûs*- la unión al terreno, cosa nada pecaminosa, como acaba de comentar en el caso de Jesús. Aquí también le falta a Orígenes lo que la teología cristiana elaboraría con el tiempo a propósito de la naturaleza del pecado de origen.

22. Lv 12, 2-4.

23. Rm 7, 14.

24. Hb 10, 1.

Yo pienso que incluso después de la resurrección de los muertos necesitaremos un sacramento que nos lave y nos purifique²⁵ —porque nadie podrá resucitar sin manchas—, y que es imposible encontrar un alma que en un instante esté exenta de todo tipo de vicios.

De ahí que en la regeneración del bautismo se realiza un misterio: que, del mismo modo que Jesús, según la economía de la Encarnación, fue purificado por una ofrenda, así también nosotros somos purificados por una regeneración espiritual.

7. *Lo llevaron, de acuerdo con la ley de Moisés, a Jerusalén, para ofrecerlo en la presencia del Señor*²⁶. ¿Dónde están los que no reconocen al Dios de la Ley y afirman que no es Él, sino otro, el que ha sido revelado por Cristo en el Evangelio²⁷, según aquello de: *Dios ha enviado a su Hijo, formado de una mujer, sometido a la Ley*²⁸?

¿Es, por tanto, necesario pensar que el Dios bueno ha sometido a su Hijo a la Ley del Creador y al poder de un enemigo, un poder que Él mismo no había dado? Más bien ha sido sometido a la Ley *a fin de que pudiera redimir a quienes estaban bajo la Ley*²⁹ y someterlos a otra ley de la que hace un momento hemos leído: *Escucha, pueblo mío, mi ley...* etc.³⁰.

Así pues, «lo llevaron, para ofrecerlo en la presencia del Señor». ¿Qué precepto de la Escritura están cumpliendo? Seguramente aquel que dice: *Como está escrito en la Ley de Moisés, que todo varón primogénito sea consagrado al*

25. Análoga alusión al purgatorio más adelante en 24, 2. Orígenes parece mantener la idea de que tras la muerte todas las almas necesitarán esa purificación.

26. Lc 2, 22.

27. Así pensaban Marción y

sus discípulos, quienes pretenden que el Dios del Antiguo Testamento y el revelado por Cristo en el Nuevo son diferentes.

28. Ga 4, 4.

29. Ga 4, 5.

30. Sal 78 (77), 1.

*Señor*³¹ y tres veces al año comparecerá todo varón ante la presencia del Señor Dios³².

Los varones que eran consagrados porque habían abierto la vulva de la madre eran ofrecidos ante el altar del Señor. La Escritura dice: «Todo varón que abre la vulva» ¿sueña aquí como algo sagrado?

Porque si bien es verdad que cualquier varón es expulsado del seno de su madre, no abre su vulva de la misma manera que Jesús nuestro Señor; porque a todas las mujeres les abre la vulva no el parto del hijo, sino el coito con su marido.

8. En verdad el seno de la madre del Señor se abrió en el momento en que dio a luz, porque antes del nacimiento de Cristo ningún varón había tocado aquel seno santo y digno de toda veneración. Me atrevo a hablar de este tema también porque en aquellas palabras que están escritas *—El Espíritu de Dios descenderá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra*³³— se expresa dónde está el origen del semen y de la concepción, así como que el nuevo feto se desarrolló en el seno de María sin que la vulva hubiera sido abierta.

Por eso dice el mismo Salvador: *Yo soy un gusano y no un hombre, el oprobio del género humano y el rechazado por la plebe*³⁴. Desde el seno materno veía la impureza de los cuerpos y sufría las angustias de los despojos de la tierra, rodeado como estaba por las entrañas de su madre. Por eso se compara con un gusano y dice: «yo soy un gusano, no un hombre».

De ordinario el ser humano nace ciertamente de la unión de un varón y una mujer, pero yo no he nacido de un hom-

31. Ex 13, 2; Nm 8, 16. Al pie de la letra dice «sea llamado santo del Señor».

32. Ex 34, 23.

33. Lc 1, 35.

34. Sal 22, 7.

bre y una mujer según las leyes de la naturaleza humana, sino a la manera de un gusano, cuyo origen no está en un semen ajeno, sino en los cuerpos mismos en los que se desarrolla³⁵.

9. Por eso, puesto que «todo varón primogénito será consagrado al Señor», fue llevado a Jerusalén, para ser presentado al Señor y para lo que viene a continuación: *Presentar como ofrenda un par de tórtolas o dos pichones, según lo mandado en la Ley del Señor*³⁶.

Vemos un par de tórtolas y dos pichones presentados por el Salvador. Yo pienso que son dichas estas aves que fueron ofrecidas en sacrificio por el nacimiento del Señor; y si admiro a la burra de Balán y me la imagino llena de felicidad porque fue digna no solo de contemplar al ángel del Señor, sino de abrir la boca y expresarse en un lenguaje humano³⁷, mucho más celebro y ensalzo a estos pájaros que fueron ofrecidos en sacrificio ante el altar por nuestro Señor y Salvador. *Para presentar como ofrenda un par de tórtolas o dos pichones*³⁸.

10. Quizá pueda parecer que mi comentario encierra alguna novedad, pero que es poco digno de lo elevado del tema. Pero si el nacimiento del Salvador fue una novedad, dado que no se produjo del encuentro de un hombre y una mujer, sino solo de una virgen, del mismo modo este par de tórtolas o dos pichones no fueron tal como nosotros los contemplamos con los ojos de la carne, sino que representan al Espíritu Santo, que *descendió bajo la forma de una paloma y vino*³⁹ sobre el Salvador cuando fue bautizado en el Jordán.

35. En la literatura pagana se encuentra esta observación de origen fabuloso. Cf. OVIDIO, *Metamorfosis*, XV 389-390. PLINIO, *Historia natural*, X 66.

36. Lc 2, 24.

37. Cf. Nm 22, 23 ss.

38. Lv 12, 8; Nm 6, 10.

39. Lc 3, 22.

Algo análogo sucedió con este par de tórtolas: aquellos pájaros no eran como estos que vuelan por los aires, sino que bajo la apariencia de la paloma y la tórtola se manifestaba una realidad divina por encima de cualquier percepción humana; de ese modo, el que nacía y había de sufrir por el mundo entero no era purificado ante los ojos del Señor por las mismas víctimas que los demás hombres, sino que, puesto que la economía divina lo renovaba todo, era necesario también que las víctimas fueran nuevas, de acuerdo con la voluntad del Dios omnipotente en Cristo Jesús, *a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*⁴⁰.

40. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XV

A propósito de Simeón y de su llegada al Templo, movido por el Espíritu Santo, hasta el pasaje: *Ahora, Señor, puedes sacar en paz de este mundo a tu siervo* (Lc 2, 25-29)

1. Debemos buscar el motivo por el que *Simeón, un hombre justo y agradable a Dios* —así lo describe el Evangelio— *que esperaba la consolación de Israel, recibió del Espíritu Santo la revelación de que no moriría antes de ver al Cristo del Señor*¹.

¿De qué le sirvió ver a Cristo? ¿Estaba contenido en la promesa solo la visión de Cristo, sin que de esa visión fuera a conseguir algún provecho, o bien se oculta en ella algún don digno de Dios que el justo Simeón recibió por haberlo merecido?

*Una mujer tocó el borde de la túnica de Jesús y fue curada*². Si aquella mujer tuvo una recompensa tan grande por alcanzar el extremo del borde del vestido, ¿qué pensar de Simeón, que «recibió en sus brazos» al niño y teniéndolo en ellos se alegraba y llenaba de gozo al ver que portaba al niño que había venido a liberar a los cautivos y que él mismo iba a ser liberado de las cadenas del cuerpo? Él sabía que nadie, fuera de aquel niño que tenía en sus brazos, era capaz de soltar a alguien de la prisión del cuerpo³ con la esperanza de una vida futura.

1. Lc 2, 25-26.

2. Lc 8, 44.

3. Esta imagen del cuerpo co-

mo prisión —*claustrum corporis*— es de origen platónico.

2. Por eso, también se dirige a Él diciendo: «Ahora, Señor, puedes sacar en paz de este mundo a tu siervo». Porque durante todo el tiempo en que no tenía a Cristo, durante todo el tiempo en que no lo estrechaba entre mis brazos, estaba prisionero y era incapaz de soltarme de mis cadenas.

Estas palabras hay que entenderlas no solo a propósito de Simeón, sino de todo el género humano. Si alguien sale de este mundo, si alguien es liberado de una prisión y de un lugar de cautivos para dirigirse a reinar, que tome a Jesús en sus manos, que lo rodee con sus brazos, que lo guarde por entero en su corazón y entonces podrá ir adonde quiera lleno de alegría⁴.

Considerad cuántas cosas han sido preparadas de antemano por la Providencia para que Simeón mereciera tener en sus brazos al Hijo de Dios. En primer lugar había recibido del Espíritu Santo la revelación de que *no moriría antes de ver al Cristo del Señor*⁵.

3. Después, no fue simplemente por azar por lo que entró en el templo, sino que *vinó al templo movido por el Espíritu de Dios; porque todos aquellos que son guiados por el espíritu de Dios, esos son hijos de Dios*⁶. Así pues, el Espíritu Santo lo condujo al templo.

También tú, si quieres tener a Jesús, rodearlo con tus brazos y ser digno de salir de la cárcel, dirige todo tu esfuerzo a dejarte guiar por el Espíritu y venir al templo de Dios.

He aquí que ahora estás en el templo del Señor Jesús, esto es, en su Iglesia, el templo construido *con piedras vivas*⁷. Y tú te encuentras en el templo del Señor cuando tu vida y

4. Esta actitud llena de piedad ante el niño Jesús corrobora lo que se ha dicho en la Introducción a propósito de la dimensión cristoló-

gica de estas homilías de Orígenes.

5. Lc 2, 26.

6. Lc 2, 27; cf. 1 P 2, 5.

7. 1 P 2, 5.

tu comportamiento son verdaderamente dignos de ese nombre: «Iglesia».

4. Si vienes «al templo guiado por el Espíritu», encontrarás al niño Jesús, lo tomarás en tus brazos y dirás: *Ahora, Señor, puedes sacar en paz de este mundo a tu siervo, según tu palabra*⁸. Y al mismo tiempo observa que la paz se añade a la liberación y a la salida de este mundo. Porque no dice «quiero morir», sino que añade «en paz».

En efecto, también al bienaventurado Abraham se le prometió: *Tú te unirás con tus antepasados en paz, tras haber vivido una buena vejez*⁹. ¿Quién es el que muere en paz, sino quien posee la paz de Dios, que supera toda comprensión y guarda el corazón¹⁰ de quien la posee? ¿Quién es el que sale en paz de este mundo, sino el que comprende que Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo¹¹, y no se considera enemigo y adversario de Dios en nada, sino que, tras haber logrado por sus buenas obras la plenitud de la paz y la concordia, se va en paz para reunirse con los santos patriarcas a los que se unió Abraham?

5. ¿Para qué hablo de los patriarcas? Ahora se trata de irse hasta el príncipe y señor de los patriarcas, Jesús, del que se dice: *Es mejor morir y estar con Cristo*¹². Posee a Jesús quien se atreve a decir: *Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí*¹³.

Por tanto, para que, por estar en el templo y tener entre nuestros brazos al Hijo de Dios, también nosotros seamos dignos de ser liberados y partir hacia una existencia mejor, roguemos al Dios omnipotente, roguemos también al Niño Jesús, a quien deseamos hablar y tener en nuestros brazos. *A Él pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹⁴.

8. Lc 2, 29.

9. Gn 15, 15.

10. Flp 4, 7.

11. 2 Co 5, 19.

12. Flp 1, 23.

13. Ga 2, 20.

14. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XVI

Sobre el texto: *Su padre y su madre estaban admirados por las cosas que se decían acerca de Él*, hasta el pasaje: *He aquí que ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel* (Lc 2, 33-34).

1. «Su padre y su madre –dice el evangelista– estaban admirados por las cosas que se decían acerca de Él». Resumamos todo lo que está escrito sobre Jesús, con ocasión de su nacimiento, y entonces podremos apreciar cuántos detalles son dignos de admiración.

Por eso se admiraba su padre –José recibe ese nombre porque fue su padre nutricio– y también se admiraba su madre por todo lo que «se decía de Él». ¿Cuáles son esas maravillas que la fama había difundido a propósito del niño Jesús?

«Había unos pastores en aquella región que dormían al raso y vigilaban por turno su rebaño durante la noche». A la misma hora del nacimiento de Jesús vino un ángel y les dijo: «Os anuncio una gran alegría: id y encontraréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre».

Apenas había pronunciado el ángel estas palabras y he aquí que «una muchedumbre de la milicia celestial» comenzó a alabar y bendecir a Dios. Tras haber contemplado los pastores temerosos ese espectáculo y «después de que el ángel se apartó de ellos, se decían unos a otros: Vayamos hasta Belén y veamos este hecho que el Señor nos ha manifestado».

Vinieron y encontraron al niño. Tanto ellos como los padres estaban admirados ante lo que había sucedido.

2. A este respecto, también de Simeón está escrito que contribuyó a esa fama y que en buena parte contribuyó a ese asombro¹. Porque dijo, teniendo al niño en sus brazos: *Ahora, Señor, puedes sacar en paz de este mundo a tu siervo, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación*². Estas palabras de Simeón fueron el punto álgido y, por decirlo así, la cumbre de todo lo que se decía sobre Jesús y de todo aquello que provocaba la admiración de su padre y de su madre.

Porque no se contentó con tener en sus brazos al Niño y proclamar lo que estaba escrito sobre Él, sino que «bendijo» a su padre y a su madre y pronunció una profecía sobre el mismo niño, diciendo: *He aquí que este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel y para signo de contradicción. Y tu misma alma será traspasada por una espada a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones*³.

3. ¿Qué significan estas palabras: «He aquí que este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel?». He encontrado algo análogo en el Evangelio según san Juan: *Yo he venido a este mundo para un juicio, a fin de que vean los que no ven, y los que ven se vuelvan ciegos*⁴.

Por tanto, del mismo modo que ha venido «para un juicio», a fin de que «los ciegos» de entre los gentiles «vean», y los de Israel que antes veían «se vuelvan ciegos», así también ha venido «para ruina y resurrección de muchos».

En efecto, con la venida de nuestro Señor y Salvador, quienes antes se mantenían en pie se desplomaron y los que habían caído resucitaron. Esta es la primera interpretación

1. Cf. Lc 2, 33.

2. Lc 2, 29-30.

3. Lc 2, 34-35.

4. Jn 9, 39.

de este texto: «He aquí que este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel».

4. Pero hay un sentido más profundo que debe ser entendido, sobre todo en contra de aquellos que profieren gritos contra el Creador y que, recogiendo de aquí y de allá citas que no comprenden, *confunden las mentes de las personas sencillas*⁵.

En efecto, afirman: «he aquí el Dios de la Ley y de los profetas, veamos qué clase de Dios es». Yo —dice Él— *daré muerte y yo devolveré a la vida; golpearé y sanaré y nadie hay que pueda escapar de mis manos*⁶. Oyen el «daré muerte» y no oyen el «devolveré a la vida»; oyen el «golpearé» y no se molestan en oír el «y yo sanaré».

Y aprovechan esas oportunidades para calumniar al Creador.

5. Por consiguiente, antes de interpretar el sentido de la frase: «yo daré muerte y devolveré a la vida, golpearé y sanaré», pondré ante ellos el testimonio del Evangelio y diré contra los herejes —porque hay un gran número de ellos que admiten el Evangelio según san Lucas— lo siguiente: si el Creador es sanguinario y solamente un juez cruel por el hecho de decir: «yo daré muerte y devolveré a la vida, golpearé y sanaré», es evidente que Jesús es su Hijo.

En efecto, eso mismo está escrito de Él: «He aquí que este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel», no solo para «resurrección», sino también «para ruina». Si es malo dar muerte, será también malo venir «para la ruina».

¿Qué responderán? ¿Acaso dejarán de darle culto, o buscarán cualquier otra interpretación y recurrirán a las tropo-

5. Rm 16, 18. Aquí apoya Orígenes su pensamiento en la carta de san Pablo a los Romanos, pero

ya en 7, 4 había expresado esta preocupación.

6. Dt 32, 39.

logías⁷, de modo que su venida «para la ruina» significaría bondad más que severidad⁸?

6. Y ¿cómo va a ser este un método correcto? Cuando se encuentra en el Evangelio una frase de este tenor se recurre a alegorías y a interpretaciones nuevas, mientras que cuando se trata del Antiguo Testamento, inmediatamente se acusa y no se admite ninguna explicación, aunque esta sea probable.

Pero también la frase que he citado a continuación: «Yo he venido a este mundo para un juicio, a fin de que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos», ya pueden intentar interpretarla, que no podrán encontrarle un sentido.

Por mi parte, yo que he optado por ser miembro de la Iglesia y no llevar el calificativo de algún hereje, sino el nombre de Cristo, que es bendecido en la tierra, y deseo ser llamado cristiano y serlo, busco el mismo tipo de interpretación tanto para la Antigua como para la Nueva Ley.

7. Dios dice: «Yo daré muerte». Acepto de buena gana que Dios dé muerte. Porque cuando está en mí el hombre viejo y vivo aún como hombre, deseo que Dios dé muerte en mí al hombre viejo y me resucite de entre los muertos. En efecto, dice el Apóstol: *El primer hombre salido de la tierra es terreno; el segundo, venido del cielo, es celestial. Lo mismo que hemos llevado en nosotros la imagen del terreno, llevemos también la imagen del celestial*⁹. De acuerdo

7. *Tropo* es todo arte figurado de hablar. Orígenes parece descalificar aquí el método alegórico para interpretar la Sagrada Escritura, que él mismo utiliza. Lo que impugna, sin embargo, es el uso arbitrario de ese tipo de exégesis. A

este respecto, véase H. DE LUBAC, «Typologie et Allégorisme», en *Recherches de science religieuse* 34 (1947), pp. 180-226.

8. Cf. Rm 11, 22.

9. 1 Co 15, 47-49.

con esta interpretación, se entiende también aquello de: «Yo he venido a este mundo para un juicio, a fin de que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos».

Todos los hombres tenemos en nosotros al mismo tiempo la capacidad de ver y la ceguera¹⁰. Adán veía y a la vez estaba ciego. También Eva, dice la Escritura, veía incluso antes de que se le abrieran los ojos: *La mujer vio que el árbol era apetitoso de comer y agradable a la vista y, tomando un fruto del árbol, lo comió y se lo dio a su marido, y ambos comieron*¹¹. Por tanto, no eran ciegos, sino que veían.

8. El texto continúa: «y se abrieron sus ojos». Por tanto, eran ciegos y no veían, puesto que los ojos de su cuerpo se abrieron a continuación. Pero los de su alma, que antes habían visto bien, en cuanto traspasaron el mandamiento del Señor comenzaron a ver mal y, por culpa del pecado contra la obediencia, más tarde perdieron la vista. Yo interpreto así también aquello que dice el Señor: *¿Quién ha creado al mundo y al sordo, al que ve y al ciego?, ¿acaso no he sido Yo, el Señor Dios?*¹².

Existe el ojo del cuerpo, con el que contemplamos las realidades corporales, el ojo de acuerdo con la sensibilidad de la carne, del que la Escritura dice: *En vano avanza quien se envanece de sus pensamientos carnales*¹³. También tenemos otro ojo, opuesto a él y mejor, que entiende las cosas de Dios. Porque este ojo estaba ciego en nosotros, vino Je-

10. En las reflexiones que siguen, Orígenes habla de los ojos a dos niveles: uno corporal y otro espiritual. Los primeros son los ojos de la carne, los segundos los del espíritu. Los corporales perciben los objetos y sus características físicas. Los espirituales captan la dimensión moral de las accio-

nes. Véase a este respecto K. RAHNER, «Debut d'une doctrine des cinq sens spirituels chez Origène», en *Revue d'ascétique et de mystique* 13 (1932), pp. 113-145.

11. Gn 3, 6-7.

12. Ex 4, 11.

13. Col 2, 18.

sús para darle la vista, a fin de que vieran los que no veían y se volvieran ciegos los que veían.

Por tanto, en este sentido preciso debemos interpretar el texto que ahora tenemos entre manos: «He aquí que este ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel».

9. Tengo en mí algo que a duras penas se mantiene y que se levanta con la soberbia del pecado: esto es lo que debe caer, esto lo que debe ser aniquilado; si esto llega a caer, lo que antes se había desintegrado, levantándose, se mantendrá en pie.

El «hombre interior» que hay en mí yacía postrado por tierra en otro tiempo, mientras que el «exterior» estaba erecto. Antes de creer en Jesús, el bien yacía postrado en mí, el mal se mantenía en pie. Después de la venida de Jesús, lo que antes era mal en mí cayó por los suelos y se cumplieron aquellas palabras: *Llevando siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús*¹⁴, y aquellas otras: *Mortificad vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, la lujuria, la idolatría, la avaricia*¹⁵, etc.

10. La ruina de todos estos vicios ha sido provechosa. Y de esta ruina se dice: *Allí donde esté el cadáver, allí se congregarán las águilas*¹⁶. Efectivamente, la palabra «cadáver» viene de «caída»¹⁷.

Este tipo de caída es bueno. Jesús ha venido en primer lugar para eso, y no puede cumplirse la resurrección si no ha ido precedida de la ruina. Ojalá venga Él a destruir previamente lo malo que hubo en mí a fin de que, una vez destruido y muerto, resucite en mí y cobre vida lo que es bueno, de manera que consigamos el reino de los cielos en Aquel a quien pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén¹⁸.

14. 2 Co 4, 10.

15. Col 3, 5.

16. Mt 24, 28.

17. La etimología común en

griego (*ptóma*, de *pípto*) y en latín (*cadaver/casus*, de *cado*), es tan clara como en castellano.

18. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XVII

De nuevo sobre el texto: *Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de Él*, hasta el pasaje donde se escribe sobre Ana (cf. Lc 2, 35-38).

1. El mismo Lucas escribe, por una parte: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios*¹; y así nos trasmite con toda claridad que Jesús fue hijo de una virgen y no fue concebido por semen de varón. Por otra parte, da fe de que José es el padre de Jesús, al decir: *Y su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de Él*².

¿Cuál es la razón por la que el evangelista llama padre al que no lo fue? El que se contenta con una explicación simple, dirá: «el Espíritu Santo lo honró con el título de padre porque había alimentado al Salvador». Pero el que busca una interpretación más profunda puede decir lo siguiente: «puesto que se cita el árbol genealógico de David hasta José, este es llamado “padre” del Señor para no dar la impresión de que quien en realidad no había sido padre del Salvador había sido citado en vano, sino que tenía sentido aludir a la genealogía»³.

1. Lc 1, 35.

2. Lc 2, 33.

3. Así aclara Orígenes el papel

de José en la economía de la Encarnación: dotar a Jesús de una genealogía humana que lo une a David.

Por tanto, «su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de Él», tanto por parte del ángel⁴ y de la «multitud del ejército celestial»⁵, como también de los pastores. Sí, se admiraban de un modo extraordinario al oír estas cosas.

2. Después dice la Escritura: *Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: Mira, este está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción. Y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones*⁶.

Tenemos que meditar de qué modo el Salvador ha venido «para caída y levantamiento de muchos». El que da una explicación sencilla puede decir que ha venido para caída de los infieles y para resurrección de los fieles. Pero un exégeta concienzudo se da cuenta de que en ningún modo puede caer quien antes no ha estado en pie. Cítame, por tanto, a uno solo que estuviera de pie y para cuya ruina ha venido el Salvador. Y lo mismo vale para el que ha resucitado, porque es evidente que resucita aquel que antes había caído.

Hay que comprender, por tanto, que el Salvador no ha venido para ruina de unos y resurrección de otros, sino que ha venido «para ruina y salvación» de los mismos. *He venido* —dice— *para un juicio, para que los que no ven vean y los que veían se vuelvan ciegos*⁷. En efecto, en nosotros hay algo que antes veía y después dejó de ver, y algo distinto que no veía y después comenzó a ver.

Por ejemplo, yo quiero ver con aquellos ojos con los que antes no veía y que después se me abrieron, porque tras la desobediencia de Adán y Eva *se les abrieron los ojos*⁸ de los que hemos tratado en mi anterior sermón.

4. Cf. Lc 1, 31-33.

5. Cf. Lc 2, 13.

6. Lc 2, 34-35.

7. Jn 9, 39.

8. Gn 3, 7.

3. Pero ahora debemos interpretar qué significa lo que dice: «Mira, este está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel». Me conviene en primer lugar caer y, una vez que he caído, levantarme bien, de modo que el Salvador no sea para mí causa de una mala caída.

Mas me ha hecho caer para eso, para que resucite y la caída me resulte de más utilidad que aquel tiempo en que parecía que me mantenía en pie. Porque entonces estaba en pie por el pecado y gracias a él vivía; y puesto que era el pecado el que me sostenía, la primera ventaja para mí consistió en que caí y morí al pecado⁹.

En definitiva, también los santos profetas caían sobre su rostro cuando contemplaban una visión más elevada; y caían por esta razón: para purgar sus pecados con más plenitud gracias a su caída.

El Salvador te concede en primer lugar esta gracia, la caída. Eras pagano, caiga en ti el pagano; eras amante de prostitutas, muera en ti en primer lugar ese amor; eras pecador, caiga en ti el pecador, a fin de que a partir de este momento puedas resurgir y decir: *Si hemos muerto* (con Él), *también* (con Él) *viviremos*¹⁰, y *si hemos sido hechos iguales a su muerte, también seremos iguales a su resurrección*¹¹.

4. Por consiguiente, «este está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel»¹², es decir, de aquellos que pueden entender plenamente con la agudeza de su razón, y «para signo de contradicción».

Todo lo que narra la historia a propósito del Salvador es objeto de contradicción. Una virgen es madre: he aquí una

9. Cf. más arriba 16, 9.

10. 2 Tm 2, 11.

11. Rm 6, 5.

12. Israel significa «visión de Dios», etimología que procede de

Filón de Alejandría y de la que Orígenes hace uso en muchos pasajes de su obra. Véase *Hom. in Num.*, 16, 7, así como más adelante, *Frag.*, 28 b; 42 g.

señal que es objeto de contradicción. Los marcionitas¹³ se oponen a esta señal y dicen que el Señor de ninguna manera ha nacido de una mujer; los ebionitas¹⁴ se oponen a esta señal diciendo que ha nacido de un hombre y una mujer, como también nosotros nacemos.

Tuvo un cuerpo humano: y también esta es una señal objeto de contradicción, porque unos dicen que ha venido del cielo¹⁵, otros que ha tenido un cuerpo como nosotros, para que en base a esa semejanza corporal también haya podido redimir nuestros cuerpos de sus pecados y darnos la esperanza de la resurrección.

Resucitó de entre los muertos: y también esta es una señal objeto de contradicción. ¿Cómo ha resucitado: tal como era cuando murió, o lo hizo con un cuerpo de una sustancia superior¹⁶?

13. Aunque Orígenes ha aludido ya indirectamente a Marción —cf. 1, 2; 14, 4.7—, esta es la primera vez que cita abiertamente a sus seguidores. Este hereje, cuyas fechas de nacimiento y muerte son inciertas, procedente del Ponto, se sumó antes del año 140 a la comunidad romana, con la que rompió para fundar ya en 144 una nueva iglesia, que destacaba por el celibato y una excesiva ascesis de sus miembros. Su sistema parte de un dualismo radical entre Dios, ajeno e inalcanzable, y el mundo, que no tiene nada que ver con Él y al que por pura misericordia redime por la sangre de Cristo. El mundo ha sido creado de la materia por un dios que lo domina con justicia y sin la gracia. Su doctrina se opone a cualquier interpreta-

ción alegórica de la Sagrada Escritura, postura que lo opone frontalmente a Orígenes.

14. Entran ya desde san Ireneo (h. 130-200) en el elenco de los herejes. Heredan su nombre no de una persona, sino de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén, que se llamaba a sí misma «de los pobres» (*bjônîm*), pero pronto se distanciaron de la Iglesia por su empeño en mantener vigentes la Ley y sus prescripciones. Orígenes alude aquí a sus errores cristológicos. Cf. *Reallexikon für Antike und Christentum*, 4, col. 487-500.

15. Cf. más arriba 14, 4

16. Esta era la opinión de Orígenes, para quien un cuerpo terrenal, sometido a las limitaciones propias de la materia, habría desdicho

5. Y hay una disputa sin fin, porque unos dicen: «Ha mostrado a Tomás la llaga de los clavos en sus manos», mientras que otros argumentan desde una dirección contraria: «si tenía el mismo cuerpo, ¿cómo es que *entró y se puso ante ellos con las puertas cerradas*¹⁷?».

Ves, pues, cómo con diversos argumentos, incluso su resurrección se convierte en un problema y «un signo de contradicción».

Yo, por mi parte, pienso que incluso el hecho de que su venida haya sido predicha por boca de los profetas es un signo de contradicción. En efecto, hay muchos herejes que aseguran que no fue anunciado en absoluto por los profetas¹⁸.

Y ¿para qué es necesario que añada otros muchos ejemplos? Todo lo que la historia cuenta de Él es signo al que se contradice, no porque lo contradigan quienes creen en Él —nosotros sabemos con toda certeza que es verdadero todo lo que está escrito—, sino porque entre los incrédulos todo lo que está escrito sobre Él es una señal a la que se contradice.

6. Después dice Simeón: «y una espada atravesará tu alma». ¿Cuál es esta espada que no solo traspasará el corazón de los demás, sino también el de María? Se dice abiertamente que durante las horas de la pasión todos los apóstoles se escandalizaron. Incluso el Señor había dicho: *Todos vosotros os escandalizaréis esta noche*¹⁹.

Así pues, todos se escandalizaron hasta tal punto, que también Pedro, el príncipe de los apóstoles, lo negó por tres veces. ¿Qué pensamos a propósito de que la Madre del Señor, a pesar de que los apóstoles se habían escandalizado,

del Cristo glorioso. Sobre este tema, véase STUDER, B., «La résurrection de Jésus d'après le *Peri Archôn* d'Origène», en *Augustinianum* 18 (1978) pp. 279-309.

17. Jn 20, 26.

18. Marción y sus seguidores no reconocían la autoridad del Antiguo Testamento.

19. Mc 14, 27.

permaneció inmune de escándalo? Si ella no sufrió escándalo ante la pasión del Señor, ¿no murió Jesús por sus pecados? Si, por el contrario, *todos han pecado y están privados de la gloria de Dios hasta que fueron justificados y redimidos por su gracia*²⁰, entonces María también se escandalizó durante ese tiempo²¹.

7. Precisamente esto es lo que Simeón profetiza cuando dice: «a pesar de que tú sabes que siendo virgen has dado a luz sin intervención de varón, que has oído de labios de Gabriel que “el Espíritu Santo descenderá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra”, sin embargo “tu alma será traspasada por la espada” de la infidelidad, serás herida por el puñal de la incertidumbre y tus pensamientos te agitarán de un lado a otro cuando hayas visto que Aquel a quien habías oído llamar Hijo de Dios y sabías que había sido engendrado sin semen de varón, fue crucificado, muerto, sometido a tortura por los hombres y, finalmente, entre lágrimas y quejas, había dicho: *Padre, si es posible, pase de mi este cáliz*»²².

En verdad, por tanto, «una espada traspasará también tu alma».

8. *Para que se descubran los pensamientos de muchos corazones*²³. Malos eran los pensamientos en el interior de los hombres. Fueron puestos al descubierto con el fin de que, una vez sacados a la luz pública, perecieran y, muertos y aniquilados, dejaran de existir y acabara con ellos Aquel que murió por nosotros.

Porque durante todo el tiempo en que esos pensamientos estaban ocultos y no habían salido a la luz pública, era imposible su total destrucción. Por eso, también nosotros

20. Rm 3, 23-24.

21. A propósito de este pasaje, véase la Introducción.

22. Mt 26, 39.

23. Lc 2, 35.

debemos decir, si hemos pecado: *Te he dado a conocer mi pecado y no he escondido mi iniquidad. He dicho: quiero reconocer ante el Señor la injusticia que he cometido contra mí mismo*²⁴.

Por tanto, si actuamos así y confesamos nuestros pecados, no solo ante Dios, sino también ante aquellos que pueden curar nuestras heridas y pecados²⁵, serán borrados nuestros pecados por el que dice: *He aquí que destruiré como a una nube tus iniquidades y como a una niebla tus pecados*²⁶.

9. Tras la profecía de Simeón –puesto que también las mujeres deben ser salvadas–, llegó una profetisa de la que se escribe: «Había también una profetisa, Ana, hija de Fa-nuel, de la tribu de Aser».

¡Qué orden más hermoso! No llegó la mujer antes del varón, sino que primero llegó Simeón, que tomó al niño y lo tuvo en sus brazos, y después la mujer, cuyas palabras no son citadas, sino que se dice en general que *alabó también a Dios y habló de Él a cuantos esperaban la redención de Jerusalén*²⁷.

Y es justo que esta santa mujer haya merecido recibir el don de la profecía, porque había ascendido a esa altura a través de una larga vida de castidad y de prolongados ayunos.

10. ¡Meditad, mujeres, el testimonio de Ana e imitadlo! Si un día os sucede que perdéis a vuestros maridos, considerad lo que está escrito de ella: *Desde su virginidad vivió siete años con su marido*²⁸, y todo lo demás. Por todo eso era profeta, porque el Espíritu Santo no habitaba en ella como por capricho o por azar.

24. Sal 32 (31), 5.

25. Estamos ante un claro testimonio de praxis penitencial en la primitiva Iglesia: los pecados se manifestaban ante los ministros

con el fin de que fueran perdonados.

26. Is 44, 22.

27. Lc 2, 38.

28. Lc 2, 36.

Ante todo, es bueno si una puede mantener la gracia de la virginidad²⁹; pero si esto no es posible y le ocurre que pierde a su esposo, entonces que permanezca viuda. Y eso no solo tras la muerte de su marido, sino también mientras vive, para así recibir la corona del Señor, aun cuando no llegue a realizar su voluntad y su propósito.

En esos casos debe decir: «Yo hago voto y prometo, si me ocurriera una desgracia —que no deseo—, que no haré otra cosa que perseverar como una viuda intacta». En nuestros días, sin embargo, se dan en la Iglesia segundas, terceras y hasta cuartas nupcias —por no citar las siguientes— y no ignoramos que semejantes uniones nos apartan del reino de Dios.

Porque así como no solo la fornicación, sino un segundo casamiento excluyen a uno de las dignidades eclesíasticas —efectivamente, ningún obispo, presbítero, diácono o viuda³⁰ puede contraer segundas nupcias—, así también es posible que el casado en segundas nupcias quede excluido del rebaño *de los primogénitos e inmaculados*³¹, *de la Iglesia que no tiene mancha ni arruga*³²; no en cuanto vaya a ser arrojado en el fuego eterno, sino en cuanto no tiene parte en el reino de los cielos³³.

11. Cuando comentaba aquel pasaje de la carta a los Corintios: *A la iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los que le invocan*³⁴, recuerdo haber dicho que hay una di-

29. Sobre el aprecio de Orígenes a la virginidad, véase CROUZEL, H., *Virginité et mariage selon Origène*, Paris 1963, pp. 84-131.

30. Reconocida oficialmente como tal, según las condiciones y con las atribuciones que establece san Pablo en 1 Tm 5, 9-16.

31. Hb 12, 23.

32. Ef 5, 27.

33. Así pues, Orígenes distingue dentro de la Iglesia a los «perfectos», inspirados directamente por Cristo, de los que «invocan el nombre del Señor», que reciben luz y guía a través de la Iglesia de los perfectos.

34. 1 Co 1, 2.

ferencia entre «la Iglesia» y aquellos «que invocan el nombre del Señor».

En efecto, pienso que el que se ha casado una sola vez, la virgen y el que persevera en la castidad, pertenecen a la Iglesia de Dios; el que se ha casado dos veces, aunque se haya comportado bien y sea fuerte en las demás virtudes, no obstante no es de «la Iglesia» ni pertenece al número de aquellos que «no tienen mancha ni arruga o cualquier cosa de ese estilo», sino a un segundo grado, el de «quienes invocan el nombre del Señor» y ciertamente se salvan en el nombre de Jesucristo, pero no reciben la corona de Aquel *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*³⁵.

HOMILÍA XVIII

Sobre el pasaje: *El Niño crecía y se fortalecía*, hasta el lugar donde dice: *¿No sabéis que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?* (Lc 2, 40-49).

1. Mi Señor Jesús nació y sus padres subieron a Jerusalén para cumplir lo que estaba mandado en la Ley y ofrecer por Él *un par de tórtolas o dos pichones*¹. Simeón lo tuvo en sus brazos, como acabamos de leer, y profetizó lo que narra el Evangelio. Y los padres regresaron a su casa después de haber cumplido todo según la costumbre.

¿Cuántos años tenía entonces Jesús? En cualquier caso era todavía un niño pequeño, y sin embargo *crecía y se fortalecía y se llenaba de sabiduría*² y de gracia. No había cumplido aún los cuarenta días de la purificación, no había llegado aún a Nazaret, y ya recibía toda la sabiduría.

La Escritura podía haber dicho: «*crecía y se fortalecía y recibía el espíritu*»; pero, como *se anonadó y tomó la forma de siervo*³, en cuanto se ofreció el sacrificio presentado para su purificación, enseguida recibió de nuevo la plenitud de la que se había despojado. Y esto no en el sentido de que su cuerpo creció de repente, sino que al decir la Escritura: «*el Niño crecía y se fortalecía y se llenaba de sabiduría*», expresaba algo más profundo.

1. Lc 2, 24.

2. Lc 2, 40.

3. Flp 2, 7.

2. Investiguemos si en algún otro lugar está escrito de un niño que «crecía y se fortalecía», para poder así entender –comparándole con otros muchos– lo extraordinario que se afirma de nuestro Señor.

Leemos a propósito de Juan Bautista que «crecía y se fortalecía», pero no se añade «y se llenaba de sabiduría», sino «se fortalecía en espíritu»⁴. Mas sobre nuestro Señor se dice: «crecía y se fortalecía y se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba en Él». Todo esto se dijo de un niño que aún no había cumplido los doce años⁵.

Sin embargo, cuando cumplió los doce años se quedó en Jerusalén. Sus padres, que no lo saben, lo buscan preocupados y no lo encuentran. Buscan «entre los parientes», buscan «en la comitiva», buscan «entre los conocidos» y entre todos ellos no lo encuentran. Por tanto, Jesús es buscado por sus padres; por su padre, que había sido padre nutricio y compañero de viaje cuando descendió a Egipto y que, sin embargo, no lo encuentra de inmediato cuando lo busca.

4. La diferencia entre Juan y Jesús es enorme. El primero crece corporal y espiritualmente de un modo extraordinario asistido por la gracia de Dios. El segundo es el Verbo de Dios que se anonada –*kénosis*– y toma la forma de siervo, pero continúa lleno del Espíritu.

5. Es evidente la gran importancia que presta Orígenes en este pasaje al hecho de que Jesús hubiera llegado a los doce años cuando se produjo esta escena. Las cifras bíblicas están llenas de sentido. En concreto el doce marca la intervención divina en la marcha de la historia humana: el

año hebraico está dividido en doce meses y el día en doce horas. El pueblo judío, a su vez, como pueblo elegido, consta de doce tribus. Israel/Jacob tiene doce hijos y Jesús elige doce apóstoles. Es como si Jesús hubiera esperado a cumplir los doce años para señalar por primera vez el sentido de su misión, en plena unión con el Padre. Y Orígenes redondea este pensamiento con tres claras aplicaciones pastorales: a) el fiel creyente debe buscar a Jesús, como lo hicieron María y José; b) no lo hallará en el mundo; c) lo encontrará en la Iglesia.

Porque a Jesús no se le encuentra entre parientes y allegados según la carne ni entre los que están unidos por vínculos de sangre. No se puede encontrar a mi Jesús en compañía de muchos.

3. Aprende cuándo lo encuentran al buscarlo, para que tú también lo encuentres cuando lo busques junto con José y María. Y buscándolo —dice—, *lo encontraron en el templo*⁶. No en cualquier otro lugar, sino «en el templo», y no simplemente «en el templo», sino «en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles».

Por tanto, busca también tú a Jesús «en el templo» de Dios, búscalo en la Iglesia, búscalo entre los maestros que están «en el templo» y no lo abandonan; porque si lo buscas así, lo encontrarás.

Es más, si uno se dice a sí mismo que es maestro y no tiene a Jesús, ese es maestro solo de nombre, y por consiguiente en él no se puede encontrar a Cristo, que es el Verbo de Dios y la sabiduría.

Fue encontrado —dice— «en medio de los doctores». Como está escrito en otro pasaje a propósito de los profetas, del mismo modo hay que entender aquí la expresión «en medio de los doctores». El Apóstol dice: *Si hablando uno, otro que está sentado tuviere una revelación, cállese el primero*⁷. Lo encuentran «sentado en medio de los doctores»; y no solo «sentado», sino «oyéndolos y preguntándoles». También ahora está Jesús presente, nos pregunta y nos oye hablar.

*Y todos quedaban estupefactos*⁸, dice. ¿De qué se admiraban? No de sus preguntas, por más que estas fueran dignas de admiración, sino «de sus respuestas». Porque una cosa es preguntar y otra responder.

6. Lc 2, 46.

7. 1 Co 14, 30.

8. Lc 2, 47.

4. Preguntaba a los maestros y, al no ser estos capaces de responder, Él mismo respondía a las preguntas que les había hecho. Y la Sagrada Escritura te puede enseñar, a propósito de la Ley divina, que «respuesta» no significa un simple cambio de interlocutor, sino adoctrinamiento: *Moisés hablaba y Dios le respondía de viva voz*⁹. La respuesta consistía en que Dios instruía a Moisés sobre aquello que este ignoraba.

Unas veces Jesús interroga, otras responde y —como hemos dicho más arriba—, aunque sus preguntas sean dignas de admiración, mucho más lo son sus respuestas. Por tanto, para que lo podamos escuchar y nos plantee preguntas que Él mismo contestará, pidámosle y busquémoslo con esforzado trabajo y con fatiga; entonces podremos encontrar a quien buscamos. Porque no en vano está escrito: *Tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote*¹⁰.

5. Quien busca a Jesús no debe buscarlo con negligencia, con frivolidad, con inconstancia, como lo buscan algunos, y por eso no lo encuentran. Al contrario, nosotros digamos: «te buscamos apenados». Y, una vez que hayamos dicho esto, Él responderá a nuestra alma, que lo busca con dolor, y le dirá: *¿No sabéis que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre*¹¹?

¿Dónde están los herejes, dónde los impíos y locos que afirman que la Ley y los Profetas no vienen del Padre de Jesucristo¹²? Con toda certeza Jesús estaba «en el templo» que había sido construido por Salomón y confiesa que ese templo es de su Padre, que Él nos ha revelado y del que se llama a sí mismo Hijo.

9. Ex 19, 19. Es decir, con una voz humana, que en algunas traducciones se interpreta como el trueno.

10. Lc 2, 48.

11. Lc 2, 49.

12. Nueva alusión a los errores de los marcionitas y gnósticos. Cf. más arriba 1, 1; 14, 4; 7 y sus respectivas notas.

Ahora tienen que darnos una respuesta a cómo puede haber un Dios bueno y otro justo. Por tanto, puesto que el Salvador es el Hijo del Creador, alabemos al mismo tiempo al Padre y al Hijo, de quien proceden la Ley y el templo. *A Él corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹³.

13. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XIX

De nuevo sobre el texto: *El Niño crecía y se fortalecía*, hasta el lugar donde interroga a los ancianos en el Templo (Lc 2, 40-46)

1. Puesto que algunos que, al parecer, creen en la Sagrada Escritura, niegan sin embargo la divinidad del Salvador, para gloria del Dios omnipotente, me parece conveniente mostrarles con la autoridad de las mismas Escrituras que algo divino ha descendido a un cuerpo humano, y no solo a un cuerpo, sino también a un alma humana¹.

En efecto, si nos fijamos atentamente en el sentido de las Escrituras, aquella alma tuvo algo más que las otras almas humanas. Porque toda alma humana está mancillada por los vicios antes de acceder a la virtud. Por el contrario, el alma de Jesús jamás fue ensuciada con la mancha del pecado².

Es más, sobre el niño Jesús, que aún no había alcanzado la edad de doce años, escribe el Espíritu Santo en el Evangelio de Lucas: *Pero el niño crecía y se fortalecía lleno*

1. Alude Orígenes al subordinacionismo que profesaban, entre otros, los ebionitas, de quienes ha hablado en 17, 4.

2. Se ha podido decir que Orígenes es el teólogo del «alma de Jesús». Sobre este tema véase CROUZEL, H., *Théologie de l'image de*

Dieu chez Origène, Paris 1956, pp. 129 ss. EICHINGER, M., «Die Verklärung Christi bei Origenes. Die Bedeutung des Menschen Jesus in seiner Christologie», en *Wiener Beiträge zur Theologie* 23 (1969), pp. 82-94.

*de sabiduría*³. Que uno esté lleno de sabiduría antes de haber cumplido los doce años es algo que no permite la naturaleza humana. Una cosa es poseer una parte de la sabiduría y otra estar lleno de sabiduría.

2. No dudemos, por tanto, de que en la carne de Jesús apareció algo divino, algo que no solo está por encima de la naturaleza humana, sino sobre toda criatura dotada de razón. «Y crecía», dice. Efectivamente *se había humillado, tomando forma de siervo*⁴, y crece con el mismo vigor con el «se había humillado».

Había aparecido débil porque había asumido un cuerpo débil, y precisamente por eso recupera la fuerza. El Hijo de Dios «se había vaciado», y por eso se llena de nuevo de ciencia.

*Y la gracia de Dios estaba en Él*⁵. Tenía la gracia de Dios no cuando llegó a la adolescencia, no cuando comenzó a enseñar públicamente, sino cuando todavía era un niño. Y del mismo modo que todo en Él había sido maravilloso, así también su infancia fue tan digna de admiración, que estaba lleno de la sabiduría de Dios.

3. Así pues, *sus padres acudían a Jerusalén según la costumbre para el día solemne de la Pascua. Y cuando tenía doce años*⁶. Observa bien que antes de que tuviera doce años estaba ya lleno de la sabiduría de Dios y de los demás dones que se le atribuyen en la Escritura.

Por tanto, cuando llegó a la edad de doce años —como decíamos—, según la costumbre se cumplieron los días de la solemnidad y sus padres se volvieron, *el niño se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo supieran*⁷.

También aquí hay que comprender algo que está por encima de la naturaleza humana. Porque no «se quedó» simplemente y sus padres ignoraban dónde estaba. No; como

3. Lc 2, 40.

4. Flp 2, 7.

5. Lc 2, 40.

6. Lc 2, 41-42.

7. Lc 2, 43.

en el Evangelio de Juan está escrito que cuando lo acosaban los judíos se escabulló de en medio de ellos y no volvió a aparecer⁸, así pienso yo que se quedó el Niño en Jerusalén y sus padres no supieron dónde se había quedado.

Y no nos asombremos de que se los llame padres, porque merecieron el nombre de madre y padre: la una por el parto, el otro por la función que desempeñó.

4. Sigue el *apenados, andábamos buscándote*⁹. No creo que estuvieran apenados precisamente porque temieran que el Niño se hubiera perdido o hubiera perecido. No era posible que María, consciente de que había concebido por obra del Espíritu Santo, que había oído la embajada del ángel, el relato precipitado de los pastores, la profecía de Simeón, abrigara el temor de que el Niño perdido fuera a perecer.

Pero sobre todo hay que alejar esta sospecha de José, que había recibido del ángel la orden de tomar al niño y dirigirse a Egipto¹⁰ y que había oído: *No temas tomar a María por tu esposa, porque lo concebido en Ella es obra del Espíritu Santo*¹¹. Era imposible que José temiera por la pérdida de un niño que sabía que era divino. Así pues, el dolor y la perplejidad de los padres suenan de manera diferente a lo que un lector ingenuo puede interpretar.

5. Del mismo modo que tú, cuando lees las Sagradas Escrituras, buscas su sentido con cierto dolor y tortura —no porque pienses que se han equivocado o contienen algo falso, sino porque contienen palabras racionales y verdaderas que tú no eres capaz de comprender— así también ellos buscaban a Jesús: quizá se había apartado de ellos, quizá les había dejado y había ido a otro lugar, quizá —esto es lo que más me inclino a pensar— había vuelto al cielo para regresar de nuevo, cuando le pluguiera.

8. Cf. Jn 8, 59; 10, 39.

9. Lc 2, 48.

10. Cf. Mt 2, 13.

11. Mt 1, 20.

Lo cierto es que «apenados» buscaban al Hijo de Dios. Y en esa búsqueda, no lo encontraron «entre los parientes». Y es que, efectivamente, el parentesco humano es incapaz de retener al Hijo de Dios. No lo encontraron «entre los conocidos», porque la fuerza divina está por encima del conocimiento y la ciencia humana.

Por tanto, ¿dónde lo encuentran? «En el templo»; porque es allí donde se encuentra al Hijo de Dios. Si alguna vez buscas al Hijo de Dios, acude en primer lugar al templo, apresúrate hasta él; allí encontrarás a Cristo, la Palabra y la Sabiduría, es decir, al Hijo de Dios¹².

6. Porque ciertamente era un niño, se le encuentra «en medio de los doctores», santificándolos y enseñándoles. Porque era un niño, se le encuentra «en medio», no enseñándoles, sino «preguntándoles», como corresponde a su edad.

De ese modo nos muestra cómo conviene que los niños, por más que sean sabios y eruditos, deben desear escuchar a los maestros más que enseñarles, y así no se expondrán a una vana ostentación.

Preguntaba –insisto– a los maestros, no para aprender algo, sino para enseñarles a través de sus preguntas. Porque las preguntas y las respuestas sabias proceden de una única fuente de doctrina, y es una propiedad de la misma sabiduría lo que se debe preguntar y lo que se debe responder¹³.

Fue oportuno que el Salvador aprendiera, en primer lugar, a plantear las preguntas correctas de manera que después pudiera contestar a las preguntas de acuerdo con la razón y la palabra de Dios, *al que corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹⁴.

12. Para Orígenes el templo es la Iglesia. Véase la Introducción.

13. Sobre el método científico de preguntas y respuestas en la

Antigüedad, véase LÓPEZ KINDLER, A., *Zeus vs. Deus*, Madrid, 2011, pp. 198-200.

14. I P 4, 11.

HOMILÍA XX

Sobre el pasaje: *¿Por qué me habéis buscado*, hasta el lugar donde se dice: *María conservaba todas estas palabras en su corazón* (Lc 2, 49-51).

1. María y José buscaban a Jesús «entre sus conocidos» y no lo encontraban; lo buscaban «en la comitiva» y no podían encontrarlo. Buscaron «en el templo», y no simplemente «en el templo», sino «entre los maestros», y lo encuentran «en medio de los doctores». Allí donde hay maestros, allí se encuentra Jesús «en medio de los doctores», con tal de que el doctor se siente «en el templo» y nunca salga de él.

Jesús sirvió de ayuda a sus maestros y enseñó a todos aquellos a los que parecía interrogar; les enseñó hablando «en medio de ellos» y de alguna manera los animó a que preguntaran lo que no sabían y a investigar los pasajes que hasta ese momento no podían saber si los conocían o los ignoraban.

2. Por tanto, Jesús fue encontrado «en medio de los doctores» y dijo a los que lo buscaban, cuando lo encontraron: *¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?*¹

Haciendo en primer lugar una interpretación sencilla, armémonos contra los impíos herejes que afirman que el Pa-

1. Lc 2, 49.

dre de Jesucristo no es ni el Creador, ni el Dios de la Ley y los profetas. En este pasaje, sin embargo, se asegura que el Padre de Cristo es el Dios del templo.

Llénense de vergüenza los valentinianos al oír a Jesús, que dice: «es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre». Llénense de vergüenza todos los herejes que aceptan el Evangelio de Lucas y falsean lo que está escrito en él².

Esta, como he dicho, es la interpretación sencilla del pasaje.

3. Pero, puesto que se añade: *Mas ellos no entendieron lo que les decía*³, tratemos de aclarar con más exactitud el sentido de la Escritura.

¿Eran sus padres tan estúpidos ignorantes que no entendían lo que les decía, es decir, que las palabras «es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre» significaban «el templo», o alude con ellas a algo más profundo, que edificaría aún más a sus oyentes: que cada uno de nosotros, si es bueno y perfecto, es propiedad de Dios Padre?

Así pues, de un modo genérico enseñó el Salvador aquí que Él debía estar solamente en aquello que pertenece a su Padre⁴. Si uno de vosotros es de Dios Padre, tiene a Jesús en medio de él⁵. Creamos, pues, a Aquel que dice: «es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre».

2. Orígenes se opone en estas frases a los gnósticos, que en general negaban –en realidad, ni se planteaban– la divinidad de Cristo, porque para ellos toda creatura procedía o por emanación divina, o por evolución de eones. De entre todos ellos cita a Valentín, un filósofo procedente de Alejandría que se estableció en Roma entre 135-160 d. C. Sus obras –epístolas, homilías, salmos, quizás

también el llamado *Evangelio de la Verdad*– han llegado hasta nosotros en un estado muy fragmentario.

3. Lc 2, 50.

4. La expresión latina es mucho más complicada: «que Él no debía estar en ningún otro sitio, sino en aquellas cosas que son de su Padre».

5. Es decir, es templo de Dios y en él habita Jesucristo.

Y a mí me parece que este es un templo de Dios más razonable y más vivo y verdadero que la imagen típica, construida por manos humanas⁶. Por eso, del mismo modo que su presencia en el templo era un símbolo, también lo fue su salida de él. En efecto, «salió del templo» de esta tierra, diciendo: *He aquí que vuestra casa quedará desierta*⁷. Y al abandonar esa casa vino a la propiedad de Dios Padre, es decir a las iglesias extendidas por todo el mundo, y dice: «es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre»⁸.

Así pues, entonces ellos no entendieron lo que les decía⁹.

4. A la vez, tened en cuenta también esto: durante el tiempo en que estuvo en la propiedad de su Padre, estaba en las alturas¹⁰. Y, porque José y María no tenían aún una fe perfecta¹¹, no podían permanecer con Él en las alturas; por el contrario, se dice que bajó con ellos.

A menudo descendió Jesús junto con sus discípulos, y ni siempre vivió en el monte, ni permaneció sin fin en las altu-

6. El templo de Jerusalén, al que se refiere directamente el texto, no es sino el tipo del cuerpo en el que Jesucristo se encarnó. Cf. Jn 2, 19.

7. Mt 23, 38.

8. Es fácilmente comprensible la interpretación alegórica que hace Orígenes de la escena del templo en este pasaje: primero Jesús entra y actúa en él, porque hasta la Encarnación y durante su vida el templo había sido el tipo —imagen anunciadora— de la Redención. Al salir del templo anuncia lo que pasará a su muerte: abandonará su cuerpo mortal —el templo judío— para hacerse presente en las iglesias cristianas.

9. Lc. 2, 50.

10. A propósito de habitar en las alturas, cf. 7, 1 y nota correspondiente. En este pasaje tiene Orígenes presentes todos los momentos en los que en el Evangelio aparece Jesús en el monte, solo o bien acompañado de algunos, de todos los apóstoles o de la multitud.

11. Esta afirmación, a primera vista sorprendente y hasta sospechosa, porque al parecer pone en duda la perfección tanto de José como, sobre todo, de María, concuerda con el magisterio de un papa tan mariano como Juan Pablo II, quien no ha dudado en calificar a la Virgen como «peregrina de la fe».

ras. Está en el monte con Pedro, con Santiago, con Juan y otra vez con el resto de sus discípulos en otro lugar. Es evidente que, puesto que quienes padecían diversas enfermedades no podían subir al monte, Él «descendió y vino» a los que estaban abajo¹².

Por eso está escrito a continuación: Bajó con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto¹³.

5. ¡Hijos, aprendamos a estar sujetos a nuestros padres! El mayor se somete al menor. Porque Jesús veía a José mayor en edad, lo honró con el respeto que se le debe a un padre, dejando un ejemplo a todos los hijos para que se sometan a sus padres y, si estos faltan, a los que tienen la autoridad propia de los padres.

¿Para qué hablo de padres y de hijos? Si Jesús, el Hijo de Dios, se somete a José y a María, ¿no me voy yo a someter al obispo, que ha sido constituido por Dios en padre para mí?, ¿no me voy a someter al presbítero, que ha sido puesto por encima de mí por la gracia del Señor?

Pienso que José sabía perfectamente que Jesús, que le estaba sometido, era mayor que él y que, consciente de que el mayor se había sometido, ejercía su autoridad con respeto y moderación. Aprenda, por tanto, cada uno que muchas veces el inferior ha sido puesto al frente de los que son mejores y que a menudo ocurre que el que está sometido es mejor que aquel que aparece como superior a él.

Cuando el que está más arriba por su dignidad entiende esto, no se engríra de soberbia por el hecho de ser mayor; al contrario, reconocerá que le está sujeto alguien que es mejor que él, como Jesús estuvo sometido a José.

12. En la escena de la Transfiguración, Jesús reveló a Pedro, Santiago y Juan su divinidad. Eso

solo lo hace en el monte Tabor.

13. Lc 2, 51.

6. Después sigue: *María por su parte conservaba todas estas palabras en su corazón*¹⁴. Se daba cuenta de que allí había algo más que un hombre. De ahí que «conservaba todas estas palabras en su corazón», no como si fueran las de un niño de doce años, sino las de uno que había sido concebido por obra del Espíritu Santo y al que veía *crecer en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres*¹⁵.

Jesús «crecía en sabiduría» y parecía ser más sabio año tras año. ¿Acaso no era sabio, de modo que era capaz de hacerse más sabio? ¿Acaso, porque «se había anonadado, tomando la forma de siervo»¹⁶, volvía a tomar lo que había dejado y se llenaba de las virtudes que poco antes, al parecer, había abandonado, cuando asumió un cuerpo?

Así pues, «crecía» no solo en «sabiduría», sino en «edad». Creció también en edad. En la Sagrada Escritura se habla de dos tipos de edad: la del cuerpo, que no está en nuestro poder, sino en la ley de la naturaleza; y la del alma, que radica en nosotros y según la cual, si queremos, crecemos cada día.

7. Y llegamos a su plenitud, *de modo que ya no seamos niños que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina*¹⁷, sino que, dejando de ser «niños», comencemos a ser «varones» y digamos: *Cuando llegué a ser hombre, destruí las cosas que eran propias de un niño*¹⁸.

Como he dicho, la plenitud de esta edad, que consiste en el crecimiento del alma, está en nuestro poder¹⁹. Si no bas-

14. Lc 2, 51.

15. Lc 2, 52.

16. Flp 2, 7.

17. Ef 4, 14.

18. 1 Co 13, 11.

19. Cf. más arriba, 11, 1. Esta afirmación tan contundente a primera vista, que podría sonar a pe-

lagiana, debe interpretarse dentro del conjunto de la obra de Orígenes, en la que abundan pasajes sobre la libertad humana —*De principiis*, III— y la ayuda divina, ante todo por la muerte de Cristo: Cf. 13, 2. También hay que entenderla como dicha en un tiempo en el

ta este testimonio, añadamos este otro ejemplo de Pablo, que dice: *Hasta que todos lleguemos a la madurez del varón perfecto, a la medida de la edad plena del cuerpo de Cristo*²⁰.

Por tanto, depende de nosotros «llegar a la medida de la edad plena del cuerpo de Cristo» y, si está en nuestras manos, intentemos con todas nuestras fuerzas dejar de ser niños, hacerlos desaparecer y alcanzar las otras etapas de la vida, de manera que también nosotros seamos capaces de escuchar: *Tú, por tu parte, irás a reunirte en paz con tus padres, cuando hayas llegado a una buena ancianidad*²¹.

Se trata ciertamente de una ancianidad espiritual, que es la verdaderamente buena, en la que encaneces y alcanzas la meta en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²².

que la doctrina de la gracia no estaba aún desarrollada desde el punto de vista teológico.

20. Ef 4, 13.

21. Gn 15, 15.

22. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXI

Sobre el pasaje: *El año décimo quinto del imperio de Tiberio*, hasta el lugar donde dice: *enderezad sus sendas* (Lc 3, 1-4).

1. Durante todo el tiempo en que se dirigieron exclusivamente a los judíos, las revelaciones proféticas se titulaban con el nombre de los reyes judíos: por ejemplo, *visión contra Judea y contra Jerusalén que contempló Isaías, hijo de Amós, bajo el reinado de Ozías, Jonatán, Ajaz y Ezequías*¹. Fuera de los reyes de Judea, no veo citado a ningún otro en tiempos de Isaías. En algunos otros profetas encontramos también a los reyes de Israel, como en el pasaje de Amós: *Y en los días de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel*².

Pero cuando hubo que predicar el misterio del Evangelio³ y extender por todo el mundo la Buena Nueva —cuyo primer heraldo fue Juan en el desierto— y el mundo entero estaba bajo el dominio del emperador Tiberio, entonces se escribe que *en el año décimo quinto de su imperio fue dirigida la palabra de Dios a Juan*⁴.

Y si la salvación hubiera debido ser anunciada solo a aquellos gentiles que habrían de creer, habría bastado con decir: «en el año décimo quinto del emperador Tiberio, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato».

1. Is 1, 1.

2. Am 1, 1.

3. Estamos ante otra dimensión

del uso de *sacramentum*. El Evangelio es considerado como tal.

4. Lc 3, 1-2.

2. Pero, puesto que muchos de Judea y Galilea llegarían a creer, por esa razón también son citados estos reinos y se dice: *Siendo Herodes tetrarca de Galilea y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisaniás tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caiás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto*⁵.

Antiguamente se decía: *Llegó la palabra de Dios a Jeremías, hijo de Helcías, del linaje de los sacerdotes*⁶ de tal tiempo, o de tal rey de Judea; en este momento, sin embargo, se dice: «Fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías», aquella palabra que nunca se había dirigido a los profetas «en el desierto».

Pero puesto que habrían de creer «más hijos de la estéril que de la que tiene un marido⁷», por esa razón «fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto»⁸.

3. Considera también que tiene mucho más sentido si «desierto» se entiende en sentido espiritual más que simplemente al pie de la letra. En efecto, el que predica «en el desierto» no es necesario que levante la voz en un lugar donde nadie lo puede oír. Por eso, el precursor de Cristo y «la voz del que clama en el desierto» predica «en el desierto» del alma que no tiene paz.

Pero no solamente entonces, sino también hoy día viene Juan antes, «como una lámpara que arde y alumbra»⁹ y *predi-*

5. Lc 3, 1-2. Por tanto, el hecho de que se aporten los datos del emperador romano amplía el horizonte del Evangelio, y el hecho de que se recojan los nombres de las autoridades judías indica que el pueblo elegido sigue siendo destinatario de la Revelación.

6. Jr 1, 1.

7. Cf. Is 54, 1; Ga 4, 27.

8. La fuerza expresiva de esta frase viene marcada en latín porque los hijos de la estéril (*deserta*) son interpelados desde el desierto (*desertum*) y llamados a él. Sobre el sentido alegórico que tiene este término en Orígenes, véase más arriba 11, 4.

9. Cf. Jn 5, 35.

ca un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados¹⁰. Solo después llega la luz verdadera¹¹, mientras que la misma «lámpara» reconoce: *Conviene que Él crezca y yo disminuya*¹².

La palabra de Dios se produce «en el desierto» y llega a todos los alrededores del Jordán¹³. En efecto, ¿qué otros lugares debió de recorrer el Bautista, sino los alrededores del Jordán, a fin de que todo aquel que quisiera hacer penitencia estuviera dispuesto para recibir el bautismo del agua?

4. Además, Jordán quiere decir «el que desciende»¹⁴. Pues un río divino que desciende¹⁵ y discurre en amplio cauce es nuestro Salvador y Señor, en cuyo nombre somos bautizados con un agua verdadera, con un agua salvífica. Y el que Juan predica es un bautismo «para remisión de los pecados».

¡Venid, catecúmenos, haced penitencia para poder conseguir el bautismo «para la remisión» de los pecados! Recibe el bautismo «para la remisión de los pecados» aquel que deja de pecar. Porque si uno accede al bautismo y continúa pecando, ese no consigue la remisión de sus pecados¹⁶.

Por eso, os ruego que no vengáis al bautismo sin respeto y sin una cuidadosa preparación, sino que deis primero muestras de haber logrado *dignos frutos de penitencia*¹⁷. Pa-

10. Lc 3, 3.

11. Jn 1, 9.

12. Jn 3, 30.

13. Lc 3, 3.

14. En efecto, este río, *yarden* en hebreo, tiene una particularidad geofísica que consiste en que surge en una zona desierta de apenas setenta metros sobre el nivel del mar y recorre un camino de unos 300 kilómetros hasta desembocar en el mar Muerto.

15. La Encarnación del Verbo es descrita aquí como un «descen-

so» (*katábasis*), a la manera del curso de un río. Es paradigmático el Jordán, cuyo nombre Filón (*Alegoría de las leyes* 2, 89) será el primero en interpretar como «el que desciende». Así lo harán también, aparte de Orígenes, Jerónimo y Ambrosio. Cf. *Frag.*, 51.

16. Más adelante, en el *Frag.*, 51, Orígenes afirma con más claridad aún la eficacia del sacramento del bautismo en sí.

17. Lc 3, 8.

sad algún tiempo en un género de vida correcto, manteneos limpios de todo tipo de suciedad y vicios, y entonces se os concederá la remisión de vuestros pecados, una vez que hayáis comenzado a aborrecer vuestros propios pecados¹⁸. Desechad vuestras culpas y os serán perdonadas¹⁹.

5. Por su parte, el pasaje que ahora cito del Antiguo Testamento está tomado del libro del profeta Isaías. Dice así: *Una voz grita en el desierto: preparad el camino al Señor; enderezad sus sendas*²⁰. El Señor quiere encontrar un camino en vosotros para poder entrar en vuestras almas y avanzar en ellas. Preparadle la senda de la que se dice: «enderezad sus sendas».

«Voz del que clama en el desierto». «La voz» clama: «preparad el camino». «La voz» en primer lugar llega a los oídos; luego, tras «la voz» —mejor aún, junto con «la voz»—, «la palabra» penetra en el oído. En este sentido anuncia Juan a Jesús.

Veamos, por tanto, lo que dice «la voz» a propósito de la Palabra: «preparad el camino al Señor»²¹. ¿Qué «camino al Señor» vamos a preparar? ¿Acaso un camino visible, o es que la palabra del Señor puede avanzar por un camino de

18. Orígenes marca una y otra vez la diferencia entre la iniciación en los misterios paganos, meros ritos externos, y el bautismo cristiano, que requiere una conversión interior. Cf. *Hom. in Ezeq.*, 6, 5; *Hom. in Num.*, 3, 1; *Hom. in Lev.*, 6, 2. Cf. RAHNER, H., «Taufe und geistliches Leben bei Orígenes», en *Zeitschrift für Aszese und Mystik*, 7 (1932), pp. 205-223. VON BALTHASAR, H. U., «Le Mystérion d'Orígenes», en *Recherches de science religieuse*, 26 (1936), pp. 513-562; 27

(1937), pp. 38-64.

19. El punto final de estas consideraciones está marcado por una fuerte expresión retórica: por una parte se resalta la intervención de Dios y la del hombre (activa y pasiva del mismo verbo: *dimittere*), y por otra se contraponen el sentido genérico de esa palabra (soltar en todas direcciones, dimitir) al específico cristiano (perdonar).

20. Lc 3, 4. Cf. Is 40, 3-4.

21. Véase 1, 4 y la nota correspondiente.

ese tipo? ¿O más bien hay que preparar al Señor un camino en el interior del hombre y allanar y enderezar las sendas en nuestro corazón? Este es el camino por el que ha penetrado la palabra de Dios. Él se aposenta en el corazón del hombre que está preparado.

6. Pero el corazón del hombre es grande, espacioso y capaz de acoger la Palabra cuando está limpio. ¿Quieres medir su grandeza y su extensión? Observa la magnitud de sus conocimientos sobre Dios. Alguien ha dicho²²: *Él me dio la ciencia verdadera de las cosas, el conocimiento de la constitución del mundo y la fuerza de los elementos, el principio, el fin y el medio de las épocas, el cambio de las estaciones y la sucesión de los meses, el ciclo de los años y la posición de las estrellas, la naturaleza de los animales y los instintos de las fieras, la fuerza violenta de los espíritus y los pensamientos de los hombres, la diversidad de las plantas y las virtudes de las raíces*²³.

Ves que el corazón del hombre, que tantas cosas puede captar, no es pequeño. Comprende que su grandeza no consiste en la corpulencia, sino en la fuerza del espíritu con la que es capaz de captar tanta ciencia sobre la verdad.

7. Pero para llevar también a la gente sencilla al convencimiento de la grandeza del corazón humano con ejemplos de la vida cotidiana, pensemos lo siguiente. Por más que hayamos atravesado muchas ciudades, las tenemos en la memoria y en nuestro corazón están presentes su aspecto y el lugar que ocupan sus plazas, sus murallas y sus edificios. Guardamos dibujado y trazado en el recuerdo el camino por el que accedimos a ellas. Recorremos en el silencio de nuestros pensamientos el mar que hemos surcado.

Como ya he dicho, el corazón del hombre, que puede captar tantas cosas, no es pequeño. Pero si, por captar tan-

22. Cf. Sb 7, 17-20.

23. Sb 7, 17-20.

tas cosas, no es pequeño, entonces se puede preparar en él el camino del Señor y enderezar su senda a fin de que pueda transitar por ella la palabra y la sabiduría de Dios.

Prepara el camino al Señor por medio de tu buen comportamiento, allana su senda con obras meritorias para que el Verbo de Dios pueda morar en ti sin ninguna ofensa y te regale el conocimiento de sus misterios y su venida: *A Él corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²⁴.

HOMILÍA XXII

Sobre el pasaje: *Todo barranco será rellenado*, hasta el lugar donde dice: *Dios puede sacar de estas piedras hijos para Abraham* (Lc 3, 5-8).

1. Veamos ahora lo que se anuncia en torno a la venida de Cristo. En primer lugar, se escribe a propósito de Juan: *Voz del que grita en el desierto: preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas*¹. Y lo que viene a continuación se refiere directamente a nuestro Señor y Salvador. Porque no es Juan quien «rellena todo valle», sino nuestro Señor y Salvador.

Examine cada uno quién era antes de llegar a la fe, y entonces se dará cuenta de que era un valle profundo, que caía a pico y estaba volcado hacia el abismo. Pero cuando vino nuestro Señor Jesús y envió al Espíritu Santo, su representante², «todo valle se rellenó». Y se rellenó de buenas obras y de los frutos del Espíritu Santo.

La caridad no permite que en ti continúe habiendo un valle, sino que, si mantienes la paz, la paciencia y la bondad, no solo dejarás de ser «valle», sino que comenzarás a ser «un monte» de Dios³.

1. Lc 3, 4.

2. El término utilizado para designar al Espíritu Santo es *vica-*
rius, «el que hace las veces».

3. La simbología de considerar

a los santos y a los obispos como «montes» es habitual en los autores cristianos y está en relación con lo que ya se ha comentado a propósito de 20, 4.

2. Constatamos que día a día sucede y se cumple esto de que «todo valle será rellenado», tanto entre los gentiles como en el pueblo de Israel, que ha sido rebajado de las alturas: *Todo monte y collado será humillado*⁴.

Hace tiempo aquel pueblo era un «monte» y un «collado», que ahora ha sido depuesto y destruido. *Gracias a su trasgresión, ha sido concedida la salvación a los gentiles para su estimulación*⁵.

Tú no te equivocarás si, en esos montes y collados que han sido allanados, ves también las fuerzas adversas que se levantan contra los mortales. Porque para que se allane este tipo de valles deben ser humilladas las fuerzas enemigas, los montes y los collados.

3. Pero planteémonos también la pregunta de si se ha cumplido lo que fue anunciado a propósito de la venida de Cristo. Porque a continuación viene: *Y lo que está torcido se enderezará*⁶. Todos y cada uno de nosotros éramos perversos—incluso no solamente lo era, sino que lo continúa siendo—, pero gracias a la venida de Cristo, que ha llegado hasta nuestra alma, todo lo que estaba torcido se ha enderezado.

¿Para qué te sirve que Cristo haya venido encarnado entonces, si no ha venido a tu alma? Pidamos que Él venga cada día a nosotros y podamos decir: *Y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*⁷. Si, en efecto, Cristo vive en Pablo y no vive en mí, ¿de qué me sirve a mí? Pero si Cristo también viene a mí y saco fruto de Él, como sacó fruto Pablo, entonces podré decir como Pablo: «Y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí».

4. Consideremos también el resto de lo que se anuncia a propósito de la venida de Cristo. No había nada más rudo que tú: piensa en tus reacciones primitivas, contempla tus

4. Lc 3, 5.

5. Rm 11, 11.

6. Lc 3, 5.

7. Ga 2, 20.

movimientos de ira y los demás vicios –si es que lo que antes estaba enraizado en ti ha desaparecido– y comprenderás que nada había más rudo, nada más «desequilibrado», para decirlo con más claridad. Tu comportamiento estaba desnivelado, tus palabras y tus obras eran desiguales⁸.

Vino mi Señor Jesús y niveló tus desequilibrios, y todo lo que estaba sin allanar lo convirtió en «vías llanas», de modo que en ti hubiera un camino sin desniveles, cómodo y sin mancha y pudiera avanzar en ti Dios Padre, y Cristo nuestro Señor encontrar su mansión en ti y decir: *Yo y mi Padre vendremos y en él haremos morada*⁹.

5. Continúa: *Y toda carne verá la salvación de Dios*¹⁰. Tú también eras en otro tiempo «carne», y tú, que eras «carne», incluso –para decir algo aún más admirable– tú que aún te encuentras en la carne, ves «la salvación de Dios»¹¹. ¿Qué quiere decir la expresión «toda carne» y que, por tanto, no se exime a ninguna de contemplar la «salvación de Dios»? Dejo la interpretación a quienes son capaces de penetrar los arcanos y las profundidades de las Escrituras.

Pero tenemos que prestar atención también al hecho de que Juan habla *a las muchedumbres que acudían para ser bautizadas por él*¹². Si alguno quiere recibir el bautismo, «que acuda»; porque si permanece en su situación primiti-

8. De estos desequilibrios o pasiones habla con más precisión más adelante, en 36, 3.

9. Jn 14, 23.

10. Lc 3, 6.

11. Esta frase contiene la doctrina de la «vuelta al estado primitivo» que a partir del s. IV a. C. se encuentra aplicada a la medicina y la astronomía en autores griegos y que los cristianos enseguida hicieron suya basándose en textos de la

Escritura como Hch 1, 6; 3, 21 y sobre todo 1 Co 15, 22 ss.; Rm 5, 18; 11, 32; Flp 2, 10. Orígenes es uno de los primeros en abrazar esta creencia. Véase *Apokatástasis*, en *Reallexikon für Antike und Christentum*, vol. I, col. 510-516.

12. Lc 3, 7. El verbo *egredi* tiene para Orígenes un sentido alegórico: no se trata tanto de acudir físicamente, como de desprenderse del vicio. Tipo de esta disposi-

va y no abandona sus costumbres y sus hábitos, de ningún modo se acerca al bautismo de un modo correcto.

Pero para que entiendas lo que significa «acudir» al bautismo, acepta el testimonio y escucha las palabras que Dios dirige a Abraham: *Sal de tu tierra*¹³, etc.

6. Así pues, Juan dice lo siguiente a las multitudes que se disponen a acudir al bautismo, es decir, a las que solo tienen la intención de acudir, no a las que han acudido ya. Porque si ya hubieran acudido, jamás las habría llamado *raza de víboras*¹⁴.

Por tanto, lo que les dice a ellos, también os lo dice a vosotros, catecúmenos y catecúmenas que os preparáis para venir al bautismo. Pensad si acaso vosotros también tenéis alguna semejanza con las víboras que se captan con los sentidos o con las serpientes que no se ven y también se os puede llamar «raza de víboras». Si no expulsáis la perversidad y el veneno de las serpientes de vuestro corazón, se os dirá lo que sigue: *¿Quién os ha enseñado a huir de la ira que está por venir?*¹⁵.

7. Sobre esta época pende una ira violenta, el mundo entero va a sufrir la ira de Dios. La cólera divina va a asolar los vastos espacios del cielo, la superficie de la tierra y las constelaciones de las estrellas, el esplendor del sol y la luz consoladora de la luna en la noche; y todo esto va a ocurrir por culpa de los pecados de los hombres.

En otros tiempos vino la ira de Dios solamente a la tie-

ción es la salida del pueblo elegido de la cautividad en Egipto, mansión de la esclavitud y del pecado: cf. *Hom. in Gen.* 15, 5; *Hom. in Ex.* 1, 1. Esta es la primera de las siete etapas de las que consta la ascensión mística. Véase, a este respecto, ROUSSEAU, DOM

O., *Origène. Homélies sur le Cantique des Cantiques*, en «Sources Chrétiennes», 37 bis, París² 1966, pp. 33-37.

13. Gn 12, 1.

14. Lc 3, 7.

15. Lc 3, 7.

rra, porque toda carne había corrompido su camino en la tierra¹⁶; pero ahora la ira de Dios va a venir sobre el cielo y la tierra. A Dios se dirigen estas palabras: *Los cielos pasarán, pero tú permanecerás, mientras todo envejece como un vestido*¹⁷.

Ved de qué tipo y cuán grande es esta ira que va a destruir todo el mundo, castigará a quienes merecen sufrir una pena y encontrará materia sobre la que recaer. Cada uno de nosotros, a través de lo que ha hecho, ha dado motivo a la ira de Dios: *Pues conforme a tu dureza y a la impenitencia de tu corazón vas atesorándote ira para el día de la cólera y de la revelación del justo juicio de Dios*¹⁸, se les dice a los Romanos.

8. Luego, sigue: *¿Quién os ha enseñado a huir de la ira que llega? Haced, pues, dignos frutos de penitencia*¹⁹. También a vosotros, que acudís al bautismo, se os dice: «haced frutos dignos de penitencia».

¿Queréis saber cuáles son estos frutos dignos de penitencia? *La caridad es fruto del espíritu, la alegría es fruto del espíritu, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la continencia*²⁰ y demás virtudes de este porte. Si estamos revestidos de todas ellas, hemos dado frutos dignos de penitencia.

Por otra parte, también se les dice a quienes acudían al bautismo de Juan: *Y no andéis diciéndoos: tenemos por padre a Abraham, porque yo os digo que Dios puede sacar de estas piedras hijos a Abraham*²¹.

Juan, el último de los profetas, anuncia la expulsión del pueblo inicial y la vocación de los gentiles. En efecto, a los que se glorían de Abraham les dice: «Y no andéis diciéndoos: tenemos por padre a Abraham». Y a propósito de los

16. Gn 6, 12.

17. Sal 102 (101), 27.

18. Rm 2, 5.

19. Lc 3, 7-8.

20. Ga 5, 22-23.

21. Lc 3, 8.

gentiles dice igualmente: «porque yo os digo que Dios puede sacar de estas piedras hijos a Abraham».

9. ¿De qué piedras habla? No se refiere ciertamente a piedras irracionales y materiales, sino a hombres que se habían vuelto insensibles y duros de corazón por adorar piedras o trozos de madera y que por eso se había cumplido en ellos lo que se cantaba en el salmo de los tales: *Semejantes a ellos sean los que los hacen y todos los que en ellos confían*²².

En verdad, los que hacen ídolos y confían en ellos son semejantes a sus dioses: sin sensibilidad, sin razón de ningún tipo, se han convertido en piedra y en madera. Aunque contemplen el orden de las criaturas, su hermosura, su armonía, la sublime belleza del mundo, se niegan a reconocer al Creador a través de lo creado y no admiten la existencia de una Providencia, un conductor de semejante orden²³. Por el contrario, están ciegos y ven este mundo solo con los ojos con los que lo ven los irracionales animales de carga y las bestias.

10. No se dan cuenta de que habita una razón en aquellas cosas que ostensiblemente son gobernadas por la razón²⁴. Por eso uan había dicho: *Dios puede sacar de estas piedras hijos a Abraham*²⁵.

Por tanto, pidamos también nosotros a Dios que, si alguna vez hemos sido piedras, seamos transformados en hijos de Abraham en vez de en los hijos que han sido arrojados fuera y han perdido por su pecado la promesa y la adopción de hijos.

22. Sal 115 (114), 8.

23. Son aludidos aquí los filósofos materialistas, sean de orden mecanicista o epicúreo, que niegan el mundo espiritual o lo tienen por irrelevante para el hombre.

24. La razón es el *Lógos*, del que participa de algún modo todo ser racional y lo hace capaz de reconocer a Dios a través de la creación.

25. Lc 3, 8.

Aduciré aún otra alusión a las «piedras», ya que en el canto²⁶ del libro del Éxodo está escrito: *Quédense inmóviles como piedras mientras pase tu pueblo, Señor, mientras pase tu pueblo, del que has tomado posesión*²⁷.

Aquí, por tanto, se le ruega al Señor que por poco tiempo los gentiles se conviertan en piedras —en griego se dice de una manera más clara: ἀπολιθοόντωσαν—, «mientras pase» el pueblo de los judíos.

No hay ninguna duda de que, tras haber pasado ellos, dejarán de ser piedras los gentiles²⁸ y, en vez de un corazón duro, recibirán una naturaleza humana y racional en Cristo, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²⁹.

26. Efectivamente se trata del canto triunfal de Moisés tras el paso del mar Rojo.

27. Ex 15, 16.

28. Cuando se convierten y reciben el bautismo, los gentiles dejan de ser piedras y se convierten

en hombres, reciben un alma racional. Algo análogo ocurre cuando los pecadores se arrepienten: dejan de ser animales para convertirse en seres espirituales. Véase más adelante 37, 2.

29. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXIII

Sobre el pasaje: *Ved, el hacha está puesta a la raíz del árbol*, hasta el lugar donde dice: *Pero también vinieron publicanos para ser bautizados por él* (Lc 3, 9-12).

1. A partir de ese momento, Juan decía: *Mirad, ya el hacha está puesta a la raíz del árbol*¹. Ciertamente, si la consumación hubiera estado ya a las puertas y si el fin de los tiempos hubiera sido inminente, este pasaje no me plantearía ninguna cuestión. Diría simplemente que lo que dice el texto sagrado: «Mirad, ya el hacha está puesta a la raíz del árbol», y «todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego» era una profecía, porque se cumplió en aquel momento.

Pero, puesto que han pasado tantos siglos e innumerables años desde aquel momento hasta el día presente, debemos preguntarnos cómo es que el Espíritu Santo pudo decir por medio del profeta: «Mirad, ya el hacha está puesta a la raíz del árbol».

Yo pienso que aquí se le profetiza al pueblo de Israel que está cercano su cercenamiento. En efecto, «a aquellos que acudían a él para ser bautizados» les decía entre otras cosas: «haced frutos dignos de penitencia» y, por cuanto eran judíos, añadía: «y no andéis diciéndoos: tenemos por padre

1. Lc 3, 9.

a Abraham, porque yo os digo que Dios puede sacar de estas piedras hijos a Abraham». Por tanto, las palabras: «mirad, ya el hacha está puesta a la raíz del árbol» están dirigidas a los judíos.

2. Esta interpretación concuerda con aquello del Apóstol de que este hacha ha quebrado y separado las ramas de la infidelidad con el fin de podar no ya la raíz del árbol, sino aquello que había surgido de la raíz, para que pudieran injertarse ramas silvestres de olivo en la raíz del árbol inicial. Por tanto, «todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego²». En efecto, acaba por ser consumido por el fuego.

Luego se habla de tres tipos de personas que interrogan a Juan a propósito de la salvación de su alma: uno es aquellos a quienes la Escritura llama «muchedumbres que acuden al bautismo»; otro, los que llama «publicanos»; y un tercero caracterizado con el nombre de «soldados».

Le preguntaban las muchedumbres: ¿Qué haremos?, y Juan les respondía diciendo: *El que tiene dos túnicas, dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentos haga lo mismo³*; lo que no sé es si es oportuno dar tales órdenes a la multitud.

3. En efecto, es más apropiado para los apóstoles que para la masa el que uno que tiene dos túnicas dé una al que no la tiene. Y para que entiendas que esto es más propio de los apóstoles que de la masa, escucha lo que el Salvador dice a los primeros: *No toméis dos túnicas para el camino⁴*.

Así pues, la palabra de las dos túnicas con las que cada uno se viste y se le manda que dé una de ellas a quien no tiene ninguna, admite una segunda interpretación. Porque el Salvador quiere que nosotros, así como no debemos *servir a dos señores⁵*, tampoco tengamos dos túnicas ni nos revis-

2. *Ibid.*

3. Lc 3, 11.

4. Mt 10, 10.

5. Lc 16, 13.

tamos de un doble vestido, no vaya a ser que uno de ellos sea el del hombre viejo y otro el del nuevo.

Al contrario, Él quiere que *nos despojemos del hombre viejo y nos vistamos del nuevo*⁶. Hasta aquí, la interpretación es fácil.

4. Llegados a este punto, se plantea la pregunta: ¿en qué sentido se nos manda, según esa interpretación, dar un vestido «a quien no lo tiene»? ¿Quién es el que no tiene ni siquiera una túnica sobre su carne, el que está desnudo, el que no está cubierto por ningún vestido?

Con esto no quiero decir que aquí no se fomente la liberalidad, la misericordia para con los pobres y una clemencia sin medida, hasta el punto de cubrir incluso con la segunda túnica a los pobres.

No, lo que digo es que este pasaje tiene un sentido aún más profundo y que nosotros debemos dar nuestra túnica al que no tiene. Así pues, ¿quién es el que no tiene túnica? Es ciertamente aquel que no tiene a Dios. Debemos, por tanto, privarnos de ella y dársela al que está desnudo. Unos tienen a Dios y otros no lo tienen: evidentemente, las fuerzas que se le oponen.

Y así como está escrito que *tenemos que arrojar al fondo del mar nuestros pecados*⁸, así también conviene que arrojemos nuestros vicios y pecados sobre aquel que los ha provocado en nosotros.

«Y el que tiene alimentos —dice—, haga lo mismo». El que tiene alimentos, dé al que no tiene, a fin de que reciba de regalo no solo vestido, sino algo que pueda comer⁹.

6. Col 3, 9-10.

7. Cf. 19, 6 y la nota correspondiente.

8. Mi 7, 19.

9. Estas frases revelan el rigo-

rismo con el que Orígenes interpretaba el Evangelio. EUSEBIO DE ALEJANDRÍA, *Historia eclesiástica* 3, 10ss. describe la extrema pobreza en que vivía.

5. *Vinieron también publicanos para que los bautizara*¹⁰. En sentido literal, aquí se les advierte a los publicanos que no exijan «nada más» que lo prescrito en la ley, porque los que exijan más no chocan contra el mandamiento de Juan, sino contra el del Espíritu Santo, que habla por boca de Juan.

Pero no sé si, en un sentido espiritual, este pasaje no tiene un significado más arcano y si debo desvelar misterios tan profundos ante el presente auditorio, sobre todo ante quienes no han penetrado aún en la médula de las Escrituras, sino que se deleitan en la superficie. Es una tarea peligrosa, pero debo emprenderla estricta y brevemente.

Cuando salgamos de este mundo y esta vida nuestra se transforme, habrá quienes se sienten en los confines de él y nos controlen con toda diligencia a la manera de los publicanos, por si encuentran en nosotros algo que les pertenece.

6. Me parece que el «príncipe de este mundo» es una especie de publicano, por lo que está escrito de él: *Viene el príncipe de este mundo, que en mí no tiene nada*¹¹. También tiene un significado profundo lo que leemos en el Apóstol: *Pagad a todos lo que debáis; a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien honor, honor; no estéis en deuda con nadie, sino amaos los unos a los otros*¹².

Por eso, consideremos a cuántos peligros estamos expuestos, no vaya a ser que por no poder pagar la aduana, seamos arrestados a causa de la deuda, como suele ocurrir con los impuestos de este mundo cuando uno es apresado por culpa de lo que debe para contribuir al bien público.

Cuántos de entre nosotros deben ser considerados publicanos de esta especie, ante quienes Jacob, aquel santo varón, no

10. Lc 3, 12. Por lo que se verá a continuación, Orígenes describe el oficio de publicano en el sentido de recaudador de impues-

tos o aduanero.

11. Jn 14, 30.

12. Rm 13, 7-8.

sentía ningún miedo porque no temía que en él se encontrara algo que pudiera considerarse propiedad de los aduaneros.

7. Por eso osaba decir a Labán, aquel publicano: *Busca, si acaso hay entre mis cosas alguna que sea tuya*¹³. De eso da fe la Escritura, al decir: *Y Labán no encontró nada entre las cosas de Jacob*¹⁴.

Por consiguiente, nuestro Salvador y el Espíritu Santo, que habló a través de los profetas, enseñan no solo a los hombres, sino también a los ángeles y a las virtudes invisibles¹⁵. ¿Por qué hablo del Salvador? También los profetas y los apóstoles anuncian lo que dicen no solo a los hombres, sino también a los ángeles.

Y para que sepas que esto es verdad, dice el texto sagrado: *Escucha, cielo, voy a hablar*¹⁶, y también: *Te cantaré en presencia de los ángeles*¹⁷, y *alabad al Señor, cielos de los cielos y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor*¹⁸, y *vosotros, ángeles, alabadlo*¹⁹, y *bendice, alma mía, al Señor en cualquier lugar de su imperio*²⁰.

En muchos lugares, y sobre todo en los Salmos, notarás que la palabra se dirige a los ángeles y que se le ha concedido a un hombre que posee el Espíritu Santo el poder de interpelar a los ángeles. En efecto, en el Apocalipsis de Juan está escrito: *Escribe al ángel de la iglesia de Éfeso: tengo algo contra ti*²¹. Y también: *Escribe al ángel de la iglesia de*

13. Gn 31, 32. En este capítulo del Génesis se narra la historia de la vuelta de Jacob a la tierra de Canaán y el ardid de Raquel para llevarse con ella las figurillas de los dioses tutelares de la casa de su padre, Labán.

14. Gn 31, 33.

15. Los gnósticos valentinianos, haciéndose eco de creencias

paganas, pensaban que Dios se servía de los ángeles —buenos o malos— para juzgar a las almas.

16. Dt 32, 1.

17. Sal 138 (137), 1.

18. Sal 148, 4-5.

19. Sal 148, 2.

20. Sal 103 (102), 22.

21. Ap 2, 1-4.

*Pérgamo: tengo algo contra ti*²². Se trata ciertamente de un hombre que escribe a los ángeles y les ordena algo.

8. Yo no tengo ninguna duda de que también en nuestra asamblea hay ángeles, no solo en general a cargo de toda la iglesia, sino también de cada uno²³. Son esos ángeles de los que el Señor dice: *Sus ángeles contemplan siempre la faz de mi Padre que está en los cielos*²⁴. Dos iglesias están aquí presentes, una de hombres y otra de ángeles.

Si decimos algo que es conforme a la razón y está de acuerdo con las Escrituras, los ángeles se alegran y oran con nosotros. Precisamente porque los ángeles están presentes en la Iglesia —al menos en aquella que lo merece y es de Cristo—, está prescrito a las mujeres que rezan *que se cubran con un velo la cabeza por respeto a los ángeles*²⁵.

¿A qué ángeles? A los que asisten a los santos y encuentran su alegría en la Iglesia. Nosotros no los vemos porque nuestros ojos están ofuscados por la sordidez de los pecados. Pero los ven los apóstoles, a quienes dice Jesús: *En verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre*²⁶.

9. Si yo tuviera este don de ver a los ángeles, como los apóstoles y Pablo los vieron, entonces contemplaría ahora una multitud de aquellos que veía Eliseo y que Guejazi, que estaba con él, no veía. Guejazi tenía miedo de ser capturado por los enemigos, porque él solamente veía a Eliseo. Pero Eliseo, como profeta del Señor, ora y dice: *Oh Señor, abre los ojos a este muchacho para que vea que hay muchos más con nosotros que con ellos*²⁷. Y al instante, ante los ruegos del santo varón, Guejazi contempló a los ángeles que antes no veía.

22. Ap 2, 12-14.

23. Sobre la angelología de Orígenes, véase la Introducción.

24. Mt 18, 10.

25. 1 Co 11, 10.

26. Jn 1, 51.

27. 2 R 6, 17.

Hemos explicado todo esto para mostrar que Juan no solo instruyó a los publicanos que recaudaban los impuestos del estado, sino también a otros, concretamente a quienes acudían a él por la penitencia y no eran propiamente publicanos. Lo mismo ocurría con los soldados que acudían al bautismo de penitencia.

Porque no solo vinieron Juan y los profetas, sino también el mismo Salvador para predicar una penitencia saludable a los hombres, a los ángeles y a las demás potencias, a fin de que *en el nombre del Señor Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre*²⁸: *a Él corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²⁹.

28. Flp 2, 10-11.

29. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXIV¹

Sobre el pasaje: *Yo os bautizo en agua*, hasta donde se dice: *Él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego* (Lc 3, 16).

1. El pueblo aceptó a Juan, que era menor que Cristo, porque lo tenía por el Cristo y pensaba que posiblemente lo era; pero al que era mayor que Juan no lo aceptó cuando vino. ¿Quieres saber por qué? Toma nota de esto: porque el bautismo de Juan era visible y el de Cristo era invisible.

«Yo, en verdad —dice Juan—, os bautizo en agua, pero el que viene después de mí, que es mayor que yo, os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego». Mas ¿cuándo bautiza Jesús con el Espíritu Santo y cuándo con fuego? ¿Acaso tienen lugar al mismo tiempo uno y otro, o en distintos momentos²?

1. Esta homilía, aunque breve, plantea no pocas cuestiones y da muchas respuestas sobre temas sacramentales y escatológicos, concretamente sobre la praxis del bautismo y la confirmación, así como la concepción del purgatorio en los primeros tiempos de la Iglesia. A eso se unen datos históricos interesantes sobre la vida de

los apóstoles.

2. Ya de entrada distingue Orígenes entre tres tipos de bautismo: el del agua, el del espíritu y el del fuego. En términos actuales, los dos primeros corresponderían respectivamente al bautismo y a la confirmación. El tercero simbolizaría el purgatorio, que abre definitivamente las puertas del cielo.

*Pero vosotros –dice Él mismo– seréis bautizados en el Espíritu Santo pasados no muchos días*³. Los apóstoles fueron bautizados «en el Espíritu Santo», después de su ascensión a los cielos; que fueran bautizados «en fuego», la Escritura no lo recuerda⁴.

2. Pero así como Juan esperaba a los que acudían al bautismo junto al río Jordán y a unos los rechazaba con las palabras «raza de víboras» y demás y a otros los acogía porque confesaban sus vicios y pecados, así también nuestro Señor Jesucristo estará dentro del río de fuego blandiendo la *flameante espada*⁵ para bautizar en ese río y dejar pasar hasta el lugar que desea a todo aquel que, tras su salida de esta vida, aspire a acceder al Paraíso y necesite una purificación⁶.

Por el contrario, a quien no tiene el signo del primer bautismo no lo bautizará tampoco con el bautismo de fuego⁷. En efecto, es necesario que antes uno haya sido bautizado «en agua y Espíritu» para que, cuando llegue al río de fuego, pueda demostrar que ha mantenido el bautismo del agua y del Espíritu, y entonces merezca recibir también el bautismo de fuego en Jesucristo, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*⁸.

3. Hch 1, 5.

4. Tampoco recuerda el del agua, aunque es fácil imaginar que algunos recibirían el de Juan y otros el de Jesús cuando bautizaba (cf. Jn 3, 22; 4, 1).

5. Gn 3, 24.

6. Este bautismo de fuego, que tiene un efecto purificador, no es otra cosa que el purgatorio del que hablará la escatología, entendido

como un lugar al que se accede después de la muerte.

7. En el último párrafo se consideran los dos primeros bautismos como una unidad, algo explicable si se tiene en cuenta que en la Iglesia primitiva ambos sacramentos de la iniciación se impartían a la vez.

8. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXV

Sobre la sospecha que el pueblo tenía de que Juan quizás fuese el Cristo (Lc 3, 15).

1. Incluso el amor es peligroso si va más allá de la moderación. Porque quien ama a alguien debe considerar la naturaleza y los motivos de ese amor y no amar a esa persona más de lo que merece. Pues si va más allá de la medida y la moderación de la caridad, tanto el que ama como el amado estarán en pecado. Para que esto quede más claro, pongamos a Juan como ejemplo.

El pueblo lo admiraba y lo amaba, y en verdad era digno de que se le tributara más admiración que a otros hombres, porque vivía de una manera diferente a los demás mortales. Todos nosotros no nos contentamos con una comida única, sino que disfrutamos con la variedad de los alimentos; no es suficiente beber un solo vino, sino que compramos vinos de diferente sabor.

2. Juan, por el contrario, siempre se alimentaba *con langostas*, siempre con *miel silvestre*¹, y se contentaba con una comida sencilla y ligera, no fuera a ser que su cuerpo engordara con guisos pesados y se cargara con platos exquisitos. Porque nuestros cuerpos son de una naturaleza tal que se vuelven pesados con alimentos superfluos y, una vez que

1. Mt 3, 4.

el cuerpo ha engordado, también el alma siente esa carga, ella que se encuentra difundida por todo el cuerpo y está sometida a sus sufrimientos. Por eso, con razón se les dice a quienes pueden observar esto: *Bueno es no comer carne ni beber vino ni hacer nada que escandalice a tu hermano*².

Así pues, la vida de Juan era digna de admiración y muy diferente de la conducta de los demás hombres. No tenía bolsa ni criado, ni siquiera una modesta choza.

3. Vivía en el desierto, no solo *hasta el día de su manifestación a Israel*³, sino también en el tiempo durante el cual predicaba al pueblo la penitencia. Vivía en una región solitaria de Judea y saciaba su sed con simple agua, para diferenciarse de los demás también en la bebida.

Nosotros, que vivimos en las ciudades, que estamos en medio del pueblo, buscamos vestidos y alimentos y viviendas más confortables. Por el contrario, mirad qué vestido llevaba él, que moraba en el desierto: se había hecho una túnica «de piel de camello» y se ceñía «con un cinturón de cuero»⁴.

Todo en él era desacostumbrado, y precisamente por lo inusitado de su vida, todos los que lo veían lo admiraban, y al admirarlo, lo veneraban celosamente sobre todo lo demás, porque bautizaba a los que hacían penitencia «para la remisión de los pecados».

4. Tenían en verdad toda la razón para admirarlo por esos motivos, pero no guardaban una justa medida en la caridad porque *pensaban si no sería él el Cristo*⁵. Por temor a ese cariño desordenado e irracional, el apóstol Pablo decía de sí mismo: *Temo que alguien piense de mí algo por encima de lo que ve u oye de mí, y que la grandeza de las revelaciones me llene de orgullo*⁶, etc.

2. Rm 14, 21.

3. Lc 1, 80.

4. El mismo contraste que des-

cribe en 11, 4.

5. Lc 3, 15.

6. 2 Co 12, 6-7.

Por miedo a caer en ese mismo peligro, Pablo no quería revelar todo lo que sabía, para que nadie lo tuviera por algo superior a lo que se veía y, excediendo la medida de la veneración, dijera lo que se había dicho de Juan: «que quizás fuera el Cristo».

Eso es ciertamente lo que algunos han dicho de Dositeo, el hereje samaritano⁷; y otros de Judas, el galileo⁸. En definitiva, algunos han incurrido en tal exceso de amor hacia Pablo, que han imaginado extravagancias nuevas e inauditas sobre él.

5. En efecto, algunos pretenden que las palabras de la Escritura: *Sentarse a la izquierda y a la derecha*⁹ del Salvador, se refieren a Pablo y a Marción¹⁰, porque Pablo se sentará a la derecha y Marción a la izquierda. Pues bien, otros, cuando leen *os enviaré un intercesor, el Espíritu de verdad*¹¹, no quieren entender que se trata de la tercera persona distinta del Padre y del Hijo y de la sublimidad de la naturaleza divina, sino del apóstol Pablo.

¿No te parece que todos estos han amado más de lo que conviene y, en su admiración por la virtud del uno o del otro, han perdido la medida del amor?

6. También nosotros en la Iglesia sufrimos del mismo exceso. En efecto, muchos, al dispensarnos más amor del que merecemos, lanzan especies de este tipo, y mientras alaban nuestros sermones y nuestra doctrina, dicen cosas que nuestra conciencia no aprueba. Otros, por el contrario, calum-

7. Ya citado por Egesipo hacia el año 170 como fundador de una de las siete sectas que se introdujeron en la Iglesia en el siglo I, y que pretendió ser el Mesías.

8. Algo análogo intentó este

Judas, citado en Hch 5, 37.

9. Mt 20, 21.

10. Esta es la primera vez que Orígenes cita a Marción personalmente en su texto. Véase 17, 4.

11. Jn 14, 16-17.

nian nuestros escritos y nos echan en cara opiniones que no somos conscientes de haber enunciado jamás¹².

Mas ni los que nos aman demasiado ni los que nos odian guardan la medida de la caridad, y mienten, los unos por caridad, los otros por odio. De ahí que sea necesario poner freno incluso al amor y no dejarlo en libertad para que oscile tanto de acá para allá, que caiga en el precipicio.

En el Eclesiastés está escrito: *No seas justo en exceso ni te pierdas en pensamientos tan amplios que te aturdas*¹³. Siguiendo este ejemplo, yo puedo decir algo semejante: no ames a un hombre «con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»; no ames a un ángel «con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas», sino guarda este precepto solo respecto a Dios, de acuerdo con la palabra de nuestro Salvador. Él dice, en efecto: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*¹⁴.

7. Alguno puede responderme y decir: «el Salvador ha mandado “amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas y al prójimo como a ti mismo”. Yo quiero amar también a Cristo. Enséñame, por tanto, cómo amarlo. Porque si amo al prójimo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, actúo contra el mandamiento de Dios para querer de ese modo a otro que no es Él.

Pero si lo amo menos que al Padre omnipotente, temo ser hallado impío y profanador respecto al *primogénito de toda criatura*¹⁵. Enséñame y muéstrame el modo en que,

12. Véase lo que decimos en la Introducción —*La traducción de Jerónimo*— a propósito de la polémica que acompañó desde el principio a la obra de Orígenes.

13. Qo 14, 16. La Neovulgata

adopta una versión que precisa mucho más el texto: «No seas demasiado justo ni excesivamente sabio, ¿por qué quieres perderte?».

14. Lc 10, 27.

15. Col 1, 15.

avanzando por en medio de ambos extremos, debo amar a Cristo».

¿Quieres saber con qué caridad debe ser amado Cristo?

8. ¡Escucha un momento! «Ama al Señor Dios tuyo» en Cristo y no pienses que es posible tener una caridad diferente al Padre y al Hijo. Ama al mismo tiempo a Dios y a Cristo; ama al Padre en el Hijo y al Hijo en el Padre «con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas». Y si alguien te interroga diciendo: «prueba lo que dices a partir de las Escrituras», que escuche al apóstol Pablo, quien amaba de un modo razonable cuando afirmaba: *Seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor y Salvador nuestro*¹⁶: *a Él corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹⁷.

16. Rm 8, 38-39.

17. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXVI

Sobre el pasaje: *Tiene el biello en su mano y limpiará su era*, hasta el lugar donde dice: *Y recogerá el trigo en su granero* (Lc 3, 17).

1. *Dios es espíritu, y los que lo adoran, conviene que lo adoren en espíritu y verdad*¹. Nuestro Dios es también *un fuego devorador*². Por tanto, Dios recibe dos nombres: «espíritu» y «fuego»; es espíritu para los justos, fuego para los pecadores. Mas también a los ángeles se los llama «espíritu» y «fuego». Él —dice la Escritura a propósito de Dios— *hace espíritus a sus ángeles y un fuego ardiente de sus servidores*³.

Los ángeles son «espíritu» para todos los santos, pero someten a «fuego» y abrasan a aquellos que merecen castigo. En este sentido, también nuestro Señor y Salvador, siendo «espíritu», «vino a traer fuego a la tierra»⁴. Es «espíritu» según aquello que dice la Escritura: *Cuando te hayas convertido al Señor, caerá el velo*⁵, y *el Señor es espíritu*⁶.

2. Por otra parte, «ha venido a traer fuego», no sobre el cielo, sino «sobre la tierra», como él mismo lo atestigua, al decir: «fuego he venido a traer sobre la tierra, y ¿qué quiero, sino que arda ya?». Porque si «te conviertes al Señor»,

1. Jn 4, 24.

2. Dt 4, 24.

3. Sal 104 (103), 4; Hb 1, 7.

4. Cf. Lc 12, 49.

5. 2 Co 3, 16.

6. Jn 4, 24.

que es «espíritu», Cristo será espíritu para ti y para ti no habrá «venido a prender fuego a la tierra». Pero si no te conviertes a Él, sino que tienes en ti la tierra y sus frutos, «habrá venido a traer fuego a la tierra» que hay en ti.

A esto se añade algo semejante que está escrito a propósito de Dios: *El fuego de mi cólera ha ascendido no solo hasta el cielo, sino hasta el fondo del infierno, y devorará no el cielo, sino la tierra y sus gérmenes*⁷.

3. ¿Con qué finalidad he recordado todo esto? Porque también el bautismo de Jesús es «en el Espíritu Santo» y «en el fuego». No olvido lo que he dicho anteriormente⁸ ni pierdo de vista la explicación anterior, pero quiero añadir una nueva interpretación.

Si eres santo, serás bautizado en el Espíritu Santo; si eres pecador, serás sumergido en el fuego; uno y el mismo bautismo se convertirá en condena y fuego para los indignos y los pecadores, mientras que a los santos y a quienes se convierten al Señor con fe plena deberá atribuírseles la gracia del Espíritu Santo y la salvación⁹.

Así pues, el que dice la Sagrada Escritura que bautiza «en el Espíritu Santo y en el fuego» tiene «el biello en su mano y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, mientras que quemará la paja en un fuego inextinguible».

Quiero encontrar la razón por la que nuestro Señor tiene el «biello» y por qué soplo de viento la paja ligera es llevada aquí y allá, mientras que el trigo, más pesado, es transportado a un mismo lugar; porque sin viento no se pueden separar el trigo y la paja.

4. Pienso que hay que entender por viento las tentaciones que, en el montón confuso de los fieles creyentes, mues-

7. Dt 32, 22.

9. Cf. *Comm. in Mt.*, 17, 19.

8. Véase más arriba, 24, 1.

tran que unos son paja y otros trigo. Porque cuando tu alma ha sido vencida por una tentación, no es la tentación la que la ha convertido en paja, sino que a ti, que eras paja —es decir, ligero y sin fe—, la tentación te ha mostrado que eras lo que mantenías oculto.

Por el contrario, cuando te enfrentas con ánimo fuerte a la tentación, esta no te hace fiel y paciente, sino que revela las virtudes de la paciencia y de la fortaleza que estaban ya en ti, pero ocultas. *Porque —dice el Señor— ¿piensas que te he hablado para otra cosa que para hacerte pasar por justo?*¹⁰. Y en otro lugar: *Te he afligido y hecho sufrir penuria a fin de que se manifestara lo que estaba en el interior de tu corazón*¹¹.

De este modo, además, la tempestad no permite que el edificio se construya sobre arena, sino que, si quieres edificar, tienes que hacerlo *sobre piedra*¹². Entonces, cuando la tempestad se desencadene, no destruirá lo que está construido «sobre piedra», pero prueba sin duda que lo que se mueve «sobre la arena» no estaba bien fundamentado.

5. Por todo esto, antes de que la tempestad se levante, antes de que las ráfagas de viento soplen con fuerza, antes de que crezcan los ríos, cuando aún todo está en silencio¹³, volquemos todo nuestro esfuerzo en poner los fundamentos de los edificios, edifiquemos nuestra casa con las piedras sólidas y variadas de los mandamientos divinos a fin de que, cuando la persecución arrecie y el torbellino de la calamidad se ensañe con los cristianos, demos pruebas de que

10. Jb 40, 3.

11. Dt 8, 3-5.

12. Mt 7, 24-25. La piedra es Cristo, según 1 Co 10, 4.

13. Seguramente había claros indicios de que estaba a punto de estallar una nueva persecución con-

tra los cristianos. En efecto, pocos años después de que Orígenes pronunciara esta homilía, en 235, se desencadenó la persecución de Maximino, que dio ocasión a su obra *Exhortación al martirio*.

nuestro edificio está fundado «sobre la piedra» que es Jesucristo.

Pero si alguno reniega de Él —lejos de nosotros esa desgracia—, sepa ese tal que no ha negado a Cristo en el momento en que lo ha hecho visiblemente, sino que llevaba ya en sí mismo simientes y raíces antiguas de negación; entonces lo que tenía dentro se ha hecho notorio y ha aparecido a la luz del día.

Roguemos, pues, al Señor que seamos un edificio sólido, al que ningún huracán podrá destruir, «fundamentado sobre la piedra» de nuestro Señor Jesucristo, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹⁴.

HOMILÍA XXVII

Sobre el pasaje: *Por medio de sus exhortaciones anunciaba muchas otras cosas*, hasta el lugar donde dice: *El Espíritu Santo descendió sobre Él* (Lc 3, 18-22).

1. Quien enseña la palabra del Evangelio anuncia no una, sino múltiples verdades. Este es sin duda el sentido de la Escritura cuando afirma: «Por medio de sus exhortaciones anunciaba también otras muchas cosas». Por consiguiente, Juan predicaba al pueblo también cosas que no están escritas; mas considerad la importancia de las que han sido escritas.

Anunció a Cristo, lo señaló con el dedo, predicó el bautismo en el Espíritu Santo, enseñó la salvación a los publicanos, la disciplina a los soldados; dijo que se limpiara la era, que se talaran los árboles y todo lo demás que narra la historia evangélica. Pero, aparte de lo que está escrito, anunció otras cosas que no están escritas, como muestran las palabras: «por medio de sus exhortaciones anunciaba también al pueblo otras muchas cosas».

2. Y así como en el Evangelio según Juan se cuenta de Cristo que dijo aún otras muchas cosas *que no están escritas en este libro*¹ y *que, si se escribieran, creo que este mun-*

1. Jn 20, 30. Véase más adelante, 29, 2, entre otros muchos pasajes de sus obras en los que Orígenes cita estas palabras del

Evangelio de san Juan —*Comm. in Io.*, 18, 5; 19, 20; 20, 34— para resaltar el misterio de Cristo.

do no podría contener todos los libros que haría falta escribir², del mismo modo date cuenta de que en este pasaje posiblemente Lucas –dado que Juan Bautista anunciaba algunas verdades demasiado elevadas para ser confiadas a la escritura– no ha querido describirlas con palabras, sino que solo ha constatado que fueron dichas. Por eso escribe: «por medio de sus exhortaciones, anunciaba también al pueblo otras muchas cosas».

Admiremos a Juan también por lo que viene a continuación, sobre todo por aquello de que: *Entre los nacidos de mujer no hay nadie superior a Juan Bautista*³ y porque alcanzó, gracias a sus virtudes, un grado tal de fama que muchos lo tenían por el Cristo⁴.

3. Pero hay todavía algo mucho más admirable: Herodes, el tetrarca, tenía poderes reales y podía condenar a muerte a quien quisiera. Pero cuando hizo algo injusto y que iba contra la ley de Moisés –tomar como mujer a la de su hermano, que tenía una hija de su primer marido–, Juan no le temió ni hizo acepción de la persona, no pensó –como digo– en su poder real, no temió a la muerte –porque no necesitaba ser un profeta para saber que, si lo exasperaba, era capaz de matarlo–, sino que, consciente de todas esas circunstancias, corrigió a Herodes con la libertad propia de un profeta⁵ y le reprochó su matrimonio incestuoso.

Encerrado en la cárcel por este motivo, no se preocupó de la muerte ni de un juicio de resultado incierto, sino que, en medio de sus cadenas, pensaba en Cristo, a quien había anunciado. Y, al no poder acudir a Él en persona, envía a

2. Jn 21, 25.

3. Lc 7, 28.

4. Véase más arriba, 25, 4.

5. La *libertas profetica* –*parresía* en griego–, de la que habla aquí Orígenes –cf. también *Comm. in*

Mt. 10, 22–, expresa la actitud firme e impertérrita, don del Espíritu Santo, de quienes predicán el Evangelio. Véase Hch 4, 13.29-31; 13, 46; 14, 3; 19, 8; 26, 26; 28, 31.

dos discípulos suyos para que lo interroguen: *¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?*⁶.

4. Observa que Juan enseñaba incluso en la prisión. De ahí que, incluso en aquel lugar, tuviese discípulos. Y ¿por qué motivo tenía discípulos incluso allí y por qué causa estos perseveraban en aquel lugar, si no es porque también en la cárcel desempeñaba su oficio de maestro y los instruía con palabras divinas? En medio de esos coloquios, cuando se planteó la cuestión sobre Jesús, envía a algunos de sus discípulos y pregunta a Cristo: «¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?».

Los discípulos regresan y cuentan a su maestro lo que el Salvador les ha mandado que le anuncien. Armado con estas palabras, acude Juan seguro al combate y de buena gana se deja decapitar, confiado en la palabra del mismo Señor, que afirma ser el verdadero Hijo de Dios en el que él creía.

Esta fue la libertad de Juan Bautista y la locura de Herodes, quien a sus muchos crímenes añadió aún este: primero, encerrar a Juan en la cárcel y después degollarlo.

5. El Señor fue bautizado, los cielos se abrieron, el «Espíritu Santo descendió» sobre Él y una voz venida del cielo, como un trueno, dijo: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido».

Por todo eso, hay que decir que con ocasión del bautismo de Jesús el cielo se abrió, y que lo hizo para conceder la remisión de los pecados —no a Aquel *que no había cometido pecado, ni se halló en su boca dolo alguno*⁷, sino a todo el mundo—, y que el Espíritu Santo descendió para que el Señor, después de *haber subido a las alturas, llevando cautiva a la cautividad*⁸, nos comunicara el Espíritu que había venido a Él.

6. Mt 11, 3.

7. 1 P 2, 22; Is 53, 9.

8. Sal 68 (67), 19; Ef 4, 8.

Este es ciertamente el Espíritu que nos dio, una vez resucitado, con las palabras: «Recibid al Espíritu Santo. A quien perdonéis los pecados le serán perdonados; a quien se los retuviereis, le serán retenidos⁹». Así pues, «descendió sobre el Salvador el Espíritu Santo en forma de paloma», el pájaro de la dulzura, inocente y sencillo.

De ahí que a nosotros también se nos mande que imitemos la inocencia de las palomas¹⁰. Así es el Espíritu Santo: puro, alado y elevándose al cielo.

6. Por eso decimos, al rezar: *¿Quién me dará alas como las de la paloma, y volaré y descansaré?*¹¹. Es decir, ¿quién me dará las alas del Espíritu Santo? Y en otro lugar la palabra del profeta promete: *Si reposáis entre los muros del redil, las alas de la paloma son de plata y las plumas de su espalda adquieren el fulgor del oro*¹².

En efecto, si reposamos «entre los muros» del Antiguo y del Nuevo Testamento, se nos darán las «alas plateadas de la paloma», es decir, las palabras de Dios, «y las plumas de su espalda» radiantes por el «brillo» y el fulgor «del oro»¹³. De ese modo nuestra inteligencia encontrará su plenitud en la sabiduría del Espíritu Santo, es decir, nuestra palabra y nuestra mente se colmarán con la venida del Espíritu Santo y no hablaremos ni entenderemos otra cosa que lo que Él nos haya sugerido.

Y toda santidad, tanto en nuestro corazón como en nuestros labios y en nuestras obras, provendrá del Espíritu Santo en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹⁴.

9. Jn 20, 22-23.

10. Cf. Mt 10, 16.

11. Sal 55 (54), 7.

12. Sal 68 (67), 14.

13. Para Orígenes, el Antiguo y el Nuevo Testamento son compa-

rables respectivamente a la plata y al oro. El primero habla en imágenes, el segundo muestra la Verdad. El primero establece la Ley judía, el segundo la evangélica.

14. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXVIII

Sobre la genealogía del Salvador y las divergencias entre Mateo y Lucas a propósito de sus progenitores (Mt 1, 1-17; Lc 3, 23-28).

1. A esta altura (del Evangelio) se describe que nuestro Señor y Salvador –que fue muy superior a Melquisedec, cuya genealogía no reveló la Escritura– nació según una línea de antepasados. Ahora bien, puesto que su divinidad no está sometida a un origen humano, es evidente que quiso nacer para ti, que has nacido de un origen carnal. Sin embargo, los evangelistas no describen del mismo modo esa genealogía, dificultad que ha perturbado no poco a muchos.

En efecto, Mateo comienza a relatar la serie de sus antepasados a partir de Abraham, hasta llegar al versículo en el que dice: *Por su parte, la generación de Jesucristo fue así*¹, y describe al que viene al mundo, no al que fue bautizado². Por el contrario, Lucas, al describir su árbol genealógico, tras haber narrado su bautismo, no procede de los grados superiores a los inferiores, sino que se remonta hasta Dios mismo³.

1. Mt 1, 18.

2. Es decir, Mateo comienza su narración con la genealogía, mientras que Lucas la incluye en su Evangelio cuando describe el bau-

tismo de Jesús.

3. Es decir, Mateo comienza en Abraham y acaba en José, mientras que Lucas comienza por éste y se remonta hasta Dios.

2. Además, en esa cadena, que se describe una vez en orden descendente y otra en orden ascendente, no se encuentran las mismas personas. Mateo, que lo muestra descendiendo de los cielos, introduce también a algunas mujeres —y no a unas cualesquiera, sino a unas pecadoras— que han sido reprobadas por la Escritura. Lucas, que habla de Cristo después de haber sido bautizado, no menciona a ninguna mujer.

Así pues, como hemos dicho, Mateo menciona a Tamar, que fue concubina de su suegro por medio de un engaño⁴; a Rut, la moabita, que no era ni siquiera de raza israelita⁵; a Rahab, que soy incapaz de saber de dónde procede⁶; y a la mujer de Urías, que profanó el lecho conyugal⁷.

Mas como nuestro Señor y Salvador había venido a tomar sobre Él los pecados de los hombres y Dios *hizo pecado por nosotros al que no había cometido pecado*⁸, por eso mismo al descender al mundo asumió el papel de los hombres pecadores y viciosos y quiso proceder de la estirpe de Salomón, cuyos pecados son narrados en la Escritura⁹, y de Roboam, cuyas transgresiones son mencionadas¹⁰, y de todos los demás, de entre los cuales muchos *hicieron el mal a los ojos de Dios*¹¹.

4. Cf. Gn 38.

5. El libro de Rut muestra que esta mujer reconoció como suyos al pueblo y al Dios de su suegra. La condición de pecadora que Orígenes le atribuye consiste sin duda en su origen extranjero, que le impedía legalmente —Dt 7, 3— casarse con el hijo de Noemí.

6. Es la prostituta que acoge a los dos exploradores enviados por Josué a Jericó y que, con ese favor, logra salvarse ella misma y proteger a su familia cuando su

ciudad es destruida a manos de los hebreos. Cf. Jos 2, 1-21; 6, 17.22-25. Orígenes entiende en varios pasajes de sus obras que esta mujer es el tipo de la que habría de ser Iglesia de los gentiles: cf. *Hom. in Ios.*, 7, 5; *Com. in Mat.*, 12, 4.

7. Se trata de Betsabé. Cf. 2 R 11, 3 ss.

8. 2 Co 5, 21.

9. Cf. 1 R 11, 6ss.

10. Cf. 1 R 14, 21ss.

11. 1 R 15, 26.34.

3. Pero cuando se incorpora tras el bautismo y por segunda vez se describe su origen¹², no procede del linaje de Salomón, sino del de Natán¹³, que reprochó a su padre David la muerte de Urías y el nacimiento de Salomón.

Pero si en Mateo se emplea siempre la palabra «engendró», aquí se omite completamente. Mateo escribe: *Abraham engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a Judá y a sus hermanos; Judá engendró a Farés y Zaram de Tamar*¹⁴, y hasta el final siempre aparece la expresión «engendró».

Sin embargo, en Lucas, cuando Jesús se incorpora del bautismo, se dice de Él que *era tenido por hijo de José*¹⁵, y en esa serie tan larga de nombres nunca se emplea la palabra «generación», si se exceptúa esta frase «era tenido por hijo de José».

4. En Mateo no está escrito que «comenzaba». Sin embargo, en Lucas, ahora cuando se incorpora tras el bautismo, leemos que «comenzaba», puesto que la Escritura dice textualmente: *Tenía Jesús al comenzar...*¹⁶. Pues cuando fue bautizado y asumió el misterio de un segundo nacimiento, a fin de que tú también destruyas tu primer nacimiento y nazcas a una segunda regeneración, entonces se dice que «comenzó».

Y así como el pueblo judío, cuando estaba en Egipto, no tenía ninguno que fuera el inicio de los meses y solo cuando salió de Egipto se le dijo: *Este mes, el inicio de los meses, será para vosotros el primero de los meses del año*¹⁷, así también no se puede decir del que todavía no ha sido bautizado que «ha comenzado».

12. Es decir, en el Evangelio de san Lucas.

13. Aquí Orígenes confunde a Natán, el profeta que echa en cara a David su pecado -2 R 12, 1-15- con el Natán hijo de David

que es un eslabón de la genealogía de Jesús: cf. 2 R 5, 14; Lc 3, 31.

14. Mt 1, 2-3.

15. Lc 3, 23.

16. Lc 3, 23.

17. Ex 12, 2.

Por eso no podemos pensar que se ha añadido sin razón lo que se dice: «El mismo Jesús tenía...» —y lo que se añade— «al comenzar».

5. Debemos examinar también esta frase: «alrededor de treinta años». *José tenía treinta años*¹⁸ cuando fue liberado de la prisión y, tras haber interpretado el sueño del faraón, fue nombrado intendente de Egipto y almacenó trigo en tiempos de abundancia para poder luego distribuirlo en tiempos de hambre.

Yo pienso que los treinta años de José preceden de una manera simbólica a los treinta años del Salvador¹⁹. Porque este segundo José, Jesús, almacena un trigo que no es como el de José en Egipto, sino un trigo auténtico y celestial, a fin de tener para distribuir un trigo almacenado en tiempos de prosperidad, cuando el hambre vuelva a aparecer en Egipto, *no un hambre de pan, ni una sed de agua, sino el hambre de escuchar la palabra de Dios*²⁰.

6. Por tanto, Jesús, en los profetas, en la Ley, en los apóstoles, recoge palabras del tiempo de la abundancia para que, cuando ya no se escriben libros ni se ratifican nuevas alianzas ni se envían nuevos apóstoles, entonces se puedan distribuir todas las palabras almacenadas por Jesús en el hórreo de los apóstoles —esto es, en sus almas y en las de todos los santos—, y se pueda alimentar a Egipto, amenazado de hambre, sobre todo a sus hermanos, de quienes está escrito: *Explicaré tu nombre a mis hermanos, te cantaré en medio de la asamblea*²¹.

Otros hombres tienen también palabras de paciencia, palabras de justicia y palabras de las demás virtudes: este es el

18. Gn 41, 46.

19. El patriarca José es para Orígenes tipo de Jesucristo, también en *Hom. in Ex.*, 1, 4.

20. Am 8, 11. Cf. *Hom. in Gen.*, 16, 4.

21. Sal 22 (21), 23.

trigo que José distribuyó a los egipcios. Pero es otro el trigo que Jesús da a sus hermanos, es decir a sus discípulos, venidos de la tierra de Gesen²², la que mira al oriente: el trigo evangélico, el trigo apostólico²³.

De este trigo debemos hacernos panes, pero de tal manera que no se mezclen con la *levadura vieja*²⁴ y tengamos un pan nuevo, molido a partir del trigo y la harina de las Escrituras en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²⁵.

22. Gesen (Gosen) es el nombre que da el libro del Génesis -47, 6- a una región imprecisa de Egipto situada seguramente al oriente del delta del Nilo. Allí se establecieron los hebreos llamados por José. Más precisiones en *Das Grosse Bibellexicon*, 3 vol., Wuppertal 1987, I, pp. 484-485.

23. En estas frases expone Orí-

genes la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. El primero no es sino el anuncio y la imagen de la realidad que se cumplirá en Jesucristo y que, en la Eucaristía, permanecerá con toda su eficacia entre los hombres hasta el fin de los tiempos.

24. 1 Co 5, 7.

25. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXIX

Sobre el pasaje: *Y Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó*, así como de su primera tentación (Lc 4, 1-4)

1. Cuando lees en el Evangelio: «Jesús regresó lleno del Espíritu Santo», y en los Hechos de los Apóstoles —donde a propósito de estos últimos está escrito que estaban *llenos del Espíritu Santo*¹— guárdate de pensar que los apóstoles son iguales que el Salvador, sino reconoce que Jesús, los apóstoles y cualquier otro de entre los santos están llenos del Espíritu Santo a la medida de su capacidad.

Y así como si tú quieres decir, por ejemplo, «estos recipientes están llenos de vino o de aceite», no por eso afirmas sin más que contienen la misma cantidad —ya que en uno puede caber un sextante, en otro una urna y en otro un ánfora²—, del mismo modo Jesús y Pablo estaban llenos del Espíritu Santo. Pero el vaso de Pablo era mucho más pequeño que el de Jesús, y sin embargo uno y otro estaban llenos según su capacidad.

2. Por tanto, una vez recibido el bautismo, el Salvador, «lleno del Espíritu Santo», que había descendido de los cielos sobre Él «en forma de paloma, era conducido por el Espíritu», *porque todos aquellos que son conducidos por el Espíritu son hijos de Dios*³.

1. Hch 2, 4.

mente.

2. El equivalente a medio litro, trece litros y dos urnas respectiva-

3. Rm 8, 14.

Ahora bien, propiamente hablando, Jesús era por encima de todos el Hijo de Dios, y por eso convenía que Él en persona fuera conducido por el Espíritu. Efectivamente está escrito: *Fue conducido al desierto por el Espíritu durante cuarenta días y tentado por el diablo*⁴.

Jesús es tentado durante cuarenta días y no sabemos de qué tipo de tentaciones se trata. Quizá hayan sido silenciadas porque eran demasiado fuertes para ser confiadas a la Escritura. Y así como es oportuno decir que *el mundo no habría podido contener todos los libros*⁵ si se hubieran consignado por escrito la doctrina y los hechos de Jesús, así también el mundo no habría podido soportar las tentaciones del diablo que tuvo que sufrir el Señor durante cuarenta días, si la Escritura las hubiera mostrado.

Nos basta con saber que «estuvo en el desierto cuarenta días, que fue tentado por el diablo y que no comió nada durante ese tiempo» porque mortificaba el deseo de la carne con un ayuno asiduo y continuo.

3. *Y cuando se cumplieron esos días, tuvo hambre. Entonces le dijo el diablo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan*⁶. «Di a esta piedra». Pero ¿a qué piedra? Seguramente a la que señalaba el diablo, a la que él quiere que se convierta en pan. ¿Qué tipo de tentación es esta que, mientras que un padre a quien un hijo ruega que le dé un pan no le da una piedra⁷, aquí el enemigo, traicionero y falaz, da una piedra en lugar de pan?

¿Esto es todo lo que el diablo quería: que la piedra se convirtiera en pan y que los hombres no comieran pan, sino la piedra que él les había mostrado como si fuera pan? Yo pienso que todavía hoy el diablo señala una piedra e incita a cada uno a pronunciar esa palabra: «di que esta piedra se convierta en pan».

4. Lc 4, 1-2.

5. Jn 21, 25.

6. Lc 4, 2-3.

7. Cf. Lc 11, 11.

Todas las tentaciones que debían sufrir los hombres, el Señor las ha sufrido primero en la carne que Él ha asumido. Pero ha sido tentado para que nosotros podamos vencer, gracias a su victoria.

4. Quizá mis palabras quedan poco claras, a no ser que las illustre con un ejemplo. Si ves que los herejes comen, en vez de pan, la mentira de sus doctrinas, has de saber que su manera de hablar es la piedra que señala el diablo. Pero no creas que este dispone de una sola piedra; tiene muchas, mencionadas por Mateo, cuando escribe: *Di que estas piedras se conviertan en panes*⁸.

Marción ha pronunciado esas palabras y la piedra del diablo se ha convertido en pan para él⁹. Valentín¹⁰ las ha pronunciado y otra piedra se ha convertido en pan para él. También Basílides¹¹ ha tenido un pan de este tipo, y todos los demás herejes. De ahí que sea necesario velar con solicitud, no vaya a ser que, mientras comemos una piedra del diablo, pensemos que nos alimentamos con el pan divino.

Si no es así, ¿en qué consistía la tentación de que el Salvador convirtiera una piedra en pan y la comiera? Imaginé-

8. Mt 4, 3.

9. Cf. 17, 4.

10. Se trata del gnóstico más importante, nacido hacia el año 100 en Egipto, que enseñó primero en Alejandría, entre 140-160 en Roma y finalmente en Chipre. El núcleo de su sistema —llegado hasta nosotros de modo muy fragmentario— es el mito de la Sabiduría, que constituye el último de los treinta eones emanados por parejas del pleroma divino. Véase también 31, 3.

11. Otro representante de la

gnosis cristiana de la primera mitad del s. II, que fundó una secta en Alejandría y nos es conocido solo a través de fragmentos de sus obras exegéticas transmitidos por Clemente de Alejandría, Orígenes, Ireneo e Hipólito. Se ocupa sobre todo del problema del mal y, aunque no cae en el dualismo, integra en el poder de Dios a las fuerzas siderales, que mantienen a las almas en una infinita reencarnación en los diversos grados de vida: piedra, planta, animal, hombre.

monos, pues, que a propuesta del diablo el Señor hubiera convertido la piedra en pan, hubiera comido lo que él mismo había hecho con su poder y hubiera saciado su hambre, ¿dónde habría estado la tentación, dónde la victoria sobre el diablo si todo esto se hubiera escrito en su sentido literal¹²?

5. Como ya hemos dicho, si se analizan tanto las palabras como los hechos con profundidad, demuestran, por una parte, que fue real la tentación de que las palabras se cumplieran, y por otra, que se produjo la victoria, puesto que la propuesta fue rechazada.

Al mismo tiempo se demuestra que este pan, hecho de una piedra, no es la palabra de Dios que alimenta al hombre y de la cual está escrito: *No solo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de toda palabra que sale de la boca de Dios*¹³.

Yo te contesto, ser taimado y perverso que no tienes ningún reparo en tentarme: hay otro pan, el de la palabra de Dios que vivifica al hombre. Y —considerémoslo al mismo tiempo—, no es el Hijo de Dios el que habla así, sino el hombre que el Hijo de Dios se ha dignado asumir¹⁴. En efecto,

12. Aquí se capta también la limitación de la interpretación alegórica de la Escritura característica de Orígenes. Habitualmente para él la piedra es Cristo: cf. 1, 3 y sobre todo 26, 5. Ahora, sin embargo, la piedra simboliza el alimento que proporciona el diablo, mientras que el pan es la palabra de Cristo.

13. Dt 8, 3.

14. La realidad del *homo assumptus* por parte de Cristo será objeto de grandes controversias a lo largo del s. iv. En este pasaje, como más adelante en 34, 7, Orí-

genes escribe sin la precisión que solo fue posible tras los grandes concilios de la época, y parece negar aquí que en la naturaleza humana de Jesús estuviera presente la persona divina. Por tanto, Jesús solo fue tentado en cuanto hombre. No obstante, si se tiene en cuenta el conjunto de su obra, se puede afirmar con seguridad que en ella está clara la afirmación central de que en Cristo hay una sola persona en dos naturalezas. Véase a este respecto la edición de esta obra en *Sources chrétiennes* 87, pp. 364-365.

responde en su calidad de hombre y dice: *Escrito está: no solo de pan vivirá el hombre*¹⁵. Lo cual demuestra que no fue tentado Dios, sino el hombre.

6. Al examinar con diligencia el sentido de la Escritura, creo descubrir la razón por la que Juan no ha descrito la tentación del Señor, sino solo Mateo, Lucas y Marcos. En efecto, puesto que Juan había comenzado por Dios, diciendo: *En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios*¹⁶ y no podía describir el modo en el que se ha producido la generación divina, sino que solamente había expresado que el Verbo procedía de Dios y estaba con Él, añadió: *Y el Verbo se hizo carne*¹⁷. Ahora bien, como Dios, de quien estaba hablando, no puede ser puesto a prueba, por eso no incluye la escena en la que es tentado por el diablo.

Por el contrario, en el Evangelio de Mateo, en el «libro de la generación de Jesucristo», se narra la genealogía de aquel hombre que había nacido de María; en el de Lucas se describe su generación humana, y en el de Marcos es un hombre el que es tentado. Por eso se registra una respuesta similar de Jesús: «no solo de pan vive el hombre». Por tanto, si el Hijo de Dios, que es Dios, se ha hecho hombre por ti y es tentado, tú, que eres hombre por naturaleza, no debes indignarte si acaso eres tentado.

7. Y si en la tentación imitas a aquel hombre que por ti fue tentado y si vences todo tipo de tentación, tendrás parte en la esperanza de quien entonces fue hombre pero ahora ha dejado de serlo. Porque el que en otro tiempo era hombre, después de haber sido tentado y *haberse apartado*

15. Lc 4, 4.

16. Jn 1, 1.

17. Jn 1, 14.

*de Él el diablo hasta el momento*¹⁸ de su muerte, *ha resucitado de entre los muertos y no muere ya más*¹⁹.

Todo hombre está sometido a la muerte; por tanto, este que jamás muere ya no es un hombre, sino Dios. Y si es Dios el que en otro tiempo fue hombre y si te conviene hacerte semejante a Él *—puesto que seremos semejantes a Él y lo veremos tal cual es*²⁰—, tienes necesidad de convertirte en Dios²¹, en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²².

18. Lc 4, 13.

19. Rm 6, 9. Ha dejado de ser hombre en el sentido de que ya no está sometido a la muerte, porque al resucitar ha triunfado sobre ella

para siempre.

20. 1 Jn 3, 2.

21. Cf. Ga 2, 20.

22. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXX

Sobre la segunda tentación del Salvador (cf. Lc 4, 5-8)

1. Tanto el Hijo de Dios como el Anticristo aspiran a reinar. Pero el Anticristo desea reinar para matar a los que ha sometido¹; Cristo reina para salvar. Sobre cada uno de nosotros, si es fiel, reina Cristo como Palabra, Sabiduría, Justicia y Verdad. Si, por el contrario, amamos más el placer que a Dios, sobre nosotros reina el pecado, del que el Apóstol dice: *Por tanto, que el pecado no reine en vuestro cuerpo mortal*².

Así pues, dos reyes se enfrentan presurosos con intención de reinar: el rey del pecado, el diablo, sobre los pecadores, y el rey de la justicia, Cristo, sobre los justos. El diablo sabía que Cristo había venido para eso: para quitarle su

1. En la concepción mitológica de innumerables pueblos primitivos aparece la figura de un monstruo con quien el Dios creador lucha y a quien vence, pero que al final se liberará y volverá a enfrentarse a Él para ser definitivamente destruido. En el Nuevo Testamento aparece el término Anticristo en las epístolas de san Juan (1 Jn 2, 18.22; 4, 3; 2 Jn 7) como el enemigo que se levantará contra Dios y sus enviados al fi-

nal de los tiempos. Este es el papel que san Pablo asigna a Satanás (1 Co 7, 5; 2 Co 2, 11) o Belial (2 Co 6, 15) ya en este mundo. Con el tiempo y bajo la presión de las persecuciones, se tendió a personificar su figura, identificándola ante todo con Nerón y más tarde con Juliano el Apóstata, o, como hace aquí Orígenes, a contraponer en general su actividad a la de Cristo.

2. Rm 6, 12.

reino y para que quienes estaban bajo su poder comenzaran a estar bajo el dominio de Cristo. Por eso «le mostró todos los reinos del mundo» y los hombres de este mundo: cómo unos están dominados por la lujuria y otros por la avaricia; aquellos se encuentran arrebatados por la brisa de la popularidad y estos, cautivados por la seducción de la belleza.

2. Pero no debe pensarse que, al mostrarle los reinos de este mundo, pusiera ante sus ojos, por ejemplo, el imperio de los persas o el de los indios, sino que «le mostró todos los reinos del mundo», es decir, su reino³; o sea, cómo él reinaba en el mundo, de modo que comprometiendo a Cristo a hacer lo que él quería, comenzara a tenerlo sometido también a Él.

«¿Quieres reinar sobre todos estos seres?», le dice. Le mostró multitudes innumerables de hombres que estaban sometidas a su imperio. Y, en verdad, si nosotros estamos dispuestos a confesar sencillamente nuestra miseria y nuestra infidelidad, el diablo es rey de casi todo el mundo; de ahí que el Salvador lo llame *príncipe de este mundo*⁴.

Por tanto, lo que quiere decir es esto: «¿ves a estos hombres que están bajo mi dominio?». Y *se los muestra en un instante*⁵, es decir, en el actual devenir del tiempo que, en comparación con la eternidad, tiene el valor de un punto instantáneo.

3. En realidad, el Salvador no necesitaba que le mostraran por más tiempo todos los asuntos de este mundo; en cuanto volvió sus ojos a este espectáculo, contempló tanto el reino del pecado como a quienes eran dominados por él,

3. Más que de una visión física, se trata de la comprensión del poder seductor del demonio en este mundo. Véase también *Frag-*

mento 57.

4. Jn 12, 31; 16, 11.

5. Lc 4, 5.

y al mismo tiempo «al príncipe del mundo» en persona, es decir, al diablo ensoberbecido y gozándose en su obra de perdición por tener a tantos bajo su dominio.

Entonces el diablo dijo al Señor: ¿Has venido para esto, para luchar contra mí y para arrancar de mi poder a quienes tengo sometidos? No quiero que luches, no quiero que lo intentes ni que te expongas a las molestias de la lucha; una sola cosa te pido: *Postrándote, adórame*⁶ y acepta todo el reino que está en mi poder.

En verdad nuestro Señor y Salvador quiere reinar y someter a su imperio a todas las gentes a fin de que sirvan a la justicia, a la verdad y al resto de las virtudes, pero quiere reinar como Justicia, para reinar sin pecado y no hacer nada infamante. Y no quiere ser coronado sin esfuerzo, sometido al diablo, ni reinar sobre los demás bajo la condición de estar sometido Él mismo al diablo.

4. Por eso le dice: *Está escrito: adorarás al Señor Dios tu- yo y a Él solo servirás*⁷. Quiero que todos estos hombres —dice— me estén sometidos con el fin de que adoren al Señor Dios y le sirvan a Él solo. Este es el ideal de mi reinado.

Pero tú quieres que comience por mí mismo el pecado que Yo he venido a quitar, que Yo deseo incluso desterrar de todos los hombres. Sábetelo y aprende que mantengo lo que ya he dicho: «sea adorado solo el Señor Dios y pondré a todos estos hombres bajo mi poder y los someteré a mi reinado».

Nosotros nos alegramos de estar sujetos a Él, y roguemos al Señor para que haga morir *al pecado que reina en nuestro cuerpo*⁸ y que solo reine en nosotros Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*⁹.

6. Lc 4, 7.

7. Dt 6, 13.

8. Rm 6, 12.

9. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXXI

Sobre la tercera tentación del Salvador (cf. Lc 4, 9-13).

1. Examinad las Escrituras a fin de descubrir grandes misterios, incluso en pasajes que aparentemente son sencillos¹. Examinemos el inicio de la lectura del Evangelio que hoy hemos escuchado y pongamos de relieve lo que en ella se oculta.

Dice que el diablo «llevó a Jerusalén» a Jesús. Esto es increíble: que el diablo condujera al Hijo de Dios a Jerusalén y que este lo siguiera. Lo seguía, sin duda, como un atleta avanza voluntariamente hacia el combate. No temía al tentador ni recelaba las trampas de un enemigo especialmente astuto, sino que de algún modo le decía: «llévame adonde quieras, tiéntame como te plazca, me presto de buen grado a ser tentado, soporto tus sugerencias, me brindo a tentaciones de cualquier tipo; en todo, encontrarás que soy el más fuerte».

2. *Así pues, lo llevó a Jerusalén, lo colocó sobre el pináculo del templo y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, arrójate abajo desde aquí*². Lo llevó a la cima, hasta el pináculo del templo, y le exhorta a precipitarse desde allí. Pero como esta proposición era engañosa y, bajo capa de poner de manifies-

1. Aquí —como más adelante en 32, 5; 34, 8 y 38, 3— encontramos de nuevo el uso de *sacramentum*,

en el sentido genérico de «misterio».

2. Lc 4, 9-10.

to la gloria de Cristo, perseguía otro objetivo, el Salvador contesta: *Escrito está: no tentarás al Señor, Dios tuyo*³.

Considera al mismo tiempo con qué táctica tienta el diablo. No se atreve a tentar de otro modo, sino recurriendo al testimonio de los libros divinos y los salmos, que dicen: *Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Porque está escrito que dará órdenes a sus ángeles sobre ti, y ellos te tomarán en sus manos, no sea que tu pie tropiece contra una piedra*⁴.

¿Cómo sabes tú, diablo, que estas palabras son de la Escritura? ¿Acaso has leído los profetas o conoces la palabra de Dios? Aunque tú calles, yo responderé por ti. Los has leído, pero no para hacerte mejor gracias a la lectura de esos libros santos, sino para matar por medio de una interpretación literal a quienes son amigos de la letra⁵. Sabes que, si quieres hablar a Cristo de otras obras, no lo engañarás, y que tus afirmaciones no podrán tener ninguna autoridad.

3. Así, como el diablo, lee las Escrituras Marción⁶, así las lee Basíledes⁷, así Valentín⁸, cuando, junto con el diablo, dicen al Salvador: «está escrito que dará órdenes a sus ángeles sobre ti, y ellos te tomarán en sus manos, no sea que tu pie tropiece contra una piedra».

Si alguna vez oyes invocar la Sagrada Escritura, guárdate de estar de acuerdo inmediatamente con el que habla. Más bien considera a tu interlocutor, su vida, sus opiniones y su

3. Dt 6, 16.

4. Sal 91 (90), 11-12.

5. La interpretación exclusivamente literal de la Escritura —afirma Orígenes— puede matar cuando se pierde el contexto o cuando, como en este caso, no se tiene en cuenta quién es quien interpreta y con qué intención lo hace. El contraste es evidente: el uso que el demonio o los herejes hacen de la

palabra revelada es pernicioso; por el contrario, san Pablo puede citar autores paganos con un efecto edificante para sus lectores. Véase a este respecto lo que se dice en la Introducción.

6. Cf. 17, 4.

7. Véase más arriba, 29, 4.

8. Cf. 29, 4 y la nota correspondiente.

intención, no vaya a ser que simule ser santo —que no lo es— y bajo su piel de oveja esconda un lobo infectado del veneno de la herejía, no vaya a ser que en él hable el diablo a propósito de las Escrituras.

Pero así como el diablo habla a propósito de las Escrituras según las circunstancias del momento, así por el contrario, Pablo, para provecho de sus oyentes, no solo aduce el testimonio de las Escrituras, sino también el de libros profanos cuando dice: *Los habitantes de Creta son siempre mentirosos, bestias dañinas, vientres perezosos*⁹, el de otro autor: *Porque nosotros también somos de esa raza*¹⁰, o incluso el de un escritor de comedias: *malas conversaciones corrompen las buenas costumbres*¹¹.

Mas ni el diablo citando las Escrituras podrá engañarme en esta ocasión, ni Pablo, al tomar algún ejemplo de autores profanos, me alejará de su doctrina. En efecto, Pablo ha tomado incluso las palabras de quienes no son nuestros para santificarlas.

9. Tt 1, 12. Testimonio tomado de Epiménides. Más que de una cita, se trata de un testimonio atribuido a este personaje, nacido en Creta en el s. VII a. C. y cuya fama como taumaturgo trascendió, si bien de sus obras —si es que existieron— no tenemos ningún testimonio directo. La más famosa de las leyendas que sobre él circularon en la Antigüedad es la recogida por DIÓGENES LAERCIO (I, 109), según la cual permaneció dormido en una gruta durante 57 años.

10. Hch 17, 28, citando el poema didáctico sobre Astronomía (*Fenómenos* 5) de ARATO, un sabio

afincado en Atenas de la primera mitad del s. III a. C.

11. 1 Co 15, 33. Cita de la *Thais* —una famosa hetaira de Atenas— de MENANDRO (s. IV a. C.). De esa obra han quedado siete cortos fragmentos: el más famoso de ellos es precisamente este gracias a la alusión paulina. No han faltado, sin embargo, quienes han atribuido la cita a otros autores: CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (*Stromata*, I, 14) afirma que esa cita procede de una tragedia, y SÓCRATES (*Historia eclesiástica*, III, 16) precisa que se trata de Eurípides.

4. Veamos, pues, el pasaje de las Escrituras que el diablo propone al Señor: «Porque está escrito que ha dado órdenes a sus ángeles sobre ti, y ellos te tomarán en sus manos, no sea que tu pie tropiece contra una piedra».

Observa cómo engaña incluso en la elección de las citas. En efecto, quiere disminuir la gloria del Salvador, como si éste necesitara la ayuda de los ángeles y fuera su pie a tropezar, a no ser que fuera levantado en sus manos. Toma un texto e interpreta, como si se refiriera a Cristo, un versículo que no ha sido escrito a propósito de Él, sino de los santos en general.

Con toda libertad y plena seguridad contradigo al diablo y afirmo que estas palabras no pueden aplicarse a la persona de Cristo¹². En efecto, no necesita el socorro de los ángeles quien es mayor que ellos y posee en herencia un nombre muy superior al suyo. A ninguno de ellos ha dicho Dios alguna vez: *Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado yo*¹³. A ninguno de ellos ha hablado como a un hijo *el que hace espíritus a sus ángeles, y a sus siervos fuego ardiente*¹⁴, sino solo a su Hijo, de quien habla en innumerables pasajes de los profetas.

5. Repito que el Hijo de Dios no tiene necesidad del auxilio de los ángeles. Sábetelo, diablo, más bien, que sin la ayuda de Jesús, los ángeles tropiezan. Y si alguno de aquellos de los que acabamos de escuchar *porque nosotros juzgaremos a los ángeles*¹⁵ parece que ha tropezado, lo ha hecho porque no ha tendido su mano a Jesús para que, apoyado en Él, no tropezara.

12. Insiste Orígenes en que la divinidad de Cristo está exenta de la tentación, como lo hizo ya en 29, 5. Aquí, sin embargo, afirma con claridad que esa era la persona de Cristo. Falta todavía, como

ya hemos comentado, la formulación precisa de que en Él hay una persona en dos naturalezas.

13. Sal 2, 7; Hb 1, 5-7.

14. Sal 104 (103), 4.

15. 1 Co 6, 3.

En efecto, cuando uno, confiando en su propia virtud, no invoca la ayuda de Jesús, tropieza y cae. Y tú, diablo, si has caído *como un rayo del cielo*¹⁶, ha sido porque no has querido creer en Jesucristo, el Hijo de Dios¹⁷.

Pero para que reconozcas que las has interpretado erróneamente y que esas palabras deben entenderse como no referidas a Cristo, sino a los santos, escucha lo que viene a continuación. No es a Jesucristo, sino a los santos a quienes Dios libra *de la ruina y del demonio meridiano*¹⁸. Lee el salmo 90, cuyo inicio dice: *El que se cobija bajo la ayuda del Altísimo vivirá bajo la protección del Dios del cielo*¹⁹, y verás que esto se aplica más al hombre justo que al Hijo de Dios: *Caerán a tu costado mil y diez mil a tu derecha, pero a ti no te alcanzará; sin embargo, verás con tus ojos y contemplarás el premio de los pecadores*²⁰, y todo lo demás, que se refiere igualmente a la persona del hombre justo.

6. Pero, tomando los testimonios con una intención perversa, de modo que asegura que debe entenderse referido al Salvador lo que se dice de los justos, el diablo silencia y pasa por encima los versículos que están escritos contra él.

En efecto, después de haber dicho: «ha dado órdenes a sus ángeles sobre ti y ellos te tomarán en sus manos, no sea que tu pie tropiece contra una piedra», omitió lo que sigue:

16. Lc 10, 18.

17. Sobre la naturaleza del pecado del demonio ha habido diversidad de opiniones. Justino *-Apología*, II, 5- atribuye a los ángeles caídos un pecado de lujuria, mientras que Orígenes *-Hom. in*

Num., 12, 4- afirma que su transgresión fue de orgullo, una de cuyas consecuencias fue esta a la que alude aquí.

18. Sal 91 (90), 6.

19. Sal 91(90), 1.

20. Sal 91 (90), 7-8.

*Marcharás sobre el áspide y el basilisco y pisarás al león y al dragón*²¹.

¿Por qué guardas silencio sobre esto, sino porque tú eres «el basilisco», tú eres el reyezuelo²² de todas las serpientes, tienes venenos más perniciosos que los demás, tú que causas inmediatamente la muerte de aquel a quien miras²³? Sabes que existe otra fuerza perniciosa, aliada tuya, que se llama áspide y que está sometida al hombre justo, y es evidente que te callas todo eso.

7. Tú eres «el dragón», tú eres «el león», de los que está escrito: «marcharás sobre el áspide y el basilisco y pisarás al león y al dragón». Pero, aunque tú silencies todo esto, nosotros, que leemos la Escritura con más rectitud, sabemos que tenemos el poder de pisotearte y que este dominio se nos ha dado, no digo ya solo en el Antiguo Testamento —como se canta actualmente en el salmo—, sino en el Nuevo, cuando dice el Salvador: *He aquí que os doy poder para pisotear serpientes, escorpiones y toda clase de fuerzas del enemigo, y nada os dañará*²⁴.

Apoyados en tan gran poder, tomemos las armas y hagamos todo para pisotear al león y al dragón por medio de nuestra conducta. Es más, para saber cómo se pisotea al león y se machaca al dragón, lee la epístola de Pablo en la que afirma que el Hijo de Dios es pisoteado por el pecador²⁵.

21. Sal 91 (90), 13.

22. Orígenes hace aquí un juego de palabras con el término griego *basiliscos*, que no solo designa a uno que se conduce como un *basiléus*, «rey» (de ahí la traducción latina *regulus*), sino también a una bicha mitológica.

23. Plinio (*Historia natural*,

VIII, 78) recoge muchas de las fábulas en torno a este animal legendario del que huyen las demás serpientes porque con su mirada, aliento o hedor, y por supuesto con su mordedura, mata a quien se pone a su alcance.

24. Lc 10, 19.

25. Cf. Hb 10, 29.

Por tanto, si el que es pecador pisotea al Hijo de Dios, por el contrario el que es justo «pisotea al león y al dragón» y a «toda fuerza del enemigo» en el nombre de Jesucristo, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²⁶.

26. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXXII

Sobre el pasaje: *Jesús se volvió con la fuerza del Espíritu Santo*, hasta el lugar donde dice: *Todos en la sinagoga tenían los ojos puestos en Él* (Lc 4, 14-20).

1. Al principio¹ se dice simplemente que Jesús, *lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue conducido por el Espíritu al desierto durante cuarenta días*². Cuando fue tentado por el diablo, y dado que tendría que luchar aún contra él, se emplea por dos veces solo la palabra «Espíritu», sin otro añadido.

Pero una vez que ha superado, a base de luchar, las tres tentaciones de las que habla la Escritura, mira lo que se dice a propósito del Espíritu de un modo significativo e intencionado. Dice: «Jesús volvió con la fuerza del Espíritu». Se añade «la fuerza» porque había conculcado al dragón y derrotado a fondo al tentador. Por consiguiente, «Jesús volvió a la tierra de Galilea con la fuerza del Espíritu Santo y se extendió su fama por toda la región limítrofe. Y Él enseñaba en sus sinagogas y todos lo alababan».

1. La contraposición entre antes, durante y después de las tentaciones está marcada en el texto latino por las expresiones *primum... cum... quando vero...*, y

así se refleja en la traducción: «Al principio... Cuando... Pero una vez que...».

2. Lc 4, 1-2.

2. Cuando lees: «enseñaba en sus sinagogas y todos lo alababan», guárdate de considerar dichosos solo a ellos y tenerte a ti mismo por alguien privado de sus enseñanzas. Si lo que está escrito es verdad, el Señor habla no solo entonces en las asambleas de los judíos, sino también ahora en nuestra asamblea; y no solo en esta, sino también en las demás, y en todo el mundo enseña Jesús y busca los instrumentos a través de los cuales pueda enseñar³. ¡Rogad para que también a mí me encuentre dispuesto y apto para cantar sus alabanzas!

Porque así como el Dios omnipotente, en aquel tiempo en que los mortales necesitaban la profecía, buscó profetas y encontró por ejemplo a Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, del mismo modo busca hoy Jesús instrumentos para transmitir su palabra, enseñar a los pueblos en las sinagogas y ser glorificado por todos.

Hoy día Jesús «es glorificado por todos» mucho más que en aquel tiempo, cuando era conocido solo en una provincia.

3. Después «vino a Nazaret, donde había crecido, entró según su costumbre en la sinagoga el sábado y se levantó para hacer la lectura. Se le entregó el libro del profeta Isaías y, desenrollando el libro, encontró el pasaje donde estaba escrito: *el Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha ungido*⁴.

No desenrolló el libro y encontró en el texto el capítulo que profetizaba sobre Él mismo al azar, sino que también esto fue Providencia divina. Porque, así como está escrito que *no cae un pájaro en el lazo sin la voluntad del Padre* y que *todos los cabellos de la cabeza* de los apóstoles *están contados*⁵, así también es muy posible que el he-

3. Para Orígenes las auténticas sinagogas judías son las actuales asambleas cristianas, repartidas por

todo el mundo.

4. Is 61, 1.

5. Lc 12, 6-7.

cho de que precisamente se haya leído el libro de Isaías y ningún otro capítulo, sino el que anuncia el misterio de Cristo —es Cristo mismo el que proclama: «el Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha ungido»—, haya que considerarlo, no fruto del capricho o la casualidad, sino de la Providencia y disposición de Dios.

4. Por tanto, consideremos el sentido de las palabras del profeta y la aplicación que Jesús hace de ellas a sí mismo en la sinagoga. «Me ha enviado —dice— a evangelizar a los pobres». «Los pobres» significa los gentiles. En efecto, estos eran pobres porque no tenían absolutamente nada: ni a Dios, ni Ley, ni profetas, ni justicia, ni ninguna otra virtud.

¿Por qué motivo envió Dios a Jesús para que evangelizara a los pobres? «Para anunciar la liberación a los cautivos». Cautivos habíamos estado nosotros, a quienes durante tantos años Satanás había encadenado, mantenido cautivos y sometidos a su poder.

Jesús vino a «predicar a los cautivos la liberación y a los ciegos la recuperación de la vista». Efectivamente, los ciegos ven por medio de la palabra y la predicación de su doctrina. Por tanto, hay que entender que la predicación atañe «al común» de la humanidad, no solo «a los cautivos», sino también «a los ciegos».

5. Jesús vino a «dar la libertad a los oprimidos»⁶. ¿Qué criatura estaba más oprimida y más aplastada que el hombre, que fue liberado y sanado por Jesús? *A proclamar un año de gracia del Señor*⁷. De acuerdo con una interpretación literal, se dice que el Salvador predicó el Evangelio en Judea durante un solo año, y ese es el sentido de la frase: «predicar un año de gracia del Señor y el día de la re-

6. Jerónimo utiliza la expresión técnica *emittere* para descri-

bir la liberación de los esclavos.

7. Is 61, 2.

tribución»⁸. Pero es posible que el modo de hablar divino encierre un misterio en la expresión «predicar un año del Señor».

En efecto, los días en el futuro serán diferentes, no tal como los vemos ahora en este mundo; también los meses serán diferentes, así como el orden del calendario⁹. Por tanto, si todos esos tiempos son diferentes, el año del Señor, que nos trae la gracia, lo será también.

Todo esto ha sido anunciado a fin de que nosotros, tras haber pasado de la ceguera a la vista, de las cadenas a la libertad, de las diversas heridas a la curación, lleguemos al «año de gracia del Señor».

6. Después de haber leído estas palabras, Jesús enrolló «el libro, lo entregó al ministro y se sentó; y todos en la sinagoga tenían los ojos puestos en Él». También ahora, si vosotros queréis, en esta sinagoga y asamblea podéis fijar vuestros ojos en el Salvador. Porque, cuando concentras tu atención en contemplar¹⁰ la sabiduría y la verdad del Hijo unigénito de Dios, tus ojos contemplan a Jesús.

8. Este ha sido el caso de los valentinianos, quienes afirmaban que Cristo habría muerto doce meses después de su bautismo. Ireneo de León explica extensamente el sentido de esa expresión de Isaías recogida por san Lucas, y entiende que el «día» de la retribución es el del juicio; y sobre el «año» aclara: «De la misma manera que aquí “el día” no es un día de doce horas, sino todo el tiempo durante el cual sufren y mueren por Cristo quienes creen en Él, así también “el año” no es un año de doce meses, sino todo el

tiempo de la fe, durante el cual los hombres escuchan la predicación, creen y, quienes se adhieren a ella, se convierten en objeto de los favores del Señor»: *Adversus haereses*, II, 22, 2.

9. En realidad las calendas eran los primeros días de cada mes.

10. Las expresiones *principales acies cordis* o *principale cordis* (35, 5) designan la parte más preciosa del corazón humano. En *Hom. in Ex.*, 9, 4 la equipara al *rationalis sensus* y a la *intellectualis substantia*, que es la traducción latina del *egemonikón* estoico y que de-

¡Dichosa la asamblea de la que la Escritura constata que «los ojos de todos estaban puestos en Él»! ¡Cuánto desearía que de esta asamblea constara lo mismo: que no los ojos del cuerpo, sino los del alma de todos, catecúmenos y fieles, mujeres, hombres y niños, contemplaran a Jesús!

Porque cuando lo miréis, su luz y su contemplación iluminarán vuestros rostros y podréis decir: *La luz de tu rostro nos ha marcado, Señor*¹¹; *a Él le corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹².

signa la principal de las ocho partes del alma, si bien Orígenes difiere claramente de la *stoa* al definir su función. En efecto, para él es el más elevado de los sentidos del alma.

11. Sal 4, 7. La luz de Dios ilu-

mina al alma contemplativa. En otros textos Orígenes establece el paralelismo con la faz de Moisés al contemplar la divinidad: *sl. in Ps. 4, 7. or. 9, 2.*

12. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXXIII

Sobre el texto: *Seguramente me citaréis el dicho...*, hasta el pasaje, donde dice: *Pero ninguno de ellos fue sanado, salvo Naamán el sirio* (Lc 4, 23-27).

1. Si nos atenemos al relato de Lucas, Jesús no había habitado aún en Cafarnaún, ni se describe que hubiera realizado en ella prodigio alguno, porque no había estado allí. Pero antes de su venida a Cafarnaún, se señala que estuvo en su patria, es decir, en Nazaret, y que dijo a sus conciudadanos: «Seguramente me aplicaréis el dicho: Médico, cúrate a ti mismo. Lo que hemos oído que ha ocurrido en Cafarnaún, hazlo también aquí en tu patria¹».

A partir de esa frase, yo pienso que en este pasaje se esconde un misterio, y que Cafarnaún, símbolo de los gentiles, precede a Nazaret, que simboliza a los judíos². Por eso, sabiendo Jesús que no sería honrado en su patria, no quiso predicar allí, ni Él mismo, ni los profetas, ni los apóstoles,

1. Lucas cuenta en primer lugar la intervención de Jesús en la sinagoga de Nazaret (4, 16-30) y a continuación en la de Cafarnaún. Sin embargo, en la primera afirma que antes ya había hecho prodigios en esta última. Esta contradicción sirve de pretexto a Orígenes para encontrar una explicación

espiritual a la sucesión del relato evangélico.

2. Nazaret simboliza la sinagoga, y Cafarnaún, a la Iglesia de los gentiles, una contraposición que Orígenes desarrolla más adelante, en *Fragmento*, 72, a propósito de Marta y María.

sino que predicó a los gentiles a fin de que los hombres de su patria no le dijeran: «Seguramente me aplicaréis el dicho: Médico, cúrate a ti mismo».

2. En efecto, llegará un tiempo en que el pueblo judío dirá: «Lo que hemos oído que ha ocurrido en Cafarnaún», los milagros y prodigios que han ocurrido entre los gentiles, «hazlo también aquí en tu patria». Lo que has mostrado al mundo entero, muéstranoslo también a nosotros.

Predica tu doctrina a tu pueblo, Israel, a fin de que, al menos *cuando haya entrado la totalidad de los paganos, entonces sea salvado todo Israel*³. Por todo eso, me parece lógico y correcto que el Señor haya respondido a las propuestas de los nazarenos: «ningún profeta es bien recibido en su patria», y pienso que lo que aquí se dice es verdad, más en sentido oculto⁴ que en el literal.

3. Aunque Jeremías no haya sido aceptado en su patria –Anatot⁵– ni Isaías en la suya –cualquiera que haya sido⁶– ni los demás profetas, sin embargo me parece que más bien hay que entender ese rechazo diciendo que la patria de todos los profetas fue el pueblo de la circuncisión, y que este no recibió ni a los profetas ni sus profecías. En cuanto a las naciones que habían estado lejos de los profetas y que no tenían ninguna noticia de ellos, acogieron las enseñanzas de Jesucristo.

Por tanto, «ningún profeta es bien recibido en su patria», esto es, en el pueblo judío. Pero nosotros, que no pertenecíamos a la alianza y, ajenos a las promesas, recibimos de

3. Rm 11, 25-26.

4. *Sacramentum* aparece aquí como el sentido oculto o figurado de la Sagrada Escritura, en contraposición al puramente literal.

5. Cf. Jr 1, 1; 11, 21. La actual

Anatot –Ras el-Charrübeh– se encuentra a unos cinco km al norte de Jerusalén.

6. Actualmente es concorde la opinión de que su patria fue Jerusalén.

todo corazón a los profetas, participamos «de Moisés y los profetas» que anuncian a Cristo más que los judíos, quienes, precisamente por no haber acogido a Jesús, tampoco acogieron a quienes lo anunciaron.

4. Por eso, a lo que ya había dicho —«ningún profeta es bien recibido en su patria»—, Jesús añadió esto otro: «porque en verdad os digo que había muchas viudas en Israel en tiempos de Elías, cuando el cielo se cerró durante tres años y seis meses». Lo que dice es lo siguiente: Elías era un profeta y se encontraba en medio del pueblo judío; pero cuando iba a realizar un milagro, aun cuando había muchas viudas en Israel, las dejó y se llegó a *una viuda en Sarepta de Sidón*⁷, a una pobre mujer pagana que despliega ante nuestros ojos la imagen de lo que habría de suceder en el futuro.

En efecto, cuando el pueblo de Israel *tenía hambre y sed, no de pan ni de agua, sino de escuchar la palabra de Dios*⁸, el profeta vino a casa de una viuda, de la que da testimonio, diciendo: *Los hijos de la abandonada son muchos más que los de la esposa*⁹, y multiplicó su pan y sus alimentos.

Tú eras la viuda de Sarepta de Sidón, de cuyo territorio también *sale la mujer cananea*¹⁰, desea que su hija se cure y, gracias a su fe, mereció recibir lo que pedía. «Muchas viudas había en el pueblo de Israel, pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta».

5. Pero Cristo dice también algo que va en el mismo sentido: «Había muchos leprosos en Israel en tiempos del profeta Eliseo y ninguno de ellos fue curado, salvo Naamán el sirio», que, por cierto, no pertenecía al pueblo de Israel. Considera el gran número de leprosos *según la carne en Israel*¹¹ hasta el día presente.

7. 1 R 17. 9.

8. Am 8, 11.

9. Is 54, 1.

10. Mt 15, 22.

11. 1 Co 10, 18.

Mira por el contrario al Eliseo espiritual, nuestro Señor y Salvador, que purifica por el sacramento del bautismo a los hombres cubiertos por la inmundicia de la lepra y que te dice: *Levántate, ve al Jordán, lávate y se te devolverá tu carne*¹².

Naamán se levantó, fue y al bañarse cumplió el misterio del bautismo, *y su carne se hizo semejante a la carne de un niño*¹³. ¿De qué niño? Del que *en el baño de la regeneración*¹⁴ haya nacido en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹⁵.

12. 2 R 5, 10.

13. 2 R 5, 14.

14. Tt 3, 5.

15. 1 P 4, 11. A partir de este momento la traducción de Jerónimo no sigue sistemáticamente el texto del Evangelio de san Lucas como hasta ahora, sino que en las seis últimas homilías se concentra en perícopas aisladas. Esta circunstancia da paso a especulaciones de todo tipo. Si fue Orígenes quien cambió su modo de proceder, ¿fue en razón de la amplitud de la materia, si se tiene en cuen-

ta que sus *Com. in Io.* y los *Com. in Mat.* son respectivamente ocho y diez veces más largos, y se limitó a comentar aquellos pasajes que le parecieron más importantes? ¿Fue Jerónimo el que seleccionó, por falta de tiempo o por cualquier otro motivo, los pasajes que le parecieron más dignos de ser traducidos? Una cosa es evidente: el texto de Orígenes sobre el que trabaja Jerónimo es diferente al que sigue Ambrosio en su *Exp. eu. Luc.*, que abarca sin interrupciones la totalidad del Evangelio.

HOMILÍA XXXIV

Sobre el texto: *Maestro, ¿qué he de hacer para poseer la vida eterna?*, hasta el lugar que dice: *Ve, y haz tú lo mismo* (Lc 10, 25-37).

1. Habiendo muchos preceptos en la Ley, el Salvador recogió en el Evangelio solamente aquellos cuya observancia, a modo de compendio, conduce a la vida eterna. A esto hace referencia la pregunta de un doctor de la Ley que le dijo: «Maestro, ¿qué he de hacer para poseer la vida eterna?». A esta pregunta, según el relato de san Lucas que se os he leído hoy, Jesús respondió: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué es lo que lees? *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente; y a tu prójimo, como a ti mismo*¹. Y más adelante dice Jesús: «Bien has respondido; haz esto y vivirás».

No hay ninguna duda de que, actuando así, conseguirás la vida eterna por la que había preguntado el doctor de la Ley². Al mismo tiempo, en el precepto de la Ley se nos enseña con toda claridad que amemos a Dios.

1. Cf. Dt 6, 5.

2. Las ediciones modernas que seguimos habitualmente aceptan una conjetura de P. A. Vaccari y traducen así este pasaje: «Está fuera de duda que la pregunta del doctor de la Ley y la contestación del Salvador giraban en torno a la

vida eterna». Esa corrección se basa en textos paralelos de Jerónimo, pero —como a M. Raurer— nos parece innecesaria, sobre todo teniendo en cuenta que en su predicación Orígenes interpela una y otra vez a sus oyentes para mantener su atención.

En el Deuteronomio dice: *Oye, Israel, el Señor Dios tu-
yo es el único, y amarás al Señor tu Dios con toda tu men-
te, etc. y al prójimo como a ti mismo*³. Y el Salvador ha da-
do testimonio sobre estos mandamientos al decir: *De estos
dos mandamientos penden toda la Ley y los profetas*⁴.

2. Pero el doctor de la Ley, «queriendo justificarse» y
mostrar que nadie era su prójimo, replicó: «¿quién es mi
prójimo?». Entonces el Señor pronuncia una parábola que
comienza: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó»... Y
enseña que este hombre que bajaba no fue prójimo para nin-
gún otro, sino para quien había querido cumplir los man-
damientos y prepararse para ser el prójimo de todo hom-
bre que está necesitado de ayuda.

En efecto, esto es lo que se pone al final de la parábola:
«¿Quién de estos tres te parece que ha sido el prójimo de
aquel que cayó en manos de ladrones?». Ni el sacerdote ni el
levita fueron sus prójimos, sino —como el mismo doctor de la
Ley respondió— «aquel que tuvo misericordia». Ese fue su pró-
jimo. De ahí que el Salvador diga: «Ve y haz tú lo mismo».

3. Uno de los presbíteros, al querer interpretar esta pa-
rábola, ha dicho que el hombre que descendía es Adán; Je-
rusalén, el paraíso; Jericó, el mundo; los ladrones, las po-
tencias del mal⁵; el sacerdote, la Ley; el levita, los profetas;
el samaritano, Cristo⁶.

3. Dt 6, 4-5.

4. Mt 22, 40.

5. Cf. 6, 5 y la nota corres-
pondiente.

6. No hay duda de que aquí el
término «presbítero» no significa
simplemente «sacerdote», como en
otros pasajes de esta obra —17, 10;
20, 5—, sino uno de los antiguos
comentadores de este texto. Es im-

posible saber a quién se refiere, ya
que esta parábola está entre las
preferidas por los autores cristia-
nos desde el principio. Orígenes
mismo vuelve sobre ella en el pró-
logo de sus *Hom. in Cant.* (J.-P.
MIGNE, PG 13, 69-70), *Hom. in
Ios.*, 6, 4 (PG 12, 855-856) y *Com.
in Mt.*, 16, 9 (PG 13, 1401-1402).

Las heridas son la desobediencia, la montura, el cuerpo del Señor; el *pandóchium* –es decir, el albergue que acoge a todos los que quieren entrar– simboliza a la Iglesia. Además, los dos denarios representan al Padre y al Hijo⁷; el posadero, al que preside la Iglesia, cuya administración le ha sido encomendada. En cuanto a la promesa de que el samaritano volvería, prefiguraba la segunda venida del Salvador.

4. Aunque esta sea una interpretación razonable y hermosa, no se debe pensar que sea aplicable a todo hombre⁸. Porque no todos «descienden de Jerusalén a Jericó» ni todos viven en el mundo presente por el mismo motivo que Aquel que vino, porque *fue enviado a causa de las ovejas perdidas de la casa de Israel*⁹.

Así pues, el hombre que «descendía de Jerusalén a Jericó cayó en manos de ladrones» porque Él mismo quiso descender. Ahora bien, los ladrones no pueden ser otros que aquellos de los que el Salvador mismo dice: *Todos los que han venido antes de mí fueron salteadores y ladrones*¹⁰. Por lo demás, no cae en manos de salteadores, sino en manos de ladrones, mucho peores que los salteadores porque, al caer en sus manos el que descendía «de Jerusalén, le robaron y lo llenaron de heridas».

¿Qué tipo de llagas, qué tipo de heridas son estas con las que ese hombre es lacerado? Los vicios y los pecados.

5. Dado que, después, los ladrones que lo habían despojado de sus vestiduras y herido no asisten al desnudo, sino que lo abandonan tras haberlo cubierto de llagas, con razón

7. Ambrosio, que comenta este pasaje con más amplitud que Orígenes (*Exp. eu. Luc.*, VII 71-84), entiende los dos denarios como símbolo de los dos Testamentos.

8. En efecto, contrapone la ve-

nida de Jesucristo a este mundo para salvar a las almas, a la de Adán, que cayó del Paraíso tras el pecado voluntario.

9. Mt 15, 24.

10. Jn 10, 8.

está escrito: «después de haberlo despojado y cubierto de llagas, se marcharon y lo abandonaron», no muerto, sino «medio muerto».

Y ocurrió que por aquel camino descendieron, primero, un «sacerdote», luego un «levita», que quizá habían hecho algún bien a otras personas, pero no a este que había descendido «de Jerusalén a Jericó». A este lo vio el sacerdote —que yo creo que es la Ley—, lo vio el levita —para mí, representante de los profetas—, y al verlo, pasaron de largo y lo abandonaron.

Pero la Providencia reservaba este hombre medio muerto a uno que era más fuerte que la Ley y los Profetas, esto es, al samaritano, cuyo nombre significa «custodio»¹¹. Ese es el que *no se adormece ni duerme, velando por Israel*¹².

Este samaritano se puso en camino para socorrer al que estaba medio muerto. Él no desciende «de Jerusalén a Jericó», como el sacerdote y el levita; o si desciende, lo hace ciertamente para salvar y velar sobre el moribundo, a quien los judíos han dicho: *Eres un samaritano y un demonio te posee*¹³.

Tras haber afirmado que no estaba poseído por un demonio, Jesús no quiso negar que fuera samaritano, porque sabía que Él era su custodio.

6. Así pues, tras haberse llegado hasta el hombre medio muerto y haberlo visto bañado en su propia sangre, compadecido, se acercó a él para convertirse en su prójimo, «le vendó las heridas, derramó sobre ellas aceite mezclado con vino» y no dijo lo que se lee en el profeta: *No hay ni alivio, ni óleo, ni vendas para aplicárselas*¹⁴.

11. Este sentido etimológico aparece también en Orígenes a propósito de Jn 8, 48 en su *Com. in Io.*, 20, 28 (PG 14, 655) y lo recoge tanto Ambrosio (*Exp. en. Luc.*, 7, 74) como Agustín (*In Jo-*

hannis Evangelium 43, 2 (PL 35, 1707); *Enarratio II in Psalmum* 30, 8 (PL 36, 235).

12. Sal 121 (120), 4.

13. Jn 8, 48.

14. Is 1, 6.

Este es el samaritano cuyos cuidados y ayuda necesitan todos los que están enfermos, y sobre todo aquel samaritano que, bajando «de Jerusalén, cayó en manos de ladrones» y había sido abandonado por ellos medio muerto.

Pero para que sepas que este samaritano bajó por Providencia divina con el fin de curar a aquel que «había caído en manos de ladrones», aprenderás manifiestamente de él que llevaba consigo vendas, aceite y vino. Yo pienso que el samaritano llevaba estos objetos, no por esta sola persona que estaba medio muerta, sino también por otros que, por distintas causas, habían sido heridos y tenían necesidad de vendas, aceite y vino.

7. Tenía aceite, del que está escrito *que el óleo haga resplandecer la cara*¹⁵, referido sin ninguna duda a aquel que ha sido curado con él. Limpia las heridas con aceite para calmar la inflamación de las mismas, y también con vino, mezclándolo con alguna sustancia amarga. Luego «cargó al que estaba herido sobre su cabalgadura», es decir, sobre su propio cuerpo, según aquello de que Él se ha dignado asumir la humanidad¹⁶.

Este samaritano *lleva nuestros pecados*¹⁷ y sufre por nosotros, transporta al moribundo, lo conduce al albergue —es decir, a la Iglesia— que acoge a todos los hombres y a nadie niega su auxilio, porque Jesús abre sus puertas a todos al decir: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis fatigados, y yo os aliviaré*¹⁸.

8. Y no desapareció inmediatamente después de haberlo introducido en la posada, sino que se queda en ella un día con el moribundo y cura sus heridas no solo de día, sino también durante la noche, consagrándole toda su solicitud

15. Sal 104 (103), 15.

17. Is 53, 4; Mt 8, 17.

16. Sobre esta expresión, véase

18. Mt 11, 28.

29, 5 y la nota correspondiente.

y sus cuidados. Y cuando de mañana se prepara para salir, «toma dos denarios» de su bien ganado dinero, de sus fondos, y gratifica al posadero –sin ninguna duda el ángel de la Iglesia–, a fin de que cuide con diligencia y lleve hasta la curación a aquel que él mismo había atendido durante un tiempo demasiado corto.

A mí me parece que los dos denarios representan al Padre y al Hijo¹⁹, así como la manifestación de un misterio: que el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre²⁰. El posadero recibe una especie de donativo para que cuide con más diligencia al hombre que le ha sido encomendado y la promesa de que le será minuciosamente devuelto todo lo que invierta en la curación del moribundo.

9. En verdad, este guardián de las almas «que volcó su misericordia con aquel que había caído en manos de unos ladrones» estuvo más cercano que la Ley y los Profetas y se mostró como prójimo suyo, no tanto de palabra como de obra.

Por tanto, según aquello que está dicho: *Sed imitatores míos como yo lo soy de Cristo*²¹, nos es posible imitar a Cristo y compadecernos de quienes «han caído en manos de ladrones», llegarnos a ellos, vendar sus heridas, derramar aceite y vino, cargarlos sobre nuestra propia montura y llevar sus cargas.

Por eso el Hijo de Dios exhorta no solo al doctor de la Ley, sino que nos dice a todos nosotros: «ve y haz tú lo mismo». Si nosotros actuamos de ese modo, lograremos la vida eterna en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²².

19. Repite lo que ha dicho ya más arriba, en n. 3.

20. Sobre la teología trinitaria de Orígenes, véase CROUZEL, H.,

Origène, París 1985, pp. 243-250.

21. 1 Co 11, 1.

22. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXXV

Sobre el texto: *Cuando vas con tu adversario...*, hasta el lugar donde dice: *Y pagarás hasta el último céntimo* (Lc 12, 57-59).

1. Si en nosotros no estuviera por naturaleza el instinto de discernir lo que es justo, el Salvador jamás habría dicho: «Mas ¿por qué no discernís por vosotros mismos lo que es justo?». Pero para no extendernos demasiado en el examen de este pensamiento —sobre todo teniendo en cuenta que hay cuestiones aún más difíciles en torno a este capítulo—, valga por ahora examinar el sentido de este pasaje.

Despleguemos hacia Dios las velas de nuestra alma y pidámosle¹ la llegada de su palabra, a fin de que Él mismo sea quien nos interprete la parábola descrita en los siguientes términos: *Cuando te dirijas con tu adversario a la presencia del príncipe, esfuérzate en ser absuelto por él² durante el camino, no vaya a ser que te entregue al juez y el juez te entregue al alguacil y seas arrojado en prisión. En verdad te digo: de allí no saldrás hasta que hayas pagado el último céntimo³.*

1. Son frecuentes en Orígenes estas invitaciones a la oración a fin de comprender mejor el texto revelado: *Hom. in Ezech.*, 4, 3; 11, 2; *Hom. in Gen.*, 6, 1; 12, 1.

2. La expresión se hace eco de una fórmula jurídica: «ser liberado de una deuda».

3. Lc 12, 58-59.

Yo veo que aquí intervienen cuatro personajes: el adversario, el príncipe, el juez y el alguacil. Y, teniendo en cuenta que, al parecer, el evangelista Mateo ha expresado un pensamiento semejante cuando dice: *ponte a bien con tu adversario mientras caminas con él*⁴, me pregunto si ambos textos tienen el mismo sentido o son algo análogo, si bien en Mateo una persona es omitida y otra es cambiada.

2. Se omite la persona del «príncipe» y en vez del «alguacil» se introduce al «ministro»; sin embargo, el «adversario» y el «juez» son mencionados en ambos textos.

Por tanto, vamos «con nuestro adversario al príncipe» y, mientras estamos todavía «en camino», nos conviene esforzarnos con ahínco en ser liberados por él. ¿Por quién? La palabra ciertamente es ambigua y puede referirse tanto al príncipe como al adversario: «no vaya a ser que –el adversario o el príncipe– te entregue al juez y el juez te entregue al alguacil» y «de allí no saldrás hasta que hayas pagado el último céntimo». En lugar de estas últimas palabras, Mateo dice: *Hasta que devuelvas el último cuarto de as*⁵.

Ambos evangelistas han conservado la palabra «último», pero parecen estar en desacuerdo porque el uno pone «céntimo» y el otro «cuarto de as».

3. Debo aludir a algunas verdades más profundas⁶ con el fin de que comprendamos que el adversario y las otras tres personas –esto es, el príncipe, el juez y el alguacil– son diferentes.

4. Mt 5, 25.

5. Mt 5, 26.

6. A partir de este momento, el comentario de este pasaje, que había corrido por un cauce paralelo –la comparación entre los relatos de Mateo y Lucas–, difiere del que hace Ambrosio en el lugar

correspondiente (7, 149-159). Orígenes se eleva a un nivel superior escatológico, protagonizado por los ángeles, mientras que Ambrosio se mueve en un plano jurídico para demostrar que cada hombre debe luchar contra el enemigo, el demonio, para salvarse.

Leemos –al menos, quien está dispuesto a aceptar este tipo de escritos– que los ángeles de la justicia y los de la iniquidad se disputan la salvación y la perdición de Abraham, mientras que las dos tropas pretenden contar con él para su propio partido⁷.

Si a alguien esto no le gusta, que abra el volumen que lleva por título *El Pastor*⁸ y allí encontrará que a todos los hombres los asisten dos ángeles: uno malo, que incita a la perversidad, y otro bueno, que inclina hacia el bien.

Y en otro lugar está escrito que dos ángeles asisten a los hombres, uno de la parte del bien y otro de la parte del mal. También el Salvador menciona a los buenos cuando dice: *Sus ángeles ven siempre la faz de mi Padre que está en los cielos*⁹.

Pregúntate al mismo tiempo si los ángeles de los pequeños que pertenecen a la Iglesia «ven siempre la faz del Pa-

7. Alusión a un escrito apócrifo, quizás sobre Abraham. En cualquier caso, la angelología tenía un papel importante en el pensamiento religioso judío a principios de la era cristiana, como muestran múltiples pasajes del Nuevo Testamento: Hch 12, 11.15.23; 23, 8.9; 27, 23. Y basta asomarse al *Contra Celso* para apreciar la oposición que entre los paganos encontraba la aceptación de Jesucristo, no ya como Juez, sino como enviado de Dios.

8. El *Pastor de Hermas*, uno de los escritos más antiguos de la cristiandad, concebido según el modelo de los libros apocalípticos judíos de la época, tuvo carácter de canónico para Orígenes (véase tam-

bién *Comm. in Rom.* 10, 31; *Princ.* 4, 11), como para otros autores cristianos: IRENEO, *Adver. haer.*, 4, 20, 2; TERTULIANO, *Or.*, 16; *Pudic.*, 10; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.*, II, 12, 55. El *canon Muratori* –siglos II-III– lo recomienda solo como lectura privada. Este pasaje en el que se habla de los dos ángeles corresponde al fragmento 36 de dicho escrito. Véase la edición de JOLY, R. en *Sources chrétiennes*, Paris 1997, pp. 172-175. Las ideas aquí expuestas repiten en buena parte las de las homilías 12-13. Sobre la angelología de Orígenes hemos hablado ya en la Introducción.

9. Mt 18, 10.

dre», mientras que los ángeles de los otros no tienen la libertad de contemplar el rostro del Padre. De hecho, tampoco hay que esperar que los ángeles de todos vean siempre «la faz del Padre que está en los cielos».

Si pertenezco a la Iglesia, aunque sea el menor de todos, mi ángel tiene la libertad y la seguridad de contemplar sin cesar «la faz del Padre que está en los cielos».

4. Pero si estoy fuera y no pertenezco a la Iglesia *que no tiene mancha, ni arruga, ni nada de ese tipo*¹⁰, y por esa razón demuestro que soy ajeno a esta asamblea, mi ángel no tiene ninguna seguridad de contemplar «el rostro del Padre que está en los cielos».

Por esta razón, los ángeles atienden a los buenos, sabiendo que, si nos dirigen bien y nos conducen hasta la salvación, ellos mismos tendrán la seguridad de contemplar «la faz del Padre». Porque del mismo modo que siempre contemplan «la faz del Padre», si los hombres logran la salvación gracias a sus cuidados y su buen gobierno, así tampoco ignoran que es peligroso para ellos si, por su negligencia, el hombre se descarría.

Y así como un buen obispo y excelente administrador de la Iglesia es consciente de que, si las ovejas del rebaño que le ha sido confiado están bien protegidas, es a consecuencia de sus méritos y su virtud, comprende que algo análogo ocurre con los ángeles.

Supone una ignominia para un ángel si el hombre que le ha sido confiado peca, así como, por el contrario, es un motivo de gloria para él si el que le ha sido confiado es, por más pequeño que sea, miembro de la Iglesia y hace progresos. Esos verán efectivamente, no ya alguna vez, sino «siempre, la faz del Padre que está en los cielos», mientras que otros no la verán nunca.

10. Ef 5, 27.

Porque según el mérito de aquellos cuyos custodios son, esos ángeles contemplarán la faz de Dios siempre o nunca, con poca o con más intensidad. Dios tiene un conocimiento claro de este misterio, y también, aunque ocurra rara vez, aquel hombre que en un caso dado haya sido instruido por Cristo.

5. Así pues, veamos en primer lugar quién es el «adversario» con el que estamos de camino. El adversario está siempre con nosotros, ¡desgraciados y miserables de nosotros! Cada vez que pecamos, nuestro adversario exulta: sabe que puede alegrarse y gloriarse ante el príncipe de este mundo, que lo ha enviado. Porque el adversario de este o de aquel, por poner un ejemplo, ha convertido a este hombre en un súbdito del príncipe de este mundo a causa de tantos y tales pecados, por este o por aquel delito.

Incluso ocurre a veces que, por más que uno esté equipado con la armadura de Dios y protegido por todas partes, sin embargo el adversario intenta herirlo, aunque no tenga el poder para matarlo. El adversario marcha siempre con nosotros, nunca nos abandona, busca la ocasión de ponernos trampas por si, de algún modo, nos puede derribar e insinuar un mal pensamiento en lo más profundo del corazón.

6. «Cuando te dirijas a la presencia del príncipe». ¿Quién es ese príncipe? *Cuando el Altísimo separaba a los pueblos, cuando repartía a los hijos de Adán, fijó los límites de las naciones según el número de los ángeles de Dios. Y su pueblo, la parte de Dios, fue Jacob, y el lote de su herencia, Israel*¹¹.

Por tanto, la tierra ha sido dividida desde los orígenes entre los príncipes, esto es, entre los ángeles. Y a este respecto el testimonio de Daniel es bien claro: llama «príncipes» a los que Moisés había llamado «ángeles» cuando di-

11. Dt 32, 8-9.

ce: «el príncipe del reino de los persas» y «el príncipe del reino de los griegos». Por tanto, hay príncipes de las naciones.

También cada uno de nosotros tiene consigo un adversario que está pegado a él y tiene por misión llevarlo a un príncipe y decirle: «¡Oh, príncipe! –por ejemplo, del reino de los persas– este, que era súbdito tuyo, te lo he guardado tal como era. Ninguno de los otros príncipes lo ha podido atraer, ni siquiera el que se vanagloriaba de haber venido a eso: a arrancar a los hombres de la dominación de los persas o los griegos y de todas las naciones y convertirlos en súbditos de la heredad de Dios».

7. Cristo, nuestro Señor, ha vencido a todos los príncipes y, tras franquear sus fronteras, se ha llevado cautivos a los pueblos para su salvación. Tú también pertenecías al partido de un príncipe; Jesús vino, te arrancó del poder del mal y te ofreció a Dios Padre.

Por tanto, nuestro adversario camina y nos dirige hacia su príncipe. De ahí que yo, que creo que todas las palabras de las Escrituras tienen su razón de ser, no piense que entre los griegos se haya escrito sin motivo «el juez», con artículo, lo cual señala a una persona singular, mientras que «príncipe» está escrito simplemente, sin artículo¹².

Dice la Escritura: «Cuando te diriges con tu adversario». Resalta la palabra «tu», porque no todos son adversarios de todos, sino que cada uno tiene el suyo, que lo sigue por doquier y es su compañero.

«Cuando te diriges con tu adversario al príncipe». «Príncipe» no está precedido de artículo –para no dar la impresión de indicar uno determinado–, sino sin él, para mostrar

12. «Príncipe» sin artículo es genérico o indefinido y se refiere a todo príncipe o ángel, mientras

que «el juez» alude a uno solo, Jesucristo.

que se trata de uno entre muchos, cosa que se entiende mejor entre los griegos.

8. En efecto, cada uno de nosotros no tiene un príncipe para él solo, sino que, si uno es egipcio, tiene al príncipe de Egipto; el sirio está sujeto al príncipe de los sirios, y cada uno es súbdito del príncipe de su país. Me basta con haber llegado hasta aquí y no es necesario pasar en esta discusión a un ulterior desarrollo hasta enumerar a todas las demás naciones.

De ahí que se diga: *Ved a Israel según la carne*¹³. Para el sabio, haber comenzado es haber dicho, aunque quizá haya sido ya temerario haber comenzado a tratar este tema en público.

El que quiere conducirte hasta el suyo y hacerte cambiar de príncipe, dice: «Cuando te dirijas con tu adversario a la presencia del príncipe, esfuérzate por ser puesto en libertad por él durante el camino». Si no pones todo tu esfuerzo «en ser puesto en libertad» mientras estás aún en camino, antes de ser introducido en presencia del príncipe, antes de que este te entregue al juez —situación a la que el adversario te ha preparado—, después lo intentarás en vano.

9. Por tanto, «esfuérzate por ser puesto en libertad», bien por tu adversario, bien por el príncipe al que te arrastra tu adversario. Esfuérzate por poseer la sabiduría, la justicia, la fortaleza, la templanza¹⁴, y entonces se cumplirá la palabra: *He aquí que el hombre y sus obras están ante su rostro*¹⁵. Si no te esfuerzas, no podrás romper el pacto de tu adversario, *cuya amistad es enemistad con Dios*¹⁶.

«Cuando te dirijas con tu adversario a la presencia del príncipe, esfuérzate durante el camino». En esta expresión: «es-

13. 1 Co 10, 18.

15. Is 62, 11.

14. Cf. más arriba, 8, 4, y la nota correspondiente.

16. Jc 4, 4.

fuérzate durante el camino», hay un no sé qué de misterioso. El Salvador dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*¹⁷. Si te esfuerzas en ser puesto en libertad por tu adversario, permanece en el camino. Y si te mantienes en Aquel que dice: «Yo soy el camino», no basta con mantenerse, es necesario que «te esfuerces para ser liberado» por tu adversario.

Y si no te esfuerzas para ser liberado, escucha lo que te espera. El adversario «te entrega al juez»; o bien el príncipe, una vez que te ha recibido de manos del adversario, «te entrega al juez». ¡Qué elocuente es la palabra «te entrega» para mostrar de algún modo que quienes se resisten y no quieren, al fin son entregados y obligados a la condenación!

En efecto, ¿qué homicida se dirige al juez de buen grado? ¿Quién se apresura a ir alegre a su propia condena y no es arrastrado contra su voluntad y resistiéndose? Porque sabe que va para ser condenado a muerte.

10. «No vaya a ser que te entregue al juez». ¿Quién piensas que es este juez? Yo no conozco otro juez que nuestro Señor Jesucristo, de quien en otro lugar se dice: *Colocará a las ovejas a su derecha y a los cabritos a la izquierda*¹⁸, y además *a aquel que me confiese ante los hombres, yo también lo confesaré ante mi Padre que está en los cielos; y a quien me negare ante los hombres, yo lo negaré ante mi Padre que está en los cielos*¹⁹.

«No vaya a ser que te entregue al juez y el juez te entregue al alguacil». Cada uno de nosotros sufre por cada pecado una pena, y la cantidad de esa pena se mide según la calidad y la naturaleza del pecado.

Debo aportar algún testimonio de las Escrituras a propósito de la pena y de la multa impuesta. Uno es condenado a pagar quinientos denarios y realmente los debe; otro es con-

17. Jn 14, 6.

18. Mt 25, 33.

19. Mt 10, 32-33.

denado a cincuenta denarios, suma que a ambos les es condonada por el acreedor. Luego, según la Escritura, *le fue presentado otro que debía diez mil talentos*²⁰ y es condenado a pagar diez mil talentos. Y ¿para qué es necesario continuar?

11. Cada uno es condenado a una multa diferente, según la calidad y la cantidad del pecado. Si pecas poco, serás castigado con la pena de un «céntimo», como escribe Lucas, o de «un cuarto de as», según Mateo²¹. Sin embargo, en todo caso es necesario pagar la suma exacta de la que te has hecho deudor, porque «no saldrás» de la cárcel antes de haber pagado hasta la más pequeña suma.

Mas quien es fiel no es afectado por ningún tipo de multa, sino que cada día se enriquece, *porque es suyo todo un mundo de riquezas, mientras que el infiel no posee ni siquiera un peso*²². Uno es condenado a pagar un denario, otro una mina, otro un talento²³. Hay un juez para este asunto; uno que conoce la importancia de todos los pecados y dice: este delito es condenado a un talento, aquel pecado merece una multa de tal porte.

Porque está escrito: *Y cuando comenzó a hacer cuentas*²⁴. Todos nosotros debemos rendir cuentas en el momento establecido. No hay otro tiempo para rendir cuentas que el día

20. Mt 18, 24.

21. Estamos ante dos sistemas diferentes de contar la moneda. El primero sería la centésima parte, el segundo la cuarta. Ambas eran las monedas más pequeñas en circulación, acuñadas respectivamente en hierro y en cobre.

22. Pr 17, 6 a. *Sept.*

23. Es interesante hacer notar que estas unidades monetarias tienen orígenes diversos: la primera es romana, la segunda procede de

Oriente y la tercera se utilizó sobre todo en Grecia. El valor de cada una varió mucho con el tiempo, pero lo sustancial aquí son dos cosas: primero, que a todos los hombres se les exigirá que paguen sus deudas —a cada uno en la moneda en que se haya desenvuelto su vida—, y segundo, que todos pagarán hasta que hayan satisfecho por completo lo que debían.

24. Mt 18, 24.

del juicio, cuando se conocerá claramente qué dinero nos ha sido confiado y qué ganancia o pérdida hemos hecho, quién de nosotros ha recibido una mina, quién un talento, quién dos y quién cinco.

¿Para qué es preciso entrar en más detalles, cuando es suficiente haber dicho en general que rendiremos cuentas y que, si se nos halla deudores, seremos entregados al juez y este nos entregará al alguacil?

12. Cada uno tenemos nuestro propio alguacil, pero toda la multitud ha sido entregada en manos de varios alguaciles, según aquello que está escrito en Isaías: *Pueblo mío, los alguaciles os despojan y los poderosos os dominan*²⁵. Los alguaciles nos dominan si debemos algo. Pero si tenemos confianza y podemos decir con la frente alta: «He guardado el mandamiento que prescribe: “devolved a todos lo que les debéis” —a quien tributo, tributo; a quien respeto, respeto; a quien impuesto, impuesto; a quien honor, honor²⁶—, entonces, si he devuelto a todos lo que les debía, me llegaré hasta el alguacil y con ánimo valiente le diré: no te debo nada».

13. El alguacil viene a reclamar. Yo le planto cara porque sé que, si no le debo nada, no tiene poder sobre mí. Mas si soy deudor suyo, mi «alguacil me meterá en la cárcel» siguiendo el procedimiento ya descrito: en efecto, el adversario me lleva al príncipe, el príncipe al juez, el juez me entregará al alguacil y el alguacil me meterá en la cárcel.

¿Cuál es la ley de esa cárcel? No saldré de ella, y el alguacil no permitirá que salga hasta que haya saldado la deuda. El alguacil no tiene la facultad de perdonarme ni siquiera un «cuarto de as», ni «la más mínima» parte de la deuda. No hay más que uno que pueda agradecer a los deudores que no tienen con qué pagar.

25. Is 3, 12.

26. Rm 13, 7.

*Se acercó a él —dice la Escritura— uno que debía quinientos denarios y otro cincuenta; y como no tenían con qué pagar, se lo perdonó a los dos*²⁷. El que había hecho el don era el señor; por su parte, ese ejecutor no es el señor, sino quien ha sido puesto al frente por el señor para exigir las deudas.

14. Tú no fuiste digno de que se te perdonaran los quinientos o cincuenta talentos ni has merecido escuchar: *Te han sido perdonados tus pecados*²⁸. Serás enviado a la cárcel y allí se te hará pagar a través de trabajos y tareas o de penas y suplicios, y no saldrás de allí hasta que hayas devuelto «el cuarto de as» o «el último céntimo», que en griego se puede traducir por «ligero».

Nuestros pecados son groseros —efectivamente está escrito: *El corazón de este pueblo se ha hecho grosero*²⁹— o, en comparación con los más graves, leves y sutiles. Por eso, es bienaventurado en primer lugar el que no peca, y en segundo lugar, el que, si peca, tiene al menos, a la hora de sopesarlo, un pecado ligero³⁰.

15. Incluso entre estos mismos pecados leves y sutiles existen diferencias. En efecto, si entre estos pecados leves y sutiles no hubiera unos más sutiles que otros, jamás se habría dicho: «no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuarto de as».

Yo no puedo precisar con exactitud: ni de qué manera pagaremos la deuda, si nos atenemos a la expresión «último céntimo» —céntimo, ya sea de un denario, de un escudo, de un óbolo o de un estáter—, ni cuánto será, si debemos una

27. Lc 7, 41-42.

28. Lc 7, 48.

29. Is 6, 10.

30. Sobre la diversa gravedad de los pecados, véase TEICHWEIER,

H., «Die Sündenlehre des Origenes» en *Studien zur Geschichte der katholischen Moralthologie*, Regensburg 1958, pp. 229-233.

gran cantidad, como aquel de quien está escrito que debía diez mil talentos, ni cuánto tiempo permaneceremos encerrados en la cárcel hasta que paguemos la deuda.

Porque si el que debe poco no sale hasta que haya pagado «el último cuarto de as», es evidente que quien haya contraído una deuda grande deberá contar siglos sin fin para pagar la deuda. Por eso, «esforcémonos por ser puestos en libertad por el adversario» mientras estamos en camino y unámonos al Señor Jesús: *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*³¹.

HOMILÍA XXXVI

Sobre el texto: *Quien quiera salvar su alma, la perderá*, hasta el lugar donde dice: *El reino de Dios está en vosotros* (Lc 17, 33; 17, 21).

1. «Quien pretenda salvar su alma –dice Jesús– la perderá, y quien la pierda la salvará». Los mártires pretenden «salvar su alma»; por eso la pierden para salvarla. Pero los que quieren «salvar su alma» y no la «pierden», esos a la vez *pierden el cuerpo y el alma en el infierno*¹.

Por eso dice Jesús: «No temáis a aquellos que pueden matar el cuerpo, sino más bien temed a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno». A este respecto diríamos brevemente, de acuerdo con la capacidad de nuestro ingenio: *El hombre animal no acepta lo que es del espíritu*² y por eso no puede salvarse. *Se siembra un cuerpo animal y resucita un cuerpo espiritual*³. Por último, *el que se une al Señor, se hace un espíritu con Él*⁴.

Por tanto, si «el que se une al Señor», aun siendo animal, se encuentra por ello transformado en un hombre espiritual y «es un solo espíritu», perdamos también nosotros nuestra alma a fin de que, adhiriéndonos al Señor, nos hagamos un solo espíritu con Él⁵.

1. Mt 10, 28.

2. 1 Co 2, 14.

3. 1 Co 15, 54.

4. 1 Co 6, 17.

5. Sobre la distinción de alma, cuerpo y espíritu en Orígenes, véase 8, 1 y la nota correspondiente.

2. Pero el Salvador, cuando los fariseos le preguntaron «cuándo llegaría» el Reino de Dios, respondió: *El Reino de Dios no viene con espectáculo, ni dirán: vedlo aquí o allí, porque el Reino de Dios está en vosotros*⁶. El Salvador no dice a todos: «el Reino de Dios está en vosotros», puesto que los pecadores viven en el reino del pecado y, sin ninguna ambigüedad, en nuestro corazón impera el Reino de Dios o el del pecado.

De ahí que debemos prestar más atención a lo que hacemos, a lo que decimos o a lo que pensamos, y entonces veremos si en nosotros domina el Reino de Dios o el reino del pecado.

Consciente de esta alternativa, el Apóstol advierte a algunos diciendo: *Que no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal*⁷.

3. Si alguno de nosotros ansía el Reino de Dios, está ya bajo él; si alguno es atormentado por el fuego de la avaricia, forma parte de ese reino. Pues bien, el que es justo, tiene por reina a la justicia; el que se sustenta de la ambición por la vanagloria, en él reina el aura voluble de la popularidad.

A quien está de duelo, a quien teme algo, a quien ama, a quien anhela, a ese lo dominan cada una de esas pasiones, según se encuentre bajo su poder. Sabiendo todo esto y conociendo la multiplicidad de los reinos que existen, levantémonos y roguemos a Dios que aparte de nosotros el reino del enemigo y podamos ponernos bajo el reino del Dios omnipotente, esto es, bajo el reino de la sabiduría, de la paz, de la justicia y de la verdad, virtudes todas que reconocemos en el Hijo unigénito de Dios, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*⁸.

6. Lc 17, 20-21.

7. Rm 6, 12.

8. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXXVII

Sobre el pasaje donde se dice que los discípulos desataron el pollino de una asna (cf. Lc 19, 29-40).

1. Se ha leído en el Evangelio según Lucas que, al llegar el Salvador «a Betfagé y Betania, junto al Monte de los Olivos, envió a dos de sus discípulos» para que soltaran «al pollino de una asna», que estaba atado, «sobre el que ningún hombre había montado jamás¹».

Todo eso, me parece, tiene un sentido más profundo que el que se refiere a una simple historia. El pollino estaba atado. ¿Dónde? Frente a Betfagé y Betania. Betania significa «casa de la obediencia»², y Betfagé es «casa de las mandíbulas»³, un lugar sacerdotal, porque las mandíbulas se les daban a los sacerdotes, como prescribe la Ley⁴.

1. Más arriba, en 8, 3, Orígenes ha identificado las pasiones humanas con las diversas especies de animales. En este pasaje desarrolla la idea de que esas pasiones pueden convertirse en virtudes cuando se ponen al servicio de Dios: ese es el caso del pollino del Evangelio, en el que ve personificada la obediencia.

2. La etimología que aquí se encuentra, así como en Ambrosio *Exp. eu. Luc.*, 6, 13, difiere de la moderna que interpreta esta palabra como «casa del pobre». En el Evangelio de san Juan se habla de dos

Betánias: el lugar situado a unos 3 km al E. de Jerusalén donde vivían Lázaro y sus hermanas, y el que se hallaba al E. del Jordán, a la altura de Jericó, donde Juan bautizaba. Es obvio que el lugar donde estaba el pollino es el primero.

3. También este nombre se interpreta hoy de manera diferente: «lugar de higueras». Situado cerca de la primera Betania, era para los rabinos el barrio más apartado de Jerusalén.

4. Cf. Dt 18, 3.

Así pues, el Salvador envía a sus discípulos adonde está la «obediencia», adonde hay un «lugar reservado a los sacerdotes», para que desaten «al pollino de una asna, sobre el que ningún hombre había montado jamás».

2. En realidad, ¿qué otro puede montar sobre un asno, fuera de un hombre? Quiero aportar un pequeño ejemplo para que se pueda entender lo que pretendo decir. En Isaías está escrito: *Visión de animales en la tribulación y la angustia...*, etc., hasta el lugar donde dice: *No les aprovecharán las riquezas de las serpientes*⁵.

Considere cada uno de nosotros cuántos bienes de serpientes, cuántas riquezas de bestias⁶ ha transportado antes y cómo nunca han montado nuestro asno ni el hombre espiritual, ni la palabra de Moisés, ni la de Isaías, ni la de Jeremías o cualquiera de los demás profetas. Y entonces verá que la Palabra de Dios y el Verbo se han sentado sobre nosotros cuando vino el Señor Jesús y mandó a sus discípulos ir a desatar al pollino de la asna, que antes estaba atado, para que anduviera libremente.

Y así, una vez soltado, el pollino de la asna es conducido a Jesús, quien había dicho a los discípulos, cuando los envió a soltarlo: «si alguien os pregunta por qué soltáis al pollino, decidle que el Señor lo necesita».

3. Muchos eran los dueños de este pollino antes de que el Salvador lo necesitase; pero, desde el momento en que Él comenzó a ser su Señor, dejó de tener varios dueños, porque

5. Is 30, 6. La interpretación intimista de Orígenes contrasta con la exégesis actual de este texto —lamentación ante la política egipciófila de los dirigentes del pueblo judío— y constituye una llamada a la responsabilidad de ca-

da hombre para que no se deje arrastrar por el pecado.

6. Es decir, cuántas veces se ha dejado dominar por las pasiones. Cf. más arriba 8, 3 y la nota correspondiente.

*nadie puede servir a Dios y a Mammón*⁷. Cuando servimos al mal, estamos sometidos a múltiples pasiones y vicios.

Así pues, el pollino es soltado «porque el Señor lo necesita». Ahora el Señor también lo necesita. Vosotros sois el pollino de la asna. ¿Para qué os necesita el Hijo de Dios? ¿Qué os pide? Necesita vuestra salvación, quiere desataros de las cadenas de vuestros pecados.

4. A continuación, los discípulos colocan «sus vestidos sobre el asno» y hacen sentar al Señor. Toman la Palabra de Dios y la colocan sobre las almas de los oyentes. Se despojan de sus vestidos y los «extienden sobre el camino». Los vestidos de los apóstoles están sobre nosotros, sus buenas obras son nuestro ornato. Los apóstoles quieren que nosotros pisemos sobre sus vestiduras. Y verdaderamente el pollino, soltado por los discípulos y llevando a Jesús, pisa sobre los vestidos de los apóstoles cuando sigue la doctrina e imita la vida de estos.

¿Quién de nosotros tiene la dicha de que sobre él se siente Jesús, quien durante el tiempo que estuvo en el monte convivía solo con los apóstoles y a quien, cuando comenzó a descender, acudió la multitud del pueblo⁸?

Si Jesús no hubiera descendido, la multitud no habría podido acudir a Él. Bajó y se sentó sobre el pollino de una asna y todo el pueblo, al unísono, alababa a Dios⁹.

7. Mt 6, 24.

8. Cf. más arriba 7, 2 y la nota correspondiente. Esta montaña es el Monte de los Olivos.

9. Es posible que Jerónimo no se haya contentado aquí con traducir el texto de Orígenes, sino que se haya concentrado en el relato de Lucas y haya interpretado la escena a su manera. Esta conjetura se apoya en dos datos. Por

una parte, el comentario a este pasaje de Ambrosio en su *Exp. eu. Luc.*, 9, 4-5. El obispo de Milán, comparando este pasaje de Lucas con los relatos de Marcos y Mateo, escribe: «4. Consideremos ahora quiénes fueron expulsados del Paraíso, cuando se descubrió su pecado, y quiénes son los que están atados en aquella aldea. Y veis cómo a aquellos a quienes la muerte

5. Viendo esto, los fariseos decían al Señor: «¡Repréndelos!». Y Él les respondió: «si estos callaran, gritarán las piedras». Cuando nosotros hablamos, las piedras callan; cuando nosotros callamos, claman las piedras¹⁰. *Porque Dios puede hacer de estas piedras hijos de Abraham*¹¹.

¿Cuándo nos callaremos? Cuando *se enfríe la caridad de muchos*¹², cuando se cumpla aquello que fue predicho por el Salvador: «¿Piensas que cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe sobre la tierra?».

Por todo esto, imploremos la misericordia del Señor, de modo que las piedras no clamen mientras nosotros callamos; por el contrario, hablemos y alabemos a Dios en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹³.

había expulsado, los ha vuelto a llamar la vida. De ese modo, leemos según san Mateo que eran una asna y un pollino, de manera que, así como en los dos seres humanos ambos sexos habían sido expulsados, en los dos animales uno y otro sexo son de nuevo llamados. Por tanto, por una parte la asna es figura de Eva, madre del error; por otra, en el pollino está representado el conjunto del pueblo gentil. Y por eso es montado el pollino. 5. Y con razón se dice: “nadie había montado en él”, porque nadie antes de Cristo había llamado a la Iglesia a los pueblos de las naciones. Finalmente, en Marcos se encuentra lo siguiente: “que ningún

hombre había montado aún”. Porque estaba atado por los lazos de la incredulidad, esclavizado a un dueño malvado a quien estaba sometido por el pecado, pero que no podía reivindicar su dominio porque quien la había convertido en dueño no era la naturaleza, sino la culpa...». En segundo lugar, en otras obras de Orígenes, se encuentra la misma interpretación de Ambrosio: *Comm. in Io.*, 10, 29; *Hom. in Gen.*, 17 (PG 12, 259 C-D).

10. Se refiere a los gentiles. Cf. más arriba 22, 9.

11. Lc 3, 8.

12. Mt 24, 12.

13. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXXVIII

Sobre el texto: *Y, al aproximarse, contempló la ciudad y lloró sobre ella*, hasta el lugar donde dice: *Expulsó a todos los que vendían palomas* (Lc 19, 41-45).

1. Al aproximarse a Jerusalén nuestro Señor y Salvador y contemplarla, lloró y dijo: «Si en este día tú también hubieras reconocido el mensaje de paz; pero ahora está escondido a tus ojos; porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te asediarán». Estas palabras encierran misterios, y abrigamos la esperanza de poder descubrir lo que está oculto si Dios nos lo desvela.

En primer lugar, hay que comprender el sentido de su llanto. Todas las bienaventuranzas de las que Jesús ha hablado en el Evangelio son confirmadas por su ejemplo y, con su propio testimonio, prueba lo que ha enseñado. Dice: *Bienaventurados los mansos*¹. Semejante a esto es lo que dice de sí mismo: *Aprended de mí —dice—, que soy manso*². *Dichosos los pacíficos*³. ¿Y quién es tan pacífico como mi Señor Jesús, que «es nuestra paz», que «ha disuelto la enemistad» y la ha destruido en su carne⁴? *Dichosos los que sufren persecución por la justicia*⁵. Nadie ha sufrido persecución por la justicia más que el Señor, que fue crucificado a causa de nuestros pecados.

1. Mt 5, 4.

2. Mt 11, 29.

3. Mt 5, 9.

4. Cf. Ef 2, 14.

5. Mt 5, 10.

2. Así pues, el Señor muestra todas las bienaventuranzas cumplidas en sí mismo. Incluso, a semejanza de lo que había dicho *«bienaventurados los que lloran»*⁶, lloró Él mismo con el fin de que también esta bienaventuranza tuviera un fundamento. Pues lloró sobre Jerusalén⁷ diciendo: «si en este día tú hubieras reconocido el mensaje de paz; pero ahora está escondido a tus ojos»... etc., hasta el pasaje en que dice: «porque tú no has reconocido el tiempo en el que has sido visitada».

3. Alguno de los oyentes podría decir: «esas palabras son evidentes y se cumplieron de hecho en Jerusalén porque el ejército romano la asedió y destruyó hasta la exterminación⁸, y llegará un tiempo en que no quedará de ella piedra sobre piedra».

Y yo no niego ciertamente que aquella Jerusalén fuera destruida por culpa de los crímenes de sus habitantes, pero me pregunto si quizá ese llanto no se deba achacar a esta Jerusalén nuestra. En efecto, nosotros somos la Jerusalén sobre la que Jesús ha llorado; nosotros, que al parecer contamos con una visión más profunda⁹.

6. Mt 5, 4.

7. Jerusalén es generalmente reconocido que quiere decir «fundación de (el dios cananeo) Salem». En la Sagrada Escritura sobresale desde siempre —en el AT es citada hasta seiscientas veces— el carácter sagrado que le confiere el templo: Ne 11, 1; Is 48, 2; 52, 1; Dn 9, 24; de ahí el sobrenombre de «ciudad santa» con el que aparece en el NT (Mt 4, 5; 27, 53). Esto no quita para que se admitan también otras interpretaciones, como la rabínica, según la cual la primera parte sería «Yahvé verá, pro-

veerá» y la segunda «la paz». Este último sentido parece estar en el fondo de la interpretación origeniana. La ciudad elegida por Dios como lugar de paz es destruida por sus enemigos a causa de sus pecados.

8. Alude a la toma y destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70 d. C.

9. Al pie de la letra habla Orígenes de una visión actual de los misterios de la fe superior a la que podían tener los contemporáneos de Jesús.

Y si, después de haber conocido los misterios de la verdad, después de haber oído la palabra del evangelio y la doctrina de la Iglesia, después de haber contemplado los misterios de Dios, alguno de nosotros llega a pecar, se le llorará y habrá lamentos sobre él. Porque no se llora a un pagano, sino a uno que estuvo en Jerusalén y dejó de estar allí.

4. Jesús llora, pues, sobre esta Jerusalén nuestra porque, tras sus pecados, la «asediarán los enemigos», a saber, las potestades adversas, los espíritus malignos; y construirán a su alrededor una «empalizada», la asediarán y «no dejarán piedra sobre piedra», sobre todo si después de una perfecta continencia, después de muchos años de castidad, uno es vencido y, seducido por los atractivos de la carne, pierde la serenidad de la pureza¹⁰.

Si cometes pecados de impureza «no dejarán en ti piedra sobre piedra». Porque en otro pasaje dice: *No me acordaré de sus obras de justicia anteriores; lo juzgaré en su pecado, en ese mismo en el que ha sido pillado*¹¹. Esta es, por tanto, la Jerusalén sobre la que Él llora.

5. A continuación se dice: «Entró en el templo» y, una vez dentro, «arrojó fuera a los que vendían palomas». No arrojó a los que compraban, porque el comprador es propietario de lo que ha comprado. Jesús expulsó del templo del Padre a los que venden y dilapidan lo que poseían¹², a

10. Una nueva alusión a la concepción de la vida cristiana como una lucha del alma contra los poderes adversos, es decir, el demonio. En este contexto se refiere Orígenes sobre todo a los pecados de la carne. Cf. más arriba 30, 1.

11. Ez 18, 24.

12. Orígenes comenta los lugares paralelos de esta escena en

Comm. in Mat., 16, 20-23 y en *Comm. in Io.*, 10, 28. En *Exp. eu. Luc.* 9, 18, Ambrosio comenta este pasaje de modo diferente con las siguientes palabras: «Por tanto, con estas palabras (Jesús) enseñó que en general los negocios profanos deben hacerse fuera del templo de Dios, y en especial arrojó fuera a los cambistas. ¿Quiénes

semejanza de aquel hijo amante del lujo que recibió la herencia de su padre y lo perdió todo por excesos en la bebida¹³.

Por tanto, si uno se hace vendedor, es expulsado, sobre todo si vendía palomas. ¿Por qué no se menciona a otras aves, sino a las palomas? Porque este animal es sencillo y hermoso.

Me temo que también en mí se encuentre este vicio. En efecto, si lo que me ha sido revelado y confiado por el Espíritu Santo para que lo trasmita al pueblo, yo lo vendiere por dinero y no enseñara gratuitamente, ¿qué otra cosa hago sino vender palomas, es decir, vender al Espíritu Santo? Y si lo vendo, soy expulsado del templo de Dios.

6. Por eso, roguemos al Señor a fin de que todos compremos en vez de vender. Porque si no vendemos, conoce-

son los cambistas, sino aquellos que buscan una ganancia con el dinero del Señor sin distinguir el bien del mal? Porque es dinero del Señor la Sagrada Escritura. En efecto, el señor que iba a hacer un viaje distribuyó su dinero entre sus siervos y repartió sus talentos. Y entregó dos denarios al posadero para que cuidara al hombre herido, porque nuestras heridas se curan con los dos Testamentos. Tú, sin embargo, como buen cambista, guarda "las palabras del Señor, palabras limpias, plata acrisolada por el fuego, purificada por el Espíritu septiforme" (Sal 12, 7) y no adoptes, con una adulteración impía, la figura engañosa de un rey, porque incluso Satanás se disfraza de ángel de la luz. Y, deján-

dote engañar por el fraude de la perfidia arriana, no confundas la perversa imagen de tu príncipe con tu tesoro ni tientes los oídos de los fieles con el sonido del dinero, de manera que el tintineo de las monedas imposibilite que se escuchen las Escrituras sagradas y el afán de poseer se entremezcle con los afectos religiosos. Por tanto, no hay que expulsar a todos los cambistas, ya que los hay también buenos. En definitiva, (Jesús) dijo: "Debías haber entregado mi dinero a los banqueros para que yo, a mi vuelta, lo hubiera recibido junto con los intereses". Porque, si en las Escrituras aparece el cambista, también en ellas está el banquero».

13. Cf. Lc 15, 11ss.

remos y entenderemos nuestra salvación; de otra suerte, los enemigos cercarán nuestra ciudad. Y si, aunque solo sea una sola vez, el ejército enemigo nos rodea, no mereceremos las lágrimas del Señor.

Levantémonos, pues, con la luz del día y roguemos al Señor que al menos seamos dignos de comer las migas que caen de su mesa¹⁴. La Escritura se admira de que la reina de Saba haya venido *desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón*¹⁵, y, al ver el banquete, el mobiliario y el servicio del palacio real, se llenó de estupor y se maravilló.

Si nosotros no abrazamos de buen grado las enormes riquezas de nuestro Señor¹⁶, el maravilloso mobiliario de su palabra y la abundancia de su doctrina; si no comemos el *pan de vida*¹⁷; si no nos alimentamos con la carne de Cristo y no bebemos su sangre; si despreciamos los manjares de nuestro Salvador, debemos ser conscientes de que en Dios hay *bondad y severidad*¹⁸.

De entre ellas, debemos pedir para nosotros la bondad en Cristo Jesús, Señor nuestro, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹⁹.

14. Cf. Mt 15, 27.

15. Lc 11, 31. Cf. 1 R 10, 4-5.

16. No es la primera vez que en estas homilías Orígenes pone en relación el alimento de la palabra contenida en la Sagrada Escri-

tura con la recepción de la Eucaristía. Ambas son fuentes de vida cristiana: cf. 28, 6.

17. Jn 6, 35.

18. Rm 11, 22.

19. 1 P 4, 11.

HOMILÍA XXXIX

A propósito de la cuestión planteada por los fariseos al Señor sobre aquella mujer que tuvo siete maridos, así como sobre el denario que el Salvador mandó le fuera mostrado (Lc. 20, 27-40; 20, 21-26).

1. Hay una secta judía, llamada de los saduceos, que niega «la resurrección de los muertos» y sostiene que el alma muere con el cuerpo y que, después de la muerte, en el más allá, se apagan las facultades sensitivas¹. Pues bien, estos saduceos, para plantear al Señor una pregunta, se inventaron la historia² de una mujer que había tenido siete esposos. Tras la muerte del primero, para darle descendencia, se casó con el segundo; muerto este, con el tercero, después con el cuarto y así sucesivamente hasta llegar al séptimo.

En consecuencia, se plantea la pregunta: «en la resurrección de los muertos», ¿quién de los siete hermanos la reclamará como esposa? Ahora bien, este problema lo plantearon para poner una trampa a las palabras del Salvador cuando vieron que instruía a los discípulos a propósito de la resurrección.

1. Como el alma no es inmortal, según los saduceos, a la muerte física sigue la extinción de toda actividad espiritual. Esta escena es comentada con profusión por Orígenes en *Comm. in Mt.*, 17, 29-36.

2. Orígenes presenta esta historia como si fuera una invención (*fabula*, de *fari*, «narrar un cuento») para pillar a Jesús en una contradicción.

2. El Salvador les respondió diciendo: *Os equivocáis, porque no conocéis las Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurrección de los muertos no tomarán ni mujer ni marido, sino que serán como ángeles en los cielos*³.

Los que serán como los ángeles serán con certeza ángeles. Y hay que saber igualmente que los ángeles no se casan. Pero aquí abajo, donde la muerte existe, son necesarios los matrimonios y los hijos, mientras que, donde reina la inmortalidad, no se necesitan ni el matrimonio ni los hijos.

Me voy a plantear una pregunta muy molesta y que no se resuelve fácilmente en opinión de quienes son muy versados en el estudio de las Escrituras y *día y noche meditan la Ley del Señor*⁴. Esos tales se preguntan: «¿Dónde está escrito que “no tomarán mujer ni marido”? Pasando revista con la memoria y la reflexión, tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento, en ningún sitio recuerdo un pasaje semejante».

Y si acaso me equivoco, que una persona más instruida me enseñe, porque aprendo de buena gana lo que ignoro. Pero, a mi juicio, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento encontrará algo análogo.

3. Por tanto, todo el error de los saduceos procede de que no entienden los textos de los profetas —entre los que están el de Isaías: *Mis elegidos no tendrán hijos destinados a la perdición*⁵, y este otro en el capítulo de las bendiciones del Deuteronomio: *Benditos sean los hijos de tu seno*⁶— y piensan que esto ocurrirá «en la resurrección», sin comprender que en esos textos se profetizan bendiciones espirituales.

Por eso, Pablo, «vaso de elección», que interpreta estas bendiciones que aparecen en la Ley en un sentido espiritual y sabe que no son carnales, dice a los efesios: *Bendito sea*

3. Mt 22, 29-30.

4. Sal 1, 2.

5. Is 65, 23.

6. Dt 7, 13.

*el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con todo tipo de bendiciones espirituales*⁷.

Por tanto, todas estas bendiciones serán de tipo espiritual cuando, al resucitar de entre los muertos, consigamos la felicidad eterna. Pero los saduceos, al encontrar un texto semejante en los Salmos, caen en el mismo error: *Tu mujer —dice el salmista— es como una viña fecunda en el interior de tu casa, tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa*, hasta el pasaje donde dice: *Que Dios te bendiga desde Sión y que veas los bienes que hay en Jerusalén*⁸.

Así pues, cuando Jerusalén sea edificada y restaurada en su estado primitivo, entonces el santo verá los bienes mencionados en la Escritura.

4. Los que entienden lo que es la Jerusalén espiritual y saben que de ella es de la que se dice: *La que es celestial, la que está en las alturas, la que es madre nuestra*⁹, esos verán sus bienes, de los que hemos hablado con frecuencia, y también aquello del salmo que ahora acabamos de citar: «tu mujer es como una viña fecunda en el interior de tu casa, tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa».

A los saduceos, que eran una fracción de los judíos que entendía todo esto de un modo carnal, les dice el Salvador: *No conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios*¹⁰. Sean dichas estas pocas palabras sobre la pregunta que los saduceos plantearon al Señor.

Mas, puesto que se añade algo a propósito de la efigie del César, debemos también tocar de paso algo sobre este tema. Algunos piensan que el Salvador dice simplemente: «Dad al César lo que es del César», es decir, «pagad el impuesto que debéis». Pero ¿quién de nosotros se opone a pa-

7. Ef 1, 3.

8. Sal 128, 3-5.

9. Ga 4, 26.

10. Mt 22, 29. Cf. más arriba 6, 9.

gar los tributos al César? Por consiguiente, este pasaje contiene un sentido misterioso y oculto.

5. En el hombre hay dos imágenes¹¹: una que recibe de Dios en el momento de la creación, como está escrito en el Génesis: *A imagen y semejanza de Dios*¹²; y después otra *terrena*¹³, que ha recibido a causa de su desobediencia y de su pecado, cuando fue expulsado del Paraíso, seducido por los halagos del *príncipe de este mundo*¹⁴.

Y así como una moneda —o un denario— tiene la efigie de los emperadores del mundo, así también el que realiza las obras del «príncipe de las tinieblas» lleva la efigie de ese príncipe¹⁵. Esta es la que Jesús manda aquí que se devuelva y que sea arrancada de nuestro rostro a fin de tomar aquella según la cual fuimos creados al principio a imagen y semejanza de Dios.

Y así sucede que nosotros devolvemos «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». «Mostradme» —dice— «una moneda», o «un denario», como escribe Mateo¹⁶. Y, habiéndolo tomado, añade: «¿De quién es la inscripción que tiene?». Ellos le respondieron: «Del César». Y Él les re-

11. Este dualismo tiene su origen en Platón, para quien necesariamente todo hombre, por el hecho de ser la unión de alma y cuerpo, consta de dos principios, espíritu y materia, irreconciliables. Filón de Alejandría había operado también sobre esta base para pensar básicamente —dentro de las contradicciones a las que lo conduce su intento de conciliar el misticismo judío con la filosofía griega— que el hombre es una mezcla compuesta de una parte superior, el pensamiento, y otra corporal:

según predomine una u otra, el hombre será celestial o terreno. Para Orígenes, en consonancia con Rm 7, 14 ss., esa dualidad tiene una clara significación moral: solo quien se aparta del pecado arroja la imagen del César y acuña la de Dios.

12. Gn 1, 27.

13. 1 Co 15, 49.

14. Jn 12, 31.

15. La misma idea se encuentra en *Comm. in Mt.*, 17, 28 y en *Comm. in Rom.*, 9, 30.

16. Cf. Mt 22, 19.

plicó: dad «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

6. En el mismo sentido ha hablado también Pablo diciendo: *Igual que hemos llevado la imagen del terreno, llevemos también la imagen del celestial*¹⁷. Por tanto, las palabras «dad al César lo que es del César» significan: abandonad la figura del «hombre terreno», arrojad fuera la imagen terrena a fin de que podáis «dar a Dios lo que es de Dios» tras haber adoptado la figura del hombre celestial.

Dios nos dirige una petición. ¿Qué nos pide? Lee a Moisés: *Y ahora ¿qué te pide el Señor, Dios tuyo?*¹⁸, etc. Por consiguiente, Dios nos dirige una petición y nos ruega, no porque tenga necesidad de que le demos algo, sino a fin de devolvernos, para nuestra salvación, lo que le hayamos entregado.

Y para que se entienda con más claridad, expondré la parábola de las minas. El que había recibido una sola y había ganado diez y se las ofreció al Señor, que le había dado a crédito la primera mina, recibió otra más que antes no tenía.

7. Porque el Señor ordena quitar la mina a aquel otro que no había hecho fructificar lo que había recibido, y dársela al que ya tenía otras: «quítadle la mina —dice— y dádsela al que tiene diez minas». También de este modo el Señor nos restituirá eso mismo que le hayamos dado, junto con aquello que no poseíamos antes.

Dios nos exige y nos pide para tener ocasión de concedernos sus dones, para que el que nos da sea el mismo que nos ha exigido. Porque por su gracia la mina se ha multiplicado y a todos los que lo merecen se les ha dado más de lo que esperaban¹⁹. Por eso, levantándonos, roguemos al Se-

17. 1 Co 15, 49.

18. Dt 10, 12.

19. Sobre la gracia divina en Orígenes, véase BAUMGARTNER, C.,

«Grâce», en *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique*, París 1937-95.

ñor que seamos dignos de ofrecerle los dones que Él nos restituirá y, en lugar de bienes de la tierra, nos concederá los celestiales en Cristo Jesús, *a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²⁰.

Fin de las treinta y nueve homilías de Orígenes Adante sobre el Evangelio de Lucas, traducidas del griego al latín por el presbítero san Jerónimo.

FRAGMENTOS

1 = 1

Lc 1, 1

Hom 1, 3

a) Dado que el intento de poner por escrito la doctrina y las palabras de Dios es una empresa desmedida para un hombre, es normal que Lucas en su prólogo se justifique.

b) Lucas no ha hablado simplemente de «lo que se cree», sino de «lo que se ha cumplido», para resaltar el valor inviolable de lo que se dice.

c) Lucas habla de «realidades» porque Jesús no ha escenificado el drama de su Encarnación como si fuera una ficción, como dicen los herejes, sino que por ser Él «la Verdad»¹, ha realizado obras en verdad.

2 = 5

Lc 1, 2

Hom 1, 5

Lucas dice claramente que ha recogido, como documentos, hechos vistos de verdad y relatos oídos de verdad: «conforme nos los transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la Palabra». Ciertamente, hay que confiar en él, como en Marcos, y creer que han recordado con exactitud lo que han oído decir; y asimismo que Juan y Mateo han descrito lo que han visto. Y hay que atribuir el mismo valor a los Evangelios legalmente reconocidos porque, para fundamentarlo, lo mismo vale el testimonio de

1. Cf. Jn 14, 6.

quienes han visto que el de quienes han oído. Verdaderos continuadores de realidades verdaderas, nos transmiten la luz que les fue comunicada, y merecen un justo elogio por nuestra parte.

3 = 6

Lc 1, 2

Hom 1, 4

(Lucas se apoya) en testigos oculares y servidores de la Palabra, para que tú, sin dejarte llevar de un lado para otro², no te desvíes del camino recto; porque no has recibido una doctrina diferente de la que ahora te dará este texto, sino que recibirás «una certeza» más perfecta sobre aquello que ya habías conocido³.

4 = 9

Lc 1, 2

Hay que mencionar igualmente que Juan, que vivía todavía en tiempos de Nerón, ha recogido los escritos evangélicos y, tras haber reflexionado, ha retenido los que estaban enteramente libres de la asechanza del diablo, mientras que ha rechazado y dejado de lado todo lo que estimó que estaba fuera de la verdad⁴.

5 = 10

Lc 1, 6

Hom 2, 3-5

a) Sí, ser justo «a los ojos de Dios» es un elogio perfecto, porque Él es verdaderamente *el único que conoce los corazones de los hombres*⁵.

b) En verdad, los hombres no saben alabar de acuerdo con el mérito, porque no ven más que la apariencia e igno-

2. Cf. Ef 4, 14.

3. Cf. Lc 1, 4

4. Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, III, 24, 7. De acuerdo con este texto, el apóstol Juan fue el primero que seleccionó

los Evangelios auténticos, distinguiéndolos de los apócrifos. Este fragmento podría proceder también de los *Comm. in Io.* de Orígenes.

5. 1 R 8, 39. Cf. AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.* 1, 18.

ran lo que está oculto. Entre ellos, una opinión falsa tiene a menudo tanto éxito como la verdad. Los hombres aprecian las vidas de un modo y la divinidad de otro: aquellos según lo que se ve, esta a partir de los pensamientos invisibles en el fondo del alma.

c) Solo Dios es capaz de alabar de una manera justa lo que es digno de alabanza y condenar justamente lo que es reprochable, porque Él *ve en lo secreto*⁶, y no solamente las obras, sino incluso los pensamientos. Ante sus ojos aparece desnuda la naturaleza de las obras y las intenciones le son claramente conocidas.

6 = 12

Lc 1, 11

Hom 3, 1-2

a) Por condescendencia «el ángel fue visto» por Zacarías, porque con los ojos del cuerpo corruptible no es posible ver un cuerpo incorruptible⁷.

b) «De pie a la derecha del altar del incienso se apareció el ángel», porque iba a anunciarle la venturosa nueva⁸.

c) «Del altar del incienso»⁹, dice, porque había otro altar en bronce, el de los holocaustos¹⁰.

7 = 13

Lc 1, 13-15

Hom 4, 1.5

a) Dado que todos los que veían ángeles temían que vieran a quitarles la vida¹¹, como dice también Manué¹², para poner fin a su angustia «dijo el ángel (a Zacarías): no te

6. Mt 6, 4.

7. Aquí, como en *Comm. in Mt.*, 17, 30, Orígenes atribuye a los ángeles una corporeidad etérea. Según él, Dios es el único ser incorpóreo.

8. Cf. AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 1, 26.

9. Cf. Ex 30, 1.25; 40, 5.

10. Cf. Ex 27, 1; 38, 1.

11. Cf. Jc 13, 22.

12. Cf. Jc 13, 2ss. El nacimiento del Bautista se relaciona con el de Sansón. Ambos relatos pertenecen al mismo género y presentan rasgos literarios afines, como también Lc 1 26-38; 2, 10-14.

mas». No solamente no vas a morir –dice–, en medio de tristeza y lágrimas, sino que vas a vivir, engendrarás un hijo y «tendrás una gran alegría, porque Isabel te dará a luz un hijo»; y no ha habido *uno más grande que él entre los nacidos de mujer*¹³.

b) A continuación dijo: «Muchos se alegrarán del nacimiento de este». En efecto, si no todos los judíos, «muchos» se alegraron de la aparición del precursor anunciando la venida del Salvador, que nos aporta todo tipo de bienes.

8 = 16

Lc 1, 16

La Escritura alude a todos los judíos que, por así decir, erraban fuera del camino de la Ley y vagaban en torno a *preceptos y doctrinas de hombres*¹⁴. La doctrina de Juan evangelizó a «muchos» de entre ellos a Cristo, «Dios y Señor» de todas las criaturas, que es el «camino» de la verdad¹⁵.

9 = 17

Lc 1, 17

Hom 4, 5

a) Se dice que Juan es un «Elías en cuanto a su poder» porque fue el Precursor de la primera venida de Cristo, así como el tesbita de la segunda¹⁶.

b) Se dice que Juan tenía «el poder de Elías» porque era asceta y virgen, porque vivía la mayor parte del tiempo en el desierto y porque reprendía con decisión a los pecadores, ya fueran reyes o gentes sencillas.

c) Por tanto, se le llama con razón «Elías en potencia»¹⁷, porque Juan evidentemente no era Elías, como pretendían

13. Lc 7, 28.

14. Mc 7, 7.

15. Cf. Jn 14, 6.

16. Cf. Mt 3, 23.

17. Es decir, tenía el poder para ser y actuar como Elías. Cf. AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 1, 36.

los partidarios de la trasmigración de las almas¹⁸ cuando afirmaban que el alma de Elías había pasado a Juan.

d) De otra parte, Elías no había muerto aún, y no es posible, ni siquiera según la opinión de ellos, que un alma actúe en dos cuerpos al mismo tiempo.

e) El texto no permite ni siquiera a los partidarios de la metempsícosis violentar el sentido de las palabras, porque muchos han tenido la audacia de lanzar esta teoría apoyándose en la palabra del Señor¹⁹. Si Elías estuviera muerto, les estaría permitido llegar a esa conclusión.

f) Pero si fue arrebatado en cuanto a su cuerpo²⁰, ¿cómo un alma que está en un cuerpo puede pasar a otro? La expresión «en espíritu», según nuestra explicación, indica un carisma profético.

10 = 18

Lc 1, 20

Hom 5, 1

En el momento en que Zacarías no creyó al ángel que le anunciaba el nacimiento de la voz que había de mostrar a la Palabra, pierde la voz; la recupera y cesa ese silencio penoso cuando nace el Precursor, la voz de la Palabra²¹, y cuando escribe que *Juan es su nombre*²². Por tanto, es preciso escuchar una voz para que la inteligencia reciba la Palabra manifestada por la voz.

18. Sobre esta cuestión en Orígenes, véase CROUZEL, H., *Théologie de l'image de Dieu chez Origène*, París 1956, pp. 202-205.

19. Cf. Mt 17, 10-13.

20. Cf. 2 R 2, 11.

21. Esta contraposición entre la «voz» *-phoné-* y la «Palabra» *-lógos-* es característica de Orígenes. Cf. más arriba *Hom.* 1, 4 y la nota correspondiente.

22. Lc 1, 63.

11 = 20

Lc 1, 26-27

Hom 6, 3-4

a) El hipérbaton²³ tiene este sentido²⁴: «El ángel fue enviado a una virgen de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María, desposada con un varón de nombre José». El ángel no fue enviado a José, porque José no tenía ninguna participación en el nacimiento del Señor.

b) No es por estar prometido por lo que es llamado esposo, sino porque Dios lo ha dispuesto por múltiples razones: primero, para que algunos pudieran creer que María estaba encinta de él y no fuera lapidada como si hubiera perdido su virginidad²⁵; después, a causa del príncipe de este mundo, para que, engañado, creyera él también que Jesús era hijo de José y se enfrentara a Él como a un hombre, de modo que, tras haber sido vencido, el diablo cayera y en Cristo la humanidad fuera levantada de su caída y el diablo abatido²⁶.

12 = 21

Lc 1, 28

a) Puesto que Dios había dicho a Eva: *Darás a luz en medio de dolores*²⁷, por eso el ángel dice ahora: «alégrate, llena de gracia». En efecto, esta alegría sustituye a aquel dolor.

b) Porque si, a causa de la maldición a Eva, la maldición se transmitió a todas las mujeres, es necesario suponer que,

23. El hipérbaton es una figura retórica que consiste en separar en la frase dos palabras que sintácticamente están unidas, con lo que se provoca una mezcla, confusión o cambio entre ellas.

24. El hipérbaton en el caso de la Anunciación a María consiste en

que el ángel no fue enviado a un varón, como en el caso de Zacarías, sino a una virgen.

25. Cf. AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 2, 1-2.

26. Cf. AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 2, 3.

27. Gn 3, 16.

gracias a la bendición a María, la alegría se extiende a toda alma virgen²⁸.

c) «El Señor está contigo». Efectivamente, está con la Virgen el que poco después (procede) de ella.

d) «El Señor está contigo». Hay que saber que, en el mismo instante de la buena nueva, la Virgen concibió de un modo milagroso.

13 = 22

Lc 1, 30

Hom 6, 7

a) Como (María) «se turbó» al ver la desacostumbrada aparición del ángel, la aparta de su turbación y la reconforta, diciéndole: «no temas, María, porque has hallado gracia ante Dios».

b) La expresión «has hallado gracia» era habitual, porque, antes de ella, también otras habían hallado gracia. Pero decir «concebirás» no era común, sino que concernía solo a la Virgen.

14 = 23

Lc 1, 30

«Porque has hallado gracia delante de Dios, por eso no temas». En efecto, la venida del Señor disipa todo temor.

15 = 24

Lc 1, 32

Hom 6, 8

«Él será grande», no como Juan, sino como Dominador, Creador y Señor de todo²⁹. Grande porque penetra todas las cosas; grande, porque David ha dicho: *Nuestro Señor es grande y su fuerza inmensa*³⁰. Sí, Él es verdaderamente grande.

28. El paralelismo Eva-María está atestiguado en la Patrística desde IRENEO, *Demostración de la predicación apostólica*, 33.

29. Cf. AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 2, 10.13.

30. Sal 147 (146), 5.

16 = 27

Lc 1, 38

Hom 7, 2

a) María dijo al ángel con toda su sensatez³¹: «he aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra».

b) El ángel, tras haber recibido la profesión de fe de la Virgen, se apartó de ella.

c) Ella a su vez partió hacia la casa de su prima, subiendo «deprisa a la montaña», a impulsos del Espíritu, que había descendido sobre ella con la fuerza del Altísimo.

d) Y puesto que el ángel le había dicho: «he aquí que tu prima ha concebido», partió para alegrarse con ella, puesto que ella misma también había concebido contra toda esperanza.

e) Convencida de todo lo que había oído a propósito de Isabel, exclama: «He aquí la esclava del Señor».

17 = 28

Lc 1, 38

«He aquí» —dice— «la esclava del Señor», como si dijera: «Soy una pizarra para escribir³²: que el escritor escriba lo que quiera; que haga lo que quiera el Señor del Universo».

18 = 29

Lc 1, 40

Hom 7, 1

Como la Virgen está llena de delicadeza, no solo se dirige a casa de Isabel sin enorgullecerse de las palabras del ángel, sino que toma la iniciativa en el saludo a Isabel, tributándole el respeto propio de su edad más avanzada y su

31. El término griego utilizado expresa la capacidad de comprender bien, pero también una buena disposición del alma.

32. La expresión griega permitiría también la traducción: «Yo soy un cuadro por pintar...», una imagen clásica para expresar la pasivi-

dad del místico ante la gracia. Idéntica formulación se encuentra en EUSEBIO DE CESAREA, *Comentario al Evangelio de Lucas*, en PG 24, 532-533 y en los fragmentos conservados de los *Comentarios a Lucas* de ATANASIO, PG 27, 1392 c.

dignidad de madre. No fue Isabel la primera que saludó, sino María la que «saludó a Isabel»³³.

19 = 31

Lc 1, 41

Hom 7, 4

a) A Juan le sucedió algo que no le había sucedido a ninguno de los profetas, porque estaba próximo a la venida de Cristo y él era su precursor.

b) No estuvo «lleno del espíritu Santo» antes de que se presentara delante de él la que llevaba a Cristo en su seno.

c) Primero «el niño se llenó del espíritu» y saltó y se lo comunicó a la madre y, a causa del niño que llevaba en ella, Isabel pronunció palabras proféticas y dijo a la Virgen: «dichosa tú entre las mujeres».

20 = 32

Lc 1, 43

Hom 7, 5

a) Isabel le dice a la Virgen más o menos esto: ¿Por qué vienes a saludarme tú la primera? ¿Acaso soy yo la que va a dar a luz al Salvador? Más bien yo debería ir a ti.

b) En efecto, ninguna mujer ha tenido ni puede tener parte en una gracia similar.

c) El dar a luz hizo a Isabel digna de respeto, como el alumbramiento divino hizo a María digna de veneración y, a través de ella, a todo el sexo femenino, como dice Pablo, hablando en general de las mujeres: *La mujer se salvará a través de su maternidad*³⁴. Es decir, porque una mujer ha dado a luz a Cristo.

21 = 33

Lc 1, 42

a) Isabel dice «el fruto de tus entrañas», según la promesa que Dios había hecho a David: *Pondré al fruto de tus entrañas sobre tu trono*³⁵.

33. Cf. AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 2, 22.

34. 1 Tm 2, 15.

35. Sal 132 (131), 11.

b) Isabel utiliza una expresión muy adecuada cuando llama «fruto de tus entrañas» al niño que la Virgen lleva en ella, porque ningún varón ha intervenido en esta concepción, que viene solo de la Virgen, habitada por el Espíritu Santo y cubierta por la sombra del poder del Altísimo. Los hombres, nacidos del semen de sus padres, son fruto de esos padres.

c) Según aquello que le fue dicho a David: «del fruto de tus entrañas», es decir, los progenitores de la Virgen y la Virgen misma, que han nacido del semen de los hombres de tu familia.

22 = 34

Lc 1, 43

Hom 7, 5

Las palabras de Isabel concuerdan con las de su hijo, porque este se declara indigno de comparecer ante Cristo, del mismo modo que ella se considera indigna de la visitación de la Virgen.

23 = 35

Lc 1, 43

a) (Isabel) llama madre a la que es todavía Virgen, enunciando con esa palabra profética el cumplimiento del misterio.

b) El designio de Dios condujo a María hasta Isabel, a fin de que desde el seno maternal se cumpliera el testimonio de Juan sobre el Señor a través de su propia madre³⁶.

24 = 36

Lc 1, 39.45

a) La Virgen se puso en camino con la prisa que le es propia. Porque ha acudido a ver a Isabel, a ver el fruto milagroso de su concepción, y a creer según la voz del ángel.

36. Cf. ORÍGENES, *Comm. in Io.*, 6, 49.

Con ello se creería en un nacimiento aún mayor, el suyo: quiero decir, el de una Virgen. Y las palabras que pronunciaba Isabel tienden a confirmar esa misma fe: «Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que le ha sido dicho de parte del Señor».

b) La Virgen, más segura en su fe a partir de estas palabras, fue proclamada dichosa porque había creído en la embajada del ángel y en las profecías similares pronunciadas por su prima.

25 = 39

Lc 1, 46

Hom 8, 1

a) Y a continuación: «mi alma glorifica al Señor mi Salvador». Porque Dios es mi Salvador, ya que, por mí, da un Salvador al mundo.

b) Algunos dicen que «espíritu» y «alma» son lo mismo³⁷.

26 = 40

Lc 1, 48

Hom 8, 4

Ella expresa a continuación el motivo por el que es necesario «magnificar al Señor» y «exultar de alegría» en Él, cuando añade: «Porque ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava». ¿Quién soy yo, en efecto, para semejante obra? Es Él quien «ha puesto sus ojos», yo no me lo habría imaginado, porque era de baja condición y de ningún provecho. Ahora paso de la tierra al cielo y he sido elevada a una tarea inefable.

27 = 43

Lc 1, 51

«Ha desplegado su fuerza...», etc., porque es obra de la mano de Dios, no de un hombre. Y el Hijo es el brazo del

37. No así Orígenes. Cf. más arriba 8, 1 y la nota correspondiente.

Padre, según aquello de: *Has rescatado a tu pueblo con tu brazo*³⁸.

28 = 45

Lc 1, 54

a) Este pasaje³⁹ corresponde también al *Israel según la carne*⁴⁰. En efecto, miles de judíos se salvaron por haber creído en el Señor.

b) Pero también se puede entender como referido al Israel espiritual, es decir, a todo aquel que ve a Dios con la inteligencia –ese es el significado de la palabra «Israel»⁴¹– y esos somos nosotros, quienes hemos creído, procedentes de la gentilidad.

29 = 46

Lc 1, 56

Yo pienso que, según el Evangelista, «cuando le llegó a Isabel el tiempo del parto», María «se volvió a su casa». De hecho, si «en el sexto mes» (de embarazo) de Isabel «el ángel Gabriel fue enviado a la Virgen a Nazaret» para anunciarle la buena nueva, si la Virgen corrió entonces «hacia la montaña» a casa de su prima y «permaneció allí unos tres meses», es evidente que «volvió a su casa» cuando «se cumplió el tiempo» del embarazo de Isabel.

30 = 47

Lc 1, 56-57

a) ¿En virtud de qué «permaneció»? Quizás también para contemplar el cumplimiento del milagro, porque está en

38. Sal 77 (76), 16.

39. Se trata del versículo de Lc 1, 54: «Acogió a Israel, su siervo».

40. 1 Co 10, 18.

41. Véase más arriba 17, 4 y la nota correspondiente.

la incertidumbre de lo que a ella misma se refiere, está estupefacta y se pregunta qué va a suceder⁴².

b) Es una costumbre que las vírgenes se retiren cuando una madre va a dar a luz.

c) Por eso se fue cuando a Isabel le llegaron los días de «dar a luz», porque María era virgen, aunque estuviera encinta. Para quienes ignoraban el misterio, era una mujer que estaba encinta por obra de varón; en realidad era virgen y pura de todo contacto con un hombre, pero estaba encinta de acuerdo con la naturaleza y la verdad de una manera nueva, más allá de la naturaleza.

31 = 48

Lc 1, 59

Juan significa «gracia de Dios», Zacarías «memoria de Dios», e Isabel «juramento de mi Dios»⁴³.

32 = 49

Lc 1, 59

Puesto que Zacarías significa «memoria de Dios» pero Juan es «el que muestra» —porque se recuerda a una persona ausente y se muestra a una que está presente—, por eso los padres de este niño no consintieron en llamarlo Zacarías, sino que quisieron que se llamara Juan, ya que no tenía que recordar a un Dios ausente, sino mostrarlo presente, como con el dedo, y decir: *He aquí el cordero de Dios*⁴⁴.

33 = 51

Lc 1, 71-72

a) ¿De qué alianza se ha acordado y de qué promesa hecha a Abraham, si no es aquello de: *todas las naciones serán bendecidas en tu descendencia*⁴⁵?

42. Sobre la fe de la Virgen, véase la Introducción general.

43. Cf. ORÍGENES, *Comm. in*

Io., 2, 33.

44. Jn 1, 29.

45. Gn 28, 14.

b) Aunque (la venida de Jesucristo) no ha tenido lugar más que ahora, había sido anunciada desde antiguo –porque eso es «acordarse de la alianza»⁴⁶– y era imposible que a esas palabras no siguieran los hechos. Porque Dios había confirmado sus promesas con un juramento de que todo se cumpliría. Y ahora los creyentes son liberados de sus enemigos espirituales «sin temor a su poder»⁴⁷.

34 = 53 b) c)

Lc 1, 76

¿Qué quiere decir «preparar las vías del Señor»? Dar a conocer a los hombres que ha venido Aquel que quita los pecados a los que creen en Él.

Porque Él llama «su pueblo» a los creyentes, ya que concede el conocimiento de la salvación a aquellos que están dispuestos a reconocerla, no *a causa de las obras de la Ley*⁴⁸, sino a través de su inefable misericordia.

35 = 54 a)

Lc 1, 80

Su madre era *estéril y ambos* progenitores eran *ancianos*⁴⁹. El Apóstol⁵⁰ dice que semejante alumbramiento es del Espíritu, a propósito del nacimiento de Isaac, que nació según el Espíritu, es decir, según la fuerza y la gracia del Espíritu. Ahora bien, el que ha nacido «en el Espíritu», también ha crecido «en el Espíritu». Esto mismo era necesario que ocurriera con el siervo del Señor, que sobrepasaba a todos los profetas.

46. Cf. Hb 6, 13-20.

47. Textualmente se alude a la «mano» (*manus*, *cheír*), símbolo del poder, como es habitual en la

Sagrada Escritura.

48. Rm 3, 20.

49. Lc 1, 7.

50. Cf. Ga 4, 28-29.

36 = 56

Lc 2, 6-7

Es necesario saber también que a propósito de Juan está escrito: *A Isabel le llegó el tiempo del parto*⁵¹, mientras que sobre el parto de María se dice: «se cumplieron los días»⁵². Porque no es exactamente lo mismo «se cumplieron los días», que «llegó el tiempo del parto». El tiempo, en efecto, comprende también las noches y, cuando se trata de Jesús, no hay noches, sino que solo se cumplen los días para ese parto⁵³.

De otra parte, Isabel da a luz «un» hijo, María «el» Hijo, con artículo, con el fin de que la palabra muestre de una manera enfática que aquella ha dado a luz un hijo que es un simple hombre, mientras que esta ha dado a luz no un simple hombre, sino el Hijo de Dios hecho Hombre. Por eso, en un caso el artículo era necesario para designar a uno notable y distinto del resto de los hombres; en el otro no.

37 = 57

Lc 2, 8

Es que aquellos (los judíos) estaban corrompidos y la envidia les iba a hacer temblar de rabia, mientras que estos (los pastores) eran sencillos, trataban de imitar el modo de vida de los primitivos patriarcas y de Moisés; en efecto, estos eran también pastores⁵⁴.

51. Lc 1, 57.

52. En *Hom. in Gen.*, 12, 3 Orígenes no hace distinción entre estas expresiones, sino que comenta que ambas, lo mismo que a propósito de Rebeca (Gn 25, 24), son utilizadas en la Sagrada Escritura casi exclusivamente para aludir al parto de mujeres santas.

53. Esta idea de medir el tiempo por días aparece ya en FILÓN, *De*

opificio mundi, 35, y encontrará un amplio eco en la patrística, tanto oriental (BASILIO, *Homilías sobre el Hexameron*, II, 8), como occidental (AMBROSIO, *Hexam.*, I, 10, 36-38).

54. Este fragmento explica la razón por la que el nacimiento de Jesús fue anunciado a los pastores y no a los escribas y fariseos ni a los judíos que vivían en Jerusalén. Cf. más arriba, 12, 1.

38 = 58

Lc 2, 8-14

Hom 12, 1-2

a) Los pastores son los primeros a los que se revela el misterio anunciado por los ángeles, porque ellos son imagen de los que serían pastores de las iglesias. Y eso es lo absolutamente correcto.

b) Ellos debieron ser los primeros en escuchar: «Paz en la tierra», porque iban a anunciar la paz a toda la multitud del pueblo de Dios⁵⁵. El tratarse de pastores y el hecho de que se les comunique la noticia que trae alegría indican claramente que *el Buen Pastor*⁵⁶ ha venido para la *oveja descarriada*⁵⁷.

c) Porque nada regocija tanto a los pastores como encontrar a la oveja perdida⁵⁸; encontrarla no era tarea de ningún otro sino de «Cristo, el soberano⁵⁹ de los pastores»⁶⁰.

39 = 59

Lc 2, 13ss.

Hom 13, 1-3

a) Gracias a estas palabras pronunciadas con fuerza: «en lo más alto», los ángeles han mostrado que la gloria más elevada de todas es la que se tributa a Cristo.

b) Porque nadie «en la tierra» es capaz de hacer subir al cielo un himno de gloria que honre debidamente el descenso del Altísimo. Es difícil para las potencias «en las alturas», que precisamente se elevan más porque cantan un himno al Altísimo. Y en cuanto a todas las que están «en lo más alto de los cielos», esas pueden de alguna manera cantar un himno a Cristo.

55. Es posible que el autor aluda aquí al saludo litúrgico del obispo.

56. Jn 10, 11.

57. Mt 18, 12.

58. Cf. Lc 15, 4 ss.

59. Cf. 1 P 5, 4.

60. Para Orígenes los pastores de Belén simbolizan a los pastores de la Iglesia. Cf. más arriba, 12.

c) Después de que las potencias de lo alto entonaron un himno en honor de quien, estando *en el seno del Padre*⁶¹, se había hecho niño⁶², eso mismo se produjo también «en la tierra». Por eso se dijo: «y paz en la tierra también a los hombres de la benevolencia (divina)», porque el cielo y la tierra se iban a unir y los hombres estaban a punto de dar gracias a quien les enviaba la paz y los libraba de la enemistad con Dios.

40 = 60

Lc 2, 15

a) ¡Oh, figura de un misterio digno de Dios! En efecto, Belén significa «casa del pan»⁶³. ¿Hacia qué otro lugar podrían apresurarse los pastores tras la embajada de paz sino a la casa espiritual del pan celeste que es Cristo, es decir, a la Iglesia?

b) ¿No es en ella donde místicamente cada día se distribuye *el pan bajado del cielo*⁶⁴, que da la vida al mundo, en el santo sacrificio? Cristo es, en efecto, «el pan vivo, descendido del cielo y entregado para la vida del mundo», como él mismo dice en los Evangelios⁶⁵.

61. Jn 1, 18.

62. Jesús se hace hombre sin dejar de ser Dios. ORIGENES desarrolla ampliamente su idea de la *kénosis* en *Comm. in Io.*, 20, 18, comentando Jn 8, 42. (Cf. PG, 14, 613).

63. Este sentido podría explicarse gracias a su ubicación en medio de ricos campos de trigo

—cf. Rt 2, 4—, al borde del desierto de Judea. Para otros autores Belén significa «casa de la lucha»: cf. KEEL, O. - KÜCHLER, M. - UELINGER, C. *Orte und Landschaften der Bibel*, II, Göttingen, 2007, pp. 613-14.

64. Jn 6, 51.

65. Cf. *Ibid.*

41 = 61

Lc 2, 21

¿Por qué la señal no se encuentra en ningún otro lugar que en la circuncisión del sexo masculino? Puesto que debía ser el instrumento de una descendencia bendita, era necesario que a través de él se mostrara una marca visible de esa bendición.

42 = 66

Lc 2, 26ss.

Hom 15

a) Simeón «había recibido la revelación del Espíritu Santo» de que no acabaría su vida «antes de haber visto al Cristo». Esperaba por tanto ver al Ungido del Señor antes de morir, esperaba el cumplimiento de la promesa y permanecía en el interior del templo diciéndose a sí mismo: «cuando se produzca, sucederá con plena seguridad en este lugar».

b) Y habiendo tomado a Jesús «en sus brazos, bendijo al Señor» y dijo: «Ahora, Señor, puedes liberar a tu siervo». ¿Librarlo de qué? De este campo de batalla que es la vida, porque la vida es un rescate que hay que pagar y una prisión.

c) Estaba presente el que había de pacificar el mundo, el que une el cielo con la tierra, el que convierte la tierra en cielo por medio de las enseñanzas del Evangelio.

d) «Porque mis ojos han visto tu salvación». Porque antes —dice— yo creía gracias a la inteligencia, conocía por el raciocinio, pero ahora contemplo con mis ojos de carne, como quien ha alcanzado la meta⁶⁶. «He visto tu salvación», que es Cristo. Lo que he visto no es solo la salvación para los judíos, sino para todo el mundo.

e) ¿Qué he visto? «Tu salvación», dice Simeón, «que has preparado ante la faz» no de un solo pueblo ni de Israel

66. Sobre los diferentes grados de la visión de Dios en este mun-

do y en el más allá, según Orígenes, véase más arriba, *Hom.* 3.

ni de los judíos solamente, sino «ante la faz de todos los pueblos».

f) «Una luz que ilumine a las naciones». Cristo es la luz de las naciones, porque las naciones, sumidas en las tinieblas, habrían de recibir la luz gracias a su doctrina. Ahora, en efecto, el Padre ha acogido a los paganos y les ha concedido un tratado de paz: la salvación por la fe en Cristo.

g) «Y gloria de Israel, tu pueblo». Para uno (Israel) la gloria, para otro (el pagano) la Revelación. Porque para los paganos es el comienzo de la doctrina, mientras que para Israel es la continuación de su instrucción. Si uno conoce a Cristo, ese es un israelita; si no le conoce, no es un israelita, porque «Israel» significa «la inteligencia que ve a Dios»⁶⁷.

h) «Y gloria de Israel, tu pueblo». La gloria de los judíos consiste en creer al Cristo anunciado por los profetas. Porque la gloria de los que esperan es encontrar a aquel a quien esperan.

43 = 69

Lc 2, 35

Hom 17, 6

«La espada designa la palabra que prueba y *penetra hasta la divisoria del alma y el espíritu, las articulaciones y la médula*⁶⁸, y juzga los pensamientos»⁶⁹.

44 = 72

Lc 2, 36-38

Hom 17, 9

Como el evangelista ha prometido decirlo todo sin omitir nada, no ha pasado en silencio a la persona de Ana, estableciendo así, por medio de dos profetas, la verdad de lo que había sido dicho sobre Cristo. En efecto, ella como «profetisa» decía a todos que Él era el Ungido, el que de-

67. Cf. más arriba, 17, 4 y Fragmento 28 con las notas correspondientes.

68. Hb 4, 12.

69. Este pasaje se encuentra también en BASILIO, *Epístola*, 260, 9. Asimismo AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 2, 61, aporta esta cita bíblica.

bía rescatar Jerusalén, es decir, la ciudad de los que viven en el temor de Dios y en el conocimiento de las Escrituras. En efecto, Jerusalén significa «visión del Altísimo»⁷⁰.

45 = 74

Lc 2, 48

Hom 19, 4. 20, 3

a) La Virgen sabía que el Niño no era de José, pero acepta que su prometido pase por ser padre de Él a causa de la sospecha de los judíos⁷¹, que podrían pensar que ese parto era el fruto de relaciones impuras. Por eso también Cristo dice: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre?».

b) Después de que ella dijera: «Tu padre y yo te buscábamos angustiados», el Salvador respondió: «¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que les dijo», es decir, que se refería al templo.

46 = 76

Lc 2, 46

No «le encontraron» al primer o al segundo día, sino al tercero, cuando Él consintió en mostrarse a quienes le buscaban. Esta palabra tiene un sentido enigmático. A los doce años se oculta durante tres días; antes de la Pasión, profetiza la Pasión como será vivida por los doce discípulos, cuando desapareció a sus ojos y, una vez resucitado, se les apareció: les anunció con antelación el plazo de tres días⁷².

70. Esta interpretación de la palabra Jerusalén habla en contra de la autenticidad de este fragmento. En efecto, en otros pasajes de su obra Orígenes dice que el nombre de la ciudad santa significa «visión de la paz»: *Hom. in Ios.*,

21, 2; *Hom. in Ier.*, 9, 11; *Com. in Rom.*, 10, 14.

71. Cf. ORÍGENES, *Cels.*, 1, 32.

72. También Ambrosio pone de relieve esta cifra de tres días en ambas situaciones y su valor simbólico. Cf. *Exp. eu. Luc.*, 2, 63.

47 = 77

Lc 2, 48-49

Hom 20, 3

Ella (la Virgen) había llamado a José padre de Aquel (Jesús) a causa de los judíos. Pero Él, destruyendo esa ficción, replica: «¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre?», manifestando así que su Padre era Dios, no José. Dice «en las cosas de mi Padre» por el templo, en el que estaba y en el que fue encontrado cuando se le buscó.

48 = 79

Lc 2, 51

Hom 20, 5

Y que (los niños) hagan todo lo que sus padres les mandan, excepto aquello que se opone a la gloria de Dios. Porque para eso «permaneció» en el templo, para anteponer la gloria de Dios, su verdadero Padre y Dios, a la de sus padres según la carne.

49 = 80

Lc 2, 51

Hom 20, 6

Las palabras que la Virgen «conservaba» son las que el ángel le había dirigido, las de los pastores, las de Simeón y Ana y las que ahora le dirigía Jesús en persona. Y aunque no entendían (María y José) perfectamente sus palabras, la Madre de Dios⁷³ entendió que eran algo divino y sobrehumano.

50 = 81

Lc 2, 51

(La Virgen) no acogía nada de lo que se decía o ocurría tal cual, sino que lo guardaba todo en sí misma; comprendía una parte de un modo espiritual, buscaba el sentido del

73. Este fragmento, en el que aparece la palabra *theotókos*, avala su autenticidad con el testimonio

del historiador Sócrates (h. 380 - h. 439), quien afirma que ya la utilizó Orígenes: cf. *Hist. Eccl.*, 7, 32.

resto, porque sabía que llegaría un tiempo en el que lo que estaba oculto se manifestaría en Cristo⁷⁴.

51 = 84

Lc 3, 3

Hom 21, 3-4

¿Dónde iba a proclamar su predicación el Bautista sino en la «región próxima al Jordán», para que quien quisiera convertirse pudiera acercarse inmediatamente al río con el fin de ser bautizado? Tanto más cuanto que Jordán quiere decir «bajada»⁷⁵. En efecto, aquí descendió el río de Dios, la verdadera bebida, el agua de la vida, el Cristo. ¿A quién anuncia Juan un «bautismo para la remisión de los pecados» sino al que no peca?

En efecto, el bautismo de Cristo contenía la remisión perfecta de los pecados por el solo hecho de recibirlo. El de Juan contenía la remisión de los pecados, pero por medio de la conversión, porque era imperfecto, a pesar de que era más perfecto que los bautismos de los judíos. Porque Juan era el precursor de otra Palabra, por eso se le llama «voz» y no «palabra»⁷⁶. Cita a Isaías para dar testimonio de la Palabra, y dice como está escrito: (Yo soy) *la voz del que clama en el desierto*⁷⁷.

52 = 88

Lc 3, 7

Hom 22, 6

Con razón llama a todos los infieles «raza de víboras». En efecto, el que no renuncia a los hábitos que lleva en sí mismo, no solo no recibe bien el bautismo, sino que es de la raza de la víbora, que conserva en su interior el veneno del mal.

74. Cf. Mc 4, 22.

75. Véase más arriba, 7, 1 y 21, 4 con las notas correspondientes.

76. Cf. 1, 4 y *Fragmento* 10.

77. Is 40, 3.

53 = 89

Lc 3, 8

Hom 22, 8

Los que hacen un bien proporcionado a la multitud y magnitud de sus faltas pasadas, dan «frutos» del Espíritu Santo «que son dignos de la conversión»⁷⁸. Gracias a ellos, los que antes eran «de la raza de las víboras» se transforman y se convierten en *hijos del Padre que está en los cielos*⁷⁹.

54 = 90

Lc 3, 12

Hom 23, 5

Comprende que la palabra «publicanos» designa los poderes enemigos que se asientan al final de nuestra vida: si descubren que uno tiene algo que les pertenece, es decir, algún pecado, lo retienen hasta que expíe todo lo que ha hecho⁸⁰.

55 = 92

Lc 3, 16

Hom 24, 1

«Él os bautizará». El testimonio de Juan atribuye a Cristo una prerrogativa divina. Porque ¿quién es el que bautiza a los hombres en el Espíritu Santo? Y ¿quién bautizará como juez en el fuego de la *gehenna* a los que se hayan negado a creer en el Evangelio? ¿No es acaso Cristo en cuanto Dios?

56 = 96

Lc 4, 4

Hom 29, 2-3

Marcos y Lucas dicen que *fue tentado durante cuarenta días*⁸¹, lo cual prueba claramente que en ese tiempo el dia-

78. Cf. ORÍGENES, *Dial.*, 14.

79. Mt 5, 45.

80. Cf. más arriba 23, 6. Esta idea se encuentra también en CLE-

MENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata*, IV, 117, 2.

81. Mc 1, 13; Lc 4, 2.

blo, al principio de lejos, lo puso a prueba por medio del sueño, el decaimiento⁸², la pusilanimidad y otras cosas semejantes.

Pero después, cuando se dio cuenta de que tenía hambre, se puso cerca de Él y lo atacó abiertamente. Y mira lo que hace. Había oído de labios de Juan y por medio de la voz venida del cielo que *este es el hijo de Dios*⁸³, e ignorando que el Hijo de Dios se había encarnado —el misterio inefable de la Encarnación había quedado oculto al demonio—, sospechó que, como hombre, Jesús había agradado a Dios a causa de sus virtudes⁸⁴.

Por otra parte, le daba envidia tal honor, como había envidiado al viejo Adán, y se esforzó, como había hecho con el primer hombre, para que cayera como aquel⁸⁵. Por eso, acercándose a Él, le presenta la primera tentación, la de la gula, que había seducido al primer Adán.

Y como en ningún sitio había nada de comer —porque era el desierto completo y el diablo sabía que para aplacar el hambre el pan era el alimento adecuado—, él mismo no se lo presenta, dado que Cristo no podía aceptar nada de su adversario, sino que le ordena convertir en pan las piedras que le muestra. Y para que Cristo no descubriera la insidia, he aquí el engaño que escoge y el colmo de la perversión:

82. Este afecto, la *acedia*, muy poco citado en la literatura profana, tanto griega como latina —CICERÓN, *Epis. a Ático*, XII, 45, 1—, aparece con profusión en la cristiana (ORÍGENES, *Sel. in Ps.*, 90, 6), sobre todo desde que CASIANO (*Instituciones*, 10, 1) lo colocó entre los ocho pecados capitales y lo definió como «tedio o ansiedad del corazón». Véase *Reallexikon für Antike und Christentum*, I, 62-63.

83. Jn 1, 34.

84. Por tanto, no reconoce la divinidad de Jesucristo, como tantas otras herejías de los primeros siglos.

85. Esta idea de que el móvil del demonio al tentar al hombre fue la envidia es elaborada ampliamente por Ambrosio en su tratado sobre el Paraíso. Cf. AMBROSIO, *Parad.*, 12, 54.

no dice simplemente que convierta las piedras en panes, sino que añade «si eres Hijo de Dios», para indicar que debía intentar que se realizara ese prodigio como prueba de que era Hijo de Dios.

Porque él contaba con que Jesús se picaría con esas palabras que lo injuriaban poniendo en duda su ser de Hijo de Dios; que, ignorando la trampa, iba a cambiar las piedras en panes, ya que poseía una fuerza procedente de Dios; y que, a la vista de los panes, hambriento como estaba, se dejaría vencer por el apetito.

Pero todo eso no se ocultaba *al que agarra a los sabios en su propia astucia*⁸⁶. El interpelado dijo: «Está escrito: no solo de pan vive el hombre», etc., captando su astucia. No realizó el milagro que se le pedía, porque tenía costumbre de realizar milagros a favor de quienes lo veían, pero el diablo no podía sacar ningún provecho. En efecto, después de haber visto todo lo que había hecho Cristo, no cambió.

Cristo se defiende del designio secreto del diablo y le cierra la boca a partir del texto del Deuteronomio, diciéndole en cierto modo: ¿Para qué me ordenas convertir las piedras en pan? Es seguramente a causa del hambre que me aflige, para que me deje seducir por lo sensible, *pero no solo de pan vive el hombre*⁸⁷, sino que existe otro tipo de alimento. En efecto, «toda palabra que sale de la boca de Dios» va hacia aquel que tiene hambre, sostiene su vida a la manera de un alimento y es suficiente para él.

De ese modo, con paciencia, rechazó la argucia de la gula.

57 = 97

Lc 4, 5

Hom 30, 2

a) El Evangelista dice que «le mostró todos los reinos de la tierra en un instante», lo cual quiere decir que le hizo de

86. 1 Co 3, 19; Jb 5, 13.

87. Mt 4, 4; Dt 8, 3.

palabra una descripción del universo y en cierto modo se la mostró a la inteligencia tal y como él la concebía. Pero el Creador de todo no ignoraba nada.

b) Porque si no es así, ¿cómo habría podido él reunir en un solo lugar otros lugares que están situados en los extremos de la tierra para hacerlos contemplar a unos ojos corporales⁸⁸?

58 = 99 a)

Lc 4, 10ss.

Hom 31, 4

Pienso que creer que Jesús necesita ángeles de Dios «que lo lleven en sus manos para que su pie no tropiece con las piedras» suprime su gloria más que afirma su divinidad.

59 = 103

Lc 4, 10

A la puesta del sol, o al caer del día, traían (a los enfermos). Se avergonzaban, o tenían miedo de los fariseos, o estaban ocupados en otros quehaceres, o quizá pensaban que no estaba permitido curar en sábado. El evangelista había anotado que *les enseñaba durante el sábado*⁸⁹ y que a la caída del sol los padres traían a los enfermos y «Él los curaba».

60 = 113

Lc 7, 37

Un alma con cierto grado de perfección, tras haber servido fielmente al Verbo de Dios, tiene la seguridad⁹⁰ de acercarse a la misma cabeza —*la cabeza de Cristo es Dios*⁹¹— para derramar su perfume y difundir su buen olor para la

88. Este fragmento repite la idea de que la segunda tentación no consistió en una visión física, sino intelectual. Cf. más arriba, 30, 2. En efecto, es imposible contemplar desde un solo punto todo

el mundo.

89. Lc 4, 31.

90. Sobre esta actitud del alma perfecta, véase más arriba 27, 3 con la nota correspondiente.

91. 1 Co 11, 3.

gloria de Dios⁹². En efecto, Dios es glorificado por el buen olor de la vida de los justos. Por el contrario, una mujer, es decir un alma menos perfecta, se dirige a los pies de Cristo y a los miembros más humildes. Nosotros estamos próximos a esta segunda actitud porque no nos hemos arrepentido de nuestras faltas.

¿Dónde están nuestras lágrimas, dónde nuestros gemidos para poder al menos acercarnos a los pies de Jesús? Todavía no podemos acercarnos a su cabeza. Después de todos nuestros pecados debemos considerarnos dichosos de aportar un perfume de conversión para poder adoptar la segunda actitud: la de ungir los pies pero no la cabeza, es decir, la que no alcanza la cima de la perfección sino que toma el último puesto y el más alejado⁹³.

61 = 120

Lc 8, 16

Cristo no habla aquí de una lámpara material, sino de una espiritual. En efecto, «después de haber encendido» esta lámpara, nadie la ocultará poniéndola «en un vaso o bajo una cama», sino que la pondrá «sobre el candelero» que se encuentra en su interior. Los vasos de una casa simbolizan las potencias del alma; la cama, el cuerpo. «Los que entran» son los que entienden al que se comunica con ellos. El candelero es la razón⁹⁴, la sede de la Palabra, o la boca cuando se abre para la palabra de Dios. En ambos casos los hombres que se han acercado a Dios verán «la luz», luz que representa el conocimiento con el que uno se ha iluminado a sí mismo.

92. Cf. Mc 14, 3; Jn 12, 3.

93. Cf. AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 6, 14-16.

94. Textualmente *tò egemo-*

nikòn, «el principio hegemónico» del que Orígenes ha hablado repetidas veces en esta obra: 1, 3; 32, 6.

62 = 124

Lc 8, 39ss.

(Jesús) envió «a su casa» (al poseso) porque este hombre no tenía fuerza suficiente como para sentarse «vestido a los pies de Jesús y quedarse con Él». Es verdad que los hombres de aquellos alrededores no podían soportar la presencia física de Jesús, pero Él se preocupó de la salvación de los que eran capaces de escucharlo en aquella región, puesto que envió al hombre que por propia iniciativa «se había sentado a sus pies» con el fin de que les mostrara «lo que Dios había hecho por él». Habría algunos oyentes y discípulos de este hombre que, aunque no había comprendido muchas cosas, anunciaría lo poco que había comprendido.

Se podría aplicar el sentido de este pasaje también a la naturaleza del hombre de fuera de Israel, para quien Jesús descendió hasta la región de los Gerasenos⁹⁵ y para el que había venido a la tierra. Ese hombre, dice la Escritura, «no llevaba vestido» porque no tenía ninguna prenda con la que cubrir su vergüenza. «Y no habitaba en una casa» porque no era como Jacob, un *hombre sencillo, que vivía en una casa*⁹⁶. Por eso «lo despidió diciendo: vuelve a tu casa».

Y «habitaba en los sepulcros», no entre los vivos, sino entre los muertos. «Había —dice la Escritura— una gran pia-

95. Esta región, situada en la orilla oriental del lago de Genesaret, es designada en los sinópticos con el mismo nombre: *Gerasa, gerasenos* (Mt 8, 28; Mc 5, 1; Lc 8, 26). Pero ya Orígenes (*Comm. in Io.*, 6, 41) llamó la atención sobre la existencia de al menos tres ciudades con un nombre afín: *Gerasa*, una ciudad de Arabia que no tiene ningún lago cerca; *Gadara*, situada en Judea pero que también

carece de agua y a su alrededor no se encuentra ningún precipicio. Solo resta *Gergesa*, que sería la única que cumple las condiciones topográficas de las que habla el Evangelio y que significa «mansión de los que rechazaron», un nombre profético —siempre según Orígenes— alusivo a la actitud que adoptarían sus habitantes respecto a Jesús.

96. Gn 25, 27.

ra de cerdos que estaba paciendo en el monte». Los cerdos no van nunca a pacer en la montaña; ¿cómo es que la pira «se lanzó desde lo alto del precipicio»? Los amigos del placer y del vientre y de lo que está debajo de él, ¿no están paciendo en el lugar donde se encuentran los sepulcros, cerca de la «legión» de demonios?

Pero, en su bondad, Jesús destruye la vida de los puercos precipitándolos en el agua y quita a los vicios, amigos de los placeres y del cuerpo, la respiración que les proporcionan los demonios. Así, el pecador se convirtió enseguida en una persona sobria. Si uno es sobrio, está cerca de Jesús, pero si solo comienza a ser sobrio, se encuentra «a sus pies».

63 = 125

Lc 8, 41ss.

He aquí, en pocas palabras, la historia del milagro, pero quizá hay que contemplarla de un modo a la vez más sobrio y más elevado. Las gentes más sencillas, en su candor, deben admirar las grandezas de Dios tal y como son, «fruto de tus entrañas»: son edificantes incluso cuando se las entienda en un sentido literal. Pero nosotros, que somos capaces de llegar a ver que *todo aquello les ha ocurrido a ellos de un modo simbólico y que ha sido escrito para nosotros*⁹⁷, pidamos al Señor, por medio de nuestra oración, la palabra que nos aclare: ¿cómo es que Jesús ha ido inicialmente en busca de la hija del jefe de la sinagoga y no de la hemorroísa que le vino al encuentro en el camino?, y ¿por qué, cuando se dirigía para comenzar por aquella, fue esta la primera en ser curada?

En efecto, el Hijo de Dios se puso en camino para comenzar con la hija del jefe de la sinagoga, es decir, con la

97. 1 Co 10, 11.

sinagoga de los judíos, y la ha encontrado enferma y moribunda: las transgresiones de Israel la habían hecho morir. La hemorroísa, que estaba en el camino llena de impureza, que perdía sangre *no solo en el tiempo de sus reglas*⁹⁸, sino siempre, y que estaba enferma de su pecado «fenicio»⁹⁹, era la Iglesia de los gentiles, la que cree en el Hijo de Dios antes que la sinagoga. Y mientras Cristo avanza, ella le sigue y trata de tocar al menos «el borde de su manto».

Y Lucas añade un detalle que Mateo ha omitido: que la hija del jefe de la sinagoga tenía doce años y que hacía también doce años que la hemorroísa padecía el flujo de sangre. Así pues, el comienzo de la enfermedad de esta coincide con el nacimiento de la niña. Permanece en la incredulidad durante el tiempo en que vive la sinagoga, y el mismo momento es el fin de la salud para una y el comienzo para la otra¹⁰⁰. Una muere a los doce años, la otra, al tener fe tras doce años de sufrimiento, es curada de la enfermedad «que ningún médico había podido curar».

En efecto, entre los paganos había muchos médicos que prometían la curación. Si te fijas en los filósofos, hacen profesión de tener la verdad e intentan sanar a los hombres. Pero esta mujer, después de haber gastado todo lo que tenía, «no pudo ser curada por ningún médico». Ahora bien, apenas tocó la franja de la túnica de Jesús —el único médico de

98. Lv 15, 25.

99. En Fenicia —Tiro y Sidón— donde existían los yacimientos de la púrpura de color rojo con la que se coloreaban las telas. La expresión relaciona el color de la sangre de la enferma con la procedencia de la púrpura. No falta en la Sagrada Escritura la compara-

ción del rojo púrpura con el pecado: cf. Is 1, 18.

100. Los doce años de vida de la niña coinciden con el tiempo en que la hemorroísa padece su enfermedad. Cuando ella (la sinagoga) muere, llega el momento en que la mujer se cura, no solo en el cuerpo, sino en el alma: Lc 8, 48.

las almas y de los cuerpos¹⁰¹— fue curada gracias a su fe inflamada y ardiente.

Si consideramos nuestra fe en Cristo Jesús, pensamos en la grandeza del Hijo de Dios y en la persona que hemos tocado, veremos que por lo que se refiere a las franjas de su vestido no hemos tocado más que una; pero esa es la que nos sana y nos permite escuchar las palabras de Jesús: «Hija, tu fe te ha salvado».

Y cuando nos hayamos curado, la hija del jefe de la sinagoga resucitará también¹⁰², porque cuando *la totalidad de los paganos haya entrado, entonces todo Israel se salvará*¹⁰³.

64 = 129

Lc 9, 25

Hay un pecado que provoca la muerte del alma, el que Juan llama *pecado para la muerte*¹⁰⁴. Y hay también un pecado que consiste en una debilidad del alma y otro que es un «perjuicio» para el alma: en efecto, esta es la palabra utilizada. Esta expresión se encuentra también en el Apóstol: *Si su obra es consumada, sufrirá un perjuicio*¹⁰⁵.

65 = 139 c)

Lc 9, 28

Los seis días¹⁰⁶ son imagen de la Creación¹⁰⁷, es decir, que esto de ahora (la transfiguración) ocurre después de este

101. Cf. más arriba 13, 2 y la nota correspondiente.

102. Cf. asimismo 33.

103. Rm 11, 25.

104. 1 Jn 5, 16.

105. 1 Co 3, 15. Orígenes extrae de la Sagrada Escritura esta distinción entre pecado mortal, pecado de debilidad y pecado que perjudica al alma. Se vislumbran en estas reflexiones las complicadas distin-

ciones de pecados, que hoy la Iglesia ha dirimido con la simple división entre mortal y venial.

106. Orígenes alude aquí a la divergencia entre los relatos de Mateo (17, 1), Marcos (9, 2) —que hablan de seis días— y Lucas, que escribe ocho, para interpretar que esta escena no transcurre en este mundo, creado en seis días, sino por encima de él.

107. Cf. Gn 2, 2.

mundo. Jesús, en efecto, hará subir «a la montaña elevada» a todo aquel que sea Pedro o Santiago o Juan. Porque ningún otro, salvo esos tres, sube para ver la transfiguración de Jesús y a Moisés y Elías, que aparecen glorificados.

66 = 154

Lc 9, 58

Si estás dispuesto, ¡hombre!, a ser como yo, uno que no tiene «dónde reposar su cabeza», escogerás siguiendo mi enseñanza la inseguridad de aquí abajo con la esperanza del Reino de los cielos, sin esperar ningún descanso aquí en la tierra, sino solamente en el siglo a venir. En efecto, mis discípulos, que practican la justicia, *tendrán que sufrir en el mundo*¹⁰⁸. «Los malos y los charlatanes», que pueden ser comparados «a los zorros y a los pájaros del cielo», en esta vida *avanzarán por la vía de engañar y ser engañados*¹⁰⁹. La frase «el Hijo del Hombre no tiene dónde reposar la cabeza» concuerda plenamente con la palabra de Cristo que encontramos en Pablo: *Andamos de acá para allá*¹¹⁰.

67 = 156

Lc 9, 59-60

Hay un sentido más elevado (de este pasaje)¹¹¹. Al morir su padre, cuando este era un cadáver, fue cuando este hombre fue llamado por el Salvador. Yo pienso esto: que

108. Jn 16, 33.

109. 2 Tm 3, 13.

110. 1 Co 4, 11.

111. Se trata de la escena en que uno, al ser llamado por el Señor, contesta: «Déjame ir primero a sepultar a mi padre». De acuerdo con la ley natural y humana, ese hijo estaba obligado a dar sepultura a su padre. No se olvide que este ejemplo es uno de los ca-

sos estudiados por la literatura clásica en el género de la controversia, ya cultivado por la sofística y sobre todo por Séneca el Anciano (Véase, *Controversias* 4). Con el cristianismo, este deber se convierte en un acto propio de la virtud de la piedad. Orígenes eleva aún más el sentido del mandato de Cristo al hacer esta interpretación alegórica.

igual que el mundo estaba crucificado¹¹² y era un cadáver para Pablo, puesto que las realidades del mundo estaban muertas para él y las consideraba como *visibles y temporales*¹¹³, así también para todo hombre justo el diablo está muerto, mientras que estaba vivo cuando el hombre era pecador.

En efecto, todo aquel *que comete pecado ha nacido del diablo*¹¹⁴. Ese mal padre vive en todo hombre cuando peca y fija su mirada en las cosas de aquí abajo. Pero todo aquel que está muerto para el maligno, puede escuchar al Salvador, que le dice: «Sígueme». Y es sin duda el diablo el padre a quien, según esta interpretación espiritual, debemos odiar¹¹⁵ si queremos ser dignos de Jesús.

Lo de «a los muertos enterrar a sus muertos» no tiene más que un sentido alegórico. Los muertos de algún modo entierran en sí mismos a sus propios cadáveres, ya que se han convertido en sus propias sepulturas y monumentos funerarios. El que obedece a Jesús abandona definitivamente al difunto y no lo toca más, porque sabe que tocar un cadáver ensucia¹¹⁶.

68 = 157

Lc 9, 62

Cada uno de nosotros es su propio labrador y tiene como tierra su propia alma, que debe renovar trabajándola con el arado de la razón y conduciendo los bueyes que trabajan a partir de la Escritura incontaminada. Entonces rejuvenecerá su alma, envejecida en el pasado por culpa de la mucha pereza, que produce mucho mal y obras estériles. Una vez arrancado todo eso con el arado del Verbo y después de haber dejado su alma en barbecho, sembrará to-

112. Cf. Ga 6, 14.

113. 2 Co 4, 18.

114. 1 Jn 3, 8.

115. Cf. Lc 14, 26.

116. Cf. Nm 19, 16.

mando la semilla en la enseñanza divina de la Ley, de los profetas, del Evangelio, repasándolas en su memoria e intentando ponerlas en práctica¹¹⁷.

Por eso, el Dios de todas las cosas dice a través de la boca de Jeremías: *Renovad vuestras tierras con nuevos surcos y no sembréis en las espinas*¹¹⁸. Porque no basta con recibir una semilla divina para producir fruto, sino que además es necesario purificar enteramente el alma, liberarla de toda pasión, de las preocupaciones que conciernen a la vida terrena y de los placeres: todo eso son las espinas¹¹⁹. Por eso dice: *Evita el mal y haz el bien*¹²⁰.

69 = 158

Lc 10, 1

He aquí lo que dice Lucas sobre los setenta, mientras que Marcos dice que: *llamó a los doce y los envió de dos en dos dándoles autoridad sobre los espíritus impuros*¹²¹. Eso de «en grupos de dos» para servir a la palabra de acuerdo con la voluntad de Dios, parece ser algo antiguo, a partir de Moisés y Aarón, en tiempos de la *salida del pueblo desde Egipto*¹²².

En efecto, Dios hizo salir a Israel «de la mano de Moisés y Aarón». Y *Jesús, hijo de Nave, y Caleb, hijo de*

117. Cf. ORÍGENES, *Hom. in Ier.*, 5, 13.

118. Jr 4, 3.

119. Cf. Lc 8, 14.

120. Sal 37 (36), 27.

121. Mc 6, 7. El relato de este pasaje difiere en los sinópticos. Mateo -10, 5- cuenta que Jesús envió a los doce, mientras que Marcos precisa que los mandó de dos en dos. Lucas, por su parte, habla en este pasaje de setenta y

dos separados de dos en dos. Orígenes habla de setenta, teniendo en cuenta sin duda el valor simbólico de esta cifra, tantas veces registrada en la Sagrada Escritura -Gn 10. 46, 27; Nm 11, 16; Jr 25, 11; 29, 10; Dn 9, 24; Mt 18, 22-, o incluso poniendo esta cifra en relación con los setenta redactores de la Biblia en griego que él fijó en su *Hexapla*.

122. Nm 33, 1.

*Jefuné*¹²³, ambos de acuerdo, aplacaron al pueblo sublevado por los diez. También Eldad y Medad, los dos puestos de acuerdo, profetizaban en el campamento¹²⁴. Más tarde, asimismo Pablo y Bernabé fueron enviados en misión a los paganos¹²⁵ y eran un ejemplo de quienes unen sus voces «a dúo sobre la tierra»¹²⁶.

Hay una armonía entre esto y lo de: *El hermano ayudado por su hermano es como una ciudad fortificada*¹²⁷, y aquello otro: *dos hombres son mejores que uno solo*¹²⁸. Esta repartición de los doce en grupos de dos es evidente también en la lista de Mateo, que los ha agrupado por parejas¹²⁹.

70 = 166

Lc 10, 27

Hom 34, 1

Estas palabras¹³⁰ se dirigen contra los discípulos de Valentín y Basílides¹³¹ y contra los de Marción¹³², porque también ellos tienen estos textos en su evangelio. Y nosotros les diremos: si Jesús ha dado su aprobación a quien respondió: «Amarás al Señor tu Dios», expresando que este mandamiento enunciado en la Ley corresponde solamente al Creador, y le ha dicho: «Has respondido bien», ¿qué querrá que hagamos nosotros para vivir la vida eterna, sino amar con «todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con to-

123. Nm 14, 6. Solo los representantes de la tribu de Neftalí -Nabí, hijo de Jabí- y de la tribu de Judá -Caleb, hijo de Jefoné- se opusieron a las noticias alarmantes transmitidas al pueblo por los de las otras diez tribus que habían sido enviados por Moisés para que exploraran la tierra de Canán.

124. Cf. Nm 11, 26.

125. Cf. Hch 13, 2.

126. Cf. Mt 18, 19.

127. Pr 18, 19.

128. Qo 4, 9.

129. Cf. Mt 10, 2-5.

130. «Bien has respondido»: Lc 10, 28.

131. Ver más arriba, 29, 4 y la nota correspondiente.

132. A propósito de Marción, véase más arriba, sobre todo 17, 4 y la nota correspondiente.

das nuestras fuerzas e inteligencia»¹³³ al Señor del que hablan la Ley y los Profetas?

71 = 168

Lc 10, 30ss.

Hom 34, 3

Vamos a explicar en pocas palabras el significado de la parábola¹³⁴. Este hombre representa a Adán o la doctrina que concierne al hombre, la vida que llevaba en el principio y la caída provocada por la desobediencia. Jerusalén significa el Paraíso o la Jerusalén celestial. Jericó es el mundo. Los ladrones son los poderes enemigos, ya sean los demonios o los falsos maestros que se presentaron antes de Cristo. Las heridas son la desobediencia y los pecados.

La desnudez significa la pérdida de la incorruptibilidad y la inmortalidad, así como la privación de toda virtud. El hecho de que el hombre sea abandonado medio muerto muestra que la muerte afecta a la mitad de la naturaleza humana, ya que el alma es inmortal.

El sacerdote es la Ley; el levita, la palabra de los profetas. El samaritano es Cristo, que ha tomado carne de María. La cabalgadura es el cuerpo de Cristo. El vino es la palabra que instruye y corrige. El aceite es la doctrina de la caridad y de la piedad o misericordia. La posada es la Iglesia, y el posadero, los apóstoles y sus sucesores, los obispos y maestros de las iglesias o también los ángeles, que han

133. Cf. Mc 12, 30. Como se aprecia, Orígenes esgrime aquí un argumento —la armonía entre el Antiguo y el Nuevo Testamento— contra estos gnósticos, que no reconocen al Dios airado y vengativo de la Ley y los profetas en el Padre misericordioso del que habla Jesús.

134. Se trata de la parábola del

buen samaritano. Este fragmento añade consideraciones típicas de Orígenes —la preexistencia, la intervención de las fuerzas del mal y la opinión que le merecen los filósofos— que no se encuentran en la traducción que hace Jerónimo de la homilía 34. Ideas en buena parte paralelas expone AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 7, 73-81.

sido puestos para proteger a la Iglesia. Los dos denarios son los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, o el amor a Dios y al prójimo, o incluso el conocimiento del Padre y del Hijo. La vuelta del samaritano es la segunda venida de Cristo.

72 = 171

Lc 10, 38

Hay motivos para pensar que Marta simboliza la acción y María la contemplación¹³⁵. Ahora bien, si la enseñanza moral para la acción no tiene como meta la contemplación, se priva a la vida activa del misterio de la caridad. Porque acción y contemplación no existen la una sin la otra. Dicho de un modo más exacto: Marta ha recibido la Palabra en su propia casa, es decir, en su alma, de una manera más corporal, mientras que María la escuchaba de un modo más espiritual aun estando «a sus pies»¹³⁶.

De acuerdo con eso, aquella que ha abandonado *lo que había de pueril*¹³⁷ en ella, ha dejado ya detrás de sí la catequesis introductoria, que prescinde aún de la exigencia estricta, aunque no haya alcanzado todavía la enseñanza perfecta¹³⁸.

Marta puede también representar la sinagoga¹³⁹, procedente de la circuncisión, que ha recibido a Jesús en sus pro-

135. Este simbolismo aparece también recogido en AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 7, 85. Véase más arriba, 1, 5 y la correspondiente nota. Consúltese también SOLICHAC, A.-DONNAT, L., *Marthe et Marie. Interprétation patristique*, en *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique*, París 1937-1995.

136. Recuértese que para Orígenes estar a los pies es el inicio del

camino hacia la santidad tras la conversión: cf. *Fragmentos* 60 y 62.

137. 1 Co 13, 10.

138. Por tanto, en este estadio el alma no ha alcanzado la perfección.

139. Sobre la sinagoga y la Iglesia de los gentiles, véase más arriba, 33, 1 con la nota correspondiente, así como el *Fragmento* 63.

pías fronteras y se alimenta de las numerosas ceremonias que exige la letra de la Ley.

María, por su parte, es la Iglesia de los pueblos, la que ha escogido «la parte buena» de la *ley espiritual*¹⁴⁰, que jamás «le será quitada», *que no será destruida*¹⁴¹, como la gloria que iluminaba el rostro de Moisés¹⁴²; ha escogido los pocos puntos útiles de la Ley y lo reduce todo al único mandamiento: «amarás».

Hay que entender el: «una sola cosa es necesaria» como: *amarás a tu prójimo como a ti mismo*¹⁴³; y el «pocas son necesarias» como: «conoces los mandamientos: no cometerás adulterio, no matarás», etc.¹⁴⁴.

Marta puede también representar a los fieles venidos de la circuncisión, que practican las costumbres judías y observan los preceptos de la Ley a la manera judía. A su vez, María, a los que han renunciado a la Ley, a los que son *judíos en su interior*¹⁴⁵ y a los que simplemente se sientan a los pies de Jesús *buscando las realidades de lo alto, no las de la tierra*¹⁴⁶.

Porque si uno reflexiona sobre esta historia, encuentra a Marta demasiado corporal, ocupada «en muchos asuntos», mientras que María se entrega exclusivamente a la contemplación y a las cosas del espíritu.

140. Rm 7, 14.

141. 2 Co 3, 7.

142. Cf. Ex 34, 29ss.

143. Mc 12, 31.

144. La relación entre «pocas cosas» y «una sola» de Lc 10, 41 es para Orígenes la misma que existe entre las prescripciones del decálogo —cf. Lc 18, 20— y el mandamiento que las resume todas.

145. Rm 2, 29. Este pasaje es difícil de entender. Por una parte,

Orígenes, sigue con esta expresión a san Pablo, que escribe *en tó kryptó, in occulto*, es decir, «en secreto», pero por otra hace una interpretación alegórica del pasaje, de modo que ya no es una antítesis al *en tó phaneró en sarkí, in manifesto in carne*, sino que apunta a lo que sucede «en el interior, en el corazón» en un sentido espiritual.

146. Col 3, 1-2.

73 = 174

Lc 11, 2

Pienso que nadie puede llamar «Padre» a Dios si no está lleno del *espíritu de adopción*¹⁴⁷, y que un hijo puede dar ese título a Dios si lo glorifica y observa el mandamiento que dice: *Amad a vuestros enemigos, rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y que hace llover sobre injustos y justos*¹⁴⁸.

Asimismo, uno nace de Dios cuando *practica la justicia*¹⁴⁹. Quien ha recibido *en sí mismo la semilla*¹⁵⁰ de Dios puede pronunciar la palabra «Padre», porque no puede pecar en lo sucesivo¹⁵¹.

También nacen de Dios *—y no de una semilla perecedera, sino por medio del Verbo de Dios vivo, que perdura por siempre*¹⁵²— todos aquellos a quienes se aplica la palabra de la Escritura que ha pronunciado Juan: *a cuantos lo recibieron les dio poder para ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre, que no han nacido de la sangre ni de la voluntad de la carne ni del querer del hombre, sino de Dios*¹⁵³.

Estas palabras no significan que Cristo nos eleve a la naturaleza de Dios, sino que nos comunica su gracia y nos confiere su propia dignidad. En efecto, nos dice que llamemos padre nuestro a Dios.

A las palabras: *Padre nuestro*, Mateo añade: *que estás en los cielos*¹⁵⁴, porque habla del Reino de los cielos y describe que el Salvador se dirige a todos los asistentes cuando les revela las bienaventuranzas¹⁵⁵ y les enseña a rezar.

147. Rm 8, 15.

148. Mt 5, 44-45.

149. 1 Jn 2, 29.

150. 1 Jn 3, 9.

151. Véase a este propósito más arriba 2, 1 y la nota correspondiente

152. 1 P 1, 23.

153. Jn 1, 12-13.

154. Mt 6, 9.

155. En *Hom.*, 38, 1-2 ha explicado Orígenes que en Cristo se cumplen las Bienaventuranzas.

Lucas, que habla del Reino de Dios en todo su Evangelio, ha omitido el «que estás en los cielos» para mostrar que lo divino es una realidad por encima de cualquier expresión local.

Según él, Cristo dirige el pasaje sobre la oración personalmente a los apóstoles, porque estos están más adelantados que la multitud. Tampoco añade la petición: *libranos del maligno*¹⁵⁶, como hace Mateo.

74 = 177

Lc 11, 2

«Venga tu reino», a fin de que sea destruido *todo principado, dominación y potencia*¹⁵⁷ e incluso todo reino de este mundo¹⁵⁸, así como el pecado que reina en nuestros cuerpos mortales¹⁵⁹, de modo que Dios reine sobre todas estas cosas.

75 = 180

Lc 11, 3

Los discípulos de Marción¹⁶⁰ mantienen el texto siguiente: «Danos tu pan supersubstancial de cada día». Nosotros, puesto que ellos rechazan las interpretaciones alegóricas y espirituales, les plantearemos la siguiente pregunta: ¿cuál es ese pan de Dios? Porque si entienden el texto como nosotros lo hemos interpretado, alegorizan sin ninguna duda. Pero si entienden por eso el pan corporal, entonces ¿cómo vie-

156. Mt 6, 13.

157. 1 Co 15, 24.

158. Cf. Mt 4, 8.

159. Cf. Rm 6, 12.

160. Sobre Marción y sus discípulos véase sobre todo 17, 4 y la nota correspondiente. En este fragmento Orígenes quiere decir que mientras afirmar «supersubstancial», en vez de «substancial» como hace Lucas, es superfluo —más

aún, provoca que los marcionitas se contradigan, puesto que no admiten interpretaciones alegóricas ni al Dios del Antiguo Testamento, que es capaz de hacer pasar hambre al pueblo—, la expresión «de cada día» resulta necesaria. Sobre esta petición del Padrenuestro y su interpretación por parte de Orígenes, véase su *Libellus de oratione*, 27 (PG, 11, 505-522).

ne del Dios a quien ellos consideran bueno? En todo caso es necesario añadir: «de cada día». Porque nuestra verdadera vida¹⁶¹ debe ser restaurada a fin de que el *hombre interior*¹⁶² viva según Dios.

76 = 182

Lc 11, 5

Las palabras: «¿Quién de vosotros?» se dirigen a los discípulos, y la expresión «tiene un amigo» quiere decir que Dios es un amigo para los santos, como Moisés y Abraham¹⁶³. «La medianoche» significa seguramente «el tiempo de esta vida, que es breve», cuando el exterminador penetra en toda casa de Egipto¹⁶⁴ —es decir, del mundo— cuyo dintel no esté marcado por la sangre de Cristo.

El discípulo pide a su amigo «tres panes»: quiere alimentar con la ciencia de la Trinidad al viajero que llega a su casa, según lo que Cristo dijo: *Sin mí no podéis hacer nada*¹⁶⁵. Pero ¿cómo es que el amigo responde desde el interior: «no me molestes»? ¿Significa que nosotros, que *sufrimos y penamos bajo la carga*¹⁶⁶, cargamos nuestras penas sobre el Salvador, porque es *Él quien carga con nuestras enfermedades y es afligido por nuestra causa*¹⁶⁷? ¿O quiere decir que Dios (Padre) carga con las penas que se depositan en Él, a la manera como se dice que está adormecido o irritado contra aquel que peca?

77 = 185

Lc 11, 24

¿Cómo hay que entender «ese espíritu malvado que recorre lugares desiertos buscando un lugar de descanso y no

161. Es decir, la vida de la gracia que es la verdadera, mientras la terrena es solo su imagen.

162. Rm 7, 22; 2 Co 4, 16.

163. Cf. Jc 2, 23; Sb 7, 27.

164. Cf. Ex 12, 29.

165. Jn 15, 5.

166. Mt 11, 28.

167. Is 53, 4; Mt 8, 17.

hallándolo»? Esos lugares desiertos eran otrora los gentiles, pero ahora son regados por el agua divina y ya no permiten al espíritu malo reposar en ellos. Satanás vuelve entonces a su primitivo domicilio, los israelitas. En efecto, cuando estaban en Egipto, el espíritu malvado habitaba en ellos porque vivían de acuerdo con las costumbres y las leyes de los egipcios; pero cuando la misericordia divina los rescató por medio de Moisés, los abandonó.

Sin embargo, ahora, puesto que no han creído en Cristo sino que han rechazado al Redentor, de nuevo «el espíritu impuro» se ha apoderado de ellos y los ha encontrado sin ninguna presencia divina en ellos, estériles¹⁶⁸ y desocupados, dispuestos a ser habitados por él, y se ha instalado en ellos con toda su fuerza. Este último rasgo parece que se muestra en los «otros siete espíritus» que toma consigo.

En efecto, la Sagrada Escritura acostumbra a designar con este número¹⁶⁹ a una multitud, por ejemplo cuando dice que *la estéril ha engendrado siete veces y la que tenía muchos hijos se había agotado*¹⁷⁰. Quienes no han creído en mi Hijo, no solo tienen el «espíritu impuro» que los poseía en Egipto, sino que están poseídos de otros espíritus malignos y para ellos «el fin es peor que el principio».

168. Es la esterilidad del desierto en sentido literal, no en el sentido espiritual, del que habla Orígenes en tonos positivos, por ejemplo en 11, 4 y 21, 3.

169. Sobre el valor simbólico de esta cifra, véase lo que se dijo en la nota correspondiente al *Fragmento*, 69 a propósito del número setenta. Siete aparece con tanta o más frecuencia aún, a lo largo de toda la Revelación, por ejemplo en:

Gn 2, 2; 29, 18.27; 41, 29.47.53 Ex 12, 15.19; 20, 10; 25, 32; Lv 4, 6; 14, 7; 16, 29; 25, 4.8; Nm 28, 11; 29, 12; Jos 6, 4; Rt 4, 15; 1 R 18, 43; 2 R 5, 10; 2 M 7, 1; Sal 119 (118), 164; Is 4, 1; Jr 15, 9; Dn 4, 20 y en el NT Mt 22, 25; Mc 8, 5.6.8; Lc 8, 2; Hch 6, 3; Ap 1, 4. 12.16; 12, 3; 13, 1; 17, 7. Véase esta misma idea en AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 7, 95.

170. 1 S 2, 5.

Ahora sufren más que en Egipto porque no han creído en Jesucristo, sino que *han dado muerte al príncipe de la vida*¹⁷¹, y por eso han sido privados de la vida. Entre ellos, ningún profeta dice: *He aquí lo que dice el Señor*¹⁷², ni hay milagro ni prodigio ni signo alguno de la manifestación y de la presencia de Dios. Los bienes se han trasladado a nosotros, que venimos de los gentiles, según la palabra de Jesús: *El reino de Dios les será arrebatado y entregado a una nación que dará sus frutos*¹⁷³. Nosotros somos la nación a quien ha sido dado «el Reino de Dios», la ciudadanía de la Buena Nueva.

78 = 186

Lc 11, 34

Esto es lo que me parece significa la frase «la lámpara del cuerpo es el ojo»: la inteligencia es el sentido de la vista para toda el alma, para todo el hombre. Para que cuidáramos de ella, añade Jesús: *Estén iluminadas vuestras lámparas*¹⁷⁴. En realidad, alumbramos nuestra lámpara cuando cuidamos nuestra capacidad de comprensión.

Algo análogo es también aquello de: «Nadie enciende una lámpara para colocarla bajo un celemin, sino para ponerla sobre un candelero». Se enciende una lámpara cuando uno se interesa por la sabiduría, la razón¹⁷⁵ y las realidades divinas con el fin de ser perfecto. Porque la perfección no se obtiene de otra manera que ejercitando los sentidos¹⁷⁶ con lo divino e inteligible, lo que Pablo expresaba claramente diciendo: *Conviene a los que son prefectos el alimento sólido, a aquellos que habitualmente discernen el bien del mal*¹⁷⁷. A

171. Hch 3, 15.

172. Ez 3, 11.

173. Mt 21, 43.

174. Lc 12, 35.

175. Sobre el sentido que Orígenes da al término «razón» (*ratio*, *lógos*), véase más arriba, 1, 3 y

la nota correspondiente.

176. Orígenes se refiere aquí a los sentidos del alma, de los que habla repetidamente en esta obra. Véase, por ejemplo, 32, 6 y la nota correspondiente.

esos, a los perfectos, es a quienes se les puede revelar la sabiduría, de la que se dice: *Hablamos de la sabiduría entre los perfectos*¹⁷⁸.

El ojo designa exactamente la inteligencia que hay en nosotros: en ella se encuentra, en el hombre virtuoso, el principio de su sencillez¹⁷⁹, porque en él no hay ni duplicidad, ni engaño, ni ruptura, ni división, ni separación, mientras que, al contrario, para el hombre malvado la inteligencia es el principio de la perversión y de todo tipo de pecados.

Ahora bien, piensa si al «cuerpo» se le puede dar un sentido alegórico, como se ha hecho con el «ojo», y ver en él a toda el alma —aunque esta naturalmente no sea corporal¹⁸⁰—, puesto que Dios ha colocado la inteligencia en el alma del hombre. O si el cuerpo designa el resto del hombre fuera de la inteligencia, es decir, el compuesto formado por el resto del alma y del cuerpo. Porque el alma entera está ante todo iluminada por la inteligencia, y se podría decir que el cuerpo se hace eco de la sencillez de la inteligencia cuando es movido por ella; o de su perversidad, cuando el alma se sirve del cuerpo como instrumento de pecado.

No tienes por qué sorprendente si en la frase: «el ojo es la lámpara del cuerpo» vemos en el cuerpo al alma en sentido alegórico, a pesar de que esta por naturaleza sea invisible e incorpórea, dado que ha sido creada a imagen del Dios invisible¹⁸¹. En efecto, las facultades del alma son designadas alegóricamente con los mismos nombres que los miembros del cuerpo, por más que no sean corporales.

177. Hb 5, 14.

178. 1 Co 2, 6.

179. La unidad y la sencillez son para Orígenes, como para Plotino, signos de lo divino, mientras que la multiplicidad ha surgido de la creación y el pecado.

180. Orígenes ha defendido siempre la perfecta incorporeidad de Dios y del alma frente a tendencias antropomórficas o milenaristas.

181. Cf. Col 1, 15.

Así, por ejemplo, en la frase: *Ilumina mis ojos*¹⁸² no se alude a los ojos del cuerpo; y en esta otra: *Él me ha dado un oído*¹⁸³ no se trata del cuerpo, como tampoco cuando se dice: *El que tenga oídos para oír, que oiga*¹⁸⁴.

En el Cantar de los Cantares, los miembros del cuerpo de la esposa —ya se trate del alma humana en comunión con Cristo, su Esposo, ya de la Iglesia¹⁸⁵—, son alabados uno tras otro por el esposo: sus cabellos, sus dientes, sus labios, su mejilla, su cuello, sus senos¹⁸⁶. Si con la esposa se alude alegóricamente al alma, entonces hay que entender que las diferentes partes del cuerpo de aquella designan a las diferentes facultades de esta.

También la frase: *Que mi pie no tropiece*¹⁸⁷ debe referirse alegóricamente a la facultad del alma para moverse de un objeto a otro. Si reflexionas, puedes encontrar en las Escrituras muchos pasajes similares que permiten comprender sin error en qué sentido se alude al cuerpo en la frase «lámpara del cuerpo es el ojo» y expresiones análogas.

Los Proverbios prometen una *sensibilidad divina*¹⁸⁸, distinta de la que no lo es. La que no lo es la tenemos en común con los animales irracionales, que disfrutaban de la vista, del oído, del gusto, del olfato y del tacto. En cuanto a los sentidos divinos, no todos los hombres tienen parte en

182. Sal 13 (12), 4.

183. Is 50, 4.

184. Mt 11, 15.

185. Recuerdese que la tradición de considerar la esposa del Cantar de los Cantares, bien como la Iglesia, bien como el alma individual, arranca de Orígenes. Véase a este respecto DASSMANN, E., «*Ecclesia vel anima*». Die Kirche und ihre Gliederin der Hoheliedererklärung bei Hippolyt, Orige-

nes und Ambrosius von Mailand», en *Römische Quartalschrift für christliche Altertumskunde und für Kirchengeschichte*, Freiburg 61 (1966), 121-144.

186. Cf. Ct 4, 1ss.

187. Sal 91 (90), 12.

188. Pr 2, 5. Orígenes prefiere esta versión a la que trasmite la Septuaginta: «el conocimiento de Dios».

ellos; para ello es necesario hacer lo que se requiere para «encontrar una sensibilidad divina». Y puesto que los nombres de las partes del cuerpo son análogos a las potencias del alma, no tienes que sorprenderte de que la palabra «cuerpo», en la frase: «el ojo es la lámpara del cuerpo» haga referencia a toda el alma. Con eso naturalmente no queremos decir que haya que alegorizar todos los textos en los que se habla del cuerpo, porque sabemos que ese término se aplica también a otras realidades, como en: *No temáis a los que matan el cuerpo*¹⁸⁹ y en: *Vosotros sois el cuerpo de Cristo*¹⁹⁰.

79 = 187

Lc 11, 34

En mi opinión, el sentido de la frase siguiente, «tu cuerpo estará iluminado», es este: todo tu cuerpo estará iluminado si nada oscuro hay ya en ti porque no pecas más.

Tu cuerpo se encuentra iluminado por completo porque tú estás iluminado por la luz del cuerpo. Por lo que respecta a esta iluminación, cabe comparar sus rayos a una lámpara que irradia claridad: si bien da luz, no destruye las tinieblas.

De forma análoga, la iluminación que procede de la inteligencia se asemeja a una claridad mucho más brillante que la luz que alumbra el cuerpo, que es tinieblas por naturaleza. Esta iluminación es semejante a una lámpara situada en el centro de la claridad, que resplandece cuando el cuerpo es conducido allí donde la inteligencia quiere¹⁹¹.

189. Lc 12, 4.

190. 1 Co 12, 27.

191. Estos tres primeros párrafos dejan entrever cierto dualismo en la antropología de Orígenes: un principio tenebroso que es el cuerpo y otro luminoso que es la inteligencia. Solo cuando esta preva-

lece se encuentra el hombre con el cuerpo y el alma iluminados. La última frase, por su parte, encierra un alegato en pro del cultivo de la inteligencia, a través del estudio. Sobre este tema, véase más arriba 8, 1 y la nota correspondiente.

Por tanto, si el espíritu, que es luz por su naturaleza, se convierte en tinieblas en las personas ignorantes e incultas¹⁹², entonces el cuerpo entero —entendiendo por tal la parte del alma sometida a las pasiones, es decir, el alma irascible y concupiscible—, será todavía más tinieblas.

80 = 195

Lc 12, 35-37

Los que viven en la castidad tienen «los lomos ceñidos». Puesto que nuestra vida es una noche, necesitamos una lámpara¹⁹³ que es la inteligencia, el ojo del alma. Si el *hombre interior*¹⁹⁴ debe estar en vela, es necesario ciertamente que nos mantengamos despiertos en la mayor parte de las circunstancias de nuestra vida, o incluso en todas, por culpa de *los principados y las potestades*¹⁹⁵ que nos tienden trampas. Contra ellas debemos luchar a fin de *encontrar un lugar para el Señor, una morada para el Dios de Jacob*¹⁹⁶ y, cuando llegue el momento, para abrir al Maestro que llama¹⁹⁷.

Date cuenta de que a la vigilancia se le otorga una recompensa. En efecto, se dice: «se ceñirá» porque tiene «los lomos ceñidos», según aquello de que *el Señor se revistió de su poder y se ceñió*¹⁹⁸. Al mismo tiempo hará que cada uno «se siente» a la mesa según su mérito y «servirá» a cada uno según su mérito, retribuyendo *a cada uno según sus obras*¹⁹⁹.

81 = 202

Lc 12, 52

En este relato evangélico hay seis personas, pero una de ellas —es decir, la nuera— desempeña dos papeles, el de hija

192. Se entiende que Orígenes habla aquí de una ignorancia culpable.

193. Cf. AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 7, 132.

194. Rm 7, 22.

195. Ef 6, 12.

196. Sal 132 (131), 5.

197. Cf. Ap 3, 20.

198. Sal 93 (92), 1.

199. Rm 2, 6.

y el de nuera, según se oponga a su madre o a su suegra; por eso puede ocurrir que tres luchen contra dos y dos contra tres.

En un sentido espiritual, en esta casa única que es el hombre, antes de la llegada del Logos, los cinco sentidos se ponen de acuerdo para vivir en medio de placeres. Pero cuando Él está presente, se separan: por un lado, los dos que más tienden a la sabiduría, la vista, que nos permite ver el orden del mundo y admirar al Creador, y el oído, por el que nos alcanza el conocimiento del Verbo divino; por el otro, los tres restantes, el gusto, el olfato y el tacto, sentidos materiales que no están dotados para tender a la sabiduría. Estos son los tres que se oponen a los dos primeros.

La frase siguiente: «el padre estará dividido contra el hijo», debe ser interpretada a partir de otro principio, que no tiene que ver con el anterior. En sentido literal, este dicho se refiere a la separación entre fieles e infieles. En sentido espiritual, si embargo, «el padre», es decir, la inteligencia, «se opone al hijo», al razonamiento perverso que está en desacuerdo con él.

Con la frase «Y el hijo contra el padre» se alude al hijo que no entierra a su padre muerto²⁰⁰.

Con «la madre contra la hija» se habla del alma que no acepta su mal fruto; en «la hija contra la madre», la madre es la materia, mientras que la hija es el alma que todavía no se ha unido a ella.

«La suegra contra la nuera» es la madre del alma que estaba sumisa a la Ley como a su esposo: me refiero al Espíritu Santo, que ha abandonado al pueblo de la circuncisión.

«La nuera contra la suegra» es el pueblo que se ha separado del Espíritu Santo por culpa del pecado.

200. Cf. Lc 9, 59. Véase *Fragmento 67* y la nota correspondiente.

82 = 205

Lc 13, 21

De otro modo, se puede tomar a esta mujer por la Iglesia, la levadura por el Espíritu Santo, las tres medidas por el cuerpo, el espíritu y el alma²⁰¹. Están santificados por la levadura del Espíritu Santo hasta fundirse con él en una sola masa a fin de que *todo vuestro cuerpo, vuestro espíritu y vuestra alma se mantengan sin reproche hasta el día de la venida de nuestro Señor Jesucristo*²⁰², como afirma el divino Pablo.

83 = 209

Lc 14, 12

Este texto nos exhorta, en sentido literal, a no invitar a amigos y vecinos, sino «a pobres, a tullidos, a cojos y a ciegos». Entendido en su sentido genuino y no en forma de una parábola –con el fin de ayudar a los más sencillos en la medida de lo posible– rechaza las convenciones. Porque no es propio de un hombre cuerdo invitar a pobres que no son creyentes, o no invitar a amigos creyentes que son pobres.

En sentido místico, amigos son los que disfrutan con su razón de la doctrina verdadera; hermanos son aquellos que comparten nuestros principios; y parientes, aquellos que se mantienen más alejados pero quieren acercarse a nosotros desde el punto de vista de la doctrina; finalmente, los vecinos representan a aquellos que no están lejos de las moradas de nuestras creencias.

El término «rico» hay que entenderlo en general: el que es rico en las doctrinas que cree verdaderas, cuando se le invita a abrazar la que es realmente verdadera, si se opone a la verdad es como uno que invita a su vez a aquel que le enseña.

201. Ver más arriba, 4, 5 con la nota correspondiente.

202. 1 Ts 5, 23.

Puesto que entre nosotros no hay *muchos sabios*²⁰³, sino solo algunos, uno se puede preguntar si es necesario invitarlos. Quienes anuncian conferencias públicas invitan a los ricos, no a los pobres; pero el que está al servicio de la fe verdadera prescinde de discursos inspirados por la vanagloria.

Dice: «Invita a los pobres», es decir, a los que apenas tienen doctrina, para enriquecerlos; a los «tullidos», es decir, a los espíritus que están en el error, para sanarlos; a los «cojos», que tienen una doctrina titubeante, *para orientar sus pasos*²⁰⁴; a los «ciegos», que no tienen la capacidad de ver, para que contemplen la verdadera luz.

La frase «no pueden devolverte la invitación» significa que no son capaces de razonar por el método de pregunta y respuesta y conforme a la dialéctica²⁰⁵.

La comida son las doctrinas introductorias, la moral, los textos del Antiguo Testamento; la cena son las doctrinas místicas de los adelantados, o las del Nuevo Testamento²⁰⁶.

La *resurrección de los justos*²⁰⁷ es la que Juan llama «primera» en el Apocalipsis.

84 = 212

Lc 14, 18 ss.

El que ha comprado cinco yuntas de bueyes y no ha probado desde el principio lo que ha adquirido es el que menosprecia la naturaleza inteligible y filosofa sobre lo que se capta con los sentidos, como los judíos ebionitas²⁰⁸.

203. 1 Co 1, 26.

204. Hb 12, 13.

205. Sobre esa técnica de la dialéctica clásica véase 19, 6 y la nota correspondiente.

206. Así comenta Orígenes la diferencia entre *prandium* (*áriston*) y *cena* (*déipnon*), como hace en *Comm. in Io.*, 32, 2. Por el prime-

ro entiende el alimento introductorio a la vida espiritual, mientras que el segundo se sirve a quienes están ya más adelantados.

207. Ap 20, 5.

208. Sobre los ebionitas, véase más arriba, 17, 4, con la nota correspondiente.

Ese ha entrado en el arca²⁰⁹ sin tomar consigo siete parejas de animales puros, sino solo dos de animales impuros²¹⁰, mientras que el Salvador ha *fundido los dos en un solo hombre nuevo*²¹¹ y ha dicho: *Mi Padre y yo somos uno*²¹².

Si dos es la cifra de la materia, este hombre estima lo sensible y lo material²¹³. Por eso se niega a tomar parte en el banquete de la inteligencia. De ahí que algunos manuscritos, en lugar de «Te ruego...», traen: «...por este motivo no puedo acudir». Quienes eligen lo sensible dicen que son incapaces de concebir lo incorporal.

Otro dice: «He tomado esposa». Es el que cree haber encontrado una sabiduría y, porque participa de ella, rechaza la verdadera sabiduría. O es uno que está unido a la carne y es más amigo del placer que de Dios²¹⁴. *Los que están en la carne no pueden agradar a Dios*²¹⁵.

85 = 216

Lc 15, 16

El deseo que tiene el vicioso de saciarse con bellotas hay que entenderlo así: cuando la naturaleza racional cae en la sinrazón, desea llegar si no a las doctrinas más elevadas, al menos a algún tipo de doctrina. Ahora bien, las bellotas tienen un gusto dulce e hinchan el cuerpo²¹⁶, pero producen estreñimiento; son, al parecer, las doctrinas halagadoras de los materialistas y partidarios del cuerpo, que convierten el placer en un bien y *cierran los oídos a la verdad y los vuelven a las fábulas*²¹⁷.

209. El arca es la Iglesia.

210. Cf. Gn 7, 2.

211. Ef 2, 15.

212. Jn 10, 30.

213. En efecto, dos es una cifra ambivalente: de una parte es compuesta, pero de otra forma una unidad, como es el caso del matrimonio, etc. En este segundo caso es lo

opuesto, o al menos lo siguiente al uno. Si la unidad, Dios, es espíritu, lo opuesto o lo siguiente es la materia.

214. Cf. 2 Tm 3, 4.

215. Rm 8, 8.

216. Cf. AMBROSIO, *Exp. eu. Luc.*, 7, 217-218.

217. 2 Tm 4, 4.

«Y nadie se las daba». Los malvados no explican sus doctrinas perversas a los buenos por temor a ser rechazados. O más bien puede decirse que las doctrinas de fuera, por no ser nutritivas, no pueden llenar el estómago y no son digeribles, como los alimentos espirituales.

86 = 231

Lc 19, 24

Hom 39, 7

«Quitadle la mina», dice a los asistentes, es decir, la gracia del Espíritu Santo, porque si la posee no puede ser castigado. En primer lugar debe ser despojado. «Y dádsele al que tiene diez minas». Dios nos devuelve sus dones añadiendo un suplemento. Al que ha hecho fructificar la mina y ha ganado diez, Dios le devuelve «las diez minas» con una más: la mina del siervo que no ha trabajado.

87 = 232

Lc 19, 26

Quien posee una virtud adquirida gracias a sus trabajos y sudores —dice Jesús—, recibe de Dios algo más. Así, por ejemplo, al que tiene la fe en la medida de sus posibilidades le será concedido el carisma de fe. O, dicho de un modo sencillo, quien tiene por naturaleza una cualidad innata y la mejora por su aplicación y desvelos, obtendrá de Dios lo que aún le falta. Por el contrario, el malvado que no ha transmitido a la multitud la doctrina, será despojado de lo que tenía y además castigado.

88 = 235

Lc 19, 30

Hom 37, 4

En efecto, es tarea de los discípulos que han soltado al pollino, llevarlo a Jesús una vez desatado, arrojar sobre él buena parte de los vestidos con los que se cubren —es decir, sus actos y sus palabras— y después hacer que monte Jesús, hacer que se siente y a continuación extender sus ves-

tidos sobre el camino a fin de que sobre ellos marche el pollino desatado, montado por Jesús²¹⁸.

89 = 236

Lc 19, 37.40

Hom 37, 5

Cuando la multitud «de los discípulos alaba a Dios en voz alta», las piedras callan. Pero si la multitud de los discípulos calla —lo cual sucederá *cuando se produzca la apostasía*²¹⁹—, gritarán «las piedras».

90 = 241

Lc 20, 36

Hom 39, 2

La expresión *como los ángeles de Dios en el cielo*²²⁰ no quiere decir que los hombres estarán en el cielo, sino que serán como los ángeles del cielo. Marcos lo dice con toda claridad: *serán como los ángeles en el cielo*²²¹. La gran multitud de los ángeles no procede de un crecimiento por generación, sino de su creación, como ocurrirá con la enorme cantidad de los resucitados.

91 = 242

Lc 20, 38

Sabemos que los seguidores de Marción y los de Valentín atacan también este texto²²², al aplicar esta expresión a las almas: de ellas se dice que viven, y a propósito de ellas el Señor habría dicho que Dios es su Dios.

Por el contrario, hay que decir que la oposición de los saduceos no se refería a las almas, sino a los cuerpos; por

218. El sentido espiritual del pasaje, ya explicado en 37, 2-5, es el siguiente: el pollino es el pagano que, instruido, es decir, soltado de sus pecados por los discípulos y protegido por las virtudes y el ejemplo de estos, o sea, por sus vestidos, es llevado a Cristo, que

toma posesión de él mientras lo cabalga.

219. 2 Ts 2, 3.

220. Mt 22, 30.

221. Mc 12, 25.

222. «Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, porque para Él todos viven»: Lc 20, 38.

tanto, Jesús responde a este respecto. Y se afirma que el difunto resucita cuando el alma se vuelve a unir al cuerpo; en el tiempo intermedio no se disolverá, sino que estará en una especie de ociosidad y privada de todo lo que es propio de la vida de la que disfrutaba cuando estaba unida al cuerpo. En efecto, los dos juntos no forman sino una unidad —el hombre y la vida común— y ambos son necesarios para que reaparezca la vida a partir de la muerte.

ÍNDICES

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

1, 22:	11, 1
1, 27:	8, 2; 39, 5
3, 6-7:	16, 7
3, 16:	Fr. 12 a)
3, 24:	24, 2
6, 12:	22, 7
12, 1:	22, 5
15, 15:	15, 4; 20, 7
25, 27:	Fr. 62
26, 13:	11, 2
28, 14:	Fr. 33 a)
31, 32-33	23, 7
41, 46:	28, 5

Éxodo

3, 4:	11, 4
4, 10:	5, 3
4, 11:	16, 8
12, 2:	28, 4
12, 29:	Fr. 76
13, 2:	14, 7
15, 16:	22, 10
19, 19:	11, 4; 18, 4
20, 18:	1, 4
23, 20:	10, 7
34, 23:	14, 7

Levítico

12, 2-4:	14, 6
15, 25:	Fr. 63
18, 5:	24, 1

Números

8, 16:	14, 7
11, 26:	Fr. 69
14, 6:	Fr. 69
19, 16:	Fr. 67

22, 25:	14, 9
33, 1:	Fr. 69

Deuteronomio

4, 16-17:	8, 3
4, 24:	26, 1
6, 3-5:	34, 2
6, 13:	30, 4
6, 16:	31, 2
7, 13:	39, 3
8, 3:	29, 5; Fr. 56
8, 3-5:	26, 4
10, 12:	39, 6
16, 20:	2, 6
18, 3:	37, 1
23, 7-8:	12, 6
32, 1:	23, 7
32, 8-9:	35, 6
32, 9:	4, 2
32, 22:	26, 2
32, 39:	16, 4

Jueces

13, 22:	Fr. 7 a)
---------	----------

1 Samuel

2, 5:	Fr. 77
-------	--------

1 Reyes

8, 39:	Fr. 5 a)
10, 4-5:	38, 6
11, 6-7:	28, 2
14, 21:	28, 2
15, 26.34:	28, 2
17, 9:	33, 4

2 Reyes

2, 11:	Fr. 9 f)
--------	----------

5, 10:	33, 5
5, 14:	33, 5
6, 17:	23, 9

Job

5, 13:	Fr. 56
14, 4:	14, 3.5
14, 4-5:	2, 1
40, 3 Sept.:	26, 4

Salmos

1, 2:	39, 2
2, 7:	31, 4
4, 7:	32, 6
13, 4:	Fr. 78
19, 5:	6, 9
22, 7:	14, 8
22, 23:	28, 6
24, 8:	10, 3
32, 5:	17, 8
37, 27:	Fr. 68
55, 7:	27, 6
68, 14:	27, 6
68, 19:	27, 5
77, 16:	Fr. 27
78, 1:	14, 7
91, 1. 6-8:	31, 5
91, 11-12:	31, 2
91, 12:	Fr. 78
91, 13:	31, 6-7
93, 1:	Fr. 80
102, 27:	22, 7
103, 22:	23, 7
104, 4:	26, 1; 31, 4
104, 15:	34, 7
105, 37:	1, 6
115, 8:	22, 9
119, 28:	1, 3
121, 4:	34, 5
127, 1:	13, 5
128, 3-5:	39, 3
132, 5:	Fr. 80

132, 11	Fr. 21 a)
138, 1:	23, 7
147, 5:	Fr. 15
148, 2:	23, 7

Proverbios

2, 5:	Fr. 78
3, 4:	2, 5
17, 6 Sept.	35, 11
18, 19:	Fr. 69

Eclesiastés

4, 9:	Fr. 69
7, 17:	25, 6

Cantar de los cantares

4, 1-2:	Fr. 78
---------	--------

Sabiduría

1, 2:	3, 4
5 6:	Fr. 8
7, 17-28	21, 6
7, 27:	Fr. 76

Isaías

1, 1:	21, 1
1, 3:	13, 7
1, 6:	34, 6
1, 8:	5, 4
1, 18	Fr. 63
3, 12:	35, 12
4, 4:	14, 13
5, 1:	10, 2
6, 10:	35, 14
30, 6:	37, 2
40, 3:	21, 5; Fr. 51
44, 22:	17, 8
50, 4:	Fr. 78
53, 4:	34, 7; Fr. 76
54, 1:	21, 2; 33, 4
61, 1:	32, 3
61, 2:	32, 5

62, 11: 35, 9

65, 23: 39, 3

Jeremías

1, 1: 21, 2

4, 3: Fr. 68

11, 21: 33, 3

11, 28: 1, 1

Ezequiel

18, 24: 38, 4

22, 28: Fr. 77

Daniel

10, 20-21: 35, 6

Amós

1, 1: 21, 1

8, 11: 28, 5; 33, 4

Miqueas

7, 19: 23, 4

Zacarías

3, 3: 14, 4

Malaquías

3, 23: Fr. 9 a)

Mateo

1, 1: 29, 6

1, 1-17: 28, 1

1, 20: 19, 4

1, 24: 6, 3

2, 13: 19, 4

3, 4: 11, 5; 25, 2

4, 3: 29, 4

4, 4: 29, 5; Fr. 56

5, 1: 20, 4

5, 4: 38, 1

5, 5: 38, 2

5, 9-10: 38, 1

5, 25: 35, 1

5, 26: 35, 2

5, 28: 2, 3

5, 44-45: Fr. 73

5, 45: Fr. 53

6, 2: 2, 4

6, 4: Fr. 5 c)

6, 9.13: Fr. 73

6, 24: 23, 3; 37, 3

6, 27: 11, 2

7, 15: 31, 3

7, 24-25: 26, 4

7, 24-28: 1, 3

8, 1: 20, 4

8, 17: 34, 7; Fr. 76

8, 29: 6, 6

10, 2-5: Fr. 69

10, 10: 23, 3

10, 16: 27, 5

10, 28: 36, 1

10, 32-33: 35, 10

10, 34: 13, 4

11, 3: 27, 3-4

11, 11: 10, 7

11, 28: 34, 7; Fr. 76

11, 29: 8, 5; 38, 1

12, 16: 6, 4

13, 55: 7, 4

15, 22: 33, 4

15, 24: 34, 4

15, 27: 38, 6

17, 10-13: Fr. 9 e)

18, 6: 4, 3

18, 10: 4, 3; 33, 8; 35, 3

18, 19: Fr. 69

18, 24: 35, 10-11

20, 21: 25, 5

21, 43: Fr. 77

22, 19: 39, 5

22, 29: 39, 4

22, 29-30: 39, 2

22, 30: Fr. 90

22, 40: 34, 1
 23, 33: 8, 3
 23, 38: 20, 3
 24, 1: 20, 3
 24, 12: 37, 5
 24, 28: 16, 10
 25, 15-16: 35, 11
 25, 33: 35, 10
 26, 39: 17, 7
 26, 41: 11, 3

Marcos

6, 7: Fr. 69
 7, 7: Fr. 8
 12, 25: Fr. 90
 12, 31: Fr. 72
 14, 27: 17, 6

Lucas

1, 1: Fr. 1 b)
 1, 1-4: 1
 1, 2: Fr. 2; 3
 1, 5: 6, 8
 1, 6: 2; Fr. 5
 1, 11: 3; Fr. 6
 1, 13-15: Fr. 7
 1, 13-17: 4
 1, 16: Fr. 8
 1, 17: Fr. 9
 1, 20: Fr. 10
 1, 20-22: 5
 1, 24-33: 6
 1, 26-27: Fr. 11
 1, 28: Fr. 12
 1, 30: Fr. 13; 14
 1, 32: Fr. 15
 1, 35: 4, 5; 14, 8; 17, 1.7
 1, 38: Fr. 16; 17
 1, 39-45: 7; Fr. 25
 1, 41-42: Fr. 19
 1, 42: Fr. 21
 1, 43: Fr. 20; 22; 23

1, 44: 4, 4; 6, 2; 11, 4
 1, 46-51: 8
 1, 46: Fr. 25
 1, 48: Fr. 26
 1, 51: Fr. 27
 1, 54: Fr. 28
 1, 56: Fr. 29
 1, 56-64: 9
 1, 56-57: Fr. 30
 1, 59: Fr. 31; 32
 1, 63: Fr. 10
 1, 65: 6, 2
 1, 67-76: 10
 1, 72: Fr. 33
 1, 76: 11, 4; Fr. 34
 1, 80: 9, 2; 18, 2; Fr. 35
 1, 80-2, 2: 11
 2, 6-7: Fr. 36
 2, 8: Fr. 37
 2, 8-12: 12
 2, 8-14: Fr. 38
 2, 13-14: Fr. 39
 2, 13-16: 13
 2, 15: Fr. 40
 2, 21: Fr. 41
 2, 21-24: 14
 2, 25-29: 15
 2, 26-27: Fr. 42
 2, 33-34: 16
 2, 35: Fr. 43
 2, 35-38: 17
 2, 36-38: Fr. 44
 2, 40-49: 18
 2, 40-46: 19
 2, 46: Fr. 46
 2, 48: Fr. 45
 2, 48-49: Fr. 47
 2, 49-51: 20
 2, 51: Fr. 48-49
 3, 1-4: 21
 3, 3: Fr. 51
 3, 5-8: 22

3, 7:	Fr. 52	11, 2:	Fr. 73; 74
3, 8:	21, 4; 37, 5; Fr. 53	11, 3:	Fr. 75
3, 9-12:	22	11, 4:	21, 4
3, 12:	Fr. 54	11, 5:	Fr. 76
3, 15:	25	11, 11:	29, 3
3, 16:	24; Fr. 55	11, 24:	Fr. 77
3, 17:	26	11, 31:	38, 6
3, 18-22:	27	11, 34:	Fr. 78; 79
3, 21-22:	14, 10	12, 4:	Fr. 78
3, 23-28:	28	12, 7:	32, 3
4, 1-2:	32, 1	12, 35-37:	Fr. 80
4, 1-4:	29	12, 49:	26, 1-2
4, 4:	Fr. 56	12, 52:	Fr. 81
4, 5:	Fr. 57	12, 57:	35, 1
4, 5-8:	30	12, 58-59:	35
4, 10-11:	Fr. 58	13, 21:	Fr. 82
4, 9-13:	31	14, 11:	8, 6
4, 13:	29, 7	14, 12:	Fr. 83
4, 14-20:	32	14, 18-19:	Fr. 84
4, 23-27:	33	15, 11-12:	38, 5
4, 31:	Fr. 59	15, 16:	Fr. 85
7, 28:	11, 5; 27, 2; Fr. 7 a)	16, 13:	23, 3
7, 37:	Fr. 60	17, 20-21.33:	36
7, 41-42:	35, 13	18, 8:	37, 5
7, 48:	35, 14	18, 20:	Fr. 72
8, 16:	Fr. 61	19, 11-27:	39, 6
8, 39-40:	Fr. 62	19, 13-14:	35, 11
8, 41-42:	Fr. 63	19, 24:	39, 7; Fr. 86
8, 44:	15, 1	19, 26:	Fr. 87
9, 25:	Fr. 64	19, 30:	Fr. 88
9, 28:	20, 4; Fr. 65	19, 29-40:	37
9, 59:	Fr. 66	19, 37-40:	Fr. 89
9, 59-60:	Fr. 67	19, 41-45:	38
9, 62:	Fr. 68	20, 21-26:	39, 5-6
10, 1:	Fr. 69	20, 27-40:	39, 1-2
10, 18:	31, 5	20, 36:	Fr. 90
10, 19:	31, 7	20, 38:	Fr. 91
10, 20:	11, 6		
10, 25-37:	34		
10, 27:	25, 6; Fr. 70	Juan	
10, 30-31:	Fr. 71	1, 1:	5, 1
10, 38:	Fr. 72	1, 9:	21, 3
		1, 12-13:	Fr. 73

1, 14:	29, 6
1, 18:	Fr. 39
1, 29:	Fr. 32
1, 34:	Fr. 56
1, 51:	23, 8
3, 5:	14, 5; 24, 2
3, 30:	21, 3
4, 24:	26, 1
4, 48:	4, 4
5, 35:	6, 8; 21, 3
6, 18-21:	13, 1
6, 35:	38, 6
6, 51:	Fr. 40 b)
8, 48:	34, 5
8, 59:	19, 3
9, 39:	16, 3; 17, 2
10, 8:	34, 4
10, 11:	Fr. 38 b)
10, 30:	Fr. 83
10, 39:	19, 3
12, 31:	6, 4; 30, 2; 39, 5
14, 6:	7, 6; 35, 9; Fr. 8
14, 8-9:	3, 4
14, 9:	1, 4
14, 16-17:	25, 5
14, 23:	22, 4
14, 27:	13, 4
14, 30:	23, 6
15, 5:	Fr. 76
16, 11:	30, 2
16, 33:	Fr. 66
19, 15:	1, 4
20, 22-23:	27, 5
20, 26:	17, 5
20, 30:	27, 2
21, 25:	27, 2; 29, 2

Hechos de los Apóstoles

1, 5:	24, 1
2, 4:	29, 1
2, 38:	14, 5
3, 15:	Fr. 77

7, 30:	10, 7
9, 15:	39, 3
16, 9:	12, 3
17, 28:	31, 3

Romanos

1, 3:	10, 2
2, 5:	22, 7
2, 6:	Fr. 80
2, 29:	2, 4; Fr. 72
3, 20:	Fr. 34
3, 23:	17, 6
6, 5:	17, 3
6, 8:	14, 1
6, 9:	29, 7
6, 10:	14, 1
6, 12:	30, 1.4; 36, 2
7, 14:	8, 3; 14, 6; Fr. 72
7, 22:	16, 9; Fr. 80
8, 8:	Fr. 84
8, 14:	15, 3; 29, 2
8, 15:	Fr. 73
8, 38-39:	25, 8
10, 18:	6, 9
11, 11:	22, 2
11, 17:	23, 2
11, 22:	38, 6
11, 25-26:	33, 2; Fr. 63
13, 7:	35, 12
13, 7-8:	23, 6
14, 10:	2, 7
14, 21:	25, 2
16, 18:	16, 4

1 Corintios

1, 2:	17, 11
1, 24:	6, 9
1, 26:	Fr. 83
2, 6:	6, 4; Fr. 78
2, 6-7:	6, 5
2, 14:	36, 1
3, 9:	12, 2

3, 15:	Fr. 64
3, 19:	Fr. 56
4, 11:	Fr. 66
4, 16:	34, 9
5, 4:	6, 9
5, 7:	28, 6
6, 3:	31, 5
6, 17:	36, 1
7, 29:	Fr. 76
10, 4:	26, 5
10, 18:	33, 5; 35, 8; Fr. 28
11, 3:	Fr. 60
11, 10:	23, 8
12, 27:	Fr. 78
12, 28:	12, 2
13, 10:	Fr. 72
13, 11:	20, 7
13, 12:	3, 4
14, 30:	18, 3
15, 24:	Fr. 74
15, 33:	31, 3
15, 42-44:	14, 4
15, 44:	36, 1
15, 47-49:	16, 7
15, 49:	39, 6

2 Corintios

3, 7:	Fr. 72
3, 16-17:	26, 1
4, 10:	16, 9
4, 16:	16, 9; Fr. 75
4, 18:	Fr. 67
5, 10:	2, 7
5, 19:	15, 4
5, 21:	28, 2
8, 18:	1, 5
12, 6-7:	25, 4

Gálatas

1, 4:	3, 3
2, 20:	15, 5; 22, 3
4, 4-5:	14, 7

4, 26:	39, 4
4, 27:	21, 2
4, 28:	Fr. 35
5, 22-23:	22, 8
6, 14:	Fr. 67

Efesios

1, 3:	39, 3
2, 14:	38, 1
2, 15:	Fr. 84
3, 17:	1, 3
4, 8:	27, 5
4, 10:	6, 10
4, 11-12:	12, 2
4, 13:	20, 7
4, 14:	20, 7; Fr. 3
5, 27:	2, 2; 17, 10; 35, 4
6, 12:	39, 5

Filipenses

1, 23:	15, 5
2, 7:	18, 1; 19, 2; 20, 6
2, 9:	14, 2
2, 10:	6, 10
2, 10-11:	23, 9
4, 3:	11, 6
4, 7:	15, 4

Colosenses

1, 13:	10, 4
1, 15:	8, 2; 25, 7
1, 20:	10, 3; 13, 3
1, 23:	1, 3
2, 7:	1, 3
2, 9-12:	14, 1
2, 18:	16, 8
3, 1-2:	Fr. 72
3, 5:	16, 9
3, 9-10:	23, 3

2 Tesalonicenses

2, 3:	Fr. 89
-------	--------

1 Timoteo

2, 15:	Fr. 20
3, 6:	8, 5
3, 16:	6, 10
4, 13:	9, 3

2 Timoteo

2, 3-5	11, 3
2, 11:	17, 3
3, 4:	Fr. 84
3, 13:	Fr. 66
4, 4:	Fr. 85

Tito

1, 12:	31, 3
3, 5:	33, 5

Hebreos

1, 5-7:	31, 4
1, 7:	26, 1
1, 14:	13, 2
4, 12:	Fr. 43
4, 14:	6, 10
5, 14:	Fr. 78
6, 13-14:	Fr. 33 b)
10, 1:	14, 6
10, 29:	31, 7
12, 13:	Fr. 83

12, 23:	7, 8; 17, 10
---------	--------------

Santiago

2, 23:	Fr. 76
4, 4:	35, 9

1 Pedro

1, 23:	Fr. 73
2, 5:	15, 3
2, 22:	14, 1; 27, 5
4, 11:	final de todas
5, 4:	Fr. 38 c)

1 Juan

2, 29:	Fr. 73
3, 2:	29, 7
3, 8:	Fr. 67
3, 9:	Fr. 73
5, 16:	Fr. 64

Apocalipsis

2, 1-4:	23, 7
2, 12-14:	23, 7
2, 15:	13, 5
3, 4:	13, 5
19, 16:	8, 7
20, 5:	Fr. 83
20, 15:	11, 6

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Abraham: 3, 1 (2). 2; 10, 3 (2);
15, 4 (2); 22, 5. 8 (5). 9 (2);
23, 1 (2). 3; 35, 3; 37, 5. Fr.
33 a). 76.

Acaya: 12, 4.

Adán: 16, 7; 17, 2. Fr. 56 (2). 71.
alma (*psyche*): 4, 2. 5. 6; 7, 5; 8,
1. 2; 11, 1; 14, 4. 6; 19, 1; 20,
6. 7; 25, 2; 32, 6. Fr. 9 c). 25
b). 61. 68. 71. 78. 79. 80. 82.
91.

Altísimo: 4, 5; 6, 7; 10, 5 (3). 6;
11, 4; 14, 8; 17, 1. 7; 31, 5; 35,
6. Fr. 16 c). 21 b). 39 b) (2).
44.

Ana: 17, 9. 10. Fr. 44. 49.

Ananías: 1, 1.

Anatot: 33, 3.

ángel: 3, 2 (5). 3 (2); 4, 1 (2). 4
(2). 6 (2); 6, 1. 3. 7 (2). 8. 10;
7, 1. 2; 10, 1. 5. 7 (2); 11, 4.
5; 12, 1. 2 (2). 3 (3). 4 (6). 5
(5). 6 (2); 13, 2. 3 (2). 4, 5 (4).
6 (4). 7; 14, 1. 2. 9; 16, 1 (3);
17, 1; 19, 4 (2); 23, 7 (9). 8
(9). 9 (3); 25, 6. 8; 26, 1 (3);
31, 2. 3. 4 (4). 5 (3). 6; 34, 8;
35, 3 (8). 4 (5); 39, 2 (4). Fr.
6 a). 7 a). 10. 11 a). 12 a). 13
a). 16 a) b) d). 18. 24 a) b).
38 a). 39 a). 49. 58. 71. 90 (3).

animales, símbolos de pecados: 8,
3; 22, 6; 37, 2.

Anticristo: 30, 1 (2).

apóstoles: 1, 2. 4; 17, 6 (3); 23, 3
(2). 7. 8. 9; 24, 1; 28, 6 (3);
29, 1 (2); 32, 3; 33, 1; 37, 4
(4). Fr. 71. 73.

Aser: 17, 9.

Azor: 1, 1.

Balán: 14, 9.

Basíledes: 1, 2; 29, 4; 31, 3. Fr. 70.

bautismo: 7, 1; 11, 4; 14, 1 (2). 5
(3). 6; 21, 3 (2). 4 (5). 5 (3). 6
(2). 8 (2); 23, 2. 9; 24, 1. 2 (5);
26, 3 (2); 27, 1. 5; 28, 1. 3 (2).
4; 29, 2; 33, 5 (2). Fr. 51. 52.

Belén: 13, 1.7; 16, 1.

Bernabé: Fr. 69.

Betania: 37, 1.

Betfagé: 37, 1.

Britania: 6, 9.

Cafarnaún: 33, 1 (3).

catecúmenos: 7, 7. 8; 21, 4; 22, 6.
8; 32, 6.

César Augusto: 11, 6 (2); 39, 4.
5.

circuncisión: 5, 2 (2); 14, 1 (8). 2;
33, 3. Fr. 41. 72 (2). 81.

Cirino: 11, 6.

Creador: 8, 2; 13, 3; 16, 4 (2). 5;
18, 5; 20, 2; 22, 9. Fr. 15. 57.
70. 81.

Cristo, véase Jesucristo.

- Daniel: 32, 2; 35, 6.
 David: 6, 3; 10, 2 (4); 17, 1; 28, 3. Fr. 11 a).
 demonio: 6, 6; 31, 5; 34, 5 (2). Fr. 56. 62 (2). 71; diablo: 6, 4 (2). 5 (2); 8, 3. 5 (2); 12, 4; 29, 2 (3). 3 (4). 4 (5). 6. 7; 30, 1 (2). 2. 3 (4); 31, 1 (2). 2 (2). 3 (4). 4 (2). 5 (2). 6; 32, 1. Fr. 4. 11 b) (2). 56 (4). 67 (3); príncipe de este mundo: 6, 4; 23, 6 (2); 30, 2; 35, 5 (2); 39, 5. Fr. 11 b); Satanás: 32, 4. Fr. 77.
 Deuteronomio: 8, 3; 34, 1; 39, 3. Fr. 56.
 diablo, véase demonio.
 Dominador, véase Jesucristo.
 Dosíteo: 25. 4.
 ebionitas: 17, 4.
 Éfeso: 12, 5 (3); 23, 7.
 Egipto: 1, 6; 5, 3; 10, 7; 12, 4. 6 (2); 18, 2; 19, 4; 28, 4 (2). 5 (3). 6; 35, 8. Fr. 76. 77 (3).
 Eldad: Fr. 69.
 Elías: 4, 5 (6); 33, 4 (3). Fr. 9 a) b) c) (2) d) e). 65.
 Eliseo: 23, 9 (3); 33, 5.
 Encarnación: 4, 5; 6, 4; 11, 5; 14, 6. Fr. 1 c). 56.
 espíritu (*pneuma*): 4, 6; 8, 1; 11, 1. Fr. 35. 82.
 Espíritu Santo: 1, 1 (2); 3, 2. 3. 4; 4, 4 (3). 5; 6, 2; 7, 2 (2). 3 (6). 4 (3). 5; 9, 1 (2). 2. 4; 10, 1 (2). 2. 7; 14, 10; 15, 1. 2. 3; 17, 1 (2). 7. 10; 19, 1. 4 (2); 20, 6; 22, 1 (2); 23, 1. 5. 7; 24, 1 (4). 3 (3); 27, 1. 5 (5). 6 (4); 29, 1 (4). 2; 32, 1 (2); 37, 5; 38, 5 (2). Fr. 16 c). 21 b). 35 (5). 53. 55. 81 (2). 82 (2). 86.
 Eva: 16, 7; 17, 2; Fr. 12 a) b).
 Ezequiel: 32, 2.
 Fanuel: 17, 9.
 fe: 1, 2. 3; 3, 4.
 Felipe: 3, 4 (2).
 Galilea: 6, 3; 21, 2 (2); 32, 1.
 Gerasa, gerasenos: Fr. 62.
 Gesen: 28, 6.
 Guejazi: 23, 9 (3).
 herejes: 7, 4 (2); 16, 5. 6; 17, 5; 18, 5; 20, 2 (2); 25, 4; 29, 4 (2). Fr. 1 c).
 Herodes: 27, 3 (2). 4.
 Hijo, véase Jesucristo
 Idumea: 12, 6 (2).
 Iglesia: 1, 2 (2); 2, 2 (2); 4, 3; 7, 7. 8 (3); 12, 2. 5. 6; 13, 6; 15, 3 (2). 6; 17, 10 (2). 11 (3); 18, 3; 23, 7. 8 (3); 25, 6; 34, 3 (2). 7. 8; 35, 3 (2). 4 (3); 38, 3. Fr. 40 a). 63. 71 (2). 72. 78. 82.
 Ignacio, de Antioquía: 6, 4.
 India, indios: 30, 2.
 Isaac: 10, 3; 11, 2 (2); 28, 3 (2). Fr. 35.
 Isabel: 2, 2. 3. 5; 4, 1. 4; 6, 1 (3). 2. 3; 7, 1 (3). 2 (2). 3. 4 (2); 8, 1; 9, 1 (4). 2 (2). 3 (2). 4; 10, 1. 5. Fr. 16 e). 18 (3). 19 c). 20 a) c). 21 a) b). 22. 23 b). 24 a) (2). 29 (2). 30 c). 31. 36.
 Isaías: 21, 1; 32, 2. 3; 33, 3; 37, 2. Fr. 51.
 Israel: 1, 6; 4, 5; 5, 1. 2. 3. 4; 7, 5; 9, 2; 10, 1. 6; 11, 4 (2); 12, 6 (2); 13, 7 (2); 15, 1; 16, 2. 3 (2). 5. 8; 17, 2. 3 (2); 21, 1 (2);

- 22, 2; 23, 1; 25, 3; 28, 2; 33, 2 (2). 4 (4). 5 (3); 34, 1. 4. 5; 35, 5. 8. Fr. 28 b) (2). 42 e) g). 62. 63. 69.77.
- Jacob: 4, 2 (2); 10, 3; 23, 6. 7; 28, 3 (2); 35, 5. Fr. 62.
- Jeremías: 32, 2; 33, 3; 37, 2. Fr. 68.
- Jericó: 34, 3. Fr. 71.
- Jerusalén: 12, 1; 14, 3. 7. 9; 17, 9; 18, 1. 2; 19, 3 (3); 21, 1; 31, 1 (2). 2; 34, 2. 3. 4 (3). 5 (2). 6; 38, 1. 2. 3 (5). 4 (2); 39, 3 (2). 4. Fr. 44 (2). 71 (2).
- Jesucristo: 2, 2. 7 (2); 7, 6; 9, 4; 17, 11; 18, 5; 20, 2; 23, 9; 24, 2; 26, 5 (2); 28, 1; 29, 6; 31, 5. 7; 33, 3; 35, 10; 39, 3. Fr. 77. 82; Cristo: 1, 6; 3, 3. 4 (3); 4, 6 (2); 5, 1. 4 (2); 6, 5 (2); 7, 8; 8, 2. 7; 10, 1. 2 (3). 7; 11, 6; 12, 1. 2 (3). 3. 4. 6; 14, 1 (2). 7. 8. 10; 15, 1 (3). 2 (2). 4. 5 (2); 16, 6; 18, 3; 19, 5; 20, 2. 7 (3); 21, 3; 22, 1. 3 (6). 4 (2). 10; 23, 8; 24, 1 (3); 25, 4 (2). 7 (3). 8 (3); 26, 2. 5; 27, 1. 2 (2). 3. 4. 6; 28, 2. 6; 29, 7; 30, 1 (5). 2. 4; 31, 2 (2). 4 (2). 5; 32, 3 (2); 33, 3. 5 (2); 34, 3. 9 (3); 35, 4. 7; 38, 6 (2); 39, 7. Fr. 8. 9 a). 11 c). 19 a) b). 20 c). 22. 39 a) b). 40 a) b). 42 d) f) (2) g) h). 44. 45 a). 50. 51 (2). 55 (2). 56 (4). 60. 61. 63 (2). 66. 71 (4). 73 (2). 76 (2). 77. 78; Dominador: Fr. 15; Hijo: 6, 5 (3). 6 (2). 7. 10; 7, 1. 2. 3. 6; 8, 4; 14, 7 (2); 15, 2. 5; 16, 5; 17, 1. 7; 18, 5 (3); 19, 2. 5 (4); 20, 5; 23, 8; 25, 5. 8 (3); 27, 4. 5; 29, 2. 3. 5 (2). 6; 30, 1; 31, 1. 2 (2). 4 (2). 5 (3). 7 (2); 32, 6; 34, 3. 8 (3). 9; 36, 3; 37, 3. 5 (2). Fr. 27. 36 (2). 56 (3). 63 (3). 71. 77.
- Jesús: 1, 4 (2); 2, 7; 3, 4 (3); 4, 4. 6 (3); 5, 4; 6, 7. 8 (2). 9 (2). 10 (3); 7, 1 (2). 8 (2); 8, 7; 9, 2. 3. 4. 6. 7; 10, 2. 3 (2). 4. 6. 7; 11, 6; 12, 1. 3. 6 (2); 13, 7; 14, 2 (3). 3. 4 (3). 6. 7. 10; 15, 1. 2. 3 (2). 4. 5 (3); 16, 1 (3). 2. 5. 8. 9 (3). 10; 17, 1 (2). 6; 18, 1 (2). 2 (3). 3 (2). 4. 5 (2); 19, 1 (2). 2. 5; 20, 1 (3). 2 (2). 3. 4. 5 (4). 6. 7; 21, 5; 22, 1. 4; 23, 8. 9; 24, 1; 25, 8; 26, 3; 27, 4. 5. 6; 28, 3. 4 (2). 5. 6 (4); 29, 1 (4). 2 (2). 6. 7; 30, 4; 31, 1. 5 (2); 32, 1 (3). 2 (3). 4 (3). 5 (2). 6 (3); 33, 1 (2). 3. 4. 5; 34, 1 (2). 5. 7. 9; 35, 7. 15; 36, 1 (2). 2 (2). 4 (3); 37, 2 (2). 4 (3); 38, 1 (2). 3. 4. 5. 6; 39, 5. 7. Fr. 1 c). 11 b). 36. 42 b). 49. 56 (2). 60. 62 (5). 63 (4). 65 (2). 67 (2). 70. 72 (2). 77. 78. 87. 88 (3). 91; Justicia: 30, 1. 3; Palabra: 1, 4 (4); 5, 1. 2. 4; 19, 5; 21, 5 (3). 6; 30, 1; 37, 2. 4. Fr. 10 (2). 51 (2); Pastor: 12, 2 (2). Fr. 38 b); Redentor: Fr. 77; Sabiduría: 19, 5; 30, 1; Salvador: 1, 2. 4 (2); 3, 2. 3. 4; 4, 4. 5. 6; 5, 2. 3. 4. 5. 6. 8. 9 (2); 6, 1 (2). 3 (2). 4; 7, 1 (2). 3 (2). 4 (2). 6 (2); 8, 1 (2). 2. 3. 5; 9, 2; 10, 1 (2). 3; 11, 5; 12, 1. 2. 5. 6; 13, 1. 4. 7; 14, 5. 8. 9 (2). 10 (2); 16, 3; 17, 1 (2). 2 (3). 3 (2). 4; 18, 5;

- 19, 1. 6; 20, 3; 21, 4; 22, 1 (2); 23, 3 (2). 7 (2). 9; 25, 5. 6. 7. 8; 26, 1. 4. 5; 28, 1. 2. 5; 29, 1. 2. 4; 30, 2, 3 (2); 31, 2. 3. 4. 6. 7; 32, 5. 6; 33, 5; 34, 1 (2). 2. 3. 4; 35, 1. 3. 9; 36, 2 (2); 37, 1 (2). 3. 5; 38, 1. 6; 39, 1. 2. 4 (2). Fr. 7 b). 20 a). 25 a) (2). 45 b). 67 (2). 73. 76. 84; Señor: 1, 2. 4; 2, 2 (2). 5 (3). 6 (3). 7; 3, 2 (2). 3; 4, 2 (2). 4 (2). 5 (6). 6 (3); 6, 1. 5. 9 (4). 10 (3); 7, 3. 5 (5). 8 (3); 8, 1 (6). 2 (5). 3. 4 (2). 6 (2). 7; 9, 1. 2. 4; 10, 1. 3 (4). 4 (2). 6. 7; 11, 1. 4 (3). 5 (2); 12, 1 (2). 2. 3 (2). 4 (2). 5. 6; 13, 1 (2). 3. 4. 5 (3). 6. 7 (3); 14, 3. 4. 5. 7 (5). 8. 9 (6). 10; 15, 1. 2 (2). 3 (2). 4; 16, 1. 2. 3. 8 (3); 17, 1. 4. 6 (3). 8. 10. 11 (2); 18, 1. 2 (2); 20, 5; 21, 4. 5 (6). 7 (2); 22, 1 (3). 4 (2). 10 (2); 23, 7 (3). 8. 9 (4); 24, 2; 25, 6. 7. 8 (2); 25, 1 (3). 2. 3 (2). 4. 5 (2); 26, 4. 5 (2); 27, 4. 5 (2); 28, 1. 2. 3. 4. 6; 30, 3 (2). 4 (4); 31, 2. 4; 32, 2. 3. 5 (5). 6; 32, 2. 5; 34, 1 (3). 2. 3; 35, 7. 10. 15; 36, 1 (3); 37, 2 (2). 3 (3). 4. 5 (2); 38, 1 (2). 2 (2). 6 (5); 39, 1. 2. 3. 4. 6 (2). 7 (3). Fr. 9 e). 11 a). 14. 15. 17. 23 b). 26. 28 a). 35. 63. 70. 82. 91.
- Jesús, véase Jesucristo.
- Jetró: 10, 7.
- Jordán: 14, 10; 21, 3 (2). 4; 24, 2; 32, 1; 33, 5. Fr. 51 (2).
- José, patriarca: 28, 5 (4). 6.
- José, san: 6, 3. 4; 7, 4 (2); 11, 6; 13, 7 (2); 16, 1; 17, 1 (2); 18, 3; 19, 4 (2); 20, 1. 4. 5 (4); 28, 3 (2). Fr. 11 a) (3) b). 45 a). 47.
- Juan Bautista: 4, 2 (3). 4 (5). 5 (3). 6 (3); 5, 1; 6, 8; 7, 1 (2). 3. 5; 8, 1; 9, 1. 2 (2). 4 (4); 10, 1 (3). 5 (2). 7; 11, 3 (2). 4 (2). 5 (4); 18, 2; 21, 1 (2). 2 (3). 3. 4. 5; 22, 1 (2). 5. 6. 8 (2). 10; 23, 1. 2 (2). 5 (2). 9 (2); 24, 1 (4). 2; 25, 1. 2 (2). 4; 27, 1. 2 (4). 3. 4 (4). Fr. 8. 9 a) b) c) (2). 15. 19 a). 23 b). 31. 32 (2). 36. 51 (3). 55. 56; Precursor: 4, 5; 6, 2; 7, 1; 21, 3. Fr. 7 b). 10. 19 a). 51.
- Juan, apóstol y evangelista: 1, 1 (2); 13, 5; 16, 3; 19, 3; 20, 4 (2); 23, 7; 27, 2; 29, 6 (4). Fr. 2. 4. 64. 65. 83.
- Judas, el galileo: 25, 4.
- Judas, el traidor: 1, 4; 3, 4.
- Judea, judíos: 5, 2. 4; 7, 2; 12, 1; 19, 3; 21, 1 (3). 2 (2); 22, 10; 23, 1 (2); 25, 3; 32, 2. 5; 33, 1. 3; 34, 5; 39, 1. 4. Fr. 7 b). 8. 28 a). 42 d) e) h). 45 a). 47. 51. 63. 72. 84.
- justicia, véase Jesucristo.
- Labán: 23, 7 (2).
- Lucas: 1, 1 (2). 3.5.6 (2); 2, 3.5; 9, 1; 16, 5; 17, 1; 19, 1; 20, 2; 27, 2; 28, 1.2.3.4; 29, 6 (2); 33, 1; 35, 11; 37, 1. Fr. 1 a) b), c). 2. 56. 63. 69. 73.
- Macedonia: 12, 3 (2). 4.
- Madre, véase María.
- Manué: Fr. 7 a).
- Marción, marcionitas: 17, 4; 25, 5 (2); 29, 4; 31, 3. Fr. 70. 75. 91.

Marcos: 1, 1; 29, 6 (2). Fr. 2. 56.
69. 90.

María, de Betania: Fr. 72 (5).

María: : 4, 5; 6, 2. 3. 4. 6. 7 (4);
7, 1 (3). 2 (3). 3 (2). 4 (3). 6.
8; 8, 1. 2. 4 (2). 5. 6. 7; 9, 1
(3); 10, 1. 5; 11, 6; 13, 7 (2);
14, 3 (2). 8; 17, 2. 6 (2); 18,
3; 19, 4 (2); 20, 4. 5. 6; 29, 6.
Fr. 11 a) b). 11 b). 16 a). 18.
20 c). 23 b). 29. 30 c). 36 (2).
71; Madre: 4, 4; 7, 5 (4); 9, 2
(2); 14, 8; 16, 1 (2). 2 (2); 17, 1
(2). 2. 4. 6; 19, 3. Fr. 23 a).
49; Virgen: 6, 3 (5); 8, 1; 11,
5; 14, 10; 17, 1. 4. 7. 11. Fr.
11 a). 12 c) d). 13 b). 16 b).
18. 19 c). 20 a). 21 b) (2) c
(2). 22. 23. 24 a) (2). 24 b).
29. 30 c) (2). 45 a). 49

Marta: Fr. 72 (5).

Mateo: 1, 1; 6, 3; 11, 5; 13, 4; 28,
1. 2 (2). 3 (2). 4; 29, 4. 6 (2);
35, 1 (2). 2. 11; 39, 5. Fr. 2.

Matías, evangelio de: 1, 2.

Mauritania: 6, 9.

Medad: Fr. 69.

Melquisedec: 28, 1.

Moisés: 5, 3 (3); 10, 7; 11, 4. 5
(2); 14, 3. 7 (2); 18, 4 (2); 27,
3; 33, 3; 35, 6; 37, 2; 39, 6. Fr.
37. 65. 69. 72. 76. 77.

Naamán: 33, 5.

Nazaret, nazarenos: 6, 3; 18, 1;
20, 4; 32, 3; 33, 1 (2). 2. Fr.
29.

Nerón: Fr. 4.

nicolaítas: 13, 5.

obispos: 6, 4; 13, 5. 6 (2); 17, 10;
20, 5; 35, 4. Fr. 71.

Pablo, apóstol: 1, 3. 6; 2, 4; 6, 5.
9; 8, 5; 9, 3; 10, 3; 12, 2. 3 (2);
14, 1; 16, 7; 18, 3; 20, 7; 22,
3 (3); 23, 6. 9; 25, 4 (3). 5 (3).
8; 29, 1 (2); 30, 1; 31, 3 (3).
7; 36, 2; 39, 3. Fr. 20 c). 66.
67. 69. 78.

Padre (Dios): 1, 4; 3, 2. 3. 4 (3);
4, 5; 5, 1. 7; 17, 7; 18, 5 (4);
20, 2 (4). 3 (7). 4; 22, 4 (2); 23,
8. 9; 25, 5. 7. 8 (3); 32, 3; 34,
3. 8 (3); 35, 3 (5). 4 (4). 7. 10
(2); 37, 5; 38, 5; 39, 3. Fr. 27.
39. 42. 47. 48. 71. 73 (2). 84.

Palabra, véase Jesucristo

Pastor, véase Jesucristo.

Pastor, de Hermas: 35, 3.

pastores de Belén: 12, 1. 2. 3 (3);
13, 5 (2). 7; 16, 1 (2); 19, 4.
Fr. 38 a) b) c). 40 a). 49.

pastores de las iglesias: 12, 2 (6).
Fr. 38 a) c).

pecado: 2, 1 (8). 2; 8, 1; 13, 6; 14,
1. 2. 3. 5; 16, 8. 9; 17, 3 (4).
4. 6. 8 (3); 19, 1; 21, 4 (4); 22,
7. 10; 23, 4. 8; 24, 2; 25, 1; 27,
5 (2); 28 (2); 30, 1 (2). 3 (2).
4 (2); 34, 4; 35, 5. 10 (2). 11
(3). 14 (2). 15; 36, 2 (3); 37,
4; 38, 1. 4 (3); 39, 5. Fr. 34.
51 (2). 54. 60. 63. 64 (2). 71.
74. 78 (2). 81.

Pedro, apóstol: 6, 4; 17, 6; 20, 4.
Fr. 65.

Persia, persas: 30, 2; 35, 6 (3).

Pilato: 1, 4; 3, 4; 21, 1.

potestades adversas: 38, 4.

potestades, ángeles: 14, 1; 25, 8.

precursor, véase Juan.

principados: 14, 1; 25, 8.

príncipe de este mundo, véase
demonio.

Providencia divina: 10, 3; 15, 2;
22, 9; 32, 3 (2); 34, 5. 6.

querubines: 3, 2.

Rahab: 28, 2.

redención: 6, 4; 17, 9.

Redentor, véase Jesucristo.

Roma, romano: 6, 4; 22, 7; 38, 3.

Rut: 28, 2.

sabiduría, véase Jesucristo.

Salmos, libro de: 23, 7.

Salomón: 2, 5; 18, 5; 28, 2. 3 (2);
38, 6.

Salvador, véase Jesucristo.

Santiago, apóstol: 20, 4. Fr. 65.

Sarepta: 33, 4.

Satanás, véase demonio.

Señor, véase Jesucristo.

Serafines: 3, 2.

Sidón: 33, 4.

Simeón: 15, 1 (3). 2 (2); 16, 2 (2);
17, 2. 6. 7. 9 (2); 18, 1; 19, 4.

Fr. 42 a) e). 49.

Sión: 5, 4; 14, 3; 39, 3.

Siria: 11, 6.

Tamar: 28, 2.

Teófilo: 1, 6.

Tomás, apóstol: 17, 5.

Evangelio de: 1, 2.

Trinidad: Fr. 76.

Ungido del Señor: Fr. 42 a).

Urías: 28, 2. 3.

Valentín, valentinianos: 20, 2; 29,
4. Fr. 70. 91.

Verbo: 1, 4 (2); 18, 3; 21, 7; 29, 6
(5); 37, 2. Fr. 60. 68. 73. 81.

Verdad: 30, 1. Fr. 1, c).

Virgen, véase María.

Zacarías: 2, 2. 3. 5; 3, 2; 4, 1 (2);
5, 1 (3). 2; 7, 2; 9, 4; 10, 1 (2).
5. 6; 11, 4; 21, 2. Fr. 6. 10.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.....	5
I. LAS HOMILÍAS DE ORÍGENES	6
1. La actividad homilética de Orígenes	7
2. La interpretación alegórica	9
3. La espiritualidad de las homilías: su cristocentrismo..	11
4. Piedad mariana	13
5. Angelología.....	14
6. Las virtudes	15
7. La tentación y el pecado.....	17
8. Fecha de composición	18
9. La técnica literaria	19
II. LA TRADUCCIÓN DE JERÓNIMO	20
1. Destinatarias	21
2. Jerónimo y Ambrosio	22
3. Obras de Orígenes citadas en la introducción	23
4. Obras de Jerónimo.....	24
5. Fecha de composición	24
6. Carácter y número de las homilías	25
7. La recepción de las homilías	28
III. LA ACTITUD DE ORÍGENES Y JERÓNIMO ANTE LA LITERATURA PAGANA	29
IV. LA PRESENTE TRADUCCIÓN.....	32
V. LOS FRAGMENTOS	33

ORÍGENES

HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE LUCAS

JERÓNIMO A PAULA Y EUSTOQUIO.....	39
HOMILÍA I	
Sobre el comienzo del Evangelio de san Lucas hasta el pasaje donde dice <i>escribir para ti, óptimo Teófilo</i> (Lc 1, 1-3)	42
HOMILÍA II	
Sobre el pasaje: <i>Eran ambos justos en la presencia de Dios e irrepreensibles caminaban en los preceptos y observancias del Señor</i> (Lc 1, 6)	48
HOMILÍA III	
Sobre el pasaje: <i>Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso</i> (Lc 1, 11)	53
HOMILÍA IV	
Desde el pasaje: <i>No temas, Zacarías, hasta el lugar donde se dice de Juan: Caminará delante de Él en el espíritu y el poder de Elías</i> (Lc 1, 13-17)	56
HOMILÍA V	
Sobre el enmudecimiento de Zacarías (cf. Lc 1, 18-23)	60
HOMILÍA VI	
Sobre el pasaje: <i>Y tras haber concebido Isabel, se ocultó, hasta el punto en el que dice: Este será grande</i> (Lc 1, 24-32)	63
HOMILÍA VII	
Sobre el pasaje: <i>Y levantándose María fue con presteza a la montaña, hasta el lugar donde dice: se cumplirá lo que ha sido dicho</i> (Lc 1, 39-45)	69
HOMILÍA VIII	
Sobre el pasaje: <i>Mi alma magnifica al Señor, hasta el lugar en que dice: se hizo poder para quienes lo temen</i> (Lc 1, 46-51)	75

HOMILÍA IX

- Sobre el pasaje: *María permaneció con ella tres meses, hasta el lugar donde se dice: y Zacarías habló bendiciendo a Dios* (Lc 1, 56-64) 81

HOMILÍA X

- Sobre el pasaje: *Profetizó lleno del Espíritu Santo, hasta allí donde se dice: Tú irás delante del Señor para preparar sus caminos* (Lc 1, 67-76) 84

HOMILÍA XI

- Sobre el pasaje: *Y el niño crecía y se fortalecía en espíritu, hasta el lugar donde dice: Este fue el primer empadronamiento que se hizo bajo el gobernador de Siria, Quirino* (Lc 1, 80 - 2, 2) 89

HOMILÍA XII

- Sobre el pasaje: *Un ángel viene del cielo y anuncia a los pastores el nacimiento del Señor* (cf. Lc 2, 8-12) 95

HOMILÍA XIII

- Sobre el texto: *Y apareció una muchedumbre de la milicia celestial, hasta el lugar donde dice: Encontraron a María y a Jesús reclinado en el pesebre* (Lc 2, 13-16) 99

HOMILÍA XIV

- Sobre el texto: *Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarlo, hasta el lugar donde dice: Un par de tortolas o dos pichones* (Lc 2, 21-24) 105

HOMILÍA XV

- A propósito de Simeón y de su llegada al Templo, movido por el Espíritu Santo, hasta el pasaje: *Ahora, Señor, puedes sacar en paz de este mundo a tu siervo* (Lc 2, 25-29) 114

HOMILÍA XVI

- Sobre el texto: *Su padre y su madre estaban admirados por las cosas que se decían acerca de Él, hasta el pasaje: He aquí que ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel* (Lc 2, 33-34) 117

HOMILÍA XVII

- De nuevo sobre el texto: *Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de Él*, hasta el pasaje donde se escribe sobre Ana (cf. Lc 2, 35-38) 123

HOMILÍA XVIII

- Sobre el pasaje: *El Niño crecía y se fortalecía*, hasta el lugar donde dice: *¿No sabéis que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?* (Lc 2, 40-49) 132

HOMILÍA XIX

- De nuevo sobre el texto: *El Niño crecía y se fortalecía*, hasta el lugar donde interroga a los ancianos en el Templo (Lc 2, 40-46) 137

HOMILÍA XX

- Sobre el pasaje: *¿Por qué me habéis buscado*, hasta el lugar donde se dice: *María conservaba todas estas palabras en su corazón* (Lc 2, 49-51) 141

HOMILÍA XXI

- Sobre el pasaje: *El año décimo quinto del imperio de Tiberio*, hasta el lugar donde dice: *enderezad sus sendas* (Lc 3, 1-4) 147

HOMILÍA XXII

- Sobre el pasaje: *Todo barranco será rellenado*, hasta el lugar donde dice: *Dios puede sacar de estas piedras hijos para Abraham* (Lc 3, 5-8) 153

HOMILÍA XXIII

- Sobre el pasaje: *Ved, el hacha está puesta a la raíz del árbol*, hasta el lugar donde dice: *Pero también vinieron publicanos para ser bautizados por él* (Lc 3, 9-12) 160

HOMILÍA XXIV

- Sobre el pasaje: *Yo os bautizo en agua*, hasta donde se dice: *Él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego* (Lc 3, 16) 167

HOMILÍA XXV

- Sobre la sospecha que el pueblo tenía de que Juan quizás fuese el Cristo (Lc 3, 15) 169

HOMILÍA XXVI

- Sobre el pasaje: *Tiene el bieldo en su mano y limpiará su era*, hasta el lugar donde dice: *Y recogerá el trigo en su granero* (Lc 3, 17) 174

HOMILÍA XXVII

- Sobre el pasaje: *Por medio de sus exhortaciones anunciaba muchas otras cosas*, hasta el lugar donde dice: *El Espíritu Santo descendió sobre Él* (Lc 3, 18-22) 178

HOMILÍA XXVIII

- Sobre la genealogía del Salvador y las divergencias entre Mateo y Lucas a propósito de sus progenitores (Mt 1, 1-17; Lc 3, 23-28) 182

HOMILÍA XXIX

- Sobre el pasaje: *Y Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó*, así como de su primera tentación (Lc 4, 1-4) 187

HOMILÍA XXX

- Sobre la segunda tentación del Salvador (cf. Lc 4, 5-8) 193

HOMILÍA XXXI

- Sobre la tercera tentación del Salvador (cf. Lc 4, 9-13) 196

HOMILÍA XXXII

- Sobre el pasaje: *Jesús se volvió con la fuerza del Espíritu Santo*, hasta el lugar donde dice: *Todos en la sinagoga tenían los ojos puestos en Él* (Lc 4, 14-20) 203

HOMILÍA XXXIII

- Sobre el texto: *Seguramente me citaréis el dicho...*, hasta el pasaje, donde dice: *Pero ninguno de ellos fue sanado, salvo Naamán el sirio* (Lc 4, 23-27) 208

HOMILÍA XXXIV

- Sobre el texto: *Maestro, ¿qué he de hacer para poseer la vida eterna?*, hasta el lugar que dice: *Ve, y haz tú lo mismo* (Lc 10, 25-37). 212

HOMILÍA XXXV

- Sobre el texto: *Cuando vas con tu adversario...*, hasta el lugar donde dice: *Y pagarás hasta el último céntimo* (Lc 12, 57-59) 218

HOMILÍA XXXVI

- Sobre el texto: *Quien quiera salvar su alma, la perderá*, hasta el lugar donde dice: *El reino de Dios está en vosotros* (Lc 17, 33; 17, 21) 230

HOMILÍA XXXVII

- Sobre el pasaje donde se dice que los discípulos desataron el pollino de una asna (cf. Lc 19, 29-40) 232

HOMILÍA XXXVIII

- Sobre el texto: *Y, al aproximarse, contempló la ciudad y lloró sobre ella*, hasta el lugar donde dice: *Expulsó a todos los que vendían palomas* (Lc 19, 41-45) 236

HOMILÍA XXXIX

- A propósito de la cuestión planteada por los fariseos al Señor sobre aquella mujer que tuvo siete maridos, así como sobre el denario que el Salvador mandó le fuera mostrado (Lc. 20, 27-40; 20, 21-26) 241

FRAGMENTOS 247

ÍNDICES

ÍNDICE BÍBLICO 303

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 311